

100-600/31

DON JUAN TENORIO

OBRAS PUBLICADAS POR LA NOVELA ILUSTRADA

- 1.—Renata Mauperin, por J. y E. Goncourt.
- 2.—Centinela alerta, por Mathilde Serao.
- 3.—Los mil y un fantasmas, por A. Dumas.
- 4.—El hijo de la parroquia, por C. Dickens.
- 5.—Carmen, por Próspero Mérimé, y Corazón de torero, por Teófilo Gautier.
- 6.—Hércules el atrevido, por A. Dumas.
- 7.—El doctor Rameau, por Jorge Ohnet.
- 8.—Humo, por Iván Turguenev.
- 9.—El pescador de Islandia, por Pierre Loti.
- 10.—Raffles el elegante, por E. W. Hornung.
- 11.—La Savelli, por G. Agustín Thierry.
- 12.—Amor de española, por J. E. d'Aureville.
- 13.—Fuerte como la muerte, por G. Maupassant.
- 14.—La dama vestida de blanco, por W. Collins.
- 15.—Crimen y castigo, por F. Dostoyewsky.
- 16.—Miss Mefistófeles, por Fergus Home.
- 17.—El sombrero del cura Cirilo, por E. Marchi.
- 18.—Tiempos difíciles, por Carlos Dickens.
- 19.—Las aguas del monte Oriol, por Guy de Maupassant.
- 20.—El hombre del antifaz negro, por E. W. Hornung.
- 21.—Venganza corsa, por Próspero Mérimé.
- 22.—Padre y fiscal, por Francisco Copé.
- 23.—El ilustre Cantasirena, por G. Rovetta.
- 24.—El ladrón nocturno, por E. W. Hornung.
- 25.—El ídolo de los ojos verdes, por P. Brehner.
- 26.—Los buscadores de oro, por E. Conselance.
- 27.—La bohemia, por Enrique Murger.
- 28.—La peña del muerto, por Quiller Couch.
- 29.—Los caballeros del bosque, por Jorge Sand.
- 30 al 169.—El hijo de Artagnan, por Paul de Féval (8 tomos).
- 170 a 172.—La señorita de Montecristo, por Carlos Solo (3 tomos).

COLECCION CONAN-DOYLE

- 1.—Cable en mano.
- 2.—Al galope.
- 3.—La bandera verde.
- 4.—La tragedia del Korosko.
- 5.—El millón de la heredera.
- 6.—El vendedor de cadáveres.
- 7.—El robo del diamante azul.

COLECCION VICTOR HUGO

- 8.—Bug-Jargal.
- 9.—Han de Islandia.
- 10.—El noventa y tres.
- 11.—El hombre que ríe (2 tomos).
- 12.—Los trabajadores del mar.
- 13.—Nuestra Señora de París.
- 14 y 15.—Los miserables (2 tomos).

COLECCION TOLSTOI.

- 16.—Resurrección.
- 17.—La guerra y la paz.
- 18.—La Sonata de Kreutzer.
- 19 y 20.—Ana Karenine (2 tomos).

COLECCION ROCAMBOLE POR J. PONSOU DU TERRAIL

- 21.—La herencia de los doce millones.
- 22.—El tonel del muerto.
- 23.—El Club de los Veintiseis.

- 24.—El Rival de Baccarat.
- 25.—La estocada de los cien luses.
- 26.—El juramento de la gitana.
- 27.—Las dos Condesas.
- 28.—El triunfo del mal.
- 29.—Rocambol tiene miedo.
- 30.—El espectro de la guillotina.
- 31.—Los Caballeros del Claro de Luna.
- 32.—La sombra de Diana.
- 33.—El pacto de las tres mujeres.
- 34.—El hombre de las gafas azules.
- 35.—El número ciento y diez y siete.
- 36.—La cárcel de mujeres.
- 37.—Los lobos de la nieve.
- 38.—El telegrama falso.
- 39.—Las garras de color de rosa.
- 40.—La taberna de la muerte.
- 41.—El fantasma de las cadenas.
- 42.—Las canteras del crimen.
- 43.—El cadáver de cera.
- 44.—La vida de los tres maridos.
- 45.—Las fieras de la selva.
- 46.—El barril de pólvora.
- 47.—Los tres verdugos.
- 48.—El molino sin agua.
- 49.—El plan del hombre gris.
- 50.—El cementerio de los ajusticiados.
- 51.—Una cita de amor.
- 52.—Los dos detectives.
- 53.—El reo de muerte.
- 54.—La cuerda del ahorcado.
- 55.—La niña muda.
- 56.—El secreto de la sartera.
- 57.—La casa de las rosas.
- 58.—Los papeles del asesino.
- 59.—El rapto de una muerta.
- 60.—El hilo rojo.

COLECCION DUMAS

- 61 y 62.—Los tres mosqueteros (2 tomos).
- 63 a 65.—Veinte años después (3 tomos).
- 66 a 68.—El Visconde de Bragelonne (3 tomos).
- 69 a 71.—El Conde de Montecristo (4 tomos).
- 72 y 73.—Arsenio (2 tomos).
- 74 a 76.—Las dos Dianas (3 tomos).
- 77 y 78.—El paje del Duque de Saboya (2 tomos).
- 79.—El Horóscopo.
- 80 y 81.—La reina Margarita (2 tomos).
- 82 a 84.—La dama de Monsoreau (3 tomos).
- 85 a 87.—Los cuarenta y cinco (3 tomos).
- 88 a 90.—Memorias de un médico (3 tomos).
- 91 a 93.—El collar de la Reina (4 tomos).
- 94 a 96.—Angel Pitou (3 tomos).
- 97 a 99.—La Condesa de Charny (3 tomos).
- 100 y 101.—El Caballero de Casa Roja.

ORTEGA Y FRIAS

- 102 a 104.—El tribunal de la sangre (3 tomos).
- 105 a 107.—El siglo de las tinieblas (3 tomos).

MAYNE REID

- 108.—La venganza del Amarillo.
- 109.—El bosque sumergido.
- 110.—El barco negro.
- 111.—Los naufragos de la Pantera.
- 112.—Las dos hijas del bosque.
- 113.—Mano Roja.



DON JUAN TENORIO

POR

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

TOMO PRIMERO



LA NOVELA ILUSTRADA
Director Literario: Vicente Blasco Ibañez.
Oficinas: Mesoneros Romanos, 42.
MADRID

DON JUAN TENORIO

POR

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ

PROLOGO

Margarita era una matrona de treinta años, si se nos permite llamar matrona á una mujer que ni aun en sueños se había casado. Y no era fea ni pobre. Su hermosura llegaba á lo maravilloso, y su riqueza á lo increíble. No era tampoco lo bajo de su estirpe lo que influía en su doncelléz. Por su padre era originaria de los Vargas y Figueras, y por su madre de los Venegas, familias ya muy conocidas entre cristianos y árabes en los buenos tiempos del Cid Campeador y de Abdel-Rajman el Grande. Tampoco podía atribuirse su soltería á las tiránicas exigencias de un padre, ni á los caprichos de un tutor ó de un pariente. Margarita por ambas líneas era la última de su raza. Su padre, don Alvaro de Vargas, había muerto del modo más honroso y conveniente para un noble y bravo caballero, dentro de su armadura, asido á su bandera y ensangrentada su hacha de armas, tres meses antes de que su madre, doña María Venegas, muriese dándola á luz. Margarita había nacido huérfana, pero hermosa, rica-fembra, y apadrinada por los Reyes Católicos. Por una coincidencia singular, sus padres habían nacido del mismo modo; así nacieron sus abuelos, y así todos sus ascendientes: los más pacienzudos genealogistas habían buscado en vano un ejemplo en los árboles de ambas familias: los Vargas, desde la antigüedad más remota, no habían producido más que varones huérfanos al punto de nacer; la ascendencia de doña María, hasta la cuarta abuela, no había procreado más que hembras hermosas y ricas, pero de carácter escéntrico y existencia fatal, como si su orfandad hubiese sido el resultado inevitable de una maldición lanzada sobre su raza. Con tales antecedentes, de suponer es que, á pesar de la hermosura y las riquezas de Margarita, se retrajesen los más enamorados de la descendiente

de una raza de mujeres que, á semejanza de las víboras, no podían ser madres sin causar la muerte de sus esposos. Pero tampoco era esta la causa del celibato de Margarita: el amor es una enfermedad del espíritu, una locura fatal, y los locos ni premeditan ni sienten miedo. Margarita había sido sitiada y combatida por cuantos flancos vulnerables pueden suponerse en una mujer. El valor había procurado hacerla reparar en sus laureles, la poesía en sus flores, la juventud en su entusiasmo y su adoración, la hermosura en sus incentivos, la riqueza en sus tesoros: el demonio de la tentación se le había presentado bajo todas sus fases seductoras, sin conseguir siquiera el ser notado de ella: la hermosura y la virtud de Margarita eran del género de las que imponen respeto; y los libertinos y los audaces, como los tímidos, se habían visto contenidos en sus demostraciones, y reducidos á un galanteo débil y circunspecto; jamás una palabra de amor había llevado su eco suplicante á los castos oídos de la codiciada belleza, y el alma de Margarita era un alma virgen, pura como la flor que no ha abierto aún su corola al beso lascivo de las auras.

Creyóse pues, por no creer otra cosa peor, que Margarita no «era mujer»; que Margarita no sentía el amor, porque no le concebía; que Margarita era una hermosísima estatua animada, pero sin afectos, sin sensaciones; en fin, y para decirlo de una vez, que el alma de Margarita no podía llamarse alma, puesto que en nada se parecía á las de las demás mujeres, y que era necesario inventar un nombre para el espíritu escéntrico que animaba su materia.

Se comprende perfectamente que estos absurdos eran el resultado de la desesperación y del amor propio ofendido de los amantes; porque todo consistía, no en que para Margarita se hubiesen invertido las leyes inmutables que han dado unidad y armonía á todo lo creado, sino en que su espíritu era poderoso, inmenso, dotado de exquisita sensibilidad y superior á las necesidades de la materia; por lo que se encontraba á una altura á la cual no podían llegar los espíritus

vulgares. Margarita tenía las plantas en la tierra y la frente en el cielo.

Pero como esas mismas leyes han hecho que no exista espíritu sin amor, ni amor sin materialismo; como el ser humano más perfecto no puede ser otra cosa que un ángel caído, y sujeto á miserias y pasiones; si Margarita hubiese encontrado en su camino un hombre semejante á ella, se hubiera unido á él por simpatía, le hubiera amado por necesidad, amándole hubiera materializado su espíritu, y al materializarlo hubiera descendido á la tierra.

Así es que en Margarita para con sus adoradores no existía otra cosa que indiferentismo.

Indiferentismo que se refería en ella á todo, y que la hacía tender de una manera fatal al aislamiento, á la soledad; necesitaba para respirar libremente, tener ante la vista la naturaleza virgen, engalanada con su pompa bravía, y contemplarla desde una altura inundada de esa luz fuerte y radiante que refracta el sol en los picos de las montañas, y por el lívido fulgor que deslumbra por su proximidad cuando arde el rayo. Necesitaba oír sobre su cabeza el estridor del trueno, y sentirle rodar despeñado hasta las profundidades de los valles; placíale mojar sus cabellos con el contacto de la bruma, y ver flotar á sus pies las nubes en un día de tempestad. La altísima cumbre de Muley-Hacem era como un dosel de la montaña en que se levantaba el castillo donde vivía, y bajo ella se escalonaban gigantes rocas que, descendiendo en rápida progresión, se hundían al fin como pirámides enanas en la arena de una ribera descubierta y árida, donde rompían, siempre inquietas, siempre bravas, las ondas del Mediterráneo.

Desde aquel torreón, rajado y ennegrecido por los siglos, se desplegaba ante los ojos un panorama maravilloso. En las límpidas y frescas alboradas que preceden á la primavera, en que el cielo aparecía de color de nácar, y el mar se asemejaba á plata fundida, antes de que el sol encareciese el ambiente, la vista, resbalando sobre la ondulante superficie del mar, podía distinguir la lejana costa de Africa como una neblina limitada por la silueta de las cumbres del atlas: los poderosos y pesados galeones, las ligeras carabelas, las débiles barquillas de los pescadores, con sus blanquísimas velas tendidas al viento, deslizándose rápidamente sobre las ondas, y dejando tras sí blancas estelas, semejantes á raudales de perlas, aparecían como cisnes perdidos en la dilatada extensión de aquel desierto de agua. Y cuando el sol iluminaba con su faja cerúlea el profundo horizonte; cuando su disco de fuego hacía brotar volcanes de destellos de la brillante superficie de las aguas; cuando se inflamaba el espacio, y la naturaleza pronunciaba la palabra de Dios con el lenguaje de las auras, con el murmurio de las frondas, con el canto de las aves y el retumbar de las cascadas, era necesario prosternarse y adorar al Autor de tanta

grandeza; al que había dado su diadema de nieve á la montaña, su perenne movimiento al mar, su verde de esmeralda á los valles, su azul al aire, y al sol su luz radiante, purísima y brilladora para alumbrar tanta maravilla.

Y Margarita tenía ojos para ver, y espíritu para sentir á Dios á la vista de la naturaleza; y lágrimas de conmoción velaban su mirada, en que lucían al par la fe y el entusiasmo ante ese cuadro grandioso é inimitable, cuya reproducción está vedada al pincel del artista y á la pluma del poeta.

Decididamente, Margarita era un ser escéntrico; pero su escentricidad era sublime.

II

Pasó la noche. La luz purísima de una alborada de primavera circundaba lánguidamente montañas y colinas, selvas y valles; la naturaleza sacudía el sueño y despertaba fresca y perfumada con la emanación de sus silvestres aromas.

Era un paisaje inmenso y salvaje, pero grandioso: en una extensión de cuarenta leguas no se alcanzaba á ver ninguna habitación, ningún ser humano, ni nada, cerca ó lejos, que revelase la sociedad, á excepción de un castillo compuesto de un cuadrado de murallas en medio de las cuales se levantaba, como un gigante de piedra, un torreón redondo. Este castillo, edificado sobre una roca tajada, á cuyo pie corría espumoso, turbio y atronador un torrente, hijo de las nieves de la montaña; este castillo, decimos, parecía una continuación de la roca; tal había petrificado el tiempo las primitivas uniones de sus enormes sillares, y cubiértole de ese musgo verdinegro que es, por decirlo así, la cabellera de ancianidad de los monumentos.

En vano se buscaba en su construcción el sello, el carácter de una época; pareciase más que á todo á esas excrescencias naturales, cortadas en aristas vivas por el paso lento y devastador de los siglos, que remedan fortalezas caprichosas, y de las cuales acaso era una copia. Desprovisto de almenas, rasgado por ventanas que parecían grietas á la distancia y se representaban de cerca estrechas y arqueadas; defendido únicamente en su acceso por una tosca puerta de roble, en la que terminaba un sendero escarpado, inaccesible á su espada por el tajo y el torrente; sin escudo, nombre ni bandera, era el digno rey de aquel desierto montañoso, á quién una vegetación fuerte daba encinas gigantes y praderas inmensas, cubiertas de bálsamo siempre verde, contrápuestas á las rocas graníticas que acá y allá, cerca y lejos, brotaban como ondas inmóviles entre aquel mar de verdura.

Parecía que se había evitado construir á la vista del castillo sobre las cumbres ó en los

valles que podían atalayarse desde él, cuando un hijo de la Alpujarra seguía en montería una pieza, si por acaso desde un punto cualquiera descubría el castillo, abandonaba el rastro y huía despavorido á precaverse con la oración y los ensalmos de la tremenda desgracia que, según una tradición arraigada aun en el tiempo de los moros en el país, acontecía á los que por su desventura fijaban la vista en el «Castillo del Diablo».

La tradición era una terrible leyenda reducida á muy pocas palabras; el castillo había sido construido por Satanás, en una sola noche, á la luz de la tempestad; cada treinta años nacía allí una niña y moría una mujer; el diablo arrebatava el alma de la madre y se introducía en el cuerpo de la hija; durante otros treinta años el castillo permanecía abandonado; pero al finar el último de ellos una dama vestida de blanco, servida por cuatro doncellas y acompañada de un escudero y doce hombres, desembarcaba en la playa situada frente al castillo, trepaba colinas y montañas, y establecía su residencia en aquel solar maldito, cuyos muebles antiquísimos se encontraban siempre limpios y flamantes, gracias al esquisito cuidado del diablo, su invisible conserje.

El primer día de primavera, la dama, vagando en la montaña, encontraba á un gentil caballero; al verle le amaba; al amarle era amada; poco después acontecía un horrible crimen; al día siguiente el diablo, disfrazado de cenobita, caseaba á los amantes, y al cumplirse el año cabal de la llegada de la dama al castillo moría dando á luz una hija, en ausencia de su esposo, del cual nadie volvía á saber. El castillo permanecía deshabitado durante treinta años, y al fin de ellos recibía otra nueva dama.

La tradición podía ser en boca de un narrador asesino el cuento de nunca acabar.

Esta era la historia del castillo; y tal el terror que causaba, que aunque se le hubiese dejado abierto y contenido un tesoro, nadie se hubiera atrevido á llegar á él ni aun armado con el valor temerario que dan la desesperación y la pobreza.

Ver el castillo producía una desgracia, entrar en él la muerte instantánea, á no ser hijo ó servidor de la raza condenada de sus señores.

¿Pero quién había podido relatar esta conseja? A no dudarlo provenía de algún crimen antiguo cometido en su recinto, legado á la posteridad con exageración y elevado á leyenda por la superstición.

Margarita, poseedora del castillo por su madre, que le había heredado de la suya, conocía la tradición; pero la había mirado con su habitual indiferencia, en cuanto al peligro, no en cuanto al resultado que producía en la comarca; merced á él podría vivir libre, entregada á sí misma en lo inmenso de la soledad, y esto era bastante: romancesca además, quiso realizar una vez al menos la leyenda; contaba ya

treinta años, y tomó tan bien sus medidas, que puso la planta en el umbral del castillo al mediar el primer día de Enero del año 1499.

Encontró allí la soledad que buscaba, pero una soledad sombría; aquel recinto, donde había abierto los ojos á la luz, parecía recibirle como una cosa esperada de antemano, y las extensas y oscuras cámaras hacían brotar para ella de sus paredes un lenguaje extraño y lúgubre, que percibía sin comprenderlo. Aquella tradición que había despreciado estaba como un espectro, replegada en cada ángulo, en cada bóveda tenebrosa donde se posaba su vista, cuando huyendo de aquel encanto inexplicable subía á la plataforma del torreón, creía ver allá en la distante ribera una barquilla, y en ella una dama blanca, pálida y hermosa; huía á la montaña cabalgando en su caballo favorito, y las rocas, los tamarindos, y los breñales parecían animarse y saludarla á su paso y sobre las cumbres en el fondo de las quebraduras, entre la fronda de la enramada se la presentaba do quiera un rostro pálido y hermoso, pero de expresión melancólica y apenada. Sueño acaso de su imaginación romancesca, misterio tal vez que no comprendía, la visión la aquejaba por donde quiera; y este sueño, este misterio, tenaces siempre, la transformaron de indiferente en preocupada; sus sueños, antes dulces y tranquilos, eran entonces tristes y apenadores, y desaparecían al despertar de su memoria, sin dejar en ella impresión alguna; sólo recordaba que había sufrido, y esto por un momento, después del cual ningún recuerdo le quedaba de sus sueños.

Sintió miedo dentro de aquel recinto misterioso, y quiso alejarse de él; pero su voluntad era débil; obedecía á sus nuevas impresiones como antes había obedecido á su indiferentismo. Margarita era un ser impulsado por la fatalidad.

A medida que se acercaba el primer día de primavera, sentíase más y más impresionada por un desco que al principio fué un pensamiento vago y después una necesidad imperiosa; deseaba ver realmente, de una manera indudable, aquel fantasma pálido y hermoso, que desaparecía como un vapor que se dilata, cuando pretendía reposar en él su mirada: ansiaba escuchar su voz, como si hubiese de aliviarla del extraño malestar de su corazón, y esperaba con impaciencia que amaneciese el día en que, según la tradición, debía encontrar en la montaña al gentil caballero, pálido y hermoso.

Este desco respecto á un ser fantástico hubiera sido extraño en otra mujer que, como Margarita, no hubiese reparado en el amor harto perceptible de los más nobles y gallardos caballeros de la corte de Isabel I, pero en ella era una consecuencia de su carácter; su pensamiento acogía aquel fantasma y deseaba que adquiriese formas reales, porque era hijo suyo, porque era el bello ideal de su pensamiento.

Llegó el día solemne. Margarita iba á saber

si la tradición mentía: por la vez primera sintió ese deseo de agradar, innato en el corazón humano, y especialmente en la mujer; por la primera vez comprendió el poder de la hermosura, y se puso de una manera interesada delante de un espejo; por la primera vez también se contempló hermosa, y sonrió á su hermosura, como el avaro al oro de sus arcas, y el valiente á la hoja de su espada.

Comprendió cuánto realce da un tocado á la brillantez y lo profuso de unos cabellos negros; cuánto el color y el buen gusto de un traje favorecen á unas formas modeladas y puras, á una tez blanca y transparente. Margarita, pues, se atavió de una manera sencilla; una flor en los cabellos, un traje blanco y flotante y un cinturón azul. ¿Pero qué importa? ¿Hay nada más bello ni más rico que la elegante sencillez de una joven hermosa? El oro y los brocados que deslumbran queden en buen hora para ocultar la deformidad; á una mujer bella le basta el resplandor de su hermosura.

Pasó la noche. Ya las neblinas se dilatan sobre los valles, y las aves revuelan cantando entre las enramadas un himno más armónico, más sentido, más puro que nunca. Aparece el primer día de primavera, y la altísima punta de Muley-Hacem refracta sobre su dura nieve, como sobre un inmenso diamante, el rayo naciente del sol. Ha llegado la estación de las flores y de las auras, en que el amor se oculta con las aves en las obscuras frondas y visten las praderas su manto de esmeraldas. La naturaleza va á ofrecer sus tesoros á los vivientes, y ese himno alegre y magnífico es la ofrenda de gratitud de las criaturas. Todo parece sonreír, todo se muestra vigoroso; la luz, la vegetación, el limpio azul del espacio. Sólo el castillo conserva su aspecto misterioso y fatídico; es un esqueleto carcomido por el tiempo que se levanta entre tanta juventud y lozanía como para recordar la decrepitud y el no ser.

Ha brillado la aurora del primer día de primavera, y Margarita, hermosa, joven, pura como la naturaleza que la rodea, abandonada sobre el caparazón de un poderoso caballo negro, va á salir al encuentro de su fantasma, va á buscarle entre las quebraduras.

¡Ay si la tradición no es un sueño! ¡Ay de la virgen sin amor!

Allá va la amazona. Nada más bello que ese ángel humano que pasa como una ilusión, conducido por un generoso bruto, que dilata las anchas narices, y respira satisfecho, orgulloso de su carga. Es negro como la noche, y en su altiva frente se marca una mancha blanca. Su piel es tersa y brillante como la seda, y su crencha flota acompañada á su pujante galope. Su ojo inteligente y fiero centellea abarcando tuilados é incesante su camino. Su instinto

evita las asperezas para que su movimiento no se haga rudo, y su galope es igual, poderoso y sostenido. Parece hijo del huracán. Allá quedan rocas y breñas; cada vez que vuelve un recodo otea un nuevo paisaje. La brida suelta, ni abusa de su poder, ni tiene voluntad. Si él estuviera libre salvaría sin miedo breñas y desfiladeros, se lanzaría en la pradera y la hollaría inquieto y altivo, como un señor sus dominios. Pero guarda una existencia preciosa; diríase que el espíritu de un galante y enamorado caballero anima al bruto y preside sus acciones.

Y ella, la hermosa dama, se inclina sobre el cuello del corcel y murmura dulces palabras como pretendiendo premiar su esfuerzo; su reducida mano acaricia su cuello... y ¡allá van, allá van! ¡Rocas y breñas, dejadlos pasar!

—¡Vuela, vuela, corcel mío, el del blanco lucero! ¡Vuela! ¡Allá está el gentil mancebo! ¡Vuela!

Y la brisa que arrastra entre sus alas las palabras de Margarita se revuelve lasciva entre sus cabellos, besa la flor casi desprendida de su tocado y agita la flotante falda que vuelve á cubrir envidiosa en continua lucha con el viento, el pie más lindo de que jamás se enorgullecíó una mujer.

De improvviso se detuvo el corcel, irguió el cuello, enhiestó las orejas y lanzó un relincho bravío, semejante á una voz de alerta. Había recorrido más de una legua; el castillo «del Diablo» se ocultaba tras espesos encinares, y Margarita tenía ante sí una senda escarpada que se perdía entre lo oscuro de la selva.

El caballo permaneció inmóvil, con la mirada centelleante y fija en lo más alto del sendero. Margarita le estimuló. El caballo lanzó un vigoroso resoplido y permaneció inmóvil.

Su instinto le decía que al fin de aquella senda, tras la espesura se ocultaba un peligro.

—Adelante—exclamó Margarita—; adelante hoy es el primer día de primavera, y el hermoso caballero aguarda.

Y lanzó alegre una carcajada, que devolvieron lúgubramente los ecos.

El caballo, como impulsado por un poder superior, avanzó hacia el sendero, devoró su distancia y se lanzó en su altura y en medio de un claro de la selva.

Ningún lugar más lúgubre ni más bravío; la luz debilitada por el ramaje de encinas centenarias parecía atravesarle penosamente; informes rocas escalonadas y rojizas le rodeaban como una valla, y un arroyo desprendiéndose de las quebraduras le prestaba una voz monótona y triste en el zumbir de su caída; allí no crecía la hierba, y los cascos del caballo resonaban huecamente sobre un terreno calcáreo.

Siete monteros apostados tras otros tantos troncos, encendida la mecha del arcabuz, con la

vista y el oído atentos, aparecieron de repente á la vista de Margarita, que recobró las bridas y refrenó al corcel, quedando situada en el centro del claro.

Por un instante, un sentimiento de extrañeza contuvo á los monteros; luego se adelantaron y uno de ellos se dirigió con la altanería grosera del hombre de las selvas á Margarita.

—¡La dama blanca!—exclamó—. ¿A qué alma condenada buscas por aquí?

—Hoy es el primer día de primavera—prorrumpió otro de ellos—, y la bruja maldita ha abandonado su castillo «del Diablo».

—¡Estáis locos—observó un tercero—. Esa prenda no es ni más ni menos que la hermosa pieza que nos envía nuestra buena fortuna.

—¿Quién ha dicho que «nos envía»?—dijo otro—. ¿Crees tú acaso que esa dama es mas que mi cautiva?

El asombro enmudeció á Margarita.

—¡Tu cautiva!—exclamaron en coro los monteros.

—Es morisca—gritó el interpelado—. ¿No veis los arneses de su caballo? Una oveja perdida que huye de su aldea. Lo que la selva da es del mono. ¡Yo soy vuestro capitán!

Margarita, en su ignorancia de las pasiones humanas, no comprendió otra cosa sino que aquellos siete hombres pretendían detenerla en su camino, y se irritó.

—Paso—dijo—, paso, lebreles; y aguijó á su caballo.

—La corza quiere ganar el viento—gritó el que parecía cabeza de aquella gente—, y ya que nos llama lebreles, bueno será que sepa que la tenemos acorralada.

Y se lanzó á asir el freno del caballo.

Pero el valiente animal había partido y volaba en dirección á la salida.

Ninguno de aquellos hombres dijo una palabra; pero cual si se tratase de un ciervo, asestaron sus arcabuces, ardieron los cebos, sonó una detonación, y el caballo y Margarita rodaron por tierra.

Una carcajada satánica se exhaló de todas aquellas bocas, y los siete se lanzaron hacia Margarita, que había sido arrojada por el caballo y se levantaba pálida de indignación y de cólera.

—¡Bandidos, cobardes, ladrones!—exclamó con una voz ahogada por el furor.

Una segunda carcajada general contestó á la joven; pero de repente la risa cesó, y una palidez mortal cubrió el rostro de cada uno de aquellos hombres, que se retiraron como por una repulsión violenta de Margarita, y fueron á colocarse en los puestos que habían abandonado á su llegada.

Cerca de ellos y entre la espesura había retumbado el sonido ronco y vibrante de un cuerno de caza.

Rodaron algunas piedras por las quebraduras

y tras ellas saltó por las breñas un caballero con traje de montería y con un arcabuz en la mano.

Margarita le vió, dió un grito de placer y de terror, tendió hacia él los brazos y cayó desmayada.

Había reconocido en él á su fantasma, á su bello ideal; pero le había encontrado en la montaña el primer día de primavera.

La tradición no mentía; era una terrible verdad.

III

El hombre que había aparecido tan á tiempo para salvar á Margarita, se detuvo en el mismo sitio donde había caído al saltar por los breñales, y miró con una fijeza sombría á los siete monteros.

El que parecía su jefe, rudo y feroz montañés, desafiaba aquella mirada con un ademán provocativo, mientras los otros seis, repuestos del terror que les había causado el son de la bocina, preparaban sus arcabuces y adelantaban hacia el desconocido.

En aquella situación solemne, el cazador abarcó en una mirada el peligro, asió á Margarita y con una fuerza prodigiosa la llevó tras una roca, la depositó con cuidado sobre el musgo, preparó su arcabuz, sopló la mecha, apuntó, y un momento después el jefe de los bandidos saltó sobre su terreno y cayó herido de muerte.

El cazador tornó á asir á la joven y trepó con ella por los breñales, lanzando al mismo tiempo á los ecos de la selva el ronco sonido de su cuerno de marfil, y cubriéndose en su huida con los árboles y las rocas.

Los monteros seguían adelante, conocedores del terreno, circunvalaban la espesura y trepaban con ardor á través de las breñas, irritados con la muerte de su capitán, y ansiosos de venganza: eran una manada de lobos que se lanzaban hambrientos sobre el rastro de una presa.

El desconocido escuchaba sus gritos y avanzaba, pero de una manera lenta, embarazado con su carga.

Volvió á resonar su cuerno, pero con una fuerza desesperada, como el grito de socorro de quien ve el puñal de un asesino levantado sobre su pecho.

Otro cuerno, pero lejano, contestó retumbando entre la espesura, y el caballero cobró aliento; sostuvo aún sobre sus hombros á Margarita, y se aventuró en un sendero.

Los bandidos se acercaban: escuchábanse sus gritos furiosos y el ruido de sus espadas de monte cortando la maleza. Por tercera vez se oyó la corneta del incógnito, pero atronadora, inmensa, rugiente, la otra bocina contestó, ya cerca, acompañada de terribles ladridos.

El caballero se detuvo en la plataforma de una

roca truncada y cubierto de un espeso jaral, espero.

Los bandidos pasaron saltando junto á él sin verle, y al mismo tiempo otro caballero joven apareció en el borde de una cortadura, y saltó precedido por tres enormes perros de montería, que se precipitaron en el jaral, y se echaron sumisos á los pies del caballero, que por el momento sólo tenía ojos para Margarita y corazón para su peligro.

—¡A mí, á mí!—gritó el recién venido, dirigiéndose á cuatro monteros que aparecieron en la misma cortadura de donde se había desprendido—. Embestid á esos miserables que infestan nuestra comarca y se atreven á acometer á sus señores.

Aquellos hombres saltaron á su vez, llamaron á los perros, y los lanzaron sobre el rastro de los bandidos, precipitándose tras ellos por una senda escarpada.

—Agua, hermano mío—gritó el primer caballero al recién venido—. Esta dama se muere; socorrámosla, Gastón.

—Sí, socorrámosla y abandonémosla.

—¡Abandonarla!

—Recuerda la tradición de nuestra familia, Geofre—dijo Gastón, que era el más joven de los dos.

—¡Tradiciones! consejos sólo á propósito para asustar chiquillos y mujeres. Pero el agua, Gastón... Toma mi capacete, tras esas rocas se oye una corriente. Seamos cristianos antes que supersticiosos.

—¡Cristianos, Geofre!—dijo con un acento profundo Gastón—. ¡Tú no crees en Dios!

Una expresión de cólera mal contenida alteró el semblante de Geofre.

—Hace algún tiempo, Gastón—dijo con voz lúgubre y reconcentrada—, que resistes mi voluntad. Yo soy tu hermano mayor, yo represento á nuestro padre. Te he pedido dos veces agua, y no has ido por ella.

Un vivo rubor coloreó el semblante de Gastón; tomó en silencio el capacete que su hermano le presentaba como una confirmación de su mandato, y se alejó en silencio hacia el lugar donde sonaba la corriente.

Geofre entre tanto se entregó á una contemplación profunda de los encantos de Margarita, que abandonada entre sus brazos, sepultada en el sueño de su desmayo, era para él lo que una estatua de magníficas formas, en cuyo semblante un escultor de genio hubiera representado un alma casi divina, que por la voluntad de un dios debiera animarse, infiltrar su ardiente mirada, y envolver en el perfume de su aliento á él, que la miraba ansiando gozar la sonrisa de aquella boca lívida y la clara luz de aquellos ojos inertes.

Y tras una seductora esperanza, la duda, ese terrible torcedor del alma, comprimía su corazón; temía que aquella mujer que había arrojado la suerte ante su planta, no fuese para

él más que una visión corpórea, un cadáver que ceder á la tierra, y un recuerdo apenador de una felicidad vislumbrada.

Geofre amaba, pero no con ese amor que necesita, para sublimarse á la pasión del tiempo y de los sacrificios, sino con ese amor de raza pura que identifica dos seres al choque de una mirada, á la expresión de un afecto; con ese amor que corroe el corazón en una inquietud eterna, que se devora y crece devorándose; con el amor que arrastra al crimen y al olvido; de sí propio, y mata la voluntad haciéndola esclava de la del ser que se ama.

Predestinados acaso por amarse, un poder misterioso había enclavado, por decirlo así, en el semblante de Margarita la pasión que causó su desmayo; en su boca entreabierta se obstentaban al par el dolor de un padecimiento intenso y la sonrisa purísima del deleite; discordantes efectos de ese goce inmenso, que dilata el corazón hasta hacerle estallar, encontrándole pequeño para contener dentro de sí un tesoro de felicidad.

Geofre, al verla de improviso ante sí, había palidecido y temblado; la había visto tender hacia él los brazos, inflamarse sus ojos, con un relámpago de pasión emanado del alma, había devorado ansioso su dulcísima sonrisa y escuchado el grito desgarrador que precedió á su desmayo. Geofre comprendía que amaba y que era amado. ¿Por qué? No lo sabemos: jamás sus ojos habían visto formas semejantes á las suyas.

Abstraído en aquel sueño de amor, no reparó en la proximidad de Gastón, que inmóvil con el capacete lleno de agua, fijaba también una mirada profunda en el semblante de Margarita.

Geofre alzó la frente, le vió, sorprendió aquella mirada, y su rostro se nubló. Empezaba á sentir celos, pero celos horribles, celos de su hermano.

—¿No escuchas el fuego de nuestra gente, Gastón?—dijo tomando de sus manos el capacete, y rociando con agua el semblante de Margarita.

—Nuestros hombres son valientes—contestó con acento breve Gastón.

Después de esto los dos hermanos guardaron un silencio que tenía mucho de hostil; Geofre bañó de nuevo el rostro de Margarita, que al fin tornó en sí, abrió los ojos, vió á Geofre, le sonrió como á un amante, cruzó con su mirada una mirada intensa, y dejó caer lánguidamente la cabeza sobre su seno.

Gastón comprendió que su hermano era amado y un impulso de odio, de enemistad, subió de su corazón á su cabeza; el espíritu del mal había puesto una mujer entre aquellos dos hombres, y habían dejado de ser hermanos.

—Es verdad—dijo Gastón no pudiendo sufrir el espectáculo de la felicidad ajena—; nuestras gentes lidian con los bandidos, y yo estoy aún aquí...

—Sí, sí, Gastón, vete—dijo Geofre con la im-

paciencia de quien desea verse libre de un impotente.

Gastón lanzó una última mirada á Margarita, apretó convulsivamente su arcabuz, miró frente á frente á su hermano, y se alejó: un momento después se oía su cuerno retronando con una armonía diabólica y salvaje, disminuyendo rápidamente como si el que le tocaba huyese con las alas del terror.

Gastón hufa del crimen. Geofre era su hermano.

Al fin nada se escuchó.

Margarita había recobrado sus fuerzas, estaba sentada sobre el tronco de una encina abatida por el huracán, y Geofre de pie junto á ella le dirigía la palabra.

—¿Por qué habéis venido sola, señora? Sin la casualidad que me ha permitido defenderos...

—¡Defenderme! Si en verdad: os habéis mostrado para conmigo generoso y valiente, pero yo no he tenido miedo.

—¿Qué? ¿no os ha aterrado el peligro de que he tenido la dicha de salvaros?

—Hoy es el primer día de primavera; el día del amor, Geofre, y no era morir mi destino.

—¿Vos sois la dama blanca del castillo «del Diablo»?—dijo Geofre, palideciendo.

—Así llaman en la comarca á todas las damas de mi familia: que vienen á morar en su señorío de Muley-Hacem.

—¿Conocéis la tradición, señora?

—Sí—dijo bajando los ojos Margarita.

—¿Y sabéis que hoy es el primer día de primavera?

—Ya os lo he dicho, Geofre.

—¿Quién os ha revelado mi nombre?

—Le he oído en sueños unido á vuestro semblante; yo os conozco; vos sois el prometido de la dama blanca del castillo; el gallardo cazador de la montaña.

Geofre palideció aún más. Margarita hablaba de una manera tan cándida, que era preciso creer en su sinceridad, y por otra parte le trataba como si lo hubiese conocido mucho tiempo antes.

—¿Y creéis—la preguntó Geofre—, que la tradición sea verdad?

—Antes de veros no, ahora sí.

—Según eso—observó livido ya Geofre—, ¿creéis que vos y yo somos la dama del castillo el cazador de la montaña?

—Lo creo.

—¿Y me amáis?

—Si es amar, desear, esperar, y sufrir, os amo, Geofre, os amo, y quiero que me améis. Yo no sé por qué, cuando pienso que esa tradición puede mentir, y no ser vos mi prometido se me desgarra el corazón.

—Conocéis la tradición de vuestra familia, señora; ¿pero sabéis el nombre de familia de vuestro esposo?

—Sí, ese nombre es el vuestro, Geofre Tenorio.

—¿Sabéis que no podéis pertenecerme sino cuando el crimen manche mis manos?

—Sí—contestó palideciendo Margarita—. Yo me había burlado de la tradición y de mis sueños; pero la tradición y los sueños crearon para mí un ser que yo creía hijo de mi fantasía, un ser que debía aparecerse en la montaña; dudaba aún, y vine, y os encontré... y érais vos aquella visión, aquel ensueño convertido en realidad: ya no puedo dudar de nada, ni vos dudaréis porque yo os lo afirmo. Y si todo es verdad, ¿qué crimen es ese que ha de acompañar á nuestras bodas?

—No lo sé, señora, ni me atrevo á pensar en ello; pero esto sin duda es un sueño, me habéis visto alguna vez.

—¡Nunca!

—El acaso, un acaso rarísimo; ¿no se ven con frecuencia dos hombres hijos de distintos padres y de tierras opuestas que son, sin embargo, enteramente parecidos? ¿Por qué no creer que la casualidad hace que yo me parezca á vuestro fantasma, señora?

—Vuestro destino, Geofre, es lúgubre como el mío; os he visto lanzar una mirada de muerte á ese joven que acaba de separarse de nosotros.

Geofre se estremeció.

—¡A mi hermano, señora! ¡a ese noble y valiente joven que acaba de salvarnos la vida! ¡al niño á quien llamaba mi madre el ángel de su familia! ¡Mi hermano! ¡Oh! eso es imposible; basta con lo hecho: antes me arrancaría el corazón.

—¡Vuestro hermano!—exclamó con espanto Margarita—. ¿Ese joven es vuestro hermano? Separémonos, Geofre, y pongamos á Dios entre nuestro destino; ¿qué importa que nos amemos, si ese amor ha de costarnos la paz en la tierra y la salvación en el cielo?

—¡Separarnos! Sí, es verdad; como vos tengo miedo, un miedo que no he conocido jamás. ¡Oh! ¡mi hermano! ¡Y si pesa sobre nosotros la maldición de Dios!

—Pues bien, Geofre, separémonos; abandonad esta comarca y yo abandonaré mi señorío; volveré al lado de la reina, entraré en el claustro de Santa Isabel la Real, y allí, yo sola me perderé, porque jamás podré amar á Dios.

—Vuestras palabras combaten, señora, lo mismo que aconsejan; cuando un hombre se siente amado de tal manera por una mujer como vos, nada le detiene, ni los agüeros, ni los horóscopos, ni las tradiciones: el amor lo domina todo, y yo os amo... no sé con cuánta fe, con cuánta voluntad.

—¿Aun sobre la sangre de vuestro hermano? Geofre se estremeció de nuevo y calló.

—Adiós, adiós pues, noble y valiente caballero—dijo Margarita, haciendo un violento esfuerzo para aparecer serena y devorando en su corazón las lágrimas.

—¿Os vais, señora?

—Sí, debemos separarnos, y nos separamos.

—¿Y qué haréis sola, á pie, entre estos breñales infestados de lobos y bandidos?

—Dios me salvará.

—Ya os ha salvado por mi medio; dejad, pues, que hasta el fin sea vuestro salvador.

Margarita habia ya agotado toda su fuerza de dominio respecto á sí propia, y no supo resistir la voluntad de Geofre. Se asió de su brazo y empezaron su marcha hacia el castillo.

IV

Gastón, lanzado á la carrera, salíaba las breñas, atravesaba los jirales, salvaba los barrancos y los arroyos, y su cuerno seguía retumbando siempre, exhalando en una queja dolorida el amor funesto que se habia apoderado de él á la vista de Margarita.

Corría sin dirección, sin objeto, por donde el impulso de su carrera lo llevaba, ciego á todo, abstraído en el tenaz recuerdo del pávido y hermoso semblante que sólo habia entreabierto sus ojos y su boca para mirar y sonreír á su hermano Geofre.

Se habia apartado sin conocerlo del camino seguido por los bandidos y los monteros; lentamente se habia alejado el ruido de los disparos, y al fin nada se oía; el cuerno de Gastón retonaba solo señor absoluto del silencio en las soledades de la montaña.

Gastón se detuvo en fin; habia corrido mucho, y su cuerpo se paró naturalmente como una máquina falta de impulso; el joven dominó por un momento su fantasía, y miró en torno suyo con atención.

Frente á él se levantaba en la cumbre de una roca un torreón macizo y viejo; no se veía ni un hombre en sus almenas destrozadas, ni una dama en sus estrechas, profundas y largas ventanas. Parecía colgado del borde de un enorme tajo, y un turbio y atronador torrente se revolvía espumoso estrellándose en espumas y derrumbándose en cascadas sobre las rocas de su lecho.

Gastón se aterroró, y miró con atonía aquel torreón rasgado y lúgubre.

Era el castillo del Diablo.

El joven hizo la señal de la cruz, murmuró una oración, y se volvió trepando con ardor por la montaña hasta perder de vista el castillo: entonces, fatigado de alma y cuerpo, se sentó; y niño aún, como que apenas contaba quince años, se puso á llorar.

Según sus ideas y el estado de su alma, era muy desgraciado; su hermano le trataba con dureza; habia encontrado á una mujer hermosa á quien amaba sin esperanza, y habia visto el castillo del Diablo.

Tres desgracias á un tiempo; tres desgracias

para él, acostumbrado al dulce amor de su madre, que perdía los dedos en sus blondos cabellos y le llamaba su ángel.

Aquella noble, hermosa y amante señora no existía; su hermano renegaba de él; estaba solo en el mundo, y lloraba.

De improviso, un rumor lejano le distrajo de su dolor; era el eco de una voz salvaje y ronca que entonaba un cantar extraño, interrumpido de una manera brusca de vez en cuando, y proseguido con más fuerza y extensión:

¡Ya la primavera empieza!

¡Ya hay flores en la llanura!

¡Ah! ¡ah! ¡ah!

La virgen en la aspereza

Busca amante á su hermosura.

¿Dónde está?

Estas palabras entrecortadas, rápidas, pero vigorosamente pronunciadas con una armonía extraña se dejaban escuchar perfectamente; y aquel «¿dónde está?» retumbaba como un grito de furor, de desesperación, y sobre todo de impaciencia.

Gastón miró en dirección al lugar donde sonaba la voz, que una vez concluida la única estrofa que cantaba la repetía, y se acercaba más y más.

Por último, entre las cortaduras de la cumbre de una roca y en el extremo de un áspero y estrechísimo sendero que terminaba cerca del sitio donde estaba Gastón, apareció un grupo negro é informe, compuesto de un hombre y de un perro.

El animal saltaba, saltaba el hombre asido á la peluda piel del perro; si el sendero se cortaba en un punto del descenso de la roca, aquel ser extraño saltaba sobre el perro, y jinele en él, salvaba cortaduras y asperezas; después volvía á su anterior posición; trotaba ó corría, siempre asido á la piel del animal, y siempre entonando su cantar monótono y singular.

Gastón vió con asombro acercarse aquel grupo, compuesto de dos partes que parecían excepciones de raza: el hombre era un jorobado, con pies y manos de gigante y cuerpo de enano; el perro era un animal gigantesco, cuyas patas se veían cubiertas por una lana larga y espesa que tocaba al suelo; corrían, saltaban, mezclaban su canto y su ladrido, se ayudaban mutuamente y parecíanse uno creado para el otro; se armonizaban pues; componían un todo indescriptible, satánico, espantoso.

Con una velocidad extrema recorrieron la senda; bajaron á la rambla, y se encontraron frente á frente con Gastón, que á su llegada se habia puesto de pie.

El hombre vestía una hopalanda de paño negro; llevaba una gorra de terciopelo negro con plumas del mismo color; un laúd á la espalda,

y sobre su redondo vientre, pendiente de un tabarte de seda azul bordado de plata y adornado con cascabeles, un largo y ancho puñal que podía servirle de espada.

El rostro de este hombre revelaba juventud, pero una juventud tísica; belleza, pero demacrada y triste; y algunas veces, en sus magníficos ojos negros, una mirada de generosidad, de benevolencia, de buenos instintos, en fin, que pasaba instantáneamente para dejar su lugar á una expresión dura, cruelmente refinada, inquieta y amenazadora.

Allí dormía indudablemente un alma grande y buena, pero emponzoñada por el sarcasmo, herida por el desprecio, desolada por el abandono, alimentada por la venganza.

El perro, por el contrario, era un gigante; venía á ser para el enano lo que un caballo para su jinete; sus lanas largas, fuertes y rígidas como cerdas, ocultaban sus formas, sus ojos y su boca, de la cual sólo se veían dos largos colmillos de jabalí.

Hombre y perro se detuvieron al mismo tiempo delante de Gastón, y el semblante del primero se iluminó con una expresión de alegría, pero inmensa, insensata. Sonrió horriblemente, y cantó de nuevo:

¡Ah! ¡ah! ¡ah!
¡La virgen que en la espesura
Busca amante á su hermosura!
¿Dónde está?

Predispuesto Gastón, sintió enardecerse su sangre al choque de la insolente mirada del enano, que le contemplaba con los ojos móviles, radiantes de alegría y preñados de amenazas.

—¿Qué me quieres? — le dijo con altanería.

—Tú eres el gentil caballero de la montaña.

—No te entiendo.

—Tú buscas una dama.

—¡Yo!... ¡yo huyo de ella! — exclamó Gastón con un acento de dolor semejante al de quien se siente bruscamente tocado por una mano extraña en los bordes de una llaga.

—¡Qué huyes tú de Margarita! ¡de la virgen hermosa! ¡de la mujer pura!

¡Ah! ¡ah! ¡ah!
Ella busca en la aspereza
Un amante á su belleza,
Y un cadáver hallará.

El enano, después de su canto, lanzó una carcajada histérica.

—¡Imbécil! — exclamó Gastón — si esa dama, si esa Margarita es la misma de quien he huido, ha encontrado ya á su amante, y reposa entre sus brazos.

El enano lanzó un grito horrible; su palidez aumentó en intensidad, y dos lágrimas solas se deslizaron á lo largo de sus mejillas.

—¡Dices que ha encontrado á su amante! — exclamó.

—Sí — contestó secamente Gastón.

—¿Le has visto tú?

—Es mi hermano.

—¿Y le ama?

—Sí.

—¡Mientes!

—¡Miserable! — exclamó el joven, levantando su arcabuz sobre el enano.

Instantáneamente éste arrancó el arcabuz de las manos de Gastón, y asiéndole de un brazo le atrajo á sí con una fuerza invencible, desnudando su puñal.

Gastón tuvo miedo. El enano aspiró aquel miedo hasta el fondo de su alma y se sonrió con delicia.

—¡Dices que Margarita ha encontrado á su amante!

—Sí — contestó instintivamente el joven.

—¿Dónde?

—En la montaña.

—¿Muy lejos?

—He perdido el camino.

Los dientes del enano rechinaron como los de un epiléptico.

—¿Qué has perdido el camino? ¿qué la has abandonado, cobarde, á otro hombre, y la amas? ¡Oh, ven!

Y arrastró al joven; hizo olfatear al perro, que sin duda encontró un rastro, y se lanzó por él.

El enano saltaba y corría asido á las lanas del perro; Gastón se sentía arrastrar como por un torbellino.

Cada vez que el enano llegaba á una cumbre, miraba en torno suyo cuanto se tendía á sus pies; luego tornaba á empezar su carrera precipitada, insensata, diabólica.

Hubo un momento en que se detuvo, ahogó un grito y se puso la mano sobre el corazón; por el fondo de una rambla adelantaban una dama y un hombre: iban á pie; la dama se apoyaba en el brazo del galán, que la sostenía; é inclinaba hacia ella su semblante. Alguna vez aquellos dos semblantes se unían.

Eran Margarita y Geofre.

El enano depró un rugido, cambió de dirección, se alejó de la vista de los dos amantes, y se internó con Gastón en un espeso talar.

Allí se detuvo.

—¿Amas á esa mujer? — le dijo.

—Sí — contestó Gastón.

—Yo la amo también — repuso el enano.

—¡Tú! — exclamó con extrañeza el joven.

—Yo, sí; ¿acaso no tengo yo corazón, y un corazón mejor que el tuyo? Es hermosa, es verdad, y mi deformidad que ahora la divierte la espantaría si supiese que bajo este rudo vestido de carne se oculta un amor tan grande como basta para que no lo comprendan los hombres. Si yo la demostrase mi amor, se ofendería, y yo no quiero ofenderla; me aborrecería y no quiero que me aborrezca.

—¡Luego lo que sientes son celos!—dijo con amarga intención del joven.

—Lo que siento es miedo.

—Sí, miedo de que un esposo la arranque de ese castillo maldito y la aleje de la caverna donde sin duda habitas.

—Yo vivo en el castillo de Muley-Hacem.

—En el castillo del Diablo, querrás decir.

—Lo mismo da. Sabe que soy bufón de la muy alta y poderosa señora doña Margarita de Vargas y Venegas.

Al saber que se trataba de uno de esos seres abyectos de que en aquellos tiempos se proveían las gentes de linaje y cuantía, para entretener el ocio con sus sandeces, el orgullo de raza de Gastón se rebeló y sintió rubor de haber cedido a un sentimiento supersticioso, que le había hecho mirar al enano como á un ser sobrenatural.

—¡Y tú, bufón despreciable!—dijo con arrogancia el joven—, tienes la audacia de entrometerte con caballeros! ¡Y te atreves á amar á tu señora!

—¡Los señores! ¡siempre los señores insolentes y déspotas, que creen que para ellos solos ha criado Dios la luz del sol, los frutos de la tierra y la hermosura de las mujeres! ¡Bufón, miserable bufón! ¿quién eres tú para nosotros, que somos hermosos, ricos y sobre todo nobles? ¡Te hemos comprado para que nos diviertas, para que te rías y nos hagas reír siempre, aunque tu corazón destile sangre! ¡Te hemos comprado la alegría y no tienes derecho á estar triste! ¡Canta, bufón, canta amores á la hermosura, pero no la codicies! ¡Te bastan tu holapanda, las migajas que te arrojan desde nuestra mesa, y nuestro blasón que llevas al pecho! ¡Miserable bufón! ¿quién eres tú para amar á una dama hermosa, rica y pura? ¡Tu alma debe ser de distinta especie que la nuestra, que somos poderosos infanzones, y tenemos poder bastante para tratarte como á nuestros perros y á nuestros caballos!

El enano había pronunciado su anterior declamación de una manera tan dolorosa, tan enérgica y tan sentida, que Gastón se sintió dominado á su pesar.

—Y sin embargo—continuó el enano—, ese esclavo, ese ser informe para quien la naturaleza ha sido una madre cruel, tiene alma para despreciar y fuerzas para aniquilar á sus insolentes señores, que le han impuesto por castigo de su fealdad la esclavitud; el bufón, de solo á solo, puede hacerles temblar; pero ellos le insultan cobardemente, auxiliados por los demás hombres, que consideran al enano, al corcobado, al loco, como á un animal de distinta especie, sobre el cual se se lanzarían á la vez, como una jauría de sabuesos que despedaza á un toro, si pretendiese vengarse. Pero tú, hermoso, joven, noble y rico, estás aquí solo conmigo; el bufón, el horrible, el esclavo, te concede una gracia dejándote la vida; porque á

quererlo, haría contigo lo que hace con esta piedra.

Y asió un enorme peñasco, le levantó sobre su cabeza y le lanzó á la vertiente de la montaña, con la misma fuerza que pudiera haberlo hecho una catapulta.

La piedra se precipitó rebotando, rompió á su paso zarzas y malezas, y retumbó á su caída en las profundidades de un barranco.

Después de esta demostración de fuerza, el enano se volvió de la manera más indiferente á Gastón.

—Siéntate—le dijo.

El joven se sentó en las breñas, el bufón volteó otro enorme peñasco, le acercó á Gastón y se sentó en él, dejando pendientes sus piernas monstruosas, bajo las cuales se tendió el perro como para servirle de escabel.

—Yo amo á Margarita—dijo el bufón, fijando en el joven una mirada profunda—; pero no como la amas tú, como la ama tu hermano, como la han amado cuantos la han visto. La amo, sí, pero de distinto modo; vosotros y ellos podéis ofrecerla linaje, oro y hermosura, y la habéis codiciado para esposa; yo... yo no puedo ofrecerla nada de eso, y no espero nada, nada, sino el desprecio y el insulto, á no obtener por la fuerza un goce brutal; y yo la amo: el amor es el respeto; el amor es la adoración; el amor hace mártires, pero nunca infames. Mi amor nació y murió al mismo tiempo, porque es un amor sin esperanza.

El bufón suspiró, pero de tal modo, que aquella expansión dolorosa parecía un rugido.

—Encerré mi amor en lo más profundo de mi alma, le devoré y gocé con él de una manera recóndita y misteriosa; yo la veía sufrir, y sufría; gozar, y gozaba; pero mi semblante era siempre el mismo: semblante de bufón; nunca llegaban á él ni las más débiles ondulaciones del mar borrascoso que se revolvía en mi alma; jamás dejé de cantar con voz segura, ni mis bufonadas cesaron, aun en los momentos en que Margarita, inocente y pura, jugaba con mi cabellera, como lo hubiera hecho con la crincha de su caballo favorito. Mi alma sentía el contacto de aquellas hermosas y reducidas manos; le aspiraba, le absorbía y gozaba como goza la sensitiva á la proximidad de su querida compañera. Margarita era huérfana; Margarita necesitaba de más que de la protección de una reina y del amor de un hombre; Margarita necesitaba una existencia fuerte y poderosa que velase por ella, y la consagré mi vida y mi alma, pero en silencio. Halagaba mi orgullo aquella posición de protector desconocido. Si alguna vez, me decía yo, Margarita se ve engañada por un hombre, yo llevaré á aquel hombre al altar, y le arrojaré de rodillas ante ella; si se casa, yo velaré también, y la defenderé; seré su guarda sin sueño, sin descanso, y la protegeré. ¡Y qué hermoso será el día en que ella, tan hermosa, tan inocente y tan entusiasta, mire por

primera vez al bufón y comprenda que es más noble, más valiente, más grande que todos esos magnates, que no saben hablar de otra cosa que de su poder! Y entonces tal vez ella comprenda cuánta hermosura de alma y de pensamiento ocultan mi deforme joroba y mi cuerpo truncado; tal vez se enamore de mi alma y me acepte... tal vez me ame... ¡Insensato de mí!—exclamó el enano, poniéndose de pie sobre el perro, y saltando de él al terreno, por donde empezó á pasear como una fiera que se impacienta en una jaula.—¡Miserable de mí, que creía entonces en la virtud, en el entusiasmo, en la santidad! ¡Mentira, mentira, mentira!

—¿Es decir, que dudas de la virtud de Margarita?—exclamó Gastón, sin poder sostener ya el silencio despreciativo que se había impuesto.

—¿Y qué es la virtud según la consideran los hombres?—exclamó el enano.—Polvo de vanidad. ¿Qué es el amor? Egoísmo. ¿Qué es la caridad? Egoísmo. ¿Qué importa á una mujer ser amada con idolatría, con toda la expansión de un alma grande y poderosa, si no encuentra el sensualismo delante del amor? ¿Dónde están esos sentimientos puros que buscan el cielo dejando la materia en la tierra? ¿Quién tenderá su mano al desdichado si su aspecto le repugna? ¡Dios sólo Dios, de quien es igualmente querido el deforme que el hermoso! ¡Dios, que no ve en la materia más que un vaso tosco y miserable, donde se contiene el espíritu! Yo aprendí en la experiencia, y comprendí que estaba condenado al aislamiento, al desprecio, y á la servidumbre; busqué en torno mío un ser á quien ampararme, y no lo encontré: ni amigos, ni amante; todos, hasta el brutal campesino, cuyo espíritu es tan menguado como su rudeza, se creían superiores á mí, y ese convencimiento de superioridad en todos constituía para mí un mundo de tiranos. La misma Margarita me trataba con desprecio, y era la única que no me ofendía; no era culpa suya ceder al ejemplo porque el ejemplo hace la costumbre, y la costumbre es una ley. Dové dentro de mí sufrimientos infinitos; absorbí mi desesperación, y no lancé ni un solo grito de dolor. ¿Para qué? El mundo se hubiera reído del sufrimiento del jorobado, como los muchachos de los chillidos del murciélago, á quien clavan por las alas y arriman al hocico una candelilla. No quise dar á los hombres el goce de mi martirio, y reí, canté, dije chistes eternamente por todo y para todo: llegaron á tener envidia de mi eterna alegría, porque no hay hombre por feliz que sea que no tenga que devorar un dolor. Pero aquella ostentación de alegría era para mí un tormento cruel; mi alma forzada á encubrirse, se resintió, y sus pensamientos desesperados dieron fiebre á mi cabeza y fatiga á mi pecho. A los dolores del espíritu se unieron los del cuerpo. La tisis se había apoderado de mí; había nacido para que el mundo me asesinara, y mi destino se cumplía. En medio de tanto sufri-

miento, desesperado y loco, no pudiendo esperar nada de los hombres, me elevé á Dios, y le pedí la paz de mi alma. ¡Joven! cuando encuentres tu corazón desgarrado, seco y árido; cuando no esperes sobre la tierra más que dolores que añadir á tus dolores, busca un sacerdote puro, santo y bueno; pídele consuelo, y él te enseñará el camino por donde se llega á Dios.

El acento del bufón, dulce entonces y melancólico, se infiltró en el alma de Gastón; miró con respeto á aquel hombre cuya alma era tan elevada y se interesó por él.

—Sí; yo amo á Dios—dijo Gastón, terciando ya sin violencia con el enano—; y el amor de Dios que mi pobre madre me había inspirado con su amor y con su ejemplo, me había hecho feliz hasta hoy: yo amaba á mi hermano...

—¿Y ahora?

—Ahora... tengo celos.

—¡Celos de tu hermano!—exclamó el jorobado—. ¡Horror! ¡Y estos son los hombres que han recibido la vida de unas mismas entrañas; que son hueso de un hueso, y sangre de una sangre; que debían ser una existencia, y que se hacen enemigos implacables en el momento en que se cruza entre ellos una ambición, una vanidad, una mujer!...

—Pero yo moriré con mis celos y mi desesperación—exclamó el joven—; yo nunca dejaré de amar á mi hermano; pero no podría ver su felicidad, y huiré lejos de él, lejos de ella.

—¿Te ama tu hermano?

—Mi hermano nunca me ha amado; es para mí severo y duro.

—Es necesario que evites el que Margarita y él se casen, porque eso produciría una horrible desgracia.

—¡Cómo! ¿Serías capaz de asesinarle, miserable?

—¡Asesinarle! Si yo quisiera reducirle á polvo, me bastaría desearlo. ¡Matarle! ¡y ella le ama! ¡y ella le lloraría! No, no. El amor de Margarita le defiende; antes muera yo mil veces, y caiga mi alma en los infiernos, que corra una sola lágrima por mi causa de los ojos de Margarita.

Un amor sublimado á tal abnegación maravilló al joven.

—Y si no ha de proceder de ti esa desgracia que anuncias—dijo Gastón, levantándose con fiereza—, ¿quién se atrevería á lanzar la muerte sobre mi hermano?

—¡Dios!

—¡Dios!—exclamó atónito el joven.

—¡Sí, Dios, que dijo en el Decálogo: «Yo soy el Señor tu Dios, fuerte, celoso, que visito la iniquidad de los padres sobre los hijos, hasta la tercera ó cuarta generación de aquellos que me aborrecen.»

—¡Mi familia está maldita de Dios!—exclamó Gastón.

—Yo no conozco á tu familia, pero sé la historia de la de Margarita.

—Y esa historia...

—Siéntate y escúchame.

Gastón se sentó, y el enano volvió á su pedrusco, tomando de nuevo por cogín al perro que dormía.

Después de un momento de meditación empezó de esta manera.

V

Hoy se cumplen ciento veinte años, dos meses y veinte días, desde el principio de la historia que voy á referirte; era, pues, el 21 de marzo de 1380 entre los cristianos, y jueves 20 de la luna de Safer del año de 783 de la egra entre los árabes.

Reinaba entonces en Castilla el rey don Juan el I, y en Granada el rey moro Mohamet-ebn-Jucef-ebn-Ismail.

Entonces las Alpujarras eran un país fuerte y rico; todas sus cumbres estaban coronadas de castillos, y sus vallos saturados de alquerías.

Allí, como en Castilla, los grandes señores oprimían á los vasallos, les agobiaban con tributos, deshonraban sus hijas y sus esposas, y eran un azote de Dios para el débil y el menesteroso.

Como en Castilla, aquellos poderosos wálies y señores de estados se hacían mutuamente la guerra; se esperaban en las quebraduras, se asesinaban, se entraban á sangre y fuego sus castillos, se robaban las hijas y las esposas, y se talaban recíprocamente las mieses y los frutos en el llano.

Entonces no había más ley que la fuerza; los reyes necesitaban á aquellos inquietos y feroces señores, y por tanto no se entrometían en sus asuntos, aunque, como generalmente sucedía, hubiese en ellos más de un crimen.

En tal estado no se podía arrostrar un viaje sin un fuerte resguardo, ni vivir con cierta seguridad sino tras murallas defendidas por valientes hombres de armas.

Sin duda, por eso, un noble, que tal parecía un jinete que antes de obscurecer se acercaba á la taha de Cádiar, iba acompañado hasta de cien lanzas, y caminaba con recato entre las laderas cercanas á la población.

Este hombre, á juzgar por su traje, debía ser noble, vestía, sobre una cota de mallas damasquina, un caftán de brocado forrado de pieles; ceñía su cabeza un bonete de plata con una garzota de diamantes, prendía sobre las plegaduras de una toca de seda blanca, entretejida de hilo de oro, su alquicel de púrpura de Kufa, sus armas eran como de príncipe, y su caballo un magnífico animal de pura sangre.

Los cien jinetes que le seguían iban armados

de todas piezas, y en medio de ellos un alférez llevaba una bandera ondeada de blanco, rojo y negro, por lo que, según las divisas moras de entonces, se conocía que el señor que ostentaba aquella bandera venía de la tribu africana de los Beni-Fgas.

Al llegar á un soto cerca de las primeras casas de Cadiar, el que parecía wálí de aquella gente se detuvo; detúvose el escuadrón, desmontaron dos escuderos y tuvieron las riendas que el wálí les arrojó, dió algunas órdenes en voz baja á uno de sus arrayanes, y solo, á paso largo se dirigió á la población.

Los jinetes se ocultaron entre los árboles del soto.

VI

Había cerrado la noche; era tranquila, pero obscurísima, y apenas se veían las estrellas.

Junto á la mezquita de Cadiar, en una plaza irregular había una casa cerrada y oscura por fuera, pero iluminada y llena de vida, aunque de una vida silenciosa, en el interior.

Pasando su patio, puramente árabe, con estanque, arrayanes, cipreses, palmeras y naranjos; dejando á la izquierda una galería, sostenida por los dobles arcos de una columnata de mármol, y subiendo una escalera estrecha tomando por la primera puerta á la derecha de una galería alta, se entraba, después de atravesar un antecámara, en un hermoso retrete octógono, cubierto por una cúpula festonada.

El pavimento de aquel retrete estaba cubierto por una gruesa alfombra de seda y lana, que con un diván corrido junto á las paredes, algunos almohadones en el centro, dos braserillos de plata en que ardían perfumes, y una lámpara de seda colgada de la cúpula, componían todo el mueblaje.

La lámpara estaba apagada, y otra de mano, puesta sobre un almohadón, era la única luz que alumbraba á cuatro hombres que estaban sentados sobre los restantes almohadones.

Eran dos de ellos ancianos, de semblantes cobrizos, y barbas blancas y profundas; existía entre los dos una contraposición de aspecto notable. El uno era altivo, de mirada fija y dura, robusto y conservado, á pesar de sus setenta años. El otro tenía comumente fija la mirada en el suelo, y cuando la levantaba, aquella mirada aparecía tímida y vaga; su semblante demacrado y pálido, y su espalda encorvada, exageraban su edad, que igualaba la del otro anciano.

El tercero de estos hombres era joven; vestía modestamente; tenía un tintero colgado al cuello, y escribía sobre una tablilla, en una hoja de pergamino. El semblante de este hombre

revelaba actitud, pero una actitud indiferente y escribía de una manera desembarazada, como si supiese de memoria lo que estampaba en el pergamino.

El cuarto era un hombre atlético, joven, vigoroso, pálido, de grandes ojos negros, cuya mirada no podía sostenerse mucho tiempo sin sentir miedo ó cólera; reconocíase al africano jefe de la tribu, con su tez bronceada, su negra y revuelta barba, y sus agudos dientes de tigre, que se veían á través de su boca entreabierta por el desdén.

Vestía galas, pero galas de guerrero, en que dominaban los colores rojo y negro, que partían en dos su túnica bordada de oro y plata. Su toca verde indicaba que descendía de Fatimah, madre de Mahoma, y una larga y pesadísima espada, con empuñadura de oro, que su brazo era terrible en fuerzas y destreza.

Este hombre «hagib», del rey Mahomet-ebn-Jucef-ebn-Ismaíl, tenía diez castillos y treinta alquerías en las Alpujarras; sostenía diez banderas de jinetes á su sueldo; contaba treinta años; sesenta arcas llenas de doblas jucefinas, y se llamaba Luke-Taleb.

Este hombre se fastidiaba.

El anciano altivo y de mirada dura contaba pausadamente cequies de oro, que sacaba de un arcón colocado junto á él, y lleno de bolsas de cuero; los apilaba en cierta cantidad, y los calocaba sobre la alfombra, junto á una multitud de rollos de la misma altura y calidad. Este hombre era wali de la taha de Cadiar; mantenía á su costa tres banderas de jinetes; tenía un castillo al pie de una montaña; era suyo cuanto se alcanzaba á ver desde él; tenía una sola hija, llamada Novara, y se le conocía por el nombre de Kussul-ebn-Amer.

El otro anciano, humilde y flaco, se ocupaba en repasar las cuentas de un rosario; era pobre y humilde, faquí de la taha, y se llamaba Muzay-ebn-Agar.

El cuarto, el que escribía en el pergamino, no era ni pobre ni rico: vivía de su oficio de katib; se llamaba Zohair, y se ocupaba en extender un contrato de matrimonio entre Novara, hija del wali de la taha de Cadiar, y Luke-Taleb, hagib del alto, magnífico y poderoso señor rey de Granada.

Hacía una hora que el hagib se fastidiaba, que rezaba el faquí, que el katib escribía, y que contaba cequies el viejo wali.

El impaciente Luke-Taleb no pudo contenerse por más tiempo.

—Paréceme, honrado Zohair—dijo—, que para concluir no se necesita el que mi valiente y sabio amigo Kussul acabe de contar todos los cequies y doblas que se encierran en ese arca; esto sería asunto de nunca acabar. En cuanto á las arras de mi desposada, hélas aquí.

Y al pronunciar estas palabras que parecían un mandato más que una observación, sacó de

entre su faja una caja de tafilete, larga y trecha.

—Alto y poderoso señor—contestó con acento servil el katib, tomando la caja—, pésame mucho de tu impaciencia; pero el muy alto y poderoso rey (á quien Dios glorifique) Jucef el Grande, dejó mandado en sus reglamentos civiles y religiosos, que no se pudiese extender una escritura de desposorios sin conocerse la dote y las arras.

—Tú harás lo que yo quiera—dijo el hagib, cuyos ojos lanzaron un relámpago—y no lo que quiso el rey Jucef. Me esperan en Granada; el rey don Juan I de Castilla amenaza la frontera, y no he de perder yo mi tiempo por un viejo, una mujer y un secretario.

—¿Qué dices, Luke-Taleb?—exclamó Kussul-ebn-Amer, dejando enérgicamente sobre la alfombra un rollo de monedas y encarándose al hagib—. ¿Acaso pretendes promover discordias para que corra sangre, y no pueda efectuarse el matrimonio á que por tu mordacidad te has sentenciado el rey?

—Cuando yo me caso con tu hija, Kussul, es porque sé que es honrada, por más que mi hermano Almansur, el de Olite, haya dicho que me ha visto saltar de noche en Granada los muros de tus jardines.

A aquella brusca revelación, que tan de cerca hería el honor de Novara, el katib dejó de escribir, el faquí de rezar, y Kussul se levantó pálido de indignación.

El hagib permaneció sentado y con las piernas cruzadas sobre la alfombra.

—Mientes tú, Luke-Taleb—exclamó el anciano, buscando convulsivamente entre los pliegues de su ancha faja la empuñadura de su gumia—; mientes tú, perro africano, y los que digan que un hombre ha saltado por los muros de mis jardines del Albaicín. Tú, tú eres el que has dicho que mi hija Novara te ha amado, que te ha dado la trenza de cabellos rubios que llevabas en las últimas cañas prendida en el pecho; cabellos que habrás robado ó comprado á alguna ramera por deshonorar á mi hija, que siempre ha rechazado tus amores; tú, el que me has hecho huir de la corte á las montañas con ella, y alcanzar del rey que te obligue á ser su esposo. ahora ¡ya se ve! el alto y poderoso hagib del rey Mohamet-ebn-Jucef-ebn-Ismaíl se avergüenza de la deshonra que él mismo ha causado, y procura evitar con un escándalo el unirse á una mujer, que no conoce sino por la fama de su hermosura; á una mujer que nadie ha visto en fiestas ni saraos; á una dama que es más virgen y más pura que el rayo del sol, y que en verdad no había nacido para ser esclava de un tigre africano.

Entre los moros, el pudor de una mujer era respetado hasta la exageración; y una dama que se hubiese permitido mostrar á un galán su rostro por entre la abertura de su jaique, se hubiera considerado deshonorada; la donación

de cabellos y otras expresiones de amor usuales y toleradas entre nosotros, eran miradas entre los árabes y los moros como el colmo de una infamia, que sólo se podía reparar con un enlace; los verdaderos favores del amor, los que entre nosotros infieren ya un delito contra el pudor, la familia y las costumbres, se castigaba entre ellos con pena de muerte.

He aquí la causa del furor del wali; el hagib no se satisfacía ya con el escándalo de los cabellos; su calumnia llegaba hasta suponer á Novara culpable en el último extremo.

—Ya te he dicho—contestó impasible Luke-Taleb—que es una calumnia de mi hermano; si fuera verdad nos hubiéramos medido en campo cerrado, en vez de allanarme á hacerla mi esposa.

Sonó entonces á lo lejos una bocina.

—¡Hagib!—exclamó el wali—sin duda te inspira tus palabras Satanás, para obligarme á que vierta en mi casa, bajo mi techo, la sangre de un hombre que ha comido conmigo el pan y la sal.

—¡Me amenazas!—gritó levantándose de un salto Luke-Taleb.

El viejo le miró fijamente, y de sus ojos partió, como un relámpago, una mirada sombría.

—¿Sabes quién soy?—añadió profundamente el hagib.—¡Yo soy hijo de Abu-Hiram!

—¡Tú eres hijo de Abu-Hiram!—exclamó Kussul como quien escucha una terrible revelación.

—¡Al fin, después de diez y seis años, has pronunciado ese nombre!—exclamó rugiendo Luke-Taleb.—¡Sí, yo soy hijo de Abu-Hiram y de Zarah; porque soy su hijo he querido deshonorarte, Kussul, y te deshonro!

—¡Salid!—dijo con imperio el wali al faquí y al katib.

Los dos salieron del retrete, y poco después de la casa, y quedaron solos y frente á frente aquellos dos hombres que un momento antes iban á trocar su amistad en parentesco, y eran al fin dos encarnizados enemigos.

—¡Qué me deshonras!—exclamó Kussul, pálido de cólera y cerrando las puertas del retrete.

—Escúchame, Kussul—dijo el hagib—, antes de matarte, quiero que sepas cómo venga un hijo á su padre.

El wali guardó un silencio terrible.

—Hace diez y seis años moraba en Hins-al-Gebel, un noble y valiente caballero que, cansado de hazañas y de victorias, enfermo de las heridas recibidas en batalla en servicio del rey, se retiró á sus estados. Allí vivía feliz; se había casado con una doncella de su tribu en un viaje que había hecho á Africa, y allí había tenido de ella dos hijos. El tercero, que era una niña, nació en Hins-al-Gebel. Aquel hombre era Abu-Hiram, mi padre; aquella mujer Zarah, mi madre; y Almansur, hoy wali de Olite, y Azorah, eran mis hermanos. Dios había dado felicidad y paz al guerrero, amor á la esposa, y un bello porvenir á los hijos.

Pero el espíritu del mal, que nunca duerme, hizo que un día un cazador errante, un fugitivo, un rebelde contra el rey Aboud-Sayd llegase á Hins-al-Gebel, y pidiese hospitalidad; esa hospitalidad que nunca niega un árabe caritativo y temeroso de Dios. El cazador errante encontró un asilo; el hambriento pan; el hombre un amigo y una hermana, y el rebelde perdón; porque el rey no podía negar nada á mi padre, que le había salvado tres veces la vida, y había perdido la mitad de su sangre en su servicio. El cazador, el hambriento, el mendigo, el rebelde, tornó perdonado y honrado á la corte del rey. Aquel hombre eras tú, Kussul-ehn-Amer; tú, el elegido por Satanás para causar la desgracia de mi familia; para convertir á mi padre de poderoso en mendigo, de leal en rebelde. Una noche velaba mi padre al lado del hogar; mi madre tañía la guzla, y nosotros, mis hermanos y yo, dormíamos en el regazo de tres esclavas. Era una noche terrible; llovía á raudales, y retumbaba el trueno sobre Hins-al-Gebel. Se gozaba de paz; mi padre era amado por todos los walis, sus vecinos, y mandó retirar los atalayas. Un momento después, sus gritos de vigilancia cesaron, y sólo se escuchó la voz tremenda de la tempestad y la de mi madre, que entonaba al son de la guzla una canción de amores. De repente cayeron destrozadas al suelo las maderas de un ajimez; saltó un hombre armado dentro de la estancia, y tras él otro y otro, como una inundación, hasta ciento. El hombre, que favorecido por el ruido de la tempestad y el descuido de mi padre, había escalado y entrado en el castillo, eras tú, Kussul; tú, que te adelantaste insolente y altanero como un bandido. Era imposible la defensa; las gentes de armas de mi padre dormían; él estaba desarmado, y cayó en tu poder. Habías concebido un amor impuro por mi madre en el tiempo que estuviste en el castillo; habías meditado el medio de satisfacer tus deseos, y fuerte con el favor del rey que mi padre te había devuelto, asaltaste su hogar, le heriste, le abandonaste creyéndole muerto, y nos arrastraste á mi madre, á mis hermanos y á mí, sin que el sueño de nuestros soldados se hubiese interrumpido.

Calló el hagib, y contempló fijamente á Kussul, que le escuchaba de pie, ante él, inmóvil y mudo como una estatua fatal.

—Entonces éramos muy niños; yo, el mayor de mis hermanos, sólo tenía ocho años. Y aún me acuerdo, como de un ensueño terrible, de aquella noche de sangre; me acuerdo confusamente, de que un día me entregaron á unos hombres extraños con mi hermano, y que me separaron de una mujer que lloraba de rodillas á los pies de otro hombre, y de una niña que sonreía, sin conocer el dolor de su madre. Aquella mujer era Zarah; aquella niña Azorah; aquel hombre... tú. Luego, cuando mi razón pudo juzgar de mi existencia, me encontré esclavo de

un marabut en Argel. Aquel hombre no sabía quiénes éramos; sólo conocía nuestros nombres y nuestro parentesco; yo me llamaba Luke-Taleb, y mi hermano Almansur. Sabíamos, también, que en Granada teníamos una madre y una hermana. El marabut nos trataba como hijos, porque era un varón justo y temeroso de Dios; nos crió en el conocimiento del Korán y en las leyes de la caballería, y nos hizo fuertes y valientes. Dios le haya dado un lugar en el paraíso, porque aquel hombre murió.

Dilatose con una expresión particular el rostro de Kussul.

—¡Y aquel hombre!...—dijo con voz profunda y reconcentrada.

—Ya te he dicho—continuó Luke-Taleb, cuya voz no podía dominar el temblor de la cólera—, ya te he dicho que el marabut Abd-el-Allah era benéfico y justo; nos amaba como á hijos, y nos dejó por herencia la libertad y sus tesoros... porque Abd-el-Allah era muy rico.

—¿Y nada más?...—dijo aún con el mismo acento que la vez anterior Kussul.

—Sí—contestó sonriendo de una manera horrorosa Luke-Taleb—; nos contó nuestra historia; nos dijo tu nombre, y esto era lo más precioso que nos dejaba; porque tu nombre era ya una venganza; ¡la venganza de mi padre asesinado; de mi madre muerta en la desesperación; de mi hermana vendida!

—¿Te han dicho que yo vendí á tu hermana?—exclamó con un gozo satánico Kussul.

—Escucha, walí, y escúchame bien, porque después de la muerte del marabut y de mi llegada á las Alpujarras con mi hermano, empieza mi venganza.

—Quiero saber antes que todo cómo me has deshonrado—gritó furioso Kussul—. ¿Piensas que tengo yo bastante paciencia para ver vivo ante mí, durante mucho tiempo, á un enemigo que me insulta?

—Yo he esperado diez y seis años en el cautiverio—contestó Luke-Taleb de una manera en que se traslucía de tal modo lo seguro de su venganza, que Kussul, á pesar de su feroz valentía, se estremeció.

El hagib notó la impresión que causaba en el anciano, y continuó con doble dureza:

—Tiembles y debes temblar, Kussul, porque sabes que entre nosotros hay un abismo lleno de sangre en que tiene que hundirse uno de los dos; tiembles porque sientes la justicia de Dios que te hiere; tiembles, porque la mano del hijo es bastante fuerte para romper el brazo que hirió traidoramente á su padre.

—¡La mano de Dios!...—exclamó el viejo, cuyo rostro se iluminó de nuevo con una expresión diabólica.—Dices bien; la mano de Dios está ya levantada sobre nosotros, y herirá terrible y justiciera nuestras cabezas.

A su vez, un frío glacial sin origen ni causa, hijo de uno de esos presentimientos fatales

y misteriosos que no se comprenden, crispó los miembros de Luke-Taleb.

—Llegué á Granada—continuó dominándose— y me presenté al rey como un africano, con mi propio nombre. En la desgracia se olvida á los hombres, y mi padre había sido demasiado desgraciado para que nadie se acordase de que había tenido dos hijos; mi hermano y yo pasamos, pues, por africanos de la tribu Zeneta; y como éramos ricos y valientes, dimos al rey oro y sangre; le servimos como quisó, y llegamos á ser lo que somos: Almansur walí, y yo hagib. Y todo esto era por mi venganza, no por mi ambición; yo sabía que cuanto más me elevase, de más alto y con más fuerza caería sobre ti mi odio, y me elevé; llegué casi á ser rey; si hubiera querido casarme con Fatimah, la más hermosa de las hermanas de Jucef, hubiera sido su esposo; pero eso será cuando te haya exterminado, Kussul.

Por tercera vez brilló una sonrisa satánica en el rostro del viejo, y por tercera vez el hagib se estrameció; le aborrecía de una manera invencible aquel hombre, que debía tener segura una cruel venganza cuando así se burlaba de su cólera.

—¡Será!—dijo roncamente Luke-Taleb, cuya voz era semejante al rugido de un tigre hambriento—. ¡Será... después! ¡antes, tú! ¡y pronto, por el Dios Altísimo y Único, porque mi relato va á concluir!

Y luego de una manera más reconcentrada continuó:

—Yo sabía por el marabut, mi antiguo amo, tu nombre y me fué fácil encontrarte en la corte. Primero seduje á tus escuderos, á tus eunucos, á tus esclavos. Supe que mi hermana había sido vendida después de la muerte de mi madre; y que más tarde, el año pasado, habías traído á tu casa una dama encubierta á quien nadie había visto, y á quien llamabas tu hija; el nombre de aquella mujer era Novara, y según su talante, que era lo único que veían tus esclavos, parecía hermosísima. Tuve deseos de conocerla, y el oro que todo lo allana, me compró tus eunucos, y disfrazada con el traje de uno de ellos salí las tapias de tus jardines, una noche y otra; y al fin, á fuerza de paciencia y dinero, logré corromper la fidelidad de tus esclavas; se abrieron para mí las puertas más cerradas, y logré ver lo que nadie más que tú ha visto en tu casa: á Novara durmiendo en el fondo de su retrete.

—¡Mientes!—gritó el anciano, avanzando con los puños cerrados hacia Luke-Taleb.

—¡Qué miento! ¿Conoces este talismán?

Luke-Taleb sacó de entre su caftán, de sobre su corazón un collar de gruesas perlas, de cuyo centro pendía una plaquita de oro, rodeada de brillantes, con el sello de Salomón en el centro, marcado en esmalte rojo.

—¿Quien posea esa prenda...—exclamó Kussul, sin atreverse á continuar su pensamiento.

—¡Posee á la mujer que la llevaba! ¿no es verdad? Pues bien: cuando fui á quitarla de su cuello, tu hija despertó, y ¡cosa extraña! en vez de gritar, en vez de pedir socorro, Novara me sonrió con amor. Estaba escrito: era una mujer destinada á amar á quien tuviese en sus manos el talismán; yo le tenía, y...

—¡Y Dios lo permitió!—dijo Kussul, doblando la cabeza como si le hubiera herido un rayo.

Luke-Taleb lanzó una carcajada loca, inmensa, desgarradora; sentía hacia Kussul un odio africano, y saboreaba su venganza envenándose con ella.

—¿Pero de qué me serviría la hermosura de la ramera?—continuó Luke-Taleb.—¿Para qué quería yo su amor sin su deshonra? La pedí cabellos y tuve cabellos: mira estos hermosos cabellos rubios que afrontan al oro: son de tu hija. ¿Qué me importaba tampoco una deshonra que se puede lavar con un casamiento? Era preciso que hubiera un crimen contra la ley; ese crimen existe ya, pero no le sabía nadie y era preciso que se supiera. Mi hermano, que nunca miente, me vió saltar las tapias de tu huerto, y lo dijo á todos porque yo le mandé que lo dijese. Pero puede amarse á una mujer en secreto sin que haya existido impureza; puede verse á solas con un hombre que la respeta; he ahí que yo no podía probar su crimen: faltaba un testimonio evidente; la naturaleza se había opuesto á ello.

—¡Miserable!—exclamó el viejo wali.

—Ahora es ya distinto—continuó con profundo acento Luke-Taleb—. Tú has hecho valer el favor que tienes con el rey, y que yo, para hacer más terrible mi venganza, he querido que tengas. Mohamel-ebn-Juceb me ha aconsejado que me case con tu hija, y yo consentí en ello porque en mí consistía hacer ese casamiento imposible.

—¡Estaba escrito!—exclamó Kussul, levantando al cielo una mirada llena de desesperación.

—¿Quieres ver las arras que yo destinaba á mi prometida?—exclamó el implacable hagib—¡Pues bien, mira!

Tomó la caja de ffilete que el katib había dejado sobre uno de los almohadones, y la abrió; dentro de ella había un puñal, con pomo de oro, cuya hoja estaba corroída por el moho.

—Este es el puñal con que heriste á mi padre, Kussul—exclamó fatídicamente el hagib—; este puñal fué encontrado por uno de nuestros antiguos servidores el día siguiente de tu crimen. Yo había buscado aquellos leales soldados, y los encontré. Me contaron las desgracias de mi padre sin saber que yo era su hijo, y no he querido darme á conocer á ellos. ¿Sabes por qué? Porque mi padre había pedido justicia al rey y se la había negado; porque mi padre se rebeló y fué vencido; porque mi padre reducido á la mendicidad, quiso matarte y fué empalado; porque el nombre de mi padre es el de

un mendigo, el de un bandido, el de un rebelde; porque el nombre de mi padre me hubiera deshonrado, me hubiera quitado mi poder y te hubiera servido para evitar mi cólera. Y todo esto es obra tuya. Yo he oultado mis padres, he comprado otros en Africa, pero he comprado también este puñal para matarte, y he hecho que el rey me done el castillo de Hins-al-Gebel, para gritar en él al espíritu de mi padre su venganza satisfecha; para arrastrar la deshonra de tu hija en el mismo sitio donde fué robada para la deshonra mi madre, y para la esclavitud mi hermana.

—¡Novara! ¡Novara!—exclamó el viejo—¡Es imposible; Dios no puede permitirlo; esa es una horrible mentira! Ese talismán debe ser un sueño de Satanás! ¡No, no, Dios no ha podido permitirlo!

Y los ojos de Kussul se extraviaban.

—¡Busca á tu hija, búscala!—exclamó Luke-Taleb, embriagado por el goce de su venganza—. Búscala, y si no la encuentras dentro de tu casa, podré probar que ha huido con un amante; ella será culpable de impureza, y yo esposo de Fatimah.

—¡Robada!

—Mientras tú contabas tus miserables coquitos, viejo, y el katib extendía la escritura, un gallardo mancebo entraba en tu casa, en tus jardines, abiertos por tus esclavos vendidos á mi oro. Ese mancebo era mi hermano Almanssur.

Kussul no oyó ni una palabra más; se lanzó fuera del retrete, atravesó galerías y cámaras, y entró en una magnífica estancia que revelaba á primera vista su destino. Era uno de esos bellísimos apartamentos, en que los árabes guardan entre oro, seda y perfumes la hermosura de sus mujeres.

Cuanto de rico y precioso ha inventado el gusto oriental, hallábase acumulado allí, desordenado, brillando por todas partes, ocupándolo todo: muros afiligranados, con orlas y fajas de inscripciones en motes de amor; en aquellos muros, espejos de plata, tapices de brocados y jaulas de oro con pájaros de voz melodiosa y rico plumaje; en el techo, maderas preciosas, labores y lazos hechos con nácar, ébano, granate y sándalo; pendientes de ellas en cadenas doradas, lámparas de ágata de formas caprichosas, á través de las cuales se transparentaba opacamente una luz lánguida, alimentada con aceite aromático; en el pavimento alkatifas de la india de seda y oro, de colores brillantes y ricos adornos; sobre aquellas alkatifas pebeteros de plata, de pórfito, de jaspes; vasos etruscos robados á ruinas romanas; muebles de las tres partes del mundo; mesas maravillosas cubiertas de admirables y costosas bujerías; perfumes ardiendo en los pebeteros; divanes de brocados, muelles y anchisimos en derredor de los muros, y al pie de ellos pienes de tigres y panteras: sólo quién ha visto la Alhambra, sólo quién sabe vestir aquellas ruinas con el es-

plendor que las han robado el tiempo y el abandono, puede concebir una idea aproximada de lo que era el apartamento de Novara en la casa del riquísimo wali-Kussul-ebn-Amer.

El había acumulado tesoros, entrando á saco las villas fronterizas del cristiano en una larga vida de guerrero, é invertido una increíble cantidad de doblas en la construcción y el adorno de aquel suntuoso retrete, que no tenía igual, ni en el harén del califa ni en el ostentoso baño del soldan de Egipto.

Kussul, que era avaro hasta la sordidez, debía amar mucho, de una manera insensata á aquella dama, por quién había hecho tan excesivos gastos.

Cuando entró en el retrete, le abarcó con una mirada semejante á la de la leona que vuelve á su cubil temerosa de que la hayan robado sus cachorros. Avanzó frenético, dejando caer á su paso muebles y preciosidades; la buscó por todas partes en silencio; penetró en el alhamí, en el mirab, en el baño; recorrió todos los bellísimos retretes que correspondían á aquel pequeño alcázar, y no la encontró; la llamó á grandes voces, desesperado, rugiente, y le contestó el eco; volvió á entrar en el retrete, y solo vió en él á Luke-Taleb, que le miraba exhalando por el semblante la insensata alegría de una venganza satisfecha. Parecióle un sueño lo que le acontecía, y cayó sobre un diván, lanzando una carcajada terrible.

Kussul-ebn-Amer se había vuelto loco.

Luke-Taleb se acercó á él después de haber cerrado todas las puertas.

—Estás en mi poder, Kussul—dijo el hagib, teniendo en su diestra el puñal emmohecido, que había tomado de la caja de las arras—; estás en mi poder, porque las esclavas de tu hija han huído con ella, y tus esclavos y tus gomerres están muy lejos y no pueden oír tu voz.

—¡Novara, Novara, Novara!—exclamó el viejo, levantándose y llamando de una manera desesperada á la joven.

—¡Novara está en mi castillo de Hins-al-Gebel, donde iré á buscarla después que haya concluido contigo!—dijo lúgubremente Luke-Taleb.

—¡Satanás habla por tu boca!—gritó frenético Kussul—¡Satanás, que quiere que tu sangre se vierta bajo mi techo! ¡Pues sea! ¡Asesino, ladrón, cobarde! ¡voy á enviarte con tu padre!

Lanzó otra horrible carcajada, desnudó la guma y acometió á Luke-Taleb.

El hagib dió un salto de tigre para evitar la embestida del viejo; se rodeó al brazo el alquicel y acometió á su vez; la lucha era horrible: lucha de león contra pantera; en que sólo se oían rugidos; rodaban los muebles, que brábanse ánforas y vasos; revolaban asustados los pájaros en sus jaulas, y las delicadas alkatifas se desgarraban bajo los pies de los combatientes; los dos eran diestros, los dos ágiles, los dos fuertes, y no se reconocía en ellos ven-

taja en aquel terrible duelo de puñal contra puñal.

De repente Kussul dió un grito de júbilo; su guma, encontrando un lugar descubierto, había dado de lleno en el pecho de Luke-Taleb; pero su punta se detuvo como sobre una coraza, y entre tanto el hagib rasgó de una puñalada el pecho de Kussul, que se detuvo, vaciló un momento y cayó.

El talismán del collar de Novara, puesto sobre el pecho del hagib, le había salvado conteniendo el hierro de Kussul.

—¡Wali!—exclamó acercándose á él Luke-Taleb—¡había jurado al espíritu de mi padre arrojar la deshonra sobre la descendencia de su asesino, y tu hija está deshonrada! ¡Prometí á la sombra de mi madre verter sangre sobre la cabeza de quién la había hecho viuda, y tu sangre corre! ¡Asesino, ladrón, miserable! ¡Satanás te espera!

Y levantó de nuevo su puñal para acabar con Kussul.

—Sí, sí—exclamó revolviéndose en el suelo el wali—; me aguarda el fuego eterno, pero tú me acompañarás en él, porque Dios condena al incestuoso.

Luke-Taleb dejó caer su puñal y se desplomó de rodillas junto al anciano expirante.

—¡Novara!—exclamó el hagib—¿Quién es Novara?

—Novara es Azorah—contestó haciendo un esfuerzo Kussul—. Novara es la hija de Abu-Hiram y Zarah. ¡La mujer que has deshonrado, hagib, era tu hermana, y Dios me vengará!

Después del supremo esfuerzo hecho por Kussul para pronunciar estas terribles palabras, su cabeza se desplomó, cayó sobre el pavimento, chocó en él duramente, rodaron sus ojos en las órbitas con una expresión diabólica, y expiró.

Luke-Taleb le contempló por un momento con una mirada fija por la atonía; luego sintió miedo junto á aquel cadáver maldito, se tiñeron de sangre los objetos que le rodeaban, empezaron á dar vueltas á su alrededor, y creyó escuchar voces informes, rugidos extraños, alaridos y risas espantosas; un terror pánico se apoderó de él, saltó sobre sus rodillas, y ciego, loco, se lanzó fuera, y se encontró sin saber cómo en el campo, junto al árbol donde había dejado atado su caballo; le desató, montó en él y sin volver el rostro á mirar á Cádiar se arrojó á la carrera sobre el camino de Hins-al-Gebel.

VII

Y corrió el negro corcel en medio de las tinieblas como sobre un canino conocido, corría como corre el huracán en la tempestad; trepaba por las rocas, saltaba por las cortaduras, avan-

zaba como una flecha por las aristas de la montaña.

Sus herraduras producían un fuego lívido y un ruido seco, sonoro y atronador, al chocar sobre el granito; corría, corría, y su jinete aún no contento, hundía en sus ijares los acicates.

Ondeaba recrugiendo al aire el extremo de la toca de Luke-Taleb, y recrugía ondeaba su alquicel; el torbellino no es más rauda ni pujante que la carrera del caballo, y sin embargo, el hagib le hacía relinchar de dolor, desgarrando inútilmente su carne con los agudos hierros.

Luke-Taleb blasfemaba impaciente; el bruto devoraba la distancia y dejaba atrás valles, colinas y desfiladeros.

Quién hubiera visto á aquel caballero y aquel caballo desliziándose, como una sombra informe, sobre las siluetas de un paisaje bravío, iluminado de vez en cuando por un relámpago y bajo el estridor del trueno, que rugía en la inmensidad, le hubiera creído el conjunto formado por un alma condenada y por el diablo que la arrastraba á sus dominios.

Al fin, allá, al lejos, sobre la cumbre de una montaña, apareció un punto luminoso é inmóvil; luego una masa gigantesca y oscura y al fin un castillo colgado sobre un abismo.

Era Hims-al-Gebel.

Un instante después, Luke-Taleb desmontaba en su poterna y su caballo caía muerto de fatiga á sus pies; un momento adelante, el hagib llegó á la gran cámara del castillo y se detuvo con la mano puesta en el fiador de su puerta.

Solo entonces, después de la muerte de Kussul, pudo organizar un pensamiento; su cabeza había estado rodeada de un torbellino de fuego, y sus pensamientos habían sido un caos; entonces pensó en que iba á ver á aquella mujer, y que aquella mujer, creyendo á Kussul, no era Novara la hija del asesino, sino Azorah su hermana. ¿Y si había mentido Kussul? ¿Y si aquella terrible revelación sólo había tenido por objeto defender á Novara de toda violencia? Las pasiones acogen y creen siempre lo que las halaga, y Luke-Taleb creyó lo que su corazón quería creer, porque á pesar de todo, amaba á aquella niña con una pasión superior á su venganza; después de satisfecha ésta, aquel amor había vuelto á recobrar su imperio; Novara era inocente de los crímenes de Kussul; Novara le amaba y podía muy bien ignorar la muerte de su padre; Novara debía hacerle feliz.

Decidido ya, abrió la puerta, pero no adelantó un paso: el espectáculo que se presentó á sus ojos le aterró. Novara estaba sentada en un almohadón y parecía escuchar con delicia á un joven que descansaba muellemente á sus pies. Era el mismo jinete que, seguido de cien lanzas, había llegado aquella noche á Cádiar y penetrado en la Cabila; era su hermano Almanssur. Hablaba de una manera tan dulce y contenida, que sus palabras no podían llegar hasta el ex-

tremo de la inmensa cámara, en cuya puerta, y perdido en la sombra, observaba Luke-Taleb.

El hagib adelantó cautelosamente, como un tigre que acecha, cubriéndose con las columnas que sostenían la cúpula, y al fin pudo escuchar lo que decía Almanssur á Novara.

La hablaba de amor, pero de un amor sin objeto; aquella era una galante conversación; pero pronunciada de tal manera por el joven walí, que Luke-Taleb no tuvo duda de que Almanssur amaba á Novara, y de que la amaba de una manera violenta.

—Sí—decía ella, cuando pudo escucharlos Luke-Taleb—, querían casarme con un hombre con quien no podía unirme sin cometer un gran crimen; y luego yo amaba á Abd-el-Rajman. Tú que eres su hermano sabrás si él me ama como le amo yo.

—¿Y quién no ha de amarte, luz del cielo?—dijo Almanssur, cuyo acento era débil é inseguro— ¿Acaso ha producido el Señor, que todo lo puede, un conjunto de perfecciones semejantes á las que ha creado para ti?

—¿Dice eso Abd-el-Rajman? — exclamó con alegría la joven.

—Abd-el-Rajman, señora—contestó temblando Almanssur—, tiene el corazón más duro que el filo de su yatagan, y corta y destroza como él, pero sin sentirlo.

—No, no; Abd-el-Rajman me ama. Cuando yo le esperaba las noches oscuras, noches que eran más hermosas para mí que las que alumbran la luna y las estrellas, porque entonces no podía ver la luz de sus ojos; en aquellas noches tranquilas, yo sentía cuando se acercaba porque me lo decía el alma; salía á su encuentro en los jardines de mi padre, y al abrazarle sentía latir su corazón del mismo modo que el mío, porque me ama como le amo yo. ¿Y sabes tú lo que es amar de esa manera? Pues atiende: es vivir en la felicidad; ver por donde quiera, aunque esté ausente, el rostro del amado; pensar para él y pensar amores; gozar para él y gozar placeres. Es tener el alma prendida en un fuego que calienta sin quemar y luce sin deslumbrar; es vivir en el paraíso.

—¿Y amas de ese modo á Luke-Taleb?

La joven se estremeció.

—A Luke-Taleb—dijo—, le amo como se ama á un hermano á quien no se conoce; yo nunca hubiera sido esposo de Luke-Taleb; no le conozco.

—Quise decir á Abd-el-Rajman.

—¡Oh, á Abd-el-Rajman! ¡Sí, le amo así! ¡No hay palabras para expresar lo que se siente! Pero él lo sabe y lo conoce, porque nuestras almas se entienden.

—¿Y me has seguido por amor á Abd-el-Rajman?

—Te he seguido, walí, porque Dios quería que te siguiese, porque ya te he dicho que era imposible que yo me uniese á Luke-Taleb.

El hagib sentía su corazón próximo á estallar

y contenía los gritos desesperados que se comprimían en él.

—¡Imposible! — exclamó Almanssur—¿Acaso una mujer tiene más voluntad que la voluntad de su padre, de sus parientes, ó de sus señores?

—Sí, sobre todo eso está la voluntad de Dios.

—¿Y si á pesar de la voluntad de Dios no volviere á ver á Abd-el-Rajman?

—¡Tú me has engañado!—exclamó la joven, poniéndose de pie—. Tú has fingido letras de Abd-el-Rajman y me has arrancado de la casa de mi padre, prevaleiéndote de la terrible situación en que yo me encontraba; tú no eres hermano de Abd-el-Rajman.

—¡Yo soy Almanssur!—dijo el wali, levantándose también.

—¿Qué! ¿tú eres Almanssur?

—Sí, Almanssur y no Adel; Almanssur, que te ama desde el momento en que te vió, y que está resuelto á conseguir tu amor, aunque para ello sea necesario derramar la sangre de mi hermano.

—¿Eres tú hijo de Abu-Hiram?—dijo ella con espanto.

—Sí, de Abu-Hiram y de Zarah, y el castillo en que nos encontramos es Hins-al-Gébel.

La joven quedó muda, pero muda con el silencio del terror y de la atonía.

—Ven acá—la dijo Almanssur, sin comprender su terror, tomando la lámpara que les alumbraba y haciendo reflejar su luz sobre un lugar del pavimento—¿Ves esa mancha roja? Pues bien, esa es la sangre de mi padre. ¿Ves aquella alcoba cuya puerta se pierde en la obscuridad? Allí murió mi madre. ¿Ves aquel ajimez desgarnecido aún? Por allí entró tu padre con sus bandidos. Mi hermano al enamorarte solo ha pensado en su venganza; pero yo al decirte amores, sultana, obedezco á mi corazón.

—¿Es hermano tuyo Abd-el-Rajman?—preguntó con ansia ella.

—Yo soy, Luke-Taleb—exclamó el hagib, cuya voz retumbó en la obscuridad; y se dejó ver adelantando lentamente como una aparición á los dos jóvenes.

—¡Tú! ¿Eres tú, Luke-Taleb, y no Abd-el-Rajman?—exclamó en un grito desgarrador la dama?

—¿Cómo te nombras?—la preguntó impaciente el hagib.

—Novara—contestó ella, bajando los ojos.

—¡Tú nombre! ¡tu verdadero nombre!—gritó Luke-Taleb.

—Azorah—dijo la joven, haciendo un esfuerzo desesperado.

—¿Cómo se llamaban tus padres?

—Abu-Hiram y Zarah.

—¿Y tus hermanos?

—Luke-Taleb y Almanssur.

—¿Sabes qué fué de ellos?

—Estaban esclavos en Argel.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Mi madre antes de morir.

—¿Sabía Kussul que tú conocías ese secreto?

—No, me lo reveló mi madre en una noche horrible en que estaba abandonada de todos, porque el dedo de Dios la había señalado con la peste, y no tenía á su lado más que su hija. Después murió.

—Te comprendo, hermano—dijo Almanssur, lanzando una horrible carcajada—: sabes que te amo, me temes, y pretendes arrancármela con una mentira que has convenido con ella. Nuestra hermana Azorah fué vendida por ese infame Kussul, y Novara es su hija.

—No, no; Kussul fingió venderme temiendo que un incidente cualquiera revelase su crimen, y me arrancase de sus manos; Kussul me amaba con locura y quería que fuese su esclava de una manera completa; entonces, delante de las gentes de su casa, me vendió á un mercader; aquel mercader me tuvo consigo durante dos años: yo me creí verdaderamente esclava; pero un día, hace un año, vi entrar en mi retrete á Kussul, que me cubrió de galas y me dió un talismán: «Toma, me dijo, este amuleto te defenderá de todos, y te conservarás pura para mí, cuando podamos partir á Africa donde nadie nos conozca. Desde hoy pasarás por mi hija y te llamas Novara; he despedido las esclavas que te servían y nadie te conocerá. Guárdate y guarda este talismán, porque si le pierdes serás esclava sin voluntad y harás lo que desee el que le tenga». Me llevó á su casa, y una noche...

—¡Se apoderó de tu talismán Luke-Taleb—exclamó con sarcasmo Almanssur—, y fuiste suya! No se puede negar, hermano, que eres muy poeta y sabes componer romances de encantamiento á la perfección.

—Y bien: ¿qué queréis?—dijo Luke-Taleb.

—Quiero lo que será, porque lo quiero. Quiero la posesión de Novara.

—¡Almanssur! ¡Almanssur! no llamemos con un crimen más la cólera de Dios sobre nuestras cabezas.

—¡Crimen! ¿Es decir que me amenazas?—exclamó Almanssur rojo de rabia.

—Te advierto, hermano.

—¿Y si yo arrastrara conmigo á Novara?

—Impediría de cualquier modo un doble incesto.

—¡Mientes, mientes cobarde y descaradamente. Luke-Taleb!

—Hermanos, hermanos míos — exclamó Azorah—, ¿estáis entregados á Satanás? No basta que yo, arrastrada por el destino, haya sido la amante impura de mi hermano, sino que es preciso que vea correr vuestra sangre.

—¡Cobardía y traición!—repuso Almanssur— Yo te amo más que á mi alma y serás mía, ¿lo entiendes, Novara? Y asíó con violencia á la joven pretendiendo arrastrarla fuera.

Subleváronse á un tiempo en Luke-Taleb el or-

gullo, el amor de hermano, el amor de amante, su generosidad de caballero, y el recuerdo del horroroso crimen á que se había visto arrastrado de una manera fatal; como á la muerte de Kussul vió rojos todos los objetos, rodaron en torno suyo sombras informes envueltas en un torbellino de fuego, y loco ya, desnudó su yatagan y se lanzó sobre su hermano, atropellando á Azorah, que había caído de rodillas entre los dos.

Un momento después, Almanssur, pálido como un cadáver, con los ojos desencajados, buscaba el talisman de Azorah entre el ensangrentado pecho de Luke-Taleb, muerto de una estocada. Le encontró, le guardó en su seno, asió el cadáver de su hermano, le llevó á un ajimez que se abría sobre el abismo, y le lanzó al torrente, haciéndole depositario de su crimen. Fijó por un momento sus ojos en el oscuro fondo, iluminado por la luz de un relámpago, sonrió de una manera infernal, cerró el ajimez y se puso á limpiar con su alquicel rojo la sangre de su hermano. Aquella sangre había caído en el mismo sitio donde Kussul vertió la de su padre. Luego se encaminó á Azorah que estaba por tierra sin sentido; apagóse la lámpara por sí misma, estremeciéndose el castillo bajo el embate de la tempestad desencadenada, y el arcángel del Señor, el terrible arcángel Ariel, pronunció en las alturas con una voz superior al rugido del trueno.

—¡Malditos seáis vosotros y vuestros hijos, hasta la cuarta generación!

VIII

Calló el enano y se limpió con la falda de su hopalanda el sudor que corría por su frente y empapaba sus cabellos; Gastón sentía un malestar horrible; y su cabeza pesada y ardiente como si hubiera encerrado plomo fundido.

Durante algún tiempo guardaron el más absoluto silencio ambos personajes; al fin le rompió Gastón.

—¿Y qué fué de Azorah?—dijo.

—Azorah olvidó á Luke-Taleb, y amó con desenfreno á Almanssur.

—¡A su hermano! ¡al fratricida!—exclamó con horror el joven.

—¿Has olvidado que Almanssur poseía un talismán de quien era esclava Azorah?

—Sí; pero yo no creo en talismanes; me es más fácil creer en la perversidad de Azorah.

—Te engañas; Azorah era buena, sencilla, temerosa de Dios, y llena de virtudes. Azorah estaba poseída por el diablo.

—No te comprendo.

—Sí; Kussul había buscado un mago, y había vendido su alma al infierno por poseer un ta-

lismán que corrompiese la virtud de los que le poseyesen; y he ahí la causa de los horribles crímenes cometidos en aquella familia: primero había sucumbido Zarah, luego su hija, después Luke-Taleb, y en fin Almanssur al enamorarse de Azorah, si el diablo no hubiera andado en ello, no estaría maldecida la raza de Margarita, que es cristiana, buena y piadosa, y ama sin embargo, á tu hermano Geofre con el mismo desenfreno que Azorah, su abuela, amó primero á Luke-Taleb, y luego á su hermano.

—¿Y cómo es nieta Margarita de Azorah?

—Recuerda que su segundo apellido es Venegas.

—Sí, sí; pero sólo hace ocho años que se conquistó á Granada y Margarita nació cristiana.

—Así estaba escrito. Seis meses después de la muerte de Luke-Taleb, Almanssur desapareció: nadie supo más de él; tres meses adelante, Azorah murió dando á luz una niña, que fué sacada por sus servidores de Hins-al-Gebel, y presentada al rey Jucef-ebn-Mahomet, que la amparó; aquella niña creció hermosa, discreta y rica hasta los treinta años que, cumpliendo su destino, vino como Margarita á ocupar á Hins-al-Gebel, que estaba deshabitado.

—Pero Hins-al-Gebel...

—Es el mismo que llaman en la comarca el castillo del diablo. Como Margarita, Haxara, la hija de Azorah, encontró en la montaña á un hermoso y valiente cazador que la amó, y quiso casarse con ella; pero la tradición que ahora existe se sabía ya en el país, y su padre se opuso. El amante, entregado ya por sus amores, al diablo, envenenó á su padre, y se casó con Haxara. Aconteció lo mismo; el esposo desapareció á los seis meses, y Haxara murió dando á luz una nieta de Azorah, que fué también recogida por sus servidores, y presentada al rey Mahomet-al-Aysery. Aquella niña, más hermosa que Haxara, su madre, y que Azorah, su abuela, se llamaba Obeidah. Durante otros treinta años, Hins-al-Gebel estuvo desierto; pero al fin de ellos reclamó de una manera fatal á su víctima, y Obeidah, á pesar de la tradición, entró en el castillo. Había entonces treguas entre los reyes de Granada y los de Castilla, y aprovechándolas fué á buscar el alivio de sus dolencias, en el agradable clima y en los sabios médicos de Granada, un caballero cristiano, llamado don Alvaro de Vargas. A pesar de esto, sus dolencias no cedieron, y los médicos le ordenaron se trasladase á las Alpujarras; el rey Abul-Hacem, grande amigo de don Alvaro, le donó un castillo en las montañas y el castellano se trasladó á él: Hins-al-Metek, que así se llamaba la fortaleza, estaba situado en la cumbre de una roca, á dos leguas de Hins-al-Gebel, y se gozaba en él auras puras y luz alegre y brillante; don Alvaro se restableció rápidamente, y de tal modo, que pudo salir

á la montería á la llegada de la primavera. El primer día de caza encontró en la montaña á Obeidah, sola y á caballo: la amó y fué amado. Pero existía una dificultad de gran monta: ella era mora y él cristiano. Obeidah poseía la virtud y el honor suficientes para no consentir en ser manceba de su amante. Esto, en aquella mujer maldita, acontecía de una manera fatal; era necesario que se consumase un crímen por el esposo, para que fuese maldito como la esposa, y para que, como los dos, lo fuese su hijo. El amor sedujo á la mora, que consintió en bautizarse, y don Alvaro llevó un día á Hims-al-Gebel á su capellán, á un anciano y digno sacerdote. Al verso entre moros, ante una mujer tan hermosa como Obeidah, y á quien miraba con pasión don Alvaro, el virtuoso sacerdote se estremeció, y mucho más cuando le dijo el castellano:

—Amo á esta dama, padre mío.

—Pero esta dama es idólatra—repuso humildemente el sacerdote.

—Será cristiana, y para que la bauticéis os he traído.

—¿Pero esta dama está instruida en los misterios de nuestra santa religión?

—Sí; la he instruido yo—contestó con dureza don Alvaro.

El sacerdote comprendió que allí no había fe; sino un amor impaciente, y que se pretendía hacer servir á la religión como un medio impuro.

—No la bautizaré—dijo—, sino cuando no tenga duda de que el conocimiento de sus errores, y su fe en Jesucristo, son los que la hacen desear la purificación del bautismo.

—La bautizaréis, padre—dijo con imperio don Alvaro olvidado de su cristiandad y del respeto que se debe á un sacerdote.

—Perdonadme, señor, pero hasta que deba ser no será.

—Haré que los reyes os propongan al Papa para obispo.

—No—contestó el sacerdote ruborizándose.

—Y para que podáis dar limosnas según vuestra caridad, os donaré un cuento de maravedises.

El cielo no se vende, señor—contestó con dignidad el sacerdote.

—Pero se da la caridad—contestó reprimiendo mal su cólera don Alvaro.

—La caridad indiscreta, señor, como todas las virtudes, cuando se usan sin una razón justa, producen el mal, y la caridad que deseáis, no sería caridad, sino un terrible sacrilegio.

—¡Es decir, que os negáis!

—Yo no puedo negar la luz y la vida—contestó el hombre de Dios—; pero dejad que dé primero la luz de la palabra, y después daré la vida del bautismo.

—¿Creéis que sepa mucho un recién nacido?—objetó ya con grosería don Alvaro.

—Un recién nacido, señor, es un ser débil y frágil; una llama que empieza á arder, y que el más ligero soplo puede apagar; pero esta dama goza de una salud fuerte y vigorosa; está, por las apariencias, muy lejos de la muerte.

—En fin, clérigo—gritó don Alvaro—, de una vez: ¡sí, ó no!

—¡No!—pronunció con firmeza el sacerdote.

Don Alvaro le asió de un brazo, ébrio de cólera, y le sacudió con fuerza.

—¿No?—le repitió.

—Ved, señor, lo que hacéis—dijo el sacerdote, cuyos ojos se llenaron de lágrimas, no por sí, sino porque veía que don Alvaro provocaba la justicia del Señor—; ved lo que hacéis; que injuriándome injuriáis á Dios, y Dios os maldecirá.

—¡Que me maldecirá! ¡Pues bien, que me maldiga!—Y puso su mano sacrilega en el rostro del sacerdote.

—¿Y qué sucedió entonces?—dijo Gastón, levantándose pálido de horror.

—Sucedió—continuó el enano—, que el sacerdote lloró por el alma de don Alvaro, y le maldijo en nombre de Dios.

—¿Y luego?—insistió trémulo Gastón, cuya fe le hacía estremecerse con aquellos horrores.

—Luego... luego...—dijo el enano—, cayó otra vez sangre en el sitio donde había corrido la de Abu-Hiram y la de Luke-Taleb; se enterró en secreto por los amantes un cadáver en las cuevas del castillo y no se volvió á saber más del sacerdote.

—¿Y se casaron?—preguntó admirado Gastón.

—Sí—contestó con una indiferencia glacial el enano—; don Alvaro tomó tan bien sus medidas que quince días después vino al castillo un fraile vendido al oro; uno de esos hombres que la miseria humana arroja en el lugar más sagrado; y un mes adelante y en un mismo día bautizó á Obeidah, la puso por nombre doña Juana Venegas y la casó con don Alvaro. Aquel fraile llegó á ser obispo y murió en olor de santidad. Tan menguada es la vista de los hombres. Seis meses después murió en batalla don Alvaro de Vargas, sin confesión, sin tiempo para arrepentirse, porque le partieron el cráneo de un hachazo, y transcurridos tres meses nació Margarita matando á su madre. Como la servidumbre era cristiana, la llevaron á la corte con sus títulos de nobleza y una carta de Obeidah para los reyes Católicos, que la apadrinaron en gracia á los servicios y la muerte honrosa de su padre. He aquí cómo es que Margarita venga de moros y haya nacido cristiana antes de la conquista de Granada.

—Pero me queda una dificultad; los moros castigan á muerte á los convertidos de su falsa religión, y Obeidah permaneció en territorio musulmán.

—¿Olvidas que nadie se atreve á acercarse

ni aun á mirar al castillo del Diablo? Lo mismo sucedía en aquellos tiempos cuando se llamaba Hins-al-Gebel.

Gastón se dió por vencido.

—Pero si Margarita se casa con mi hermano, va á perderse y es necesario que no se pierda.

—Sí, es necesario que no se pierda; es preciso que muera doncella, ó que se case lejos de estos sitios: sinó ¿á qué oponerme yo á esos amores? ¿Crees que tengo celos como tú?

—¿Y qué haremos?

—¡Cuenta á tu hermano esa historia.

—No la creerá.

—¿Qué no la creerá? ¿Acaso tú no la crees?

Gastón miró en aquel momento al enano, y dudó; sus ojos, cosa que hasta entonces no había reparado, tenían esa expresión vaga é inquieta exclusiva de los insensatos; si aquel hombre estaba loco, no merecían fe sus palabras. ¿Y luego no era bufón, acostumbrado á componer cuentos para entretener á sus señores? ¿Qué tenía de extraño que lo que acababa de referir á Gastón fuese un cuento sombrío para aterrar á los hermanos y separarlos de aquella mujer á quien decía amar con tal fe y tal abnegación que casi se hacían increíbles? Gastón dudó, y con la duda sintió dilatarse su alma.

—Y dime: ¿quién te ha contado esa historia?—dijo después de su pensamiento de la manera más natural.

—¿Dudas de mí?—dijo el enano.

—No, no dudo de ti, sino de los que te la hayan contado.

—¿Y si te la refiriese un sacerdote?

—La creería.

—Pues bien, sígueme.

Gastón se levantó y empezó á descender rápidamente precedido por el enano.

IX

El enano empezó á descender, y se aventuró, acompañado de Gastón, en un laberinto de gargantas y cortaduras.

Así anduvieron una hora; al cabo llegaron á una pequeña rambla abierta entre dos cerros, y en el centro de ella, sobre una pequeña eminencia dominada por las cumbres cercanas, cubierta de hierba y árboles frutales, y rodeada de un ruidoso arroyuelo, vieron una ermita reducida, terminada por un campanario mezquino, del cual se colgaba un negro esquilon.

Al lado del santuario se alzaba una casita de tierra, de un solo piso, con techumbre de retama, y delante de ella una cruz de madera, teñida de un color rojo oscuro, semejante al de la sangre seca después de mucho tiempo; al pie de esta cruz estaba sentado un hombre, al parecer ermitaño.

El capuz del hábito blanco de este hombre estaba arrojado de tal manera sobre su cabeza, que sólo se veía de ella el extremo de una barba revuelta; parecía sumido en una meditación profunda, tenía inclinada la cabeza, cruzados los brazos sobre el pecho, y abstraído de tal modo, que no se apercibió de la proximidad del enano y de Gastón.

—¿Es ese el sacerdote?—dijo el joven.

—Sí—contestó el enano—; ese es el santo cenobita de la «Cruz del Lloro», á cuyas palabras darás más fe que á las mías.

Después de esta contestación, pronunciada con un acento un tanto acre, el enano avanzó y se prosternó ante el hombre del hábito.

—Padre mío—le dijo—, bendecidme.

El ermitaño levantó la cabeza, miró por entre la abertura de su capuz al bufón, se puso de pie, le bendijo y se volvió en dirección al santuario.

—Esperad, esperad, padre mío—exclamó Gastón—, yo también necesito ser bendecido por vos.

Volvióse el ermitaño al sonido juvenil de la voz de Gastón, le miró en silencio y pareció agitarse bajo sus hábitos en un temblor momentáneo.

—¿Queréis que os bendiga?—exclamó dulcemente—. Sed, pues, bendito y bien llegado al albergue de la penitencia.

Extendió su mano derecha y bendijo á Gastón.

—Esperad aún, hombre de Dios—insistió el joven—; vengo con el alma llena de duda y de tribulación, y necesito que me consoléis.

—¿Dudáis de Dios?—repuso con doble severidad el cenobita.

—No, no dudo de Dios—, se apresuró á decir Gastón—; pero dudo si está maldecida nuestra raza por él.

—¿Tantos son los crímenes de vuestra familia?

—No le conozco ninguno; han servido fielmente á Dios y al rey de generación en generación.

—¿Cómo os llamáis?

—Gastón Tenorio.

De nuevo pareció que temblaba bajo sus hábitos el anacoreta, temblor que se reprodujo en su voz cuando dijo al joven.

—¿Y qué quiere de mí un hijo de esa raza?

—Que iluminéis mi razón, que arranquéis de ella la duda.

Seguidme.

El ermitaño hizo una seña imperiosa al enano, que se sentó al pie de la cruz, siempre acompañado del perro.

Gastón se encontró al fin en una estancia cuyo aspecto, pobre hasta lo miserable, apenas como appena la vista de un esqueleto; la tierra que formaba las paredes no había sido revocada, y sus únicos muebles consistían en una tarima, un cántaro, un Crucifijo, una calavera y una Biblia, puestos sobre un poyo de pie-

dras unidas con argamasa, y cubiertas en su plano por dos tablas de abeto.

El cenobita indicó á Gascón la tarima.

—Sentaos—le dijo.

Al mismo tiempo se echó atrás el capuz del hábito y dejó ver su cabeza descubierta.

Pero no por eso Gastón pudo juzgar de su semblante; le cubría una máscara de hierro de una manera tan completa, que sólo se veía bajo ella el extremo de una negra y rizada barba; sus ojos, que brillaban tras las aberturas de aquel inflexible antifaz con una fuerza extraña, y á los que la condición del estado penitente no había podido despojar de cierta expresión altiva, indomable y feroz, que como una sombra vaga se vislumbraba en ellos; sus ojos, decimos, eran de gran tamaño, y su negrísimo color producía un efecto duro, pero majestuoso, soberano, y si se quiere fantástico, entre los humildes accesorios del traje y la morada del cenobita, que por la expresión de su mirada hermosa, noble y distinguida hacía sospechar en él á un hombre en otro tiempo rico, valiente y caballero, á quien los excesos ó las desgracias en el mundo habían arrojado á las privaciones del desierto.

Gastón observó rápidamente al ermitaño, y éste á su vez abarcó á Gastón en una de esas miradas rápidas como el relámpago, que penetran hasta el fondo del alma de quién es su objeto. Después de esto el cenobita volvió á su glacial impassibilidad y se sentó al lado del joven.

—Os escucho, caballero—le dijo.

—¿Por qué me llamáis caballero, y no hijo, como yo os llamo padre?

El ermitaño no contestó; pero en la atenta mirada de sus ojos había una indicación de impaciencia.

—Mi hermano—continuó el joven—, ama á una mujer á quien yo amo también, señor.

Gastón se detuvo; pero el tenaz silencio del ermitaño no se rompió ni menguó su austeridad.

—¿Qué, nada tenéis que decirme acerca de la situación terrible en que me encuentro?—exclamó el joven, á quien parecía extraño el silencio de aquel hombre.

—¿Y qué queréis que os diga? Desde Adán hasta ahora ha habido tantos hermanos que han amado á su hermana, que vuestra situación es una vulgaridad.

—Pero Margarita no es mi hermana.

—No, pero es la prometida, la destinada por Dios ó el diablo á vuestro hermano don Geofre Tenorio.

—¿Con qué es verdad que Margarita...

—¿Está maldecida por Dios? Sí, es verdad.

—¿Y qué ocasionará la muerte y la condenación á su esposo?

—Sí.

—¿Y qué su esposo cometerá un crimen antes de casarse con ella?

—Así está escrito.

—Pues bien; vos que sois un hombre consagrado á Dios, vos que leéis en el porvenir...

—¿Quién os ha dicho que yo sea profeta?

—Sabíais sin embargo que mi hermano había de amar á Margarita, que debe ser su esposo, y nadie os lo ha dicho.

—Me lo habéis dicho vos.

—Que la ama sí, pero que la haga su esposa...

—Ello es necesario que suceda. No creo fácil que haya un hombre que resista á la tentación, por terribles que sean las desgracias que le amenacen, si se contempla amado por esa mujer.

—¿Pero sabéis que ella es la muerte y la condenación?...

—Sé que si os encontráis en la situación de vuestro hermano atropellaréis por todo. ¿Acaso hay muchos hombres que teman á Dios?

—Caballero, yo creo...

—Llamadme hermano.

—Pues bien, hermano mío, salvadla, salvadnos.

—¿Y qué soy yo para oponerme á las pasiones humanas? Nada. Pero os daré un consejo: huid. Sois joven; empezáis vuestra primavera; estáis en la edad del amor; en la corte hay damas hermosas, discretas, nobles; una hermosura presente os curará del amor que os ha inspirado la que dejáis en estas montañas. Y creedme; si fuérais vos don Geofre, os diría: apresurad vuestra unión, apresurad el momento en que ese tesoro de belleza y de virtud os pertenezca; la tradición miente, sed feliz; pero á vos, niño, que sois puro y bello como vuestra madre, á vos que tenéis un alma de ángel, os digo: la tradición es verdad; la cólera del Señor está suspendida sobre la raza maldita; ¡huid, Gastón, huid.

El ermitaño había pronunciado estas palabras de una manera solemne, pero con la solemnidad paternal de un hombre destrozado por las pasiones, que se cruza delante de un niño en una senda de perdición.

—¿Sabéis que Geofre es mi hermano?—exclamó levantándose el joven.

—Sé que habéis venido á pedirme un consejo y os le doy tal cual le merecéis; en cuanto á vuestro hermano...

—¡Mi hermano!...

—Dejad ese acento de amenaza, que cuando le dirigís á un sacerdote sienta mal en vuestra boca harto acostumbrada á orar. Sentaos; y si queréis saber cuánta razón tengo en no interponer mis ruegos á la justicia de Dios, tratándose de don Geofre Tenorio, escuchad.

Sentóse Gastón, dominado por el misterioso prestigio que emanaba del ermitaño, y éste empezó con voz reposada y grave el relato siguiente, que tomamos por entero y por nuestra cuenta, como una relación aislada, para poder relatar á nuestros lectores cosas unidas á él, y que por razones que se aclararán más ade-

fante, no podía saber el penitente de la Cruz del Lloro.

X

El día 2 de Enero de 1492, á las cuatro de la tarde, cuando el sol descendía al occidente entre ráfagas de oscuras nubes, un caballero, jinete en una yegua negra, sin más armas que un yatagán y una ligera loriga, avanzaba al galope por el camino que conduce de Granada á las Alpujarras, y antes de llegar al lugar de Armilla.

Aquel camino estaba muy concurrido; parecía que un pueblo entero se alojaba de sus hogares y que se alejaba con pena, como contra su voluntad, arrojado por la fuerza.

Y así era: Granada se había rendido á los Reyes Católicos después de un obstinado cerco; y aquellas mujeres que lloraban, estrechando entre sus brazos á sus pequeñuelos, sobre carretas llenas de muebles, lloraban con justa causa, porque dejaban allá en la ciudad, donde retornaban las selvas y los gritos de victoria de los cristianos, el retrete donde nacieron sus hijos, y el jardín con cuyas flores habían hecho ramilletes de amor para sus esposos.

Toda esta multitud caminaba en silencio, pero lentamente, al paso de sus acémilas y de sus bueyes, y con envidia al caballero, que como pretendiendo alejarse del tumulto de alegría de los vencedores, aguijaba á su yegua y avanzaba con rapidez hacia el lugar de Armilla.

Aún no había pasado una hora desde que el visir Ebn-Comija había entregado las llaves de la ciudad y sus castillos, en la puerta de la Torre de los Siete Suelos de la Alhambra, al conde de Tendilla, y aún se veía á lo lejos la nube de polvo que levantaban los caballos del rey Boabdil y del escuadrón de caballeros que le acompañaban en su destierro á la montaña, cuando el jinete de la yegua llegó á Armilla, y fué detenido por el «¿quién va?» de un atalaya cristiano.

El caballero dijo su nombre, y mostró al soldado un pergamino enroldado y sellado á manera de privilegio.

Gracias á él, le dejaron llegar á una gran tienda de campaña, blasonada en sus paños con las armas de Castilla, coronada por el pendón real, rodeada de hombres de armas, y guardada por «continuos» de la reina doña Isabel la Católica.

Algunos moros del lugar por curiosidad, pero á respetable distancia y fuera de la línea de los atalayas, contemplaban la tienda; cerca de ella se veían algunas mujeres cubiertas con jaiques, literas, hacaneas, y caballos de batalla menidos del diestro por soldados moros.

El que llegaba, guiado por un alférez cristia-

no, palideció, porque aquellas literas y hacaneas pertenecían á las damas de su familia y á las esclavas de su harén, y aquellos hombres y caballos á su bandera de jinetes.

Detuviéronse junto á los «continuos» y el alférez hizo anunciar á la reina la llegada del moro por medio de un paje.

Un momento después el moro entró, levantóse el tapiz que servía, por decirlo así, de antecámara á la tienda, y se encontró delante de la reina.

Era doña Isabel la Católica una dama como de cuarenta años, hermosa y perfectamente configurada: poseía ese aspecto superior que constituye la majestad de los reyes; y cuando dirigía la palabra á un vasallo, aunque fuese con un motivo trivial, no podía calificarse aquella palabra como familiaridad, sino por el contrario, como merced; sabía reprender sin humillar, elogiar sin envanecer; era severa sin dureza, y digna en todo del alto destino que ocupaba; jamás un vencido tuvo que sonrojarse ante ella al hacerle un homenaje como vencedora, ni la desgracia al recibir sus beneficios. ¡Gran reina! elegida por la Providencia para España después del escandaloso y turbulento reinado de Enrique IV!

Dos hombres la acompañaban: el uno bastaba por todo lo caballeresco, noble y valiente de Castilla, como Isabel bastaba por todo lo real y poderoso de España; aquel hombre era un capitán de caballos de sus reales, la honra de Andalucía, el último cercador de Granada, el vencedor del emir Muza-bu-Abil-Gazan; era Gonzalo Fernández de Córdoba.

Servía á la reina con una adoración de vasallo que rayaba en idolatría, puesto que, á pesar de ser un cumplido cristiano, solía decir más de una vez, al arremeter con la lanza baja contra los moros, al frente de sus jinetes: «¡Por la reina y por Dios!»

El otro hombre era también noble, gallardo, valiente, pero con un valor feroz; más joven que Gonzalo de Córdoba, si no en sus caballerescas hazañas, le igualaba en mando como capitán de caballos; era, como él, «continuo» de los reyes; como él, llevaba delante su lanza y su adarga con pajes y escuderos, y como él, era hijo de la rama lateral de una casa ilustre: este hombre era don Gófre Tenorio.

Pero bastaba comparar el semblante de estos dos hombres para comprender á primera vista cuánto se diferenciaban entre sí: Gonzalo de Córdoba estaba favorecido por Dios con uno de esos semblantes que por sí solos hacen amigos; su valiente mirada, por la cual podía llegarse al fondo de su alma, era franca, radiante, límpida, tranquila; jamás aquellos ojos insultaron al amenazar, ni sus palabras bravearon, ni sus labios produjeron la sonrisa del desprecio ó del desdén. Si un hombre se atrevió á ofenderle, su espada fué siempre más pronta que su lengua; y si aquel hombre llevó la cabeza

coronada, si aquel hombre pudo tener algún lugar en el ánimo de la reina, supo como nadie aparentar la ignorancia del agravio para no ponerse bajo el ridículo del sufrimiento; si doña Isabel de Castilla era una reina de hecho, Gonzalo Fernández de Córdoba era un rey de corazón.

Don Geofre Tenorio inspiraba á primera vista un sentimiento de repulsión invencible; era hermoso, pero con una belleza de líneas duras y angulares; sus ojos grandes y negros, herían cuando miraban, y su altivez natural se doblegaba mal y de una manera rebelde ante la mirada severa de doña Isabel; pero con los demás, incluso el rey Fernando, los príncipes de la sangre y los príncipes de la iglesia, era altanero, disputador é intolerante; trataba como esclavos á sus súbditos; dominaba á su madre, tiranizaba á su hermano, y pensaba con un absoluto desprecio de las mujeres, incluso la reina, á quien sólo tributaba respeto de acción y de palabra. Su honor era orgullo, su ley su voluntad; para cumplirla atropellaba por todo, como un poder fatal impulsado por una fuerza desconocida y poderosa. Su vanidad le hacía arrostrar los peligros, y su orgullo íntimo el miedo. En aquellos tiempos de hierro se le apreciaba y se le temía por valiente, y nada hasta entonces se había cruzado en su camino que no hubiese sido arrollado bajo su planta.

Acompañaba á Gonzalo de Córdoba en el resguardo de la reina, y en aquella situación excepcional le había seguido como de noble á noble, aunque no había sido invitado.

Además de estos dos hombres, había en la tienda sentadas sobre la alfombra, cabizbajas y llorosas, tres mujeres; la una de ellas era madre del jinete que acababa de entrar, y se llamaba Noema; á pesar de sus sesenta años se comprendía perfectamente que aquella dama habría sido admirablemente hermosa, y en lo delicado de sus formas y maneras, que había nacido hija de una raza de señores ricos y poderosos hasta la conquista de Granada.

La segunda de las damas era joven y de una maravillosa hermosura, á la que daba doble realce su color blanco, con esa blancura mate y pálida que revela un temperamento vigoroso. Sus formas, perfectamente modeladas, eran mórvidas y nerviosas, y sus cabellos negríssimos y abundantes, peinados en trenzas y en banda á lo largo de su rostro, encerraban como bajo un arco de ébano su anchura y majestuosa frente, tersa y límpida como el marfil, que armonizaba con sus cejas negras y sedosas, y con sus hermosos ojos, negros también, y en cuya mirada, á través del profundo dolor del momento, se entreveía un tesoro de amor guardado como un misterio en el fondo de su alma.

Aquella mujer se llamaba Ada, y era esposa del caballero de la yegua.

La tercera dama era morena como una africana; sus ojos tenían el brillo deslumbrador del sol,

sus cabellos lo suave de la seda, y su aliento el aroma de las flores. Era hermana del jinete moro; lloraba como Ada, y se llamaba Lind-Arahj.

El caballero recién llegado abarcó con una profunda mirada todo aquel conjunto. La reina, vestida con un traje de velludo negro, adornado en el cuello y en las mangas con encaje de Flandes, cubiertas las trenzas de sus cabellos rubios con una toca de brocado, cruzado el pecho con una banda roja con castillas de oro sobrepuestas, teniendo á su alcance sobre la mesa un bastón de mando forrado de velludo rojo y blasonado como la banda, estaba sentada en el fondo de la tienda en un estradillo, sobre un sillón blasonado.

Junto al estradillo y á la derecha, armado de todas armas y galán y vistoso según su costumbre, estaba Gonzalo Fernández de Córdoba, y á la izquierda, armado también de punta en blanco, con el hábito de Santiago sobre las armas, don Geofre Tenorio.

Hacia la derecha y un poco más retiradas, vestidas con caftanes, túnicas y faldas de damasco y oro de vivos colores y riquísima labor, estaban las tres damas moras, que se habían ataviado con todas sus joyas y galas como para rechazar con su aspecto la lástima de los vencedores. Pero este último esfuerzo del orgullo había sido contrastado por sus lágrimas de mujer al salir para siempre de Granada, y las había hecho tan dignas de lástima, como si aquellas lágrimas hubiesen caído sobre los harapos de la indigencia.

El moro pasó rápidamente la vista sobre estas cosas y afectos, pero la detuvo de una manera fija y tenaz sobre don Geofre Tenorio, que posaba una mirada audaz, y por decirlo así avara, en Ada.

Pero ésta tenía fija la suya en el suelo; las otras dos damas estaban abismadas en su dolor la reina y Gonzalo de Córdoba contemplaban al moro, y éste sólo pudo medir en todo lo que valía la expresión de don Geofre Tenorio ante la hermosura de su esposa.

En otra cualquiera ocasión aquel incidente hubiera ocasionado un duelo; pero entonces el moro contuvo la cólera dentro de su alma, aplazó el choque de su odio con el hombre que había tenido fuerza para inspirárselo en un solo momento, y adelantó hasta el estradillo, á cuyo pie se prosternó.

—Alta y poderosa reina de Castilla—dijo con voz segura—, si tu alteza se digna aceptar el homenaje de un caballero, hecho vasallo buena y lealmente por fuerza de armas, como sabido es, he aquí el infante de Granada Sidy Atmet, que con sus tesoros, su familia y sus esclavos, te rinde pleito homenaje y se entrega á tu merced.

La reina tendió su admirable mano al moro, que la puso sobre su corazón, y sobre sus labios, y se levantó.

—Si sois el infante Sidy Atmet-el-Omeya—dijo la reina con la más cortés benevolencia—, si sois el caballero sin miedo, que acompañado del emir del rey Abd-Allah embestisteis mis lanzas en la villa de la Azubia, y me pusisteis en peligro de cautiverio, ¿cómo es que no viene con vos el emir?

—Noble señora, sólo Dios, que todo lo sabe, puede decir qué se ha hecho del infante Muza-ebn-Abil-Gazan desde el día en que se firmaron las capitulaciones de la entrega de la ciudad.

—¿Ha muerto?—exclamó la reina con un tanto de conmoción.

—Muza ha huido, señora, de la vergüenza del vencimiento; Muza ha sido más valiente que nosotros; Muza ha vestido por última vez su armadura, empuñado su lanza y cabalgado en su yegua de batalla; Muza no se arma más que para lidiar; Muza no ha vuelto, y ha debido morir.

—¿Tenéis noticia, Gonzalo, de algún duelo de solo á solo, de algún lance de armas con los moros después que se firmaron las capitulaciones?

—Ningún caballero cristiano—contestó Gonzalo de Córdoba con la soltura del que está acostumbrado al trato íntimo de los reyes—ha salido de los reales, señora, ni nadie ha dicho que haya muerto en batalla y por sus manos al emir. Si así fuera, creo que nadie renunciaría á la honra de mostrarse vencedor del primer caballero de Granada, y tal vez del primero que empuña lanza y calza acicate en el mundo en la hora que hablo, si vive. A no ser don Geofre Tenorio, que ha estado tres noches fuera de los reales jineteando, según su valiente costumbre...

—Muza habrá huido para enterrar sus tesoros—dijo con desprecio Tenorio—temeroso tal vez de que se los arrebatara la soldadesca.

—Ni Muza es vil—exclamó con impetu el moro—, ni los soldados de tu reina, cristiano, son ladrones. Sólo hay aquí de vil...

Don Geofre, dominado por su orgullo, avanzó como para escuchar mejor las palabras que iban á salir de la boca de Sidy Atmet; pero la reina cruzó ante aquellas palabras su palabra.

—Según lo que sabéis, Gonzalo—dijo, como si nada hubiese acontecido—, sólo don Geofre Tenorio ha jineteado, aun después de la tregua y de la capitulación, alrededor de Granada, á pesar de nuestra prohibición. ¿Qué nuevas tenéis de esto, comendador?

—Ni yo ni mis lanzas, señora—contestó don Geofre—, somos «audaces» hasta el punto de contravenir las órdenes de vuestra alteza, y nada sé.

Pronunció Tenorio estas palabras con una altanería tan extraña, que la reina palideció; pero dominándose, dijo con voz severa y perfectamente contenida:

—¡Comendador! nos recordáis muy á tiempo vuestra sumisión á nos, y queremos aprovechar sin demora vuestra valiente lealtad; cabalgad al frente de vuestras lanzas y preparaos

á servir de resguardo al infante Sidy Atmet al señorío de Válor que le donamos en las Alpujarras. ¡Despejad!

Al escuchar aquella orden que le desterraba, humillándole en presencia del hombre con quien ya había cruzado en palabras su odio, el comendador palideció hasta la lividez, se inclinó ante la reina, pasó junto á Sidy Atmet, lanzándole una mirada implacable, y salió de la tienda.

Poco después se le oyó llamando con voz colérica á sus alféreces y á sus jinetes.

—¡Me das la taha de Válor, poderosa señora—dijo el infante—, y te muestras conmigo madre benéfica, más que reina vencedora! ¿Qué ha de hacer, pues, para pagar tus beneficios?

—Con el señorío de Válor os doy una grandeza de España; os hago alto entre los altos, después de nos; pero nos somos sierva de Dios antes que reina, y todos nuestros ricoshombres y señores, todos nuestros mesnaderos y vasallos, son cristianos católicos.

—Seré cristiano, señora—contestó como impulsado por una excitación febril el infante—; seré señor de Válor, y me llamaré don Pedro de Córdoba y de Válor.

—Pero atended—continuó la reina, inclinándose hacia él—, después del emir Muza, de quien Dios tenga piedad si ha muerto, vos sois el caballero más valiente, más noble y más respetado de Granada; os ama el pueblo, y os respetan los soldados; todos esos infelices que pasan por delante de nos con la frente baja y los ojos llenos de lágrimas, levantarán, no lo dudéis, la frente en las montañas, y pretenderán reconquistar á Granada; y escuchad bien: aunque con la ayuda de Dios y de nuestros leales vasallos nos creemos bastante fuertes para llevar á sangre y fuego hasta el último lindero de España donde se albergue un enemigo de la religión y del trono, al otorgar las capitulaciones hemos tomado bajo nuestro amparo como vasallos á cuantos lo eran antes del rey de Granada; nuestros vasallos son nuestros hijos, y su sangre es preciosa para nosotros. Así pues, es necesario que no se rebelen las Alpujarras; es necesario que la palabra de Dios y nuestras leyes entren en ellas sin que las preceda otra nueva guerra.

—Las Alpujarras, señora, no se rebelarán mientras se cumplan buena y fielmente, como se cumplirán, las capitulaciones; se cumplirán, sí, porque la fama de tu grandeza ha llegado á nosotros antes que tu espada, y tu fe de reina no se ha desmentido jamás.

—¡Cómo! Hay quien duda...—exclamó la reina al escuchar el razonamiento un tanto atrevido del infante.

—¡Dudar! ¿Quién se atrevería á dudar de ti, que eres luz de virtud y vaso de fortaleza entre tu pueblo? Pero se dice...

—¡Se dice ya!...—observó la reina.

—Sí, poderosa señora, se dice que el rey de Aragón, noble esposo de tu alteza, aconsejado por

don fray Hernando de Talavera, y por el cardenal de España, quiere bautizar por la fuerza á hombres que han nacido en otra ley; que al que resista, se le arrebatarán sus hijos, y se le arrojará del reino; que si la resistencia fuere armada, se le entregará á la Inquisición...

—¿Y dónde habéis oído tan extrañas nuevas?

—Recuerda, señora, que has enviado hasta mí á tu secretario Hernando de Zafra, que me ha entregado este privilegio para llegar á tí, y un resguardo para mi familia y mis servidores; Hernando de Zafra me ha detenido desde esta mañana en los reales de Santa Fe, y mi presencia en ellos ha causado esas palabras que han dicho en alta voz, creyendo sin duda que yo no comprendo el castellano.

—La conquista de Granada, como la empresa del descubrimiento del Nuevo Mundo, se ha hecho por la corona de Castilla, que se afianza en mi cabeza—dijo la reina con el acento varonil de que sabía hacer uso en los momentos más solemnes—; Castilla obedecerá mi voz, como la ha obedecido hasta ahora, y sólo á Dios, que me ha confiado ese pueblo, daré cuenta de mis acciones y de mis pensamientos respecto á él. En cuanto á vos, infante, que me habéis rendido voluntaria y libremente pleito homenaje, podéis, si os place, pasar á Africa con vuestros tesoros y vuestra familia; sois mi vencido, no mi cautivo, y el mismo resguardo que os acompañará hasta Valor, os seguirá hasta las riberas del Mediterráneo.

—O tu cautivo, señora, ó tu vasallo—la interrumpió el moro—; la palabra ó la espada de un caballero no salen jamás en balde de la boca ó de la vaina; á tu merced me he entregado, y tuyo soy con todo cuanto tengo, con todo cuanto valgo.

—Pues bien, señor de Valor, id, tomad posesión de vuestro señorío, y sed para nos tan buen vasallo, como nos apreciamos al honraros vuestro honor y vuestra valentía.

Pronunció la reina sus últimas palabras con tal acento de grandeza y generosidad; había en aquel acento tanto de consuelo y de promesas para el vencido, que el infante Sidy Atmet cayó á sus pies, se los besó conmovido, y salió acompañado de su familia, conteniendo mal las lágrimas de gratitud que se agolpaban á sus ojos.

Al salir el infante, todos sus jinetes se pusieron en movimiento; abriéronse las literas, entraron las damas, montaron las esclavas cubiertas con sus velos en las bacaneas, y los soldados en sus caballos de batalla; pero aquellos generosos corceles no llevaban sus sillas de acero, ni sus gualdrapas de loriga, ni aquellos valientes zenetes sus jacos damasquinos, ni sus espadas de Fez, ni sus adargas de piel de toro, ni sus lanzas de dos hierros; iban cubiertos de galas, como para una boda, y sobre caparazones bordados de seda, por la misma razón que se habían ataviado con sus mejores preseas la ma-

dre, la esposa y la hermana del infante Sidy Atmet.

Al mismo tiempo montaron á caballo los jinetes de don Geofre, armados hasta los dientes, y su pendón rojo y blanco ondeó al impulso de las auras de la tarde.

—Vos sabréis el camino de Valor—dijo el comendador á Sidy Atmet—, por lo tanto, y puesto que vengo para resguardaros, sed desde ahora capitán de mi bandera.

Había desaparecido todo lo hostil, todo lo duro, todo lo descortés del semblante de don Geofre; era entonces un hermoso joven de veinticinco años, galán apuesto, y respetuoso con la desgracia. Sidy Atmet le contempló con recelo, dudando si era aquel el mismo hombre que se había atrevido á insultarle delante de la reina; pero Tenorio había cubierto con tal expresión de afecto y franqueza los malos instintos que comúnmente se reflejaban de su alma en su semblante, que dudó.

—La reina me hace un gran honor—le dijo— en acompañarme con un caballero tan noble y tan valiente como vos, y sobre todo tan arrojado; me placen los hombres de vuestro temple, comendador.

—La reina me destierra, caballero—contestó don Geofre—; se me había insultado, haciendo caer sobre mí la sospecha del asesinato en cuadrilla del emir, cuyo paradero nadie sabe, y no he podido contenerme; he ofendido... á la reina, á ciegas, arrastrado por mi irritación; es mi carácter.

Aquella satisfacción, marcada por una reticencia, y noble por ella, bastó para que Sidy Atmet, siempre generoso y leal, olvidase su prevención hacia el joven; y era tal el aspecto de franqueza y solicitud con que se había cubierto, que el moro sintió por él un principio de afecto.

En tanto, la cabalgada avanzaba á buen paso, y llegaron muy en breve al alto del Padul, última de las colinas que se escalonan bajo las vertientes meridionales de la Sierra Nevada, y desde donde se ve por última vez la ciudad.

Al llegar allí, como impulsados por un mismo sentimiento, Sidy Atmet y sus jinetes se detuvieron; echaron pie á tierra, se prosternaron vueltos hacia Granada, y con las frentes unidas á la tierra, rezaron por última vez, á la vista de la ciudad perdida, la azala de almazreb.

Oración murmurada entre lágrimas, con el corazón vacío de esperanza y henchido de desesperación; oración solemne, elevada por los vencidos delante de los vencedores, de los cuales no hubo uno, excepto don Geofre, que no se conmoviera, y dejara ver una lágrima de expansión en sus feroces ojos de soldado; ante aquel valor y aquella grandeza que no habían llorado sino después de haber vertido á torrentes sangre cristiana por aquella Granada tan querida, donde quedaban sus recuerdos, sus hogares, y acaso su amor.

Una hora antes, en aquel mismo sitio, se había prosternado Boabdil, y lanzado á la ciudad su hondo suspiro de rey destronado; allí había dejado la señal de sus lágrimas sobre la roca; allí su madre Aixa la Horra, irritada por su dolor, le había llamado cobarde, y allí estaban las señales de las herraduras de su caballo, lanzado después de esta afrenta, y con una fuerza desesperada, al camino de las montañas.

Aquel lugar se llama desde entonces el Suspiro del Moro, y hay quien muestra cuatro concavidades en la roca, pretendiendo que sean las huellas de las herraduras del caballo de Boabdil, marcadas al lanzarse á la carrera que alejaba al rey desdichado de un pueblo á que no debía volver.

—Mucho habéis perdido — dijo don Geofre al infante cuando hubo montado á caballo.

—Más de lo que habéis ganado, comendador— contestó tristemente el infante; y aguijando su cabalgadura, siguió adelante á buen paso, y en silencio.

Poco tiempo después, la cabalgada se perdió á lo largo del camino entre las primeras sombras de la noche.

XI

Habían transcurrido dos años.

Las Alpujarras estaban tranquilas; es cierto que hasta entonces se habían cumplido fielmente las capitulaciones; que se permitía á los musulmanes el libre uso de sus trajes, de su idioma y de sus costumbres; que no se les afligía con tributos, que seguían, en fin, siendo lo que eran, y que sólo habían variado de señores.

Pero esta tranquilidad no estaba exenta de grandes inquietudes; fray Hernando de Talavera, antes confesor de la reina, y entonces arzobispo de Granada, predicaba atrevida y desembozadamente contra aquel fiel y honrado cumplimiento, que llamaba impiedad, llegando casi á anatematizar al trono, con gran tolerancia del capitán general del reino y costa de Granada, don Iñigo López de Mendoza, conde de Tendilla; y el inquisidor Torquemada no podía encontrar un moro, ni pasar por una mezquita, sin enfurecerse en lo que llamaba santo celo, ó incitar la cólera de los cristianos contra los «perros herejes, infieles y condenados».

El populacho cristiano de Granada, entresacado de todos los vagos y perdidos de España, se avenía mal con los moros, á quienes envidiaba por sus grandes riquezas, producto de su floreciente industria; y la nobleza, pobre y aventurera, los insultaba, procurando promover una sedición que los pusiese fuera de la ley,

los arrojase á Africa ó á las hogueras del «Santo Oficio», y dejase sus bienes confiscados, para repartirlos en títulos y mercedes á los afortunados que se encontrasen cerca, y pudiesen tender sus manos avaras á mansalva.

Todo esto lo sabían los moros, y sufrían en silencio; pero el sufrimiento es la gota de agua que cae lentamente en un vaso hasta llenarlo; y el odio que este desprecio les causaba, debía necesariamente rebosar un día, y producir la situación tan anhelada por los fanáticos y por los ambiciosos.

Entretanto, como ya hemos dicho, la más profunda paz dominaba en Granada y en las Alpujarras, y sus villas y castillos apenas estaban guardados por escasos presidios de cristianos.

Pero en cada cumbre, sobre cada villa, sobre cada roca avanzada á la frontera, se levantaban torres de atalaya y antiguas fortalezas; las primeras habían sido abandonadas, y en las segundas vivían encastillados nobles y poderosos señores, ya originarios de los moros, ya castellanos favorecidos con mercedes por los reyes; pero todos cristianos y sin hombres de armas, salvo algunos monteros; porque los Reyes Católicos, al dar unidad á España, habían dado un golpe de muerte á los señoríos, quitándoles sus leyes especiales, sus derechos de vida y muerte sobre los vasallos, y el alto y terrible privilegio de sustentar pendón y caldera; lo que quería decir, que podían levantar soldados y mantenerlos á su costa.

A pesar de esto, estaba tan reciente la abolición de los fueros feudales, y tan encarnizada la nobleza con la práctica de aquellos derechos, que éstos se ejercían allí donde no podía llegar el ojo de los reyes, ni dejarse sentir por débil el grito de los vasallos.

Este feudalismo, pues, podía llamarse con exactitud un feudalismo de contrabando, que no por ello era menos despótico y absoluto que el que se sustentaba por la ley y por la sanción de los reyes; porque estaba sostenido por el hambre y la miseria de los pueblos, dependientes de aquellos poderosos y riquísimos ricos hombres que reunían en sí toda la riqueza, todo el terreno productivo de una comarca.

En la taha ó distrito de Válor había dos de estos señores; el uno era rico y poderoso, pero humano con el pobre y el desvalido; le hubieran amado sus colonos, á no ser por las circunstancias especiales que existían entre ellos: la mayor parte de los naturales y habitantes del señorío de Válor eran musulmanes, en tanto que el señor era un moro renegado.

Se le respetaba en público, porque tal era la condición y la necesidad del pueblo vencido; pero en el seno de la familia se le despreciaba y se le maldecía.

Nadie hubiera acudido á su socorro, sino por un exigente compromiso, á pesar de su beneficencia y de su esplendor, ni ninguno hubiera

tenido compasión de él, ni aun en la más suprema desgracia.

Este hombre, tan aborrecido de sus vasallos, era el infante de Granada, Sidy Atmet-el-Omeya, ó como se llamaba entonces, don Pedro de Córdoba y de Valor.

Vivía en un castillo fuerte y torreado, sobre la villa de su señorío; sustentaba pajes y escuderos, cazadores de monte y cetrería, halcones, caballos y perros; gastaba con esplendor sus tesoros, y su morada, especialmente en la parte destinada á las mujeres de su familia, era ostentosa y rica como un alcázar.

Cristiano nuevo, cuanta menos fe tenía, tanto más se recataba de una acusación ó de una sospecha con las prácticas exteriores: tenía una capilla, donde podía entrar el pueblo cristiano en los días de precepto; mantenía capellanes; deslumbraba el lujo de los vasos y ornamentos sagrados; no dejaba nunca de mostrarse acompañado de su familia en la misa, y celebraba los oficios de Semana Santa y las festividades de la Pascua con un aparato verdaderamente maravilloso.

Además, había dado libertad á sus esclavos y á las damas de su harén; se había circuncrito como esposo cristiano á la encantadora Ada, que se llamaba doña Ana Zegri, en lo que por cierto, y atendida la hermosura de la noble morisca, no hacía un gran sacrificio; y nunca, á pesar de no tener más que cuarenta años, de ser rico y hermoso, nunca, decimos, requirió de amores á ninguna de las moras de la taha, á pesar de que las había hermosísimas é incitantes hasta el extremo.

Ni había en su castillo más armas que sus dos arneses de corte y guerra, fabricados en Milán á la castellana después de su conversión; cuatro picas de combate, otras tantas espadas y dagas, un hacha de armas, y una docena de arcabuces y puñales de montería.

El morisco don Pedro hacía cuanto estaba de su parte para cumplir la palabra empeñada á doña Isabel la Católica por el infante Sidy Atmet: sostenía la paz en las Alpujarras, y en su castillo no había un solo mueble árabe, ni nada que recordase el islamismo, á excepción de los ricos retratos que su amor había dejado á su madre, á su esposa y á su hermana; pero cuyas inscripciones del Korán habían sido reemplazadas con versículos de la Biblia, escogidos con gran estudio por sus capellanes.

A pesar de esto, la maledicencia se cebaba en él, y había quien afirmaba haberle visto hacer la ablución y la azala en la montaña á solas, y que por lo mismo salía con frecuencia á caza.

El otro señor no era ni tan rico ni tan espléndido como don Pedro de Córdoba y de Valor, ni su castillo, situado á una legua en la cumbre de un monte, tan fuerte ni tan rico en retratos y galerías; aquel castillo estaba por la reina y el que le habitaba, capitán de un pre-

sidio de peones, artilleros y jinetes, era don Geofre Tenorio, en cuya compañía moraba su madre, noble y hermosa señora, y su hermano don Gastón Tenorio, niño aún.

Aunque el comendador no tenía en la taha de Valor ni un pedazo de tierra, y se decía que su existencia en las Alpujarras era un destierro honroso, no por eso dejaban de sufrirle como un azote los moradores de las aldeas y alquerías situadas á cierta distancia de Peña-roja, que así se llamaba el castillo; la soldadesca robaba los frutos y las casas, asolaba los cotos y apaleaba á los moriscos; el comendador lanzaba las liebres y las perseguía, seguido de sus monteros y escuderos, por los sembrados; se aposentaba en la primera casa que encontraba al paso, y si por desgracia la curiosidad ó la indiscreción de una mora le presentaba ante su vista, no cesaba hasta seducirla ó robarla. Era, en toda la extensión de la frase, un insupportable señor de la edad media, desenfrenado, lúbrico y feroz, que después de deshonorar á una mujer, incendiaba y bañaba en sangre la casa del hermano, del padre ó del marido si se atrevían á quejarse ó á intentar una venganza.

Era tal el terror que causaba el nombre solo del alcaide de Peña-roja, que cubría en un tupido misterio sus más horribles crímenes, por que nadie se atrevía á provocar la terrible cólera de don Geofre, denunciándolos.

De este modo se comprende el que tres veces á la semana le recibiese en el castillo de Valor, y le distinguiese con su amistad don Pedro de Córdoba, olvidado ya de todo punto el odio instintivo que le había inspirado don Geofre, á causa de su profundo disimulo y de la apariencia de virtud y de honor con que sabía revestirse delante del morisco.

La misma Ada, cuya hermosura era la causa de las visitas del joven comendador, había prescindido de su fanatismo musulmán, y parecía alentar los mudos amores que aquél fingía sentir hacia Lind-Arahj, que bautizada con el nombre de doña Elvira, amaba por su parte, y con todo el poder de su sangre árabe, á don Geofre.

Si Tenorio hubiese sido en realidad lo que aparentaba, doña Elvira le hubiera hecho el más feliz de los maridos; pero estaba escrito que él la hiciera la más infeliz de las mujeres.

XII

Así las cosas, llegó el día 2 de Enero de 1494.

El cielo estaba encapotado; llovía de una manera lenta y continua, y la niebla envolvía como en un sudario el castillo de Valor.

Eran las cuatro de la tarde, según marcaba un reloj de pared traído á gran costa de Venecia, y que formaba parte del mueblaje de una cámara, en cuyo fondo ardía, en una enorme chimenea de mármol negro, media encina.

Junto á aquella chimenea, y sentados en sillones góticos, estaban Ada y Lind-Arahj, ó lo que es lo mismo, doña Ana y doña Elvira.

Estaban rigurosamente vestidas de luto, con trajes de paño de Segovia, y tristes, porque hacia un año que Noema, ó doña Isabel, madre de don Pedro de Córdoba, había muerto, gastada por el sufrimiento del destierro y por el fanatismo de sus creencias, violentadas con su bautismo.

Cerca de un ajimez, de luto también y triste y grave, estaba don Pedro jugando al ajedrez con don Geofre Tenorio, que como armonizándose con el dolor de aquella familia, llevaba vestidos oscuros.

Nadie hablaba; sólo se oía el leve ruido de las piezas sobre el tablero, el gotear de la lluvia, el chascarar de la leña, y de vez en cuando la voz lenta y grave del morisco, que decía:

—¡Jaque al rey!

Aunque gran jugador, aquella tarde don Pedro, preocupado por siniestros pensamientos, aunque sin origen ni causa, cometía tales torpezas, que don Geofre le advirtió en una ocasión.

—No os descubráis, don Pedro; ved que os voy á matar la reina con mi torre.

Aquellas palabras casuales tomaron una entonación tal en la boca de don Geofre, que el morisco se sintió herido por un sacudimiento nervioso.

—Sí, sí, tenéis razón—contestó—; un paje no cometería tanta imbecilidad: dejémoslo.

Y arrastró su sillón hasta el hogar; apoyó los pies en un tronco y dobló la cabeza pensativo.

Don Geofre quedó de pie ante la mesa, iluminado de lleno por la luz de la ventana, y contemplando sin rebozo el semblante de Lind-Arahj, cuyo moreno color se sonrosaba de una manera magnífica con el reflejo de la llama; la joven tenía posada su mirada, húmeda de amor, en don Geofre, y él hacía penetrar por ella, hasta el ardiente corazón de Lind-Arahj, ese lenguaje misterioso y mudo que parte del alma y va á perderse en otra en una unión cuyo goce no puede concebirse si no se siente.

Don Geofre adelantó lentamente sin apartar aquella mirada de la mirada de la joven, y fué á sentarse en el hogar.

A no ser por la aparición de un paje á la puerta de la cámara, no sabemos hasta dónde se hubiera prolongado la situación monótona de aquella escena, en la cual ningún personaje hablaba, pero que ocultaba en cada una de aquellas cabezas un mundo de pensamientos.

—¿Su señoría me da venia?—dijo desde la puerta el paje, que tuvo que repetir por dos

veces su pregunta, hasta que don Pedro le contestó:

—Entrad.

El pajecillo adelantó hasta el morisco, y le presentó una carta sellada con las armas de Castilla.

—¿Quién ha traído estas letras?—preguntó don Pedro después de haber abierto el pliego y leído el escrito.

—Un alférez resguardado por diez lanzas, señor—contestó el paje.

—Hacedle entrar.

—Ha partido á Peña-roja, señor.

—¿Y cómo sabéis?...

—Me ha preguntado por el camino.

—Despejad.

El pajecillo salió, después de haber hecho una profunda reverencia á don Pedro.

—Se ha rebelado la Axarquía—dijo profundamente el morisco—, y la reina me llama al momento.

—¿Y vas á partir? — preguntó con ansiedad Ada.

—¿Y qué he de hacer?—contestó con amargura el morisco—¿Acaso no he rendido pleito homenaje á la reina doña Isabel? ¿No soy cristiano y señor de Valor? Ha llegado el día de la paga, y es necesario pagar como caballeros, buena y fielmente. ¡Hola, mis escuderos! ¡mis pajes!

Se abrió la puerta, y apareció el pajecillo.

—Que enjaecen mi caballo, que traen en mi arnés y que se armen mis escuderos.

—¡Ahora!—exclamó Ada—¡Con este recio temporal! ¡Con los caminos intransitables!...

—Doña Ana, cuando yo me llamaba el infante Sidy Atmet jamás me atajaron lluvias ni soles si fué necesario poner la pica en las fronteras cristianas; eso lo sabe todo el mundo: no quieras que digan que don Pedro de Córdoba y de Valor ha esperado un solo momento cuando sus reyes le mandan ir á embestir las taifas moras.

Ada no contestó; pero las lágrimas se agolparon á sus ojos, y su corazón se comprimió bajo el peso de un presentimiento fatal.

—Seguidme, don Geofre—dijo el morisco al comendador—. Antes de partir necesito hablaros.

Y firme, sereno, como si no hubiese notado el dolor de su esposa y de su hermana, atravesó la cámara, entró en su retrete y señaló un sillón á don Geofre, que le había seguido.

Sentáronse los dos nobles mano á mano.

—Hace dos años que nos conocemos, caballero, y en todo ese tiempo creo haberos dado y haber recibido de vos más de una prueba de amistad—le dijo gravemente el morisco.

Don Geofre inclinó cortésmente la cabeza.

—Los dos somos nobles. Yo desciendo del gran Abd-el-Rajman, primer califa de Córdoba, que descendía de Mahoma.

—Yo, desciendo de los godos.

—Sé que vuestra raza iguala á la mía, y

que como yo tenéis valor para sustentar vuestra nobleza. Por eso, porque sé que sois un cumplido caballero, voy á confiaros pensamientos que jamás hubiera revelado á otro hombre.

—Vuestra confianza me honra, don Pedro.

—En mi familia existe un tesoro de hermosura y de virtud, comendador, y creo haber comprendido que codiciáis ese tesoro.

—Sin duda os referís á vuestra hermana.

—Hablo por doña Elvira, que ya no es una niña, que se ha criado con el ejemplo de la virtud de su madre y del honor de su hermano, y que cuando os ha dejado ver su alma en sus miradas, es porque el amor que la inspiráis rebosa de ella de una manera inevitable.

—Supongo que no me acusaréis de una palabra, de una mirada indiscreta.

—¡Acusaros! ¿Y para qué? Si no hubieseis sido bastante amigo mío para que me fuese grato hacer de vos un hermano, os hubiera dicho, por cima de todas las consideraciones y de todos los respetos: vuestra presencia aquí puede ser fatal; no vengáis.

—Y hubiera obedecido, sufrido y callado.

—Pero afortunadamente no estamos en ese caso. Escuchadme bien, y pensad en contestarme de una manera terminante. ¿Queréis ser esposo de mi hermana?

De un solo pensamiento, y con la rapidez del relámpago, el comendador llegó hasta el objeto de la demanda del morisco y midió las consecuencias de su introducción como pariente en aquella familia.

—Sí—dijo sin vacilar.

Pareció que de la frente de Sidy Atmet se había despejado una nube oscura; se levantó radiante de gozo, abrazó á don Geofre y le besó en la frente.

—Ahora os puedo decir—exclamó—lo que pasaba como una losa sepulcral sobre mi corazón. Creía que me engañabais, Geofre; que vuestra amistad era un pretexto de que os servíais para introducirnos en mi familia y vengaros del destierro que produjo nuestra fatal reyerta por Muza en la tienda de la reina.

Don Geofre mostró la más franca y leal extrañeza, y para protestar de aquellas sospechas expresó su impaciencia por el momento del enlace.

—Tan pronto será—dijo don Pedro—, que al salir de aquí, dentro de dos horas, seréis ya esposo de doña Elvira.

Don Geofre palideció, y el morisco tomó aquella palidez por una conmoción de amor.

—¡Dentro de dos horas! ¿Habéis olvidado que el alférez que os trajo las órdenes de la reina partió sin detenerse á mi alcaldía?

—Pero vos no partiréis; vos sois un soldado viejo ya en los reales de doña Isabel, y podéis alegar un pretexto cualquiera; decidla que las Alpujarras están inquietas, que teméis una rebelión en el momento en que saquéis vuestros

jinetes de la Peña-roja, y la reina os mandará permanecer; si yo parto es porque una negativa mía causaría profundas sospechas...

—¿Pero y si ese alférez viene en mi remplazo y no se trata de mis jinetes, sino solamente de mi persona?

—En ese caso—contestó el morisco, cuya frente se nubló un tanto—siempre seréis esposo de doña Elvira.

No había medio de negarse, sino produciendo un rompimiento, y el comendador se resignó.

En aquellos tiempos un matrimonio se hacía de la manera más pronta y más sencilla: bastaba la bendición de un sacerdote y dos testigos, porque aún no se había celebrado el concilio de Trento que establece las amonestaciones y las fes de soltería, requisito «sine qua non» de nuestros casamientos de hoy.

Después de la escena habida con don Geofre, el morisco se encerró con su mujer y con su hermana, y se repitió la misma escena, pero más breve, porque las objeciones de Lind-Arahj fueron mucho más débiles que las que inspiró al comendador su repugnancia á un enlace cualquiera, por ventajoso que fuese. Era de aquellos hombres que se califican de incasables.

Es indescriptible la agitación que sucedió á estas dos conferencias en el castillo, tan silencioso y tétrico antes de la llegada del mensajero de la reina.

Pero ni una gala en aquellas mujeres, ni una luz más, ni nada que denunciase una boda; solo en la capilla se veían cuatro blandones ardiendo sobre el altar, y ante él rigorosamente vestidas de luto las dos damas, don Pedro, don Geofre, un sacerdote revestido, un ayudante, y como testigos dos hidalgos escuderos del morisco.

Cuando el sacerdote hubo leído las peticiones y bendecido á los esposos, las dos damas se retiraron á sus retretes, el morisco y el comendador se armaron, montaron á caballo y salieron del castillo.

A una legua de él, don Pedro siguió el camino de Granada y don Geofre el de Peña-roja; cuando el morisco se encontró solo entre las tinieblas de la noche, caminando á paso lento delante de sus escuderos, se le comprimió el corazón, un presentimiento funesto nubló su alma, y recordó sin voluntad de una manera fatal las palabras de don Geofre cuando jugaba con él al ajedrez.

«No os descubráis, os voy á matar la reina con mi torre».

En aquel momento, poseído de un terror desconocido, volvió riendas hacia Válor; pero le llamaba su honor á la Axarquía: ahogó sus temores, se volvió de nuevo al camino y partió al galope, á pesar de la obscuridad.

XIII

Don Geofre llegó como un relámpago al castillo de la Peña-roja.

Entró en una cámara sombría y tétrica, donde había un hogar y una lámpara. Junto al hogar estaba sentada una dama, vestida de negro, como de cincuenta años, pero pálida y ajada por el sufrimiento continuo, cuyas huellas se marcaban en su semblante.

El cuerpo en un escabel y la cabeza en el regazo de la dama, dormía un niño rubio y pálido, como de nueve años, y de una hermosura angelical.

Aquella dama era doña Inés de Alvarado, madre de don Geofre, y aquel niño su hermano don Gastón.

El comendador murmuró un «Dios os guarde» desapacible, y se arrojó en un sillón cerca del hogar.

—¡Ferrán!—gritó desde allí, como quién llama á un sabueso.

Abrióse la puerta y apareció un escudero.

—¿No ha venido nadie á buscarme?—preguntó con altanería.

—Ha venido un alférez de la reina—contestó doña Inés de Alvarado, con la misma sequedad que su hijo—, y ha dejado para vos letras del capitán general de Granada.

—¿Es decir—observó don Geofre con rabia—, que la reina doña Isabel se toma el trabajo de escribir por su propia mano á un perro moro, y á mí me cree bastante satisfecho y aun honrado, con transmitirme sus órdenes por medio de ese cortesano don Inigo López de Mendoza? ¡Ira de Dios! ¿Y dónde está el alférez!

—Ha partido, señor.

—¿Sin esperar respuesta? Bien se ve que poco les importamos los de acá.

—Iba por minutos contados á llevar otra orden igual al alcaide de Audarax—dijo con más dulzura que la vez anterior su madre.

Don Geofre la arrebató de las manos el pliego y rasgó el sobrescrito.

—¡Que marche á ponerme á las órdenes de don Pedro de Córdoba y de Valor!—gritó dando una furiosa puñada sobre uno de los brazos de su sillón, que cayó roto por el suelo.

—Geofre, tened en cuenta que estoy enferma y que vais á despertar á este pobre niño.

—¿Y qué me importa ¡vive Dios! ese niño, ni que me importáis vos, señora? ¿Vos que extrañáis mi furor al verme propuesto á un infiel, y enviado bajo sus órdenes, sin que se me crea digno de saber á qué empresa se me lanza? Mi padre, señora, no hubiera tenido tan pronta en un lance semejante vuestra inoportuna observación.

—Dios tenga piedad de vos, hijo mío, que tan poca tenéis de vuestra madre.

—Llamad á mi capellán—dijo el comendador.

Después de esto, se levantó y se puso á pasear á lo largo de la cámara, teniendo estrujada entre sus manos la orden del conde de Tendilla, y sin atender á su madre que oraba en silencio.

El niño dormía.

Así pasaron algunos minutos, hasta que entró en la cámara un sacerdote anciano.

—¿Qué me queréis, señor?—le dijo con un respeto en el que había mucho de temor.

—Sentaos á esa mesa y escribid lo que yo os relate.

El sacerdote se ruborizó por el ministerio en que se le empleaba, pero se sentó, tomó la pluma y un papel y esperó.

«Al capitán general del reino y costa de Granada—dijo dictando don Geofre—. Me es imposible cumplir en estos momentos la orden que vuestra señoría me impone en nombre de su alteza. La comarca que guardo se halla en un estado de rebelión pasiva, que temo mucho se haga hostil si se aparta de este presidio un solo soldado».

—Pero eso no es verdad—dijo doña Inés—; los moros están sumisos: ved que jamás los Tenorios han mentido.

Don Geofre continuó, como si su madre no hubiese pronunciado una sola palabra.

«Es tan necesaria la presencia de una bandera en esta sierra, como que los rebeldes están auxiliados por don Pedro de Córdoba y de Valor, que los socorre con su oro, y acumula armas en su castillo. A pesar de haber contraído matrimonio con doña Elvira de Córdoba y de Valor, su hermanana, antes de conocer su rebeldía, mi lealtad no me permite encubrir los delitos de esa familia...»

—¡A quién asesinaréis, como estáis asesinando á vuestra madre, don Geofre Tenorio; á quién deshonraréis, como habéis deshonrado vuestra cruz de Santiago, comendador, enlazándoos á una cristiana nueva; á quién haréis que maldiga Dios por su desesperación, como debe haberme maldecido!

Tras estas palabras, doña Inés arrastró consigo á su hijo Gastón, medio dormido, y salió de la cámara, hasta cuya puerta la siguió la mirada colérica de don Geofre.

—Tiene razón esa señora—dijo meditabundo—ese matrimonio no debe ser público: rasgad ese papel y empezad de nuevo.

El sacerdote obedeció, y escribió otra vez bajo la palabra del comendador.

«Si estas razones—concluía el escrito—, no bastaren á vuestra señoría para inclinar el ánimo de su alteza á mi permanencia en estos lugares, dispuesto estoy á obedecer en el momento en que de nuevo se me mande partir. Del presidio de la Peña-roja á 2 de Enero de 1494».

—Dadme acá—añadió, arrebatando la pluma de manos del capellán, y rasgueando con ella una de esas firmas en que queda impresa la cólera del que las hace sobre el papel.

Después cerró el pliego, le selló con sus armas sobre cera colorada y llamó.

—Al momento un hombre á caballo, y este pliego á su señoría el capitán general de Granada.

Media hora después un jinete partía de la Peña-roja, y don Geofre entraba en la cámara de su madre, que estaba de rodillas ante un reclinatorio y una imagen de la Virgen de los Dolores.

—Mañana, señora—la dijo desde la puerta—, vendrá á morar mi esposa en vuestra compañía; preparaos, pues, para ser la madre amorosa y tierna de una nueva hija.

Volvióse tras estas palabras, y doña Inés levantó la vista en una inmensa súplica á la imagen de la Virgen, y cayó sobre el reclinatorio desmayada.

XIV

En aquellos mismos momentos Lind-Arahj estaba sola, reclinada indólenemente en un sillón en su magnífica cámara en el castillo de Valor.

Ada, afligida por la repentina ausencia de su esposo, que la dejaba abandonada á sí misma, se había encerrado á llorar en sus habitaciones, y las doncellas de la desposada, terminado su atavío, que se reducía á un peinado un tanto más ostentoso y á un traje siempre de luto, pero más rico que el que ordinariamente vestía, la habían dejado sola.

El sentimiento de su felicidad se sobreponía en ella al dolor que en otra ocasión le hubiera causado la ausencia de su hermano, y su semblante radiaba reflejando el inmenso amor de su alma.

Alma virgen y pura que no conocía del amor sino lo que tiene de santo; amor intenso y poético que soñaba un ángel en el hombre amado; sublime sed del espíritu que ansía un hermano en cuyo

seno reposar la cabeza, en cuyos labios poner los labios, en cuyos ojos beber la vida; amor de niño sin deseos insensatos, sin sueños volcánicos, sin celos y sin envidia; amor que reemplaza en la tierra al que debía sentarse en el cielo; ilusión que pasa y desaparece al primer beso del deseo, como se agosta y muere la flor al primer soplo del viento del estío.

Así amaba Lind-Arahj á Geofre; ella, nacida en un alcázar, crecida entre el misterio de un retrete perfumado en el interior y embellecido fuera con los laberintos de arrayanes, los cuadros de flores y los estanques azules de sus jardines; sin haber visto antes de su conversión más hombres que su padre y su hermano, se había conservado inocente y cándida como la violeta que pasa su primavera oculta bajo el alcázar de verdura de la selva, sin que lleguen á ella, ni la inconstante mariposa, ni la punzadora abeja. Luego, sujeta á las fórmulas cristianas, protegida por la severidad de costumbres de su familia, no había visto otro hombre que don Geofre, que era hermoso, joven y gallardo, y sabía ser dulcemente simpático y seductor cuando no era rudo, feroz é intolerable.

Aquel amor había empezado de una manera lenta pero segura; había crecido, alentado por el lenguaje de las miradas y la exquisita galantería de don Geofre, y había bajado de las gradas del altar santificado en nombre de Dios por la mano de un sacerdote, inmenso, conteniéndose mal dentro del alma, impaciente por desbordarse en palabras y caricias, y puro y dulce como el aroma de la flor que abre su pétalo en la primera alborada del estío.

¡Ay de la virgen que sueña un amor de los cielos, y está sobre la senda de la vida; enlodada por la planta impura de los hombres! ¡Ay de su cándida inocencia y de su felicidad tranquila! ¡Ella será un ángel caído, un corazón destrozado y un pensamiento loco, como Eva después de su rebeldía!

Lind-Arahj pensaba encontrar en don Geofre una paloma amante, y debía muy pronto reconocer en él un tigre sediento de sangre.

Pasó una hora de espera y pasó otra; Lind-Arahj sabía que el mismo alférez que arrancó á su hermano del lado de su esposa había partido sin detenerse en busca del alcaide de Peña-roja. Tal vez mientras ella le esperaba, don Geofre cabalgaba al frente de sus jinetes, arrastrado por una orden de sus reyes, sin poderse detener un momento para decir á su esposa cuando sería su vuelta; y luego iba á revolverse entre el estrago en un campo de batalla; era valiente, y acaso una lanza mora apagaría la luz de sus ojos y helaría su corazón con las tinieblas y el frío de la muerte. Lind-Arahj, con la fuerza de la imaginación de los árabes, creyó verle tendido y sangriento entre horribles montañas sobre cadáveres mutilados, y se estremeció. Entonces el egoísmo, innato en el corazón, le hizo sentir el dolor de Ada por su propio do-

lor; comprendió que ella necesitaba consuelo, y que del mismo modo lo necesitaría la esposa separada del esposo, y se levantó para ir al retrete de Ada. Pero al abrir la puerta dió un grito de placer, cerró los ojos y se apoyó en el cancel. Unos labios ardientes y unos brazos temblorosos se posaron en su boca y rodearon su cintura; se sintió levantada en alto por el frenesí de una pasión para ella desconocida; tornó en sí, y vió cerca del suyo, tocándolo, el semblante iluminado por un fuego sombrío de don Geofre Tenorio.

Lind-Arahj se sintió herida en su pudor; no sabía que existiese otro amor que el amor virgen que había soñado; para ella, ser esposo y esposa era ser hermana y hermano, vivir el uno para el otro, unir el espíritu pero no la materia. La pobre flor había sentido sobre sí el beso ardiente del estío, y su alma se había inflamado con un sentimiento desconocido, devorador, inmenso; quiso rechazar á don Geofre, y no pudo; luchó con aquel nuevo amor tan diferente del primero, y aquel amor estalló como una fuerza expansiva cuando se comprime; se iluminó su razón con una luz siniestra, lloró por sus sueños de virgen y cayó desmayada en los brazos de don Geofre.

Al día siguiente caminaba escoltada por cuatro lanzas, conducida en la litera y acompañada por su marido, hacia el castillo de Peña-roja: el gavián huía con su presa. No era ya Lind-Arahj la hermosa y purísima joven de sonrisa tranquila en su alegría ó lánguida en su tristeza sin objeto. Era un ser que sufría y lloraba dentro de su corazón; el sensualismo la hubiera encontrado más incitante, más seductora, más hermosa; pero la pureza se hubiera remontado suspirando al cielo, porque en aquella magnífica frente estaba impreso en una leve arruga el color desesperado del ángel caído.

XV

Al día siguiente don Geofre tornó al castillo de Válor; pero en vez de dirigirse á las habitaciones de Ada, atravesó el patio de armas, se deslizó junto á las caballerizas, subió á una galería y llamó á una puerta situada á su extremo.

Era muy de mañana; pero madrugadores por costumbre los habitantes del castillo, no se dormía ya en aquella habitación, porque al primer llamamiento de don Geofre se abrió la puerta y apareció ante él un hombre como de treinta años, de color africano, ojos negros, hermosa ruda y talla aventajada.

Este hombre vestía un sayo y un capotillo de montero, calzas de lana roja y abarcas de piel de toro; en su cintura pendía de un ancho

talabarte de cuero hervido un enorme puñal, y sobre su larga y negra cabellera se ceñía un gorro de paño, adornado, según costumbre de los monteros, con una larga pluma de águila parda.

Al reconocer al comendador, que iba armado de todas armas y cubierto con el hábito y el manto de la orden de Santiago, el montero se despojó rápidamente del gorro y se apartó para dejarle paso.

—Cerrad la puerta—dijo don Geofre, quitándose su yelmo de encaje y poniéndole sobre la cama del montero, en la que se sentó sin ceremonia.

El montero obedeció, y permaneció de pie á una distancia respetuosa de don Geofre.

—Sentaos—le dijo éste, señalándole un escabel.

—Pero, señor...

—Sentaos.

—Vuestra señoría me honra demasiado—contestó el montero, sentándose en el escabel con encogimiento.

—Nunca un valiente está bastante honrado—insistió don Geofre.

El montero no supo qué contestar, aunque en la altivez que rebosaba de su semblante se conocía harto claro que existía en él más sorpresa que aturdimiento por aquella imprevista visita.

—¿Cómo os llamáis?—le preguntó don Geofre.

—El servidor de vuestra señoría se llama Juan el Zenete.

—¡Vuestro nombre, vuestro nombre moro!

—¡Mi nombre moro!—exclamó con extrañeza el montero.

—Recuerdo haberos visto en otro traje y en otro lugar hace dos años, en la aldea de Armilla; mandábais, aunque desarmado, los jinetes del infante Sidy Atmet.

—Era su alférez, caballero—contestó con cierta arrogancia el morisco, repuesto ya de su sorpresa—, y he llevado su bandera en más de una batalla delante de su taifa de zenetes.

—Pero vuestro nombre...

—Aben-Abed.

—¿Y dónde están los quinientos jinetes del infante Sidy Atmet?

—En Válor.

—¿Y son valientes?

Don Geofre comprendió que había cometido una necedad, porque Aben-Abed solo le contestó con una mirada que encerraba en sí toda una historia de recuerdos.

—Sí, sí, tenéis razón; los soldados de un capitán tal como el infante debían ser á prueba de hierro y fuego. ¿Vos sois ahora su montero mayor?

—Arrojo las piezas sobre el rastro, como antes lanzaba mi yegua y mi bandera en el corazón de las batallas; ha querido tenerme á su lado, y yo he querido estar con él; se ha bautizado, y me he bautizado; me ama y le amo; me paga, y le sirvo.

—¿Y le serviréis hasta la sangre?

—¡Por el Dios Altísimo y Único! ¿no os he dicho ya que le amo?

—¿Y si se tratase de un alzamiento en las Alpujarras?

—¿Y habéis venido á decirme eso—contestó con severidad el moro—, trayendo esa cruz sobre las armas, alcaide de Peña-roja?

—Es necesario evitar sospechas.

—Y traiciones—exclamó poniéndose de pie Aben-Abed.

Don Geofre palideció; pero se contuvo, porque se trataba de un africano que hubiera dado al traste con sus proyectos á la menor imprudencia.

—¿Sabéis—dijo con intención—, que soy esposo de Lind-Arahj?

—¿Por qué no la llamáis doña Elvira?

—Sobre ser más bello el nombre, es más puro; además quiero que muy pronto le lleve delante de todo el mundo, como vos la noble bandera del infante en un día de batalla.

—Pero eso es imposible—exclamó Aben-Abed, cuyos ojos irradiaron cual si ya escuchase el son de los atabales.

—¡Imposible! ¿Y por qué? No lo han creído así los de la Axarquía.

—¿La Axarquía se ha levantado?—exclamó con arranque Aben-Abed.

—Sí, y vuestro señor es el infante Sidy Atmet ha partido para ponerse á su frente; me ha dejado aquí en su lugar, casándose para ello con su hermana, y yo no he perdido el tiempo, ya lo veis.

Aben-Abed se levantó, y empezó á pasear impaciente y pensativo por el aposento. De repente se paró delante del comendador.

—Sé que sois valiente y caballero—le dijo—; sé que mi señor os ama; sé que os ama mi, señora Lind-Arahj, vuestra esposa, y cuando el infante Sidy Atmet os ha hecho su hermano, debéis inspirarle confianza.

—¡Cómo! ¿Habéis dudado de mí?

—Perdonadme, señor, porque vivimos en unos tiempos en que todo es asechanza para los moriscos. El infante es rico; la reina le ha hecho grandes mercedes, y le envidian y le aborrecen. Pero vos... vos es diferente... no puede creerse que un hombre que ha tomado una esposa tal como la noble y magnífica Lind-Arahj, pretenda asesinarla, venderla. Vos, que la amáis, debéis apreciar mi celo. He dudado de vos, porque dudo de todo, porque he llegado á dudar de la justicia de Dios. Pero hablad, hablad, y entendámonos.

—¿Cuántos hombres hay valientes y dispuestos en Válor y los pueblos cercanos?

—Hasta dos mil; pero no tienen dinero para que se procuren pan sus familias mientras estén fuera de sus casas.

—¿Pero tienen armas?

—Todos han entregado su adarga, su lanza y su yatagán, y dos á dos han hecho una yunta para arar con sus caballos de batalla.

—Oro tendrán sobrado; ¿pero cuándo podrá reunirse toda esa gente?

—En dos días.

—Este castillo es fuerte: antes de todo, á caballo, vos y vuestros amigos más fieles recorred la tierra, decid á nuestros hermanos que el alcaide de Peña-roja con sus lanzas y artilleros les ayudará en esta empresa, y...

—Esperad; se me ocurre un medio más seguro.

—¿Cuál?

—Veo pendiente de vuestra cadena de caballero vuestro sello.

—Y bien...

—Esperad un momento.

Salió Aben-Abed, y entre tanto el comendador se puso, á observar por la ventana las fortificaciones exteriores del castillo; vió que el infante, por prudencia y por apartar de sí sospechas, había cegado sus fosos, abierto ventanas en los muros, arrasado las almenas y puesto sobre ellas habitaciones cubiertas de pizarras; no había rastrillos, ni matacanes, ni nada que indicase en él un estado de defensa; pero sin embargo, era tal su situación y la altura y espesor de sus murallas, que cien hombres valientes podrían defenderle durante mucho tiempo.

Después de esta inspección, que fué rápida como pudiera haberlo sido la de un excelente espía, don Geofre se puso á pasear de la manera más indiferente, esperando á Aben-Abed, que no tardó en volver.

Traía un pergamino enrollado, un tintero y una lamparilla con luz.

—¿Qué es eso?—preguntó con algún cuidado Tenorio.

Aben-Abed dejó su lamparilla y el tintero sobre la mesa, desplegó el pergamino y le mostró á don Geofre.

Estaba escrito en árabe, y su contenido era de una dimensión tal, cual bastaba para expresar el asunto más importante.

—¿Y qué relata ese escrito?—dijo don Geofre.

—¡Cómo! ¿No entendéis el árabe?—dijo con fijeza Aben-Abed.

—No.

—¿Y cómo queréis poneros al frente de una guerra, en que á cada momento os será necesario contestar uno de estos escritos?

—¡Bah! vos me serviréis de secretario, como creo que me servís ahora, porque sin duda habéis escrito ese pergamino.

—Sí, yo lo he escrito.

—¿Y qué contiene?

—Vuestra conversión al Dios Altísimo y Único.

—No creo todavía necesario ese paso.

—Os engaáis; no se moverá un solo morisco si no ve este escrito acompañado de vuestro sello.

Don Geofre sostuvo admirablemente su serenidad, y dijo con voz segura:

—Leed.

—Cubrios, comendador—dijo Aben-Abed, po-

miéndose su gorra—; cubríos, porque vais á oír la palabra de Dios.

Don Geofre se puso el yelmo, y el morisco leyó con acento solemne:

«En el nombre de Dios elemento y misericordioso: los que seguís el camino recto y buscáis la luz; los que confesáis á Dios con pureza de corazón y palabras de verdad, escuchad lo que yo, don Geofre Tenorio, comendador de Santiago, capitán de la reina doña Isabel y alcaide del presidio y la fuerza de Peña-roja, digo y confieso para que lo oigan todas las gentes y me podáis tener por hermano vuestro en las fatigas y tribulaciones.—¡Loado sea Dios, el Altísimo y Único, que perdona las faltas y admite el arrepentimiento, castiga con severidad, más es benigno y paciente!—¡No hay más Dios que él!—¿Hay otro criador que el Altísimo?—Para el que escucha y ve no hay más Dios que él.—Para el que conoce lo que está manifestado y lo que está oculto no hay más Dios que él.—Moisés, cuando Dios le habló sobre el monte Siná, pronunció estas palabras:—«No hay más Dios que él»—Jonás, en el vientre de la ballena, cuando el Altísimo le habló, dijo:—«No hay más Dios que Dios»—Abraham, en el ardiente horno, cuando Dios se le apareció, proclamó esta verdad:—«No hay más señor que el Altísimo y Único»—Sí; yo confieso que hasta ahora he tenido ciegos los ojos, porque he seguido el camino de la falsa ley, y sólo Dios es Dios, y no tiene adjuntos. El es Vivo; no hay más Dios que él. Yo confieso que nuestro señor y maestro Mahoma es su servidor y su profeta. ¡Oh Dios! ¡séle propicio, así como á su familia y á sus compañeros! ¡bendícele y concédele la divina paz!»

Después de esta lectura el morisco extendió el pergamino sobre la mesa.

—Una vez que estáis resuelto, por amor á vuestra esposa y por amistad al infante, á ayudarnos y á uniros á nosotros, sólo sellando y firmando este pergamino podréis lograr que se pongan bajo vuestra bandera los moriscos.

—Me parece pronto...—observó vacilando Tenorio.

—Pues ved cómo ha de ser—repuso el morisco, mirando con recelosa severidad, porque de otro modo ninguno se ha de rebelar.

—Pero no es necesario que en el alzamiento aparezca mi nombre.

—Pero es necesario que sepan que los soldados de Peña-roja no irán en su daño..

Meditó un momento el comendador.

—¿Con que es preciso?—dijo al fin.

—De todo punto.

—Pues bien, dadme acá.

Aben-Abed acercó el pergamino, y don Geofre le firmó con mano segura, como si absolutamente aquel acto no contrariase su voluntad; y mientras Aben-Abed hacía caer, derretida por la luz de la lamparilla, sobre un ángulo del pergamino cera colocada de un pedazo que sacó de

su escarcela, Tenorio se desprendió el sello de la cadena y le imprimió sobre la cera.

—¿Y cuándo me entregaréis el dinero?—dijo tranquilamente Aben-Abed, enrollando el escrito y guardándole.

—¿Qué dinero se necesita?

—Por el momento—dijo el morisco—, diez mil ducados..

—Pues bien, mañana os los entregaré.

—Pues si mañana pueden estar dispuestas vuestras gentes, mañana la bandera del Islam ondeará sobre Válor.

—¡Mañana!—exclamó con impaciencia Tenorio.—¡Mañana, sí; es preciso que sea pronto!

—Pues hasta mañana.

—Hasta mañana.

—¿En qué sitio nos veremos?

—En la Cruz de los dos caminos.

Salió el comendador; Aben-Abed le acompañó hasta el fin de la galería y le vió alejarse al través del patio.

—Es imposible que ese hombre sea traidor—decía para sí el morisco, volviendo lentamente á su aposento: el infante la ama, la «señora» le trata como á un hermano; la hermosa Lind-Arahj le adora... le adora, y el amor de esa mujer puede hacer judío, si quiere, á un cristiano, cuanto más moro.

Aben-Abed suspiró, entró en su aposento, púsose en vez de las abarcas unos borceguíes guarnecidos de espuelas, tomó una lanza y una adarga, bajó á las caballerizas, enjaezó un caballo, montó en él y salió del castillo.

Un cuarto de hora después estaba en la plaza de Válor rodeado de moriscos, y una hora adelante salieron de la villa en todas direcciones y á caballo hombres armados á la ligera.

Fran las primeras chispas que brotaban del foco de un incendio.

XVI

Al día siguiente, á las diez de la mañana, un hombre solo, armado con una loriga y cubierto con un bonete de acero, que por su forma y labores dejaba conocer su origen árabe, se paseaba impaciente delante de una cruz de piedra, levantada sobre una tosca grada al fin de un camino y en el punto en que se partía en dos formando un ángulo agudo.

Arrimada á la cruz había una larga lanza de dos hierros; al pie de ella una adarga de cuero hervido, claveteada de bronce; bordada en seda y oro, con arabescos y motes, y adornada con tres borlones de oro, mezclados con hilos de seda roja.

Atada á la cruz, por las cadenas de acero que le servían de bridas, estaba una yegua blanca, enjaezada con arneses de batalla, que se

componían de una silla forrada de hierro, de cuyo arzón colgaba una maza de armas, de una gualdrapa de mallas y de un frontal de bronce dorado, que se prolongaba en escamas del mismo género sobre su cuello.

El hombre que se paseaba en una longitud determinada, haciendo sonar acompasadamente las sonoras rodajas de sus espuelas de oro, y las anillas del talabarte de un magnífico yatagán con empuñadura esmaltada y cincelada, era Aben-Abed, el antiguo alférez ó portabandera del infante Sidy Atmet.

Entonces aparecía en todo su brillo sobre sus magníficas armas de combate su semblante africano, con su tez roja, sus penetrantes y brilladores ojos negros y su rizada y revuelta barba; parecía más que otra cosa, en tiempos en que las valientes huestes agarenas habían desaparecido de España ante la espada de los Reyes Católicos, un fantasma brotado al pie de una cruz como para demostrar cuánta gallardía y cuánto valor habían hundido en Granada bajo el signo de la Redención.

De tiempo en tiempo se detenía el morisco y lanzaba una larga y profunda mirada al camino de la derecha. Aquel camino se perdía solitario, como una serpiente aterida á lo largo de las lomas, rompiéndose por las ondulaciones del terreno y perdiéndose al pie de una montaña.

Al cabo de una hora un jinete apareció á lo lejos, galopando sobre aquel camino, y el morisco palideció; poco tiempo después un caballero, armado de punta en blanco y caladas las vistas de su yelmo, pero junto á la cruz, echó pie á tierra, ató su caballo junto á la yegua de Aben-Abed y se levantó la visera.

Era don Geofre Tenorio.

—Guárdeos Dios—dijo acercándose al morisco y tendiéndole la mano.

—El os ayude—contestó Aben-Abed, estrechándole la mano.

—¿Contamos con gente?

—Sí por Dios; más de lo que creíamos.

—¿Como cuántos?—dijo con algún cuidado el comendador.

—Por lo pronto quinientos, que con los mil de vuestra alcaldía, si contáis con ellos...

—Mis soldados van donde los llevo y lidian por quien quiero.

—¿Habéis traído los diez mil ducados?

—Ahí están—contestó don Geofre, señalando unas alforjas de cuero aseguradas á la grupa de su caballo—; si queréis, ayudadme, porque pesan, y os los entregaré.

—No es necesario—dijo el morisco—; tenemos quien nos sirva; y arrojó un largo silbido.

Como por ensalmo, de entre unos árboles cercanos salieron diez moros á caballo, armados de todas armas, se acercaron á Aben-Abed y desmontaron.

—¡Diable!—exclamó Tenorio—. ¿Está armada así toda vuestra gente?

—¿Os parece mal?

—No, pardiez; por el contrario, creo que quinientos de esos buenos mozos son capaces de dar guerra á un ejército.

—Como que no falta uno sólo de los jinetes del infante, que ya os lo dije, tenían esperanza y han conservado sus armas y sus caballos.

—Pero esas armas y esos caballos debían pertenecer á mi hermano.

—Os engañáis. La bandera de mi señor estaba compuesta de gente elegida entre lo más feroz y avieso de todas partes; para ser recibido en ella bastaba ser buen jinete, saber correr una lanza y tener fuerza para partir de un solo golpe de hacha un yelmo de Damasco ó una coraza de Milán. Casi todos eran malhechores huidos de Africa y de los reinos de Europa, que venían á refugiarse á Granada. Cuando la reina doña Isabel levantó la «santa hermandad», vinieron muchos montañeses que renegaron, y de los cuales gran parte, aficionados al valor del infante, le sirvieron á sueldo; los había flamencos, italianos, franceses, alemanes; era lo que se llama una bandera de capitán de aventuras; como mi señor gustaba de que sus soldados fuesen gallardos y vistiesen ricas prescas, y como ellos eran gente muy capaz de desaparecer á la primera ocasión con un hermoso caballo, una buena espada, y una rica armadura, el infante se las hacía pagar reteniéndoles parte de su soldada, aunque todos los que al fin le servían eran moros, había seguido la misma costumbre, y cuando sucedió la entrega de la ciudad, habían satisfecho el valor de sus armas, y caballos. El infante, al despedirse de ellos les aconsejó que las vendiesen, pero ellos tenían esperanza de una nueva guerra y las conservaron.

—Cualquiera diría sin embargo que esos arneses acaban de salir de una armería y esos caballos de una caballeriza, según están de bien parados.

—Un buen hombre de guerra no tiene más querida que su armadura y su corcel de batalla.

Y luego añadió en árabe, dirigiéndose á los moros:

—«Ya ahhhabii nazzetuu hadzihil.—Forllata farrrikun beinaeuv sawaan saevaan ma nim dzahabi fiha wasaruv.»

Lo que quiere decir en castellano:

—Amigos, descargad esas alforjas, repartios por partes iguales la plata que hay en ellas y partid.

Los diez hombres obedecieron con la exactitud de una máquina, descargaron las alforjas se sentaron en círculo sobre la hierba, contaron en silencio y brevemente el dinero, le guardaron en sacos, pusieron de nuevo en su lugar las alforjas vacías, montaron á caballo y partieron al galope por el camino de la izquierda.

—¿Y estará reunida esa gente esta noche?—dijo don Geofre cuando quedaron solos.

—Lo estarán esta tarde.

—¿Y el castillo está dispuesto?

—Ha hecho descegar la cava y habilitar el rastrillo.

—¿Sabe algo vuestra señoría?

—Afortunadamente ha partido á la alquería del Valle..

—Mejor, mucho mejor; de ese modo nos ahorraremos esplicaciones y lágrimas y sobre todo estorbos.

—¡Qué! ¿no sabe Ada que su esposo?...

—Lo ignoro. Tal vez... sí; el apartarse del castillo en un momento de peligro es una prueba de que el infante la ha prevenido.

—¿Y vuestra gente?

—Irá al castillo esta noche.

—¿La señal?

—Un farol puesto en la punta de una pica y un toque de arremetida por todos mis clarines.

—¿Se deberá franquear el rastrillo?

—No; á la señal haréis fogaradas, saldréis proclamando al rey Abd-Allah y entraréis en Válor, donde nosotros estaremos ya.

—Pero meditémoslo antes de dar el golpe. ¿Está seguro de vencer el infante?

—Dentro de ocho días la Axarquía habrá vencido á los cristianos; apoyada por nosotros, Granada se levantará; ya estarán reconquistadas las Alpujarras; dentro de quince días seremos dueños del territorio granadino hasta las fronteras, y nos encontraremos marchando con banderas desplegadas hacia Jaén.

Tan magnífica expectativa hizo sonreír de placer al morisco.

—¡Oh! si será—dijo con arranque—, porque Dios no puede ver con paciencia el mal cumplimiento de los vencedores en sus pactos con nosotros, y nos ayudará. Adiós, hermano mío, adiós; voy á recorrer la comarca, á levantar nuevas gentes... y hasta la noche.

—Hasta la noche—contestó apretándole enérgicamente la mano don Geofre.

Los dos montaron á caballo, los dos partieron al mismo tiempo; el uno por la derecha y el otro por la izquierda.

—¡Cuatro hombres á caballo!—gritaba una hora después Tenorio en la plaza de armas de la Peña-roja.—Estos tres pliegos á los alcáides de Narila, de Cádiz y de los Berchules, esta carta para doña Ana Zegri, en la alquería del Valle.

Los cuatro hombres partieron, y don Geofre bizarro y hermoso, seguido de cincuenta lanzas y cien peones, salió á caballo del castillo.

XVII

Por algún tiempo caminó al paso, adelantando á su gente y acompañado de un alférez, de cuyo rostro no se veían por la abertura de las vis-

tas de la celada más que los bigotes, las narices y los ojos, en cuya mirada dura y cínica se adivinaba al soldado sanguinario y cruel que, después de haber aventurado su vida delante de una muralla, no respeta nada por sagrado bello ó débil, cuando llega el momento del saqueo, y se contiene mal, sujeto por una orden superior que arranca á su avaricia el oro del vencido, á su lubricidad la pureza de las mujeres y su instinto feroz la sangre de los niños y de los ancianos.

Soldados de este jaez abundaban en aquellos tiempos, y á pesar de la severidad de los Reyes Católicos, no había sitio ó toma de ciudad ó fortaleza que no produjese algún terrible desafuero, aunque fuese castigado á sangre con la más rígida justicia.

A este especie pertenecía el alférez Alfon Gamboa, oriundo de Portugal, y uno de los más viejos soldados de los tercios castellanos.

—No os pesaría en verdad, una jornada de las nuestras—le decía don Geofre con cierta familiaridad intencionada.

—Vue señoría sabe—contestó el alférez—, que una buena presa, un buen fuego y una buena moza no son de despreciar en estos tiempos en que la paz no da más que el sueldo, en que corre un viento que huela el hierro y se pasan noches harto solitarias en esa endiablada caverna de Peña-roja. Sí, sí; indudablemente nos vendrían muy á tiempo algunas doblas y algunas moriscas.

—Pues poca vida os queda si no lo veis—repuso don Geofre—. Tenéis que hacer una prisión por el rey.

—¡Una prisión!—murmuró el alférez, sesgando la boca con desdén.—¿Y qué queréis que yo haga en ello? Eso, más que de hombre de armas, es negocio de alguacil.

—Es que se trata de rebeldes.

—¡Ah!—exclamó con una intención marcada Gamboa.—¿De rebeldes que resistirán?

—Si no resisten, podréis dar por hecha la resistencia y obrar como si así fuese.

—¡Eh! mejor fuera que me recibiesen á arcabuzazos; así se calienta la sangre y se tienen más ideas. ¡Sí, voto á!... Pero en fin, como creo que no vendréis con nosotros...

—Cierto que no; abrid bien los oídos y procurad entenderme en pocas palabras.

Levantóse de todo punto el alférez la visera y fijó una mirada atenta en la fatídica mirada de don Geofre.

—Suponed que sabéis que yo he renegado y me he puesto á la cabeza de los moriscos.

—Me callo, reúno mi gente, os busco, y os prendo.

—Eso es, aunque no exactamente; vos procuraréis prenderme.

—Es decir, que os dejo escapar.

—¿Habéis visto alguna farsa, Gamboa?

—Sí, si por cierto; el año de 1469, en Valladolid, en el palacio de Juan de Viveró, cuando

el casamiento de nuestra reina con su alteza el rey de Aragón. Me acuerdo que los ganapanes estaban en un tablado delante del palacio, que manoteaban y enamoraban á una dama, (á cuya señora, que por más señas era hija de un guifero, conocía yo por aquellos tiempos muy particularmente) y acababan de desnudar las espadas y reñir por ella; yo creí que el asunto iba serio; pero ¡bah, bah! mucho ruido, mucho de amago, mucho de amenaza, y nada. A la noche encontré en la taberna á quien había quedado por muerto y á quien tuve el gusto de dar una cuchillada de veras. Figuraos que se atrevió á pasarme por delante de las barbas á la dama de la farsa...

—¿A la guifera?

—Eso es.

—Pues bien. Vos llegáis á donde sabréis más tarde, y me encontraréis amorosamente entretenido.

—Me encaro con vos, y vos conmigo.

—Exactamente.

—Os digo lo que vos me diréis que os diga, y vos me respondéis lo que mejor os convenga.

—Por ejemplo, os enviaré enhoramala.

—Entonces yo tiro de la espada. ¿No es esto?

—Eso es. Yo saco la mía, y...

—Hacemos como en la farsa, mucho ruido muchas amenazas, muchas voces. Los soldados hacen lo mismo, y escapáis sin que nadie os persiga, llevándoos algo entre las manos.

—Ese algo se respetará—dijo profundamente don Geofre.

—Se respetará todo lo que vuesañoría quiera que se respete.

—Lo demás, haced con ello lo que os plazca; desagraviaros de la paz; herid, matad, violad, todo cuanto queráis.

—¿Y dónde hemos de caer?

—Podrá suceder que haya un verdadero peligro.

—Vuesañoría sabe que el peligro aguza las mientes y aviva la sed.

—Podrá ser también que nada suceda. Por lo mismo no hay necesidad de que sepáis el sitio ni el nombre de la persona de quien se trata. Aquí dentro le hallaréis con nota de lo que debéis hacer y con el pergamino que os servirá como orden de prisión.

—¿Y cuándo he de abrir ese pliego?

—Si á puesta de sol yo no he vuelto á recogerle; os enteraréis de su relato.

—Aún quedan dos horas. ¿Será necesario esperar?

—Sí; esperaréis en silencio en aquel encinar, que se ve al fin del valle; os ocultaréis en lo más intrincado, y en un caso yo llamaré con mi bocina. ¿Estáis bien informado?

—A maravilla, señor.

—Pues bien, esperemos á nuestra gente: cuando se nos reúnan, seguid adelante.

Refrenaron á un mismo tiempo sus caballos

el comendador y el alférez, y en poco espacio se juntaron á ellos las lanzas y los peones.

—Instruid bien á la gente para la parte que les toque, y entre tanto, id.. ¡Al galope, jinetes, al galope, vosotros, valientes peones, á la carrera!

Obedientes como un mecanismo á la acción de un resorte, lanzas y peones siguieron adelante como un torbellino, y algunos minutos después se perdieron entre las sendas del encinar.

—¡Oh!—exclamó don Geofre—. He esperado dos años, pero ha llegado mi día.

Y revolió el freno de su caballo, lanzándolo á la carrera por un solitario y estrecho camino de herradura.

XVIII

Ada y una doncella de su servidumbre estaban sentadas junto á una chimenea en la cámara baja de una alquería, situada entre árboles, acequias y plantíos en el centro de un valle, á una legua de Válor.

La hermosa morisca estaba triste; la expresión de languidez que embellecía su semblante era tal, que nunca la doncella, que la contemplaba con admiración, la había visto tan hermosa.

Aquella escena tranquila estaba envuelta en un silencio tal, que se oían las esquilas de los lejanos rebaños que se volvían á su aprisco.

Ada pensaba, y la doncella respetaba su pensamiento; Ada estaba triste, y su tristeza reflejaba en su acompañante.

De tiempo en tiempo, Ada levantaba los ojos, que tenía inclinados sobre la alfombra, los elevaba al cielo con una expresión de súplica, pasaba por su frente la mano en que hasta entonces había reposado su cabeza, como si hubiese querido arrancar de ella un funesto pensamiento y se agitaba inquieta en su sillón.

Parecía que la devoraba un malestar tenaz y al fin se levantó y empezó á pasear agitada por la cámara.

—¿Estáis enferma, señora?—la dijo la doncella con solicitud.

—No, no,—contestó con impaciencia Ada—; pero necesito estar sola.

La sirvienta se levantó y salió.

Apenas quedó sola Ada, cerró la puerta por donde había salido la doncella y se encaminó lentamente á una ventana, se apoyó en su alféizar y permaneció algún tiempo inmóvil, con la mirada fija, con una de esas miradas que no ven, porque el alma entera está llena de un pensamiento dominante; mirada profunda, triste y grave, que revelaba lo inmenso de la lucha que debía agitarse entre su corazón y su cabeza.

Por tres veces llevó la mano á su seno, como para sacar de él un objeto, y por tres veces la retiró; al fin pudo más su voluntad que su conciencia, porque temblándola la mano y enrojecidas las mejillas por el rubor, sacó de su pecho una carta que, en la calidez de su materia y en lo esmerado de la letra del sobreescrito, revelaba el pensamiento de agradar de aquel de quien procedía.

«A la hermosa y noble señora doña Ana Zegrí»—decía en el sobre.

Ada desdobló de nuevo aquella carta, que estaba abierta y que sin duda había sido leída con los ojos del corazón, porque sobre la tersa superficie de su pergamino avitelado se notaban recientes manchas de lágrimas.

«Señora — decía aquella carta—, después de mi casamiento» con vuestra hermana habéis «huido» del castillo para encerraros tras una triple «fila de moateros, pajes y doncellas en vuestra «solitaria alquería del Valle. ¿Quiere esto decir «que no debo volveros á ver» hasta la vuelta de vuestro noble esposo? No lo crea. Estoy «demasiado acostumbrado á sentir el purísimo «encanto de vuestra hermosura» y de vuestras virtudes, para poder vivir sin inquietud «privado de la felicidad de vuestra palabra, «de vuestras miradas» y de vuestra purísima «y santa amistad. ¿Será que, «joven y bella», «no creéis suficiente mi calidad de «esposo» de «vuestra hermana para recibirme sin escándalo «en los retretes de vuestra solitaria alquería? «Vuestra virtud exagera la situación y me ofende. Yo siempre estaré sumiso á vuestra voluntad, ya me haga «feliz ó desgraciado». Esperadme, pues, esta tarde á las tres y no me «rechacéis. Causaría «una herida profunda en mi «corazón una repulsa vuestra; os amo, os amo» «como se ama á una hermana y quiero que «me «améis». De Peña-roja.—El comendador don Geofre Tenorio».

—¡Imprudente, imprudente!—exclamó con un profundo sentimiento Ada—. Esta carta es una declaración de amor... ¡Si se hubiera extraviado! ¡Si la hubiesen visto otros ojos que los míos!...

Ada guardó la carta precipitadamente y miró con espanto en torno suyo, como quién teme ser sorprendido en una acción vergonzosa: nadie había sin embargo ni en el jardín ni en la cámara.

La hermosa joven se encaminó á la chimenea con el mismo paso lánguido y grave con que se había dirigido á la ventana, y al llegar al sillón apoyó en su respaldo una de sus blanquísimas manos y permaneció en una posición de hechicero abandono, con la cabeza inclinada sobre el pecho.

—¡Señor, Señor!—murmuró—. ¿Habré yo dado ocasión á la audacia de este hombre? ¿Habré comprendido?... No, no, es imposible; yo sé hacer callar á mi corazón, sé ahogar sus latidos dentro de mi pecho y apagar el fuego que brota de él antes de que llegue á los ojos. Pero un hombre que ama es un cazador que acecha, cuando

ama á una mujer como yo. Y luego... puedo haber sido imprudente sin conocerlo, porque hasta el casamiento de Lind-Arahj yo no me conocía... Imprudente, sí; ¿no acabo de serlo hoy? Cuando supe que iba á verle, que iba á venir, no me he ataviado con más esmero, yo que debía mostrar en mi abandono el dolor que me causa la ausencia de mi esposo?

Coloráronse con un vivo carmín las mejillas de Ada.

—¡Mentira! ¡mentira!—exclamó, empujando en un movimiento brusco el sillón en cuyo respaldo se apoyaba y que cayó por tierra—. Quiero engañarme á mí misma y no puedo: me he alegrado con la ausencia de Atmet, he sentido latir mi corazón de alegría al recibir la carta de Geofre. ¡Corazón! es necesario que sufras, calles y mientas, porque tu mentira es el honor de mi esposo. ¡Vanidad! es necesario que te despojes de estas galas y vistas el traje de las viudas y de las huérfanas. Es preciso que ese hombre se vuelva escarmentado, que se cure de su loco amor con un desengaño, y que ese amor quede encerrado en mi alma como un rejón roto y envenenado. ¡Hola!—añadió llamando.

Abrióse en aquel mismo punto la otra puerta de la cámara; y un pajecillo lanzó desde ella estas palabras:

—Su señoría el alcaide de Peña-roja.

Ada dió un paso atrás y palideció.

—Levantad ese sillón, niño—dijo Ada, procurando ocultar su conmoción con las primeras palabras que se la ocurrieron.

El pajecillo adelantó y obedeció.

En aquel breve espacio el semblante de Ada se serenó, se adaptó á la expresión que habitualmente había tenido para don Geofre, y sólo quedó en él un tinte de tristeza, que podía muy bien atribuirse á la ausencia de Sidy-Atmet.

—Que entre ese caballero—dijo al paje, que esperaba inmóvil y en silencio.

Ada se preparó á la primera impresión de aquella entrevista, que sin la carta hubiera sido un acontecimiento de familia, pero que por ella había tomado un aspecto delicado y excepcional.

Al entrar don Geofre encontró sentada á la joven, que contestó á su saludo con una sonrisa triste, pero afectuosa.

El comendador se sentó, y desconcertado por la acogida tranquila de Ada, recurrió á las vulgaridades usuales en todos los tiempos y en todas las épocas cuando no se tiene otra cosa mejor que decir.

—Hace un horrible frío—dijo removiendo algunas de las astillas de la chimenea.

—Famosa observación—contestó con amable familiaridad Ada—, para quién acaba de casarse, tiene un castillo bien provisto y abrigado y cuenta con una adorada compañía á cuyo lado pasar las horas junto al hogar.

Don Geofre miró de una manera profunda á

Ada, que no bajó los ojos ni pareció comprender la intención de aquella mirada.

—¿Habéis recibido mi carta, señora?—la dijo después de un momento de observación.

—Sí por cierto—contestó Ada—, y os esperaba.

—¿Me esperabais?...

—Y como sé que os gustan sobremanera las fiebres de nuestros cotos y los vinos de nuestros lagares, os he preparado una colación—dijo Ada, que empezaba á sentir miedo junto al comendador y ansiaba una compañía cualquiera que desviase la conversación del terreno peligroso en que iba entrando.

—No, no llaméis—dijo don Geofre, acercando sin reparo su sillón hasta tocar el de Ada—; ya que la suerte hace que al cabo de dos años nos podamos ver solos, no queráis privarme de la libertad de deciros todo lo que siento, todo lo que me hacéis sentir.

—¿Lo que yo os hago sentir, caballero?—dijo Ada con una severidad que no podía escusar su decoro ante la mirada inequívoca y el acento galanteador de Geofre.

—Comprendo perfectamente la razón de vuestra extrañeza, señora: el honor y la virtud no son en vos vanas palabras ni una ostentación hipócrita. Sufrís, sufrís en silencio, oráis en secreto y os sonreís delante de las gentes, aun delante de mí, que os he observado, que os he comprendido, que observándoos y comprendiéndooos, os he amado.

—¡Basta, caballero, basta!—exclamó levantándose Ada—. Quiero olvidar lo que habéis dicho, ya que no lo puedo dejar pasar en silencio por lo terminante; quiero olvidarlo y os lo perdono, porque creo que estáis loco.

Otro enamorado de oficio, convencido como lo estaba Tenorio de que sus palabras caían una á una ardientes como plomo fundido en el corazón de la morisca, hubiera contestado con una sonrisa de incredulidad á las de Ada, que habían sido pronunciadas con dignidad, sin amargura, sin nada que pudiese ofender al hombre más susceptible; pero don Geofre contestó á ellas con una expresión de sufrimiento apasionado, como había pronunciado sus audaces amores con un acento profundamente respetuoso.

—Estoy loco, sí, tenéis razón, y loco sin esperanza; estoy loco por vos y no debéis culparme; no sabéis cuánto poder tienen vuestra divina hermosura, vuestra dulce voz, vuestra alma de ángel.

—Pues bien, si estáis verdaderamente loco hasta el punto de decir amores á la esposa de un hombre con cuya hermana os habéis unido, no os maravilléis si os dejo, no os quejéis si no vuelvo á veros, no insistáis; dejadme, dejadme y olvidad, si no es ya que os habéis propuesto turbar la triste paz de la ausencia de mi esposo con ese galanteo inútil, extraño y que, sobre todo, me ofende y me avergüenza.

—Os he preguntado si recibisteis mi carta, y ahora os he preguntado si habéis meditado su contenido.

—¡Meditado!... No, no en verdad... Hablábaís allí de amor; pero yo creía aquel amor el de un hermano.

—Aquel amor es el de un hombre desesperado, Ada; el de un hombre que os ama desde que os vió con un amor que nunca había sentido... Perdonadme y no os revistáis de esa expresión severa que me destroza el alma; ya os he dicho en mi carta que respetaré vuestra voluntad, ya me haga feliz ó desgraciado; sentaos, señora, sentaos y escuchadme... porque nada tenéis que temer de mí.

—Me estáis dando tormento, Geofre—contestó Ada—, y si os escucho es para concluir de una vez, para apurar la amargura de vuestra conducta y huir de vos.

—¡Huir!—dijo con pasión don Geofre.

—¡Huir! ¿He dicho huir?—exclamó con espanto Ada.

—Hace mucho tiempo que huís, señora, que lucháis, y cada esfuerzo que hacéis es un paso que os aproxima á mí; habéis comprendido que nuestro amor...

Ada hizo un movimiento.

—Nuestro amor, señora, nacido á un mismo tiempo, combatido con todas vuestras fuerzas, expresado por vuestros ojos... como me lo estáis expresando ahora...

—¡Salid, salid, don Geofre!—exclamó aterrada la joven, á cuyos ojos se agobaba el llanto...—Si habéis comprendido... si habéis visto, olvidad... sufrid... pero sed honrado y puro; amadme con el amor del martirio, con el amor de la desesperación; pero vos que sois valiente, que arrostráis los peligros, que los domináis, sed valiente para vuestro corazón, aprended valor de una mujer.

—¡Con que me amáis!...—exclamó don Geofre con la ansiedad de un adolescente que enamora por la primera vez.

Ada apartó de sobre su frente las bandas de sus cabellos, y fijó en don Geofre sus hermosísimos ojos con una mirada tan radiante, tan intensa, tan brilladora, que el joven sintió inflamarse su alma en un fuego terrible que lastimaba su corazón y hacía vacilar su pensamiento.

—¿Y de qué os servirá mi amor desdichado?...

Sé que estáis poseído por mí de una de esas pasiones que nada respetan, que avanzan rápidamente hacia su objeto, aunque esté en el borde de un abismo, que le arrastran y se arrastran con él; sé que me amáis con ese amor que mata... y moriréis, porque yo no os daré la vida... nunca, entendedlo bien; nos hemos encontrado tarde y nos separan dos abismos.

—Habéis dicho, señora, que mi amor es una de esas terribles pasiones que nada respetan y juzgándome os habéis juzgado, porque me amáis hasta el punto de haber infundido sospechas á vuestro esposo.

Ada palideció de una manera mortal.

—Pero os he salvado sacrificándome—continuó don Geofre—¿Por qué no habéis sido libre como Lind-Arahj?

—¡Lind-Arahj! ¡mi pobre hermana! ¡tan hermosa, tan pura, que tanto os ama! ¿Habéis pensado bien, Geofre, que debéis amor y felicidad á esa niña, que es vuestra esposa, que es mi hermana?

—Lind-Arahj, señora, no será jamás mi mujer.

Ada dió un grito de alegría, que reprimió apenas exhalado.

—¡Teníais celos!—exclamó con acento de reconvencción Geofre.

—¡Celos! ¡Celos de mi hermana! No, no, caballero.. Yo no tengo celos de nadie. No os amo, no os amaré...

—Os casaron como se casa á las moras—exclamó profundamente don Geofre—, sin consultar vuestra voluntad, arrojándoos en el tálamo de un hombre á quien no conocíais, á quien no habéis amado, de quien no habéis tenido hijos. Llegásteis, sí, á comprender que era noble y bueno, le apreciásteis, le compadecísteis y apartásteis para con él un amor que en vos era un favor.

—¡Caballero!

—Un favor, señora, digno de vuestra virtud. ¿No ha podido todo el mundo envidiar por feliz á Sidy Atmet?

—Pero vos sabéis que no lo es; vos sabéis que el amor no se finge, que el amor no se oculta; vuestra osadía y vuestras esperanzas me lo prueban; esa prueba que hoy he obtenido me obliga á partir mañana en busca de mi esposo.

—¡A la Axarquía, donde arde la guerra!

—Prefiero la guerra de las lanzas á la que me declararéis aquí, Geofre.

—¿Y queréis confirmar las sospechas de vuestro esposo, yendo á buscarle de una manera que sólo una urgente necesidad justificaría? ¿Sabéis que me ha casado con Lind-Arahj por vos? ¿Sabéis que mi casamiento me ha justificado con él? ¿Sabéis que he consumado un horrible sacrificio, porque he perdido toda esperanza?

—¿Y qué esperanza habéis perdido?—exclamó con ansiedad Ada.

—La esperanza de que Dios llamase á sí á Sidy Atmet y os hiciese mi esposa.

—¡Oh, qué horror!

—Me juzgáis mal, señora; yo, no deseo la muerte de ese noble y valiente amigo; hubiera defendido su vida á costa de la mía; pero si hubiera muerto...

—¡Os habíerais alegrado!

—Nos habiéramos alegrado los dos—recargó don Geofre, infiltrando en Ada una mirada que la hizo bajar los ojos.

—Sucedá lo que quiera—dijo—, huiré de aquí mañana; iré á la Axarquía, Geofre.

—¡Qué huiréis! ¿Y me dejaría yo arrebat

esa felicidad que un leve impulso puede arrojar entre mis brazos? No, no. Llegaría un tiempo en que me culparíais de cobarde. Lo habéis dicho, Ada; nuestro amor es de los que salvan los abismos y lo arrostran todo. Dudáis estais pálida, lloráis... habéis contenido tanto tiempo la expansión de vuestra alma, que la primera palabra vía la ha hecho estallar... ¡Oh! sería yo un imbécil.

Don Geofre se levantó.

—¡Oh, sed generoso!—exclamó Ada, arrojándose á sus piés—. ¡Salid, abandonadme, no volváis á verme más.

Ada, arrojada á los piés de don Geofre, llorosa, enamorada, trémula, con la frente levantada hacia el semblante del joven, mostraba su hermosísimo cuello y el nacimiento de su seno, dejando descubierta por un accidente de la posición, una magnífica piocha de brillantes que prendía sus adornos interiores, y que hasta entonces había estado cubierta por una golita de encaje de Flandes.

—A vos, al menos, os quedan recuerdos míos—dijo don Geofre, señalando la piocha—; esa piocha era de mi madre, y yo la regalé á vuestro esposo... con un pretexto... para vos, y la tenéis sobre vuestro seno.

—Sí, sí; yo os amo, Geofre, os amo desde que os vi; pero huid, huid, porque nunca seré vuestra manceba... ¡jamás!

El amor lo perdona todo, Ada, y una violencia en amor es un recuerdo de felicidad.

—¿Quién habla aquí de violencias?—exclamó Ada levantándose—. ¿Quién se atreve á mancillar los oídos de la nieta de Aben-Ismael, de la esposa de Sidy Admet? ¿Sabéis, Geofre, que yo puedo tener un amor desesperado dentro del alma, que lo confesaré, que moriré por él, pero que jamás lo mancillaré con la impureza? Amadme en buen hora, decidmelo, escuchadlo de mi boca; pero no humilleis esa amor que es noble, puro y grande, porque es mío; un amor que yo defiendo con todo el valor de mi raza africana; una sed que jamás apagaremos. Os he dicho que mi amor es la muerte, y le habéis aceptado. Pues bien, amémonos y muramos... ¡Pero el adulterio!... ¡el incesto!... ¿Quién que tenga alma para amar puede tenerla para cometer esos dos horribles crímenes?

Don Geofre se dejó caer sobre un sillón, dominado por un respeto extraño en él, que era audaz hasta lo imposible. La virtud y la firmeza de Ada le habían asombrado.

Pero el asombro, como todas las pasiones débiles, pasaba en don Geofre con la rapidez de una tormenta de verano, y la sombría luz de su razón brilló al fin en el fondo de su alma con todo su siniestro esplendor.

—Afortunadamente lo había previsto—murmuró—; ya se pone el sol, y no puede tardar el alférez Alfon Gamboa.

Ada, humillada, confusa, con remordimientos, delante de aquel hombre á quien, si no había

concedido amor, se lo había confesado, lloraba en silencio como si toda su alma se hubiera deshecho en lágrimas.

Don Geofre comprendió que no debía mostrarse indiferente á aquel dolor tan intenso y tan noble; adaptó la entonación de su voz á lo grave de la situación, y la dijo afectando un profundo sentimiento..

—Olvidemos sueños de un amor desgraciado que la religión y el honor condenan, señora; sois fuerte, digna, y pura, y os admiro; pero mi alma no ha merecido de Dios la merced de ser tan fuerte, tan noble como la vuestra; si yo permaneciese aquí, cerca de vos, estos terribles lances se repetirían, porque vuestro amor me arrastra. Mañana partiré, señora; mañana iré á la Axarquía.

—¿Con que es decir—exclamó Ada—, que me condenáis á la dura alternativa de la vergüenza ó del dolor?

Don Geofre creyó lo que han creído todos los amantes: que la amenaza y el terror podrían más que la súplica y la violencia, y entró, con la mayor buena fe del mundo, en el terreno en que más neciamente puede colocarse un hombre respecto á una mujer.

—Cuando, como yo, se tiene el corazón desgarrado, señora—exclamó—; cuando no hay felicidad ni paz posibles sobre la tierra, una campaña como la de la Axarquía es un don del cielo.

—¿Y estáis en ese triste estado de desesperación?

—Vos me habéis dicho que os ame y muera.

—Pero no con una muerte que se va á buscar con los brazos cruzados delante del enemigo, sino con la muerte que Dios envía al desgraciado, compadecido de sus sufrimientos. Esperar así la muerte es una virtud; buscarla, un crimen y una cobardía..

—Crimen y cobardía á que vos me arrastráis, señora.

—¿Y no podéis salvaros sin mi deshonra?—exclamó Ada de una manera indefinible..

—No, contestó con calma Tenorio.

—Pues bien, morid, caballero, morid—repuso Ada, cuyo enérgico carácter se había rebelado ante las condiciones de don Geofre.

En el momento en que, cansado de fingir, se hallaba próximo á desbordarse el carácter violento de Tenorio, el mismo paje que servía la cámara entró pálido y azorado.

—¿Qué sucede?—exclamó Geofre levantándose como impelido por el terror del paje.

—Jinetes y peones han cercado la casa, señora—exclamó el niño.

—¡Mi casa! ¡Mi casa cercada! ¿Y por quién?

—Un alférez que espera en la antecámara pregunta por su señoría el alcalde de Peña-roja.

—¡Ah!—exclamó don Geofre profundamente.—Pregunta por mí, hacédle entrar.

—¿Qué significa esto?—exclamó con ansiedad Ada.

—Esto significa, señora—exclamó rápidamente Tenorio—, que por vuestro amor he renegado de Dios, que he levantado mi bandera contra mis reyes y he puesto en armas la taha de Válor.

—¡Ah!—exclamó Ada—. ¡Sois un hombre fatal! ¡Os habéis perdido y nos perdéis!

—Nos perderemos ó nos salvaremos juntos, señora.

Alfon Gamboa, armado de todas armas, con la espada desnuda, un pergamino en la mano, y seguido de cuatro hombres, que quedaron á la puerta, adelantó con un aspecto y una prosopopeya tales, que Tenorio se hubiera reído, á no desempeñar un papel principal en aquella farsa convenida de antemano.

—¿Es vuestra señoría—dijo Gamboa con acento solemne—, doña Ada Zagri, esposa del señor de Válor?...

—Yo soy, caballero—contestó sin dejarle concluir Ada.

—Lo siento ¡voto á!...—exclamó el alférez, que no sabía hablar de otra manera más cortés—; pero sois mi prisionera, señora.

—¡Vuestra prisionera!—exclamó don Geofre, contestando por Ada, á quien la sorpresa había enmudecido.

—¿Y vuestra señoría?—contestó Gamboa, recargando lo ahuecado de su voz—, es don Geofre Tenorio, comendador de Santiago y alcaide?...

—Sí, sí—exclamó con impaciencia el joven—; yo soy el alcaide por la reina, del castillo de Peña-roja.

—Pues aunque me pese... ¡diab!o! ello es preciso; entregadme vuestra espada, caballero.

—Mirad lo que decís—observó en tono de amenaza Tenorio.

—Mirad vos bien, que sus altezas me mandan prenderos muerto ó vivo.

—Han hecho bien en anteponer lo primero porque mientras yo sea lo segundo, no entregaré mi espada mas que por la punta.

Y con un desembarazo y un brio que honraban su nombre de valiente, desnudó su espada.

—Ved que si me herís, capitán, podrá embrollarse el negocio—dijo con cierta prisa Alfonso Gamboa, que no fiaba mucho de las buenas intenciones de Tenorio, al ver la terrible expresión de su semblante.

—¡Hola, tenéis miedo, señor alférez!—exclamó con desprecio el comendador.

—¡Miedo! ¡Miedo yo, que estuve en la batalla de Olmedo y en toda la guerra de sucesión! ¡Voto á!... ¡Entregadme vuestra espada!

Don Geofre asió á Ada, la arrastró consigo, la cubrió con su cuerpo, y embistió á Gamboa.

La joven pugnaba por desasirse, y gritaba pidiendo socorro; á sus gritos acudieron armados los monteros que la acompañaban en la alquería y acometieron al alférez.

—¡Rayos de Dios! ¡Pues va de veras, de veras sea!—exclamó Gamboa—. ¡Hola! ¡á mí! ¡por su alteza, arremeted, valientes!

Avanzaron los soldados, inundóse la cámara de gente armada, y Ada se desmayó.

—¡Atras, atrás todos!—gritó don Geofre!

Los soldados se apartaron de su paso y Gamboa bajó su espada.

—Se ha desmayado — dijo Tenorio, mirando con codicia á Ada, mientras los hombres de armas acorralaban á los monteros—. ¿Está cerca la casa?

—Sí señor—contestó Gamboa.

—¿Y tomados los caminos?

—Sí señor.

—Pues que no quede uno que lo cuente.

—¿Ni las mujeres?...

—Ni las mujeres ni los pajes.

—¿Y luego?...

—¡Incendiad y matad, ¡vive Dios! pero pronto, mi caballo; ayudadme á sacar fuera esta dama.

En un momento don Geofre estuvo á caballo, teniendo delante de sí, sobre el arzón y profundamente desmayada, á la morisca.

—¿Habéis avisado al paso en la alquería de la Rambla?

—Esperan á su señoría.

—Un hombre que guíe.

El alférez llamó por su nombre á un infante, que adelantó.

—A la carrera, á la alquería de la Rambla—exclamó Tenorio arrimando las espuelas á su caballo.

Hombre y bruto partieron. Ada continuaba desmayada entre los brazos de Tenorio, y antes de que volviese en sí, llegaron á poca distancia de una casa situada entre viñedos.

Era ya de noche, y la luna, resplandeciente luna de Enero, inundaba en una luz mate y fantástica, la montaña cercana, la reducida vega y el pajizo techo de la alquería.

Un hombre estaba apostado en la avenida del camino que conducía hasta ella, entre setos y árboles frutales, y se adelantó con la gorra en la mano y temblando hacia don Geofre, que palideció al ver el rostro del campesino al resplandor de la luna.

Aquel hombre vestía luto por su esposa, seducida, abandonada y muerta de vergüenza por don Geofre, de quien el desdichado marido no había osado tomar venganza.

Don Geofre adelantó hacia la casa hasta llegar á su puerta, donde paró.

—¿Estás solo?—dijo el comendador.

—Hace un año que lo estoy—contestó con dolor el campesino.

—¿Te han dado treinta escudos?

—Sí señor; pero no había necesidad; yo estoy para servirlos, señor.

—Quien no conozca el aflictivo estado de las gentes del pueblo en aquellos tiempos de hierro, comprenderá mal la sumisión de un hombre hacia otro que había amargado su vida de una manera tan cruel.

—Tenme las riendas—repuso Tenorio.

Aquel hombre obedeció, y el comendador echó pié á tierra, deslizo del arzón á Ada, la recibió en sus brazos, desmayada aún, y con una fuerza y ligereza prodigiosas entró con ella en la casa.

El labriego y el soldado se sentaron bajo el emparrado; por entre cuyos áridos sarmientos penetraba la luz de la luna; el primero triste y silencioso, y el otro silbando el aire de un cantar picaresco.

Media hora después don Geofre salió; su semblante estaba iluminado por la expresión de una alegría repugnante, y su boca por una sonrisa cruel.

—Cuando vuelva en sí esta dama, cuidad de que no salga—dijo al soldado—. Tú, procura que vuelva en sí—añadió dirigiéndose al labriego.

Sin decir más montó á caballo y partió. El labriego entró en la casa, y el soldado, á guisa de atalaya, empezó á pascar por delante de la puerta con el mosquete terciado al brazo.

XIX

De pie sobre la torre vigía del castillo de Valor, fijos los ojos hacia la parte en que estaba situado el de Peña-roja, y armado de todas armas, esperaba Aben-Abed impaciente á que brillase en la rambla cercana la señal convenida con don Geofre.

Era ya entrada la noche, jamás un silencio más solemne había dominado la población, el castillo y las montañas, á pesar de que nadie dormía en los primeros, y de que avanzaban por cuatro partes distintas, entre las quebraduras de las segundas, los presidios de Peña-roja, Cádiar, Narila y los Berchules con sus alcaides á la cabeza.

Parecía que la naturaleza callaba, dominada por el silencio del terror, por el gran crimen que iba á consumir sobre un pueblo engañado el feroz comendador Tenorio.

Aben-Abed escuchó al fin con alegría, perdido entre el silencio, brotando el él y acercándose lentamente, el crujir de las cureñas de las lombardas, el sordo rumor de los pasos de los caballos, y el áspero chocar de las armas; vió partir pálidos y temblorosos destellos de la luna sobre las limpias armaduras, vagar, perderse, y aparecer como fuegos fatuos aquellos mates, reflejos, y unirse al fin, remedando una laguna ondulante, en el valle, al pie del pueblo y del castillo.

Después, en medio de aquella masa brilladora, apareció de repente una luz rojiza, y al mismo tiempo una multitud de trompas de guerra lanzaron el ronco son de arremetida, y toda aquella masa cerrada avanzó rápidamente hacia el pueblo.

—¡Ellos son, ellos son!—gritó Aben-Abed, separándose de las almenas y corriendo á la obscura entrada de las escaleras—. ¡Arriba!—exclamó—. ¡Arriba!

Brotaron de la obscura boca de la espiral hombres completamente armados, uno de los cuales llevaba un pendón rojo.

—¡Clavadlo sobre las almenas!—gritó Aben-Abed—. ¡Encended las luminarias! ¡Ha llegado la hora!

El morisco desnudó su espada, frenético de alegría, se avanzó al adarve, y al mismo tiempo que los otros moriscos lanzaban al campo haces de ramaje encendido, ondeó el pendón y gritó con toda la extensión de su voz:

—¡Granada! ¡Granada! ¡Granada, por el magnífico y poderoso rey Mohamet-Abu-Abd-Allah!

Un alarido informe contestó desde el campo voz confusa é inteligible, que á estar cerca hubiera dejado oír á Aben-Abed el grito de guerra de los castellanos.

—¡Santiago y San Lázaro!

Y siguieron avanzando hacia el castillo en un zumbido informe y atronador.

Como por encanto brotaron hogueras en las plazas, en las calles y en los alrededores de Válor, y á su luz, cual espectros lanzados á una terrible y nocturna danza fantástica, brotaron y pasaron hombres armados gritando y rugiendo por delante de los rojizos reflejos de los fuegos; se abrió la porterna del castillo, y un bizarro escuadrón se derramó de ella, al galope de sus caballos, por la cresta del monte, llevando entre sus armas una bandera recrujiente al viento de la noche y al rauda empuje de la carrera.

Aben-Abed avanzaba delante, afianzada la lanza, inclinado sobre el arzón de su yegua, lanzándola á toda su carrera y haciéndola saltar por las asperezas del terreno sin miedo y sin prudencia.

Se veía al fin con las armas en la mano arrojaba su grito de guerra por el Islam y enloquecía.

Pero de repente detuvo su yegua, aplicó el oído y palideció: había escuchado clara y distintamente la voz de don Geofre, que avanzaba con sus jinetes al encuentro del escuadrón morisco, gritando con un júbilo infernal:

—¡Por la reina doña Isabel, Santiago y San Lázaro! ¡Cierra España!

—¡Oh! ¿Qué es eso?—exclamó Aben-Abed, cruzándose delante de sus jinetes y deteniéndolos. ¡El castellano avanza en batalla! ¡Nos han vendido!... ¡Pues bien, que compren caras nuestras vidas! ¡Que vean cómo mueren sobre el campo los leones de Granada!

Y afianzado la pica en el ristre, se arrojó, seguido de sus ginetes, en medio del escuadrón de don Geofre Tenorio, que avanzaba por aquella parte.

Caían ante él cuantos encontraba á su paso; á cada uno que rodaba por tierra, Aben-Abed gri-

taba con una voz sofocada por el estruendo del combate y el estampido de las lombardas, que comenzaban á demoler el castillo:

—¡Comendador don Geofre Tenorio! ¿dónde estás, traidor? ¿Dónde estás, cobarde?

Y la voz de Aben-Abed era semejante al rugido de una pantera hambrienta, y repetía aquel grito acompañándole siempre de un golpe de muerte.

Cien veces se abrió paso por medio de las tropas castellanas, y cien veces se revolió en la pelea llamando á voces y buscando al comendador: rompió la lanza y asió el hacha de armas; su brazo era semejante á un rayo, amagaba, y tras el amago sucedía la muerte; y gritaba, llamando siempre á Tenorio, revolviéndose en el corazón de la pelea, que se había hecho encarnizada.

Al fin, entre un tropel de ginetes moros, descubrió un manto blanco, y su vista de águila distinguió una cabeza desgarnecida y una cruz de Santiago. Aquella cabeza era la de Tenorio, y aquella cruz la de su encomienda.

El alcaide se batía como un león; adargaba con una destreza maravillosa su cabeza descubierta, y disparaba á diestro y siniestro una granizada de fendientes con su ancha espada de á dos manos. Estaba solo, cercado de enemigos, y se revolvía entre ellos sin recibir una herida ni dejar de causar por cada golpe una muerte.

Aben-Abed arremetió hacia él, rompió por los moros y gritó:

—¡Apartad! ¡Afuera, afuera todos! ¡Dejádmelo! ¡Es mío!

A aquella voz que dominaba el tumulto y que era harto conocida y respetada por los moros, abriéronse todos en círculo, y dejaron al morisco frente á frente con el comendador.

—¡Ah! ¡eres tú!—exclamó Tenorio—. Me alegro ¡voto á Satanás! porque te buscaba.

Aben-Abed no contestó, embistió á don Geofre, y los dos caudillos se encontraron con la pujanza de dos estatuas de hierro lanzadas una contra otra con una fuerza eléctrica; en don Geofre aquella fuerza estaba sostenida por sus instintos sanguinarios y feroces, por su fatal propensión al mal y por su deseo de venganza contra Sidy Atmet; en Aben-Abed su impulso nacía de una valiente y generosa cólera, de una ardiente sed de sangre del miserable que se había introducido, astuto como la serpiente y traidor como ella, en una familia que le había acogido en su seno para ser herida de muerte.

Por un accidente muy común en las batallas de aquel tiempo, ésta se había dividido en grandes grupos, cada uno de los cuales era una nueva batalla aparte. Los zenetes que rodeaban á don Geofre y á Aben-Abed formaban uno de estos grupos aislados; habían comprendido que se trataba de un duelo de solo á solo, y circunvalaban, con una doble línea de acero,

aquel reducido palenque, donde apenas podían revolverse los campeones.

Era una lucha de tigre contra león, en que sólo se oían golpes y rugidos, y se cuidaba más de ofender que de defenderse; cada golpe hacía rodar por tierra una pieza de armés; cada arremetida obligaba á los valientes corceles á sentarse sobre sus ancas, y producía nueva sangre; pero aquella sangre era siempre de Aben-Abed.

Parecía que el terrible genio del exterminio dirigía la espada del comendador, y que el de la fortaleza daba poder al morisco, para resistir á aquel terrible enemigo.

Nunca Tenorio había encontrado una víctima más tenaz, ni Aben-Abed un adversario tan invulnerable.

El comendador, irritado ya, furioso por tan dura resistencia, asió su maza de armas, la volteó en un doble círculo sobre su cabeza, y la lanzó al morisco; el arma pasó silbando sobre él, chocó en el crestón del capacete, le arrastró consigo, y fué á dar en la espalda de un zenete, que cayó de su yegua como si le hubiese herido una bala.

Cubrióse instantáneamente el lugar que había dejado vacío aquel desdichado, y la lucha de los dos caballeros, continuó:

Rompiéronse las espadas, perdiéndose las hachas de armas y sólo quedaron los puñales de «misericordia.»

El combate se convertía en lucha; embistiéronse por última vez los caballos, y al cruzarse los dos enemigos, se aferraron como impulsos; por un mismo pensamiento; pero don Geofre era más fuerte, se sostuvo firme en sus arzones arrancó de los suyos á Aben-Abed, le retuvo con el brazo izquierdo, como pudiera haberle retenido una argolla, y sepultó por tres veces su puñal en el cuello del morisco por entre el falso de la armadura. Aben-Abed abrió los brazos, dió un grito y cayó desplomado á los piés del caballo del comendador, exclamando:

—¡Asesino!... ¡maldígate Dios!

La muerte heló sus palabras, y Tenorio, antes de dar tiempo á los zenetes de que le acometiesen, rompió por ellos con todo el empuje de su caballo, les arrancó al pasar una lanza, revolvió, les embistió, los confuó y huyó á mezclarse con los suyos, que empezaban á penetrar en el pueblo y tenían cercado el castillo.

Desde la noticia de la muerte de Aben-Abed que corrió con la celeridad del viento entre los moriscos, cundió en ellos un terror pánico; ya no lidiaban, ó por mejor decir, su resistencia era la que podía oponer un gavián á un águila; la villa fué entrada, entregada al saqueo y á todos los horrores de una guerra de bandidaje; y los que estaban encerrados en el castillo, estrechados más y más, combatidos de continuo por la artillería, que derrumbaba sus torres y los sepultaba entre los escombros, arrojaron las armas y pidieron gracia..

Pero las habían con un hombre cuyo corazón era de acero, ó que, por mejor decir, no tenía corazón mas que para el mal; los castellanos siguieron avanzando en batalla, provistos de escalas en las primeras filas, y precedidos de don Geofre que gritaba como quien excita lebreles en montería:

—¡Avanzad, avanzad! ¡Entrad esos perros á sangre y fuego! ¡Que no quede uno!

Por desdicha para los moriscos, los soldados de don Geofre eran lo más á propósito que había en el ejército castellano para fechorías de guerra, duros, valientes é insensibles; avezados á la crueldad por el ejemplo de su jefe, eran un escuadrón de demonios, sobre los cuales ondeaba fatídicamente el pendón de la cruz.

Estrechados por todas partes, envueltos en un torbellino de fuego, polvo y humo, los cercados, comprendieron que no les quedaba otra esperanza que morir matando; el genio del Islam debió enorgullecerse en medio de su dolor; nunca, ni en los mejores días de Granada, derramó tanta sangre el alfanje musulmán, ni entapizaron el polvo del combate alqueiles tan horriblemente rojos; en vez de espadas sólo se veían hachas; estallaban las lombardas y los mosquetes, lanzando sobre los cercados un huracán de hierro, y los castellanos no pusieron la planta en el castillo, sino hollando montones de cadáveres y cuando sólo quedaban dentro de él mujeres, pajes, dueñas y sacerdotes.

Y sobre aquel estrago resonaba fatídica y terrible, como debe serlo la trompeta del ángel exterminador en la destrucción universal, la voz de don Geofre, que gritaba enronquecido, saltando sobre cadáveres:

—¡A sangre y fuego! ¡Que no quede uno! ¡Herid, matad, violad!

—¡Somos vírgenes!—exclamaban las doncellas de Ada, arrastrándose á los piés de los soldados.

Y las vírgenes caían.

—¡Somos niños!—gritaban llorando los pajes. Y caían precipitados por las murallas.

—¡Somos sacerdotes del señor!—exclamaban los ancianos capellanes de Sidy Atmet.

Y excitada la soldadesca por la voz de don Geofre, los sacerdotes eran sacrilegamente asesinados.

Ni uno sólo quedó; las llamas envolvieron el castillo, y á la luz de aquella inmensa hoguera, que se lanzaba en furiosos y rugientes torbellinos, como lenguas de fuego perdidas en la inmensidad, se veían los soldados de Tenorio buscando entre el incendio las riquezas que podían arrebatarle, y pereciendo á veces bajo el desplome de las torres.

Don Geofre, en tanto provisto de una antorcha, buscaba un cadáver entre los cadáveres del campo: buscaba á Aben-Abed, y le encontró; el morisco tenía apretada una mano sobre su jaco en la parte izquierda del pecho; Tenorio

apartó aquella mano, agarrada por la muerte, rasgó con un puñal la sobrevesta, deshebilló el jaco, rompió las vestiduras y sacó ensangrentada de sobre la carne de Aben-Abed la profesión de fe musulmana que el día anterior había sellado y firmado.

—¡Oh!—exclamó mirando con desprecio al cadáver—. ¡Habéis creído, imbécil, tenerme sujeto con esta prueba de traición á Dios y al rey! Mi venganza ha podido más que tu prudencia ¡Denúnciame ahora!

Rasgó en pequeños pedazos el pergamino, y quemó á la luz de la antorcha el fragmento en que estaba su firma y su sello; luego volviéndose hacia el castillo reducido á escombros, sobre los cuales ondulaba un penacho de humo, añadió con feroz alegría:

—¡Que se levanten esos clérigos! ¡Que se levanten los escuderos de Sidy Atmet! ¡Que se levanten la capilla y el altar con el castillo para que pueda probar Lind-Arahj que es mi esposa!

Una vez satisfecho su horrible objeto, Tenorio mandó tocar á recoger; encomendó á sus alféreces el saqueo y el degüello de la villa, y sólo seguido de algunas lanzas, se encaminó á la alquería donde había dejado á Ada.

Era un hombre infatigable; galopaba sobre el camino de la montaña, con la misma soltura que si acabara de levantarse del lecho, á pesar de que había sostenido durante cuatro horas una lucha formidable, y añadido á su horrible cuenta de sangre un centenar de cadáveres.

Al volver un recodo del sendero, escuchó pisadas de caballos y ruido de voces que se acercaban; poco después detalláronse sombras informes trepando por la cuesta, y se oyó distintamente el chocar de las armas contra los arneses.

—¿Quién va?—gritó Tenorio, afianzando su pica.

—¡Santiago y San Lázaro!—gritó una voz conocida.

—Adelante, Alfon Gamboa—exclamó el comendador aguijando su caballo, y avanzando al encuentro del alférez—. ¿Habéis concluido?

—¡Sí, pardiez! Concluido; lo que se llama perfectamente concluido—contestó con voz un tanto vinosa el alférez—. Nada queda; lo que valía algo lo hemos trasladado á las grupas de nuestros caballos; hemos bebido un vino de ángeles, y hemos dejado á las doncellas y á los pajes abrazados en un sueño de que no despertarán tan pronto.

—¿Todos?...—preguntó con terrible fijeza el comendador.

—Ha sido una fiesta completa, señor—contestó Gamboa—; y para que nadie pueda divertirse en el mismo sitio, hemos puesto fuego á la casa. Allá han quedado, armando un ruido de quince legiones de demonios, los bueyes y las mulas encerradas en el establo.

—Bien, muy bien, alférez; aguijad y reunios

á la bandera que está en el Válor; recoged la gente, que ya debe haber concluido; despedid en mi nombre á los alcaides de Narila, Cádiar, y los Berchules, y retiraos á la Peña-roja.

Dicho esto, aguijó su caballo, se cruzaron sus lanzas con las que seguían á Gamboa, separáronse rápidamente un escuadrón de otro, y en poco espacio se perdió para ambos entre el silencio el ruido de sus respectivas carreras.

XX

Aún no había mediado la noche, cuando Tenorio llegó á la alquería de la Rambla, donde había dejado á Ada; aún brillaba la luz á través de la ventana situada sobre la puerta, pero ni una voz ni un ser viviente, se dejó oír ó apareció á su llegada.

El atalaya, según el pensamiento de don Geofre, debía haberse dormido, y el comendador echó pie á tierra y adelantó decidido á darle un trato de cintarazos; miró en torno suyo á la altura de sus ojos, y nada vió sino la puerta abierta sobre el fondo oscuro; avanzó cuidadoso hacia aquella puerta y tropezó en un objeto; era el soldado que había dejado de atalaya, muerto á puñaladas, desarmado y tendido delante de ella.

En un sólo pensamiento la imaginación de Tenorio adivinó la causa y las consecuencias de aquella muerte: Ada había comprado al labriego, le había excitado á cometer el homicidio, y libre por él, había huido; tras pensar esto, el comendador se precipitó dentro de la casa, subió rápidamente las escaleras y entró en la habitación, alumbrada por una luz que se percibía desde el exterior; en ella había un modesto lecho vacío y revuelto, algunos muebles toscos y una mesa de pino sobre la que estaba puesta la luz.

Toda la energía de Tenorio se aniquiló de un golpe, sintiéndose desvanecer, una nube opaca obscureció sus ojos, y se vió obligado á llamar en su ayuda cuanta fuerza tenía su alma, para rehacerse de la terrible impresión que causó en él la huida de Ada, entonces conoció que amaba á aquella noble y valiente joven, que la amaba con ese amor que se sobrepone á los deseos y que ennoblece al ser que le siente, luchó furioso con su impotencia, y su furia se deshizo en lágrimas de dolor; por la primera vez mojaba el llanto las mejillas del comendador, y por la primera vez también el remordimiento royó su corazón como una barrera que se revuelve dentro de una masa de bronce; su cerebro se comprimió como si le apretase un tornillo; zumbaron sus oídos, erraron sus pensamientos incoherentes, revueltos, confusos; latieron sus sienes, y cayó desplomado sobre aquel lecho vacío, cuyas almohadas, que

besaba delirante, conservaban aún el perfume de los cabellos de Ada.

—¡Con que la amo!—gritó levantándose de repente en uno de esos violentos arranques de los insensatos—. ¡La amo! ¡Yo que he despreciado siempre el amor porque es la enfermedad de los débiles y los locos! ¡Vanidad y miseria! ¿Y ha de ser para mí un mundo, un mundo entero esa mujer? Pues bien; ¡por el espíritu de Satanás que ha de ser mía, eternamente mía! Yo probaré mi amor, y si sólo es un deseo, lo ahogaré en un océano de hastío, y seré libre, libre ¡vive Dios! como lo he sido hasta ahora, sin freno y sin medida á mi voluntad.

Pareció que esta decisión le volvía la calma, pero una calma semejante á la de un condenado á muerte que apela de su sentencia á un tribunal superior; entonces y sólo entonces reparó en un papel que estaba sobre la mesa, cerca de la luz, que le alumbraba por completo; junto á aquel papel había una piocha de brillantes, enrojecida por la punta, que se bañaba en una charquilla de sangre vertida sobre la mesa, y un poco más allá una pluma de paloma ensangrentada por su extremo y sin cortar, como había sido arrancada del ala del ave.

—¡Me ha escrito!—exclamó Tenorio, tomando con estremecimiento el papel—. ¡Me ha escrito con su sangre al respaldo de mi carta de amores! ¡Oh, infeliz, infeliz!

Por un momento pasaron delante de don Geofre, Aben-Abed, el castillo de Valor, las jóvenes doncellas, los venerables sacerdotes y los inocentes pajes sacrificados á su terrible venganza contra Sidy Atmet, y tembló, pero de una manera rápida y fugitiva; pasó la mano por su frente para enjugar el sudor que corría por ella, y leyó con los ojos del alma las sangrientas líneas que había escrito para él la mano de Ada.

«Habéis colmado vuestra infamia, comendador, »de Cristo—decían—; el vergonzoso desorden de »mis ropas y el lugar en que me encuentro, »me han revelado mi vergüenza y vuestra de- »gradación. Todo lo sé, todo; me habéis ro- »bado esposo, paz, felicidad, y no puedo per- »donaros. Pero si os acordáis de que la her- »mana del infante es vuestra esposa, que podéis »huyendo con ella, apartar de sus ojos lo ho- »rrible de vuestra injusta venganza; si la ha- »céis feliz... ¡que os perdone Dios!—Ada.»

—¡Dios, Dios!—exclamó Tenorio—. ¡Que me perdone Dios! ¡Para hacerme creer necesitaba todo su amor!... ¡pero huyendo, dejándome abandonado en mi soledad, en mi rabia, me entrega á Satanás! ¡Mi venganza! ¡Oh, si la cumpliré, terrible, inmensa!... ¡Sidy Atmet al insultarme, al retirarme en la tienda de la reina,

creyó que me satisfaría con un bote de lanza ó un corte de hacha!... ¡Oh, se engañó!... ¡los hombres, los imbéciles se miden de solo á solo! ¡los Tenorios exterminan!... ¡yo exterminaré!

Y tomando la piocha de brillantes, la carta y la pluma, que guardó cual si se tratase de tres reliquias de la escarcela, bajó reposadamente la escalera, haciéndola crujir bajo el peso de su armadura, salió de la alquería, montó á caballo, gritó á sus gentes: «¡á Peña-roja!» y partió.

XXI

En un suntuoso lecho de nogal, entallado y dorado, ennoblecido en su prominente testero por el blason de los Tenorios, bajo un pabellón de damasco carmesí, yacía, ó por mejor decir, moría una mujer.

Junto á aquel lecho, bañando en lágrimas los encajes de los almohadones y arrodillado sobre la alfombra, sollozaba un niño; una dama joven hermosa y conmovida sostenía entre sus brazos á la enferma, y un sacerdote rezaba en voz lenta y grave las preces de la agonía.

Una dueña y cuatro doncellas estaban arrodilladas en el centro de la cámara, y dos atléticos escuderos se apoyaban á ambos lados de la puerta, en su marco de encina.

Los bujías amarillas, colocadas sobre una mesa delante de un Crucifijo, y un velón de plata con los cuatro mecheros encendidos, iluminaban aquella habitación, reflejando de una manera mate y dura en sus proyecciones de piedra, arrancando pálidos destellos de las molduras de algunos retratos de familia, y perdiéndose en una media tinta vaga en el ennegrecido techo de pino, formado por enormes vigas, en que quedaban escasos restos de una ornamentación pintada según el gusto árabe.

Aquella habitación destartada y fría, en la cual penetraba á veces el viento, silbando por entre los mal unidos vidrios y las rajadas maderas que guarnecían y servían de resguardo á sus ajimeces abiertos en tres lados de los muros; aquella habitación, decimos, era el interior de una torre del castillo de Peña-roja, ocupada después de la conquista por la soldadesca del presidio á que había servido de cuartel, y despojada por ella, sin miramiento á las artes, de sus magníficos estucos, en los cuales se había fijado sin duda muchas veces la mirada de molice de ricos y poderosos walies.

Don Geofre Tenorio había arrastrado contra su voluntad á su madre á aquel nido de lechuzas, cuya desnudez había cubierto, ó querido cubrir con retratos de familia, algunos sillones antiguos, restos de la casa de su padre, y una feísima alfombra comprada á una iglesia. A esto llamaba el comendador, con énfasis, la cámara de retiro de su «señora madre».

En vano aquella infeliz mujer, hecha anciana antes de tiempo por el desamor y el trato tiránico de su hijo, le había suplicado que le permitiese permanecer en la corte al lado de la reina. Tenorio necesitaba tener junto á sí un sufrimiento en que embotar lo punzante de su alma, y el de su madre era un sufrimiento intenso, que había hecho triste su juventud, amargando su amor de esposa, y encanecido su rubia y brillante cabellera antes de que llegase la edad en que las pasiones se hielan y se marchita naturalmente la flor de la esperanza.

El aspecto que presentaba aquella estancia pertenecía al género de aquellos que comprimen el alma y la torturan, que la hacen pasar por una horrible escala de impresiones dolorosas y desconocidas, como son terribles y apenadores esos recónditos sufrimientos del corazón que pasa una á una por todas las crueles pruebas del aislamiento, del vacío, de la desesperación.

Allí estaba la más horrible de las desdichas, envuelta en paños de Cambray, bajo reposteros de terciopelo; la agonía de una madre á quien asesina un hijo, y está próxima á dejar abandonado sobre la tierra á un huérfano, cuya tumba abrirá su hermano, como ha abierto la de la madre.

Y sobre todo esto, la aterradora faz de la tisis, de esa enfermedad que no acaba con su víctima sino después de haberla deseado para la muerte; el delirio de la fiebre, lo más lastimoso de la miseria humana; palpitante allí, con su palidez, su locura y su terror; la honda desesperación de la impotencia, las lágrimas del dolor y las preces de la religión; todo esto, que no se concibe bien si no se siente, y cuyo sentimiento no deseamos á fé á nuestros lectores, constituían una de esas pavorosas escenas en que llena el cuadro la figura de un agonizante que oscila entre la vida y la muerte, como una luz que se oscurece y se dilata, falta de pábulo, antes de extinguirse totalmente.

Por mucho tiempo este cuadro sombrío estuvo envuelto en un silencio, que sólo interrumpían la voz del sacerdote, los sollozos de Gastón, la tos seca y convulsiva de doña Inés y los suspiros de conmoción que se exhalaban del corazón de Lind-Arahj.

Medió la noche y escuchóse el prolongado grito de vigilancia de los atalayas del castillo; poco después resonó un «¿quién va?» vigorosamente pronunciado en la plataforma de la torre en donde moría doña Inés, y luego se oyó rechinar el rastrillo y pasar sobre él, retumbando, pisadas de hombres y caballos.

Aquel ruido cesó; volvió á crujir el rastrillo, y Lind-Arahj, separándose del lecho de la enferma, salió de la cámara, ó mejor dicho, de la torre, atravesó una galería y avanzó hacia un hombre que adelantaba por ella.

—Vuestra madre se muere, Geofre—exclamó la joven, cuya voz apenas hacía perceptible el terror.

—Vuesa merced se equivoca, señora—contestó

el que llegaba—; soy el alférez Alfon Gamboa.

La voz del soldado, vinosa y tarda, revelaba á un hombre que acababa de salir de una orgía; de una manera instintiva el terror de Lind-Arahj se dobló al sonido de aquella voz.

—¿No ha vuelto al castillo el comendador?—preguntó á Gamboa.

—El comendador tardará—contestó el alférez, buscando un apoyo en la pared.

—¿Qué tardará, cuando ha entrado en el castillo su bandera!—repuso palideciendo Lind-Arahj—¿En dónde está vuestro capitán?

—¡Oh! ha sido una magnífica fiesta—contestó Gamboa—; tan buena como la mejor de en tiempos del rey don Enrique, cuando yo era paje del asistente Diego de Merlo y andaban á lanzadas el duque de Medinasidonia y el marqués de Cádiz; una hermosa fiesta en que no han faltado ni mujeres, ni vino, ni luminarias. ¡Hermosas luminarias á fel ¡Si, voto á!...

—¡Una fiesta! ¡mujeres! ¡embriaguez!—exclamó con indignación Lind-Arahj—¡Y en tanto su madre se muere!... No, no lo permitiré. Haced que monte á caballo un jinete, y que se avise al comendador... ¿ois?... un jinete á caballo.

—Perdonad, señora; pero yo no os conozco; yo no puedo ir á turbar las ocupaciones de su señoría.

—¿Qué no me conocéis?—exclamó Lind-Arahj—¿Qué, no sabéis respetar, á pesar de vuestra embriaguez, á la esposa de don Geofre Tenorio?

—¡Ah! Hé ahí una noticia que el comendador tenía reservada, sin duda para sorprendernos con una hermosa fiesta.

Lind-Arahj tembló al impulso de un presentimiento inexplicable; la ignorancia de su enlace con Tenorio en un alférez de su bandera era tan extraña, que no podía explicarse la causa; y la hacía temblar.

Recordó entonces que, en el escaso tiempo que hacía estaba en el castillo, ni una sola vez la había llamado doña Inés con el dulce nombre de hija; que al presentarla Tenorio á su madre, había pronunciado con una entonación extraña la palabra «esposa»; que su presencia en el castillo había producido miradas maliciosas, sonrisas mal recatadas y escenas violentas entre la madre y el hijo, de las cuales sólo había llegado el eco hasta ella.

Se había visto además tiranizada por Geofre, relegada al retiro de su cámara, y tratada de la misma manera brutal que una hermosa y joven esclava por un sultán de Oriente.

Lind-Arahj había despertado de su puro é inocente sueño de amores; había vivido diez años en tres días, y la aterraban las palabras de Alfon Gamboa.

—Sea lo que quiera—exclamó—, es preciso que venga el comendador; avisadle; su madre está expirante ¡y llama á su hijo.

—Eso debía suceder, y se esperaba—contestó sesgando la boca y con un horrible cinismo

Gamboa—; pero que vos seáis la esposa del comendador... no puede ser... no ¡voto á cien legiones!

Lind-Arahj lo olvidó todo ante la enérgica negativa del alférez.

—¿Qué no puedo ser yo la esposa del comendador? ¿Qué dice este hombre?

—Digo que, como vos, y tan hermosas, han venido á morar por quince días, ó á lo más por un mes, á la cámara del comendador muchas moriscas que han dicho lo que vos decís.

—¿Creéis que no ha unido un sacerdote mi suerte á la de vuestro amo?—gritó Lind-Arahj con acento terrible.

—¡Y bien!... ¡bien podía ser!... De más le creo capaz... ¡Sería chistosol!... ¡Una verdadera hazaña... digna de él!

—¡Idos! Estáis vergonzosamente embriagado—exclamó Lind-Arahj—, y no debía esperar de vos más que dislates. ¡Digna gente para tal capitán! Y pasó de largo.

—¡Embriagado! —exclamó contestando Gamboa—. Echad la culpa á los vinos del infante Sidy Atmet. ¡Embriagado!... Bien puede ser... ¡Diablo! Sangre y vino... Hay bastante con la mitad para volver loco á un toro.

—¡Sangre y vino en la casa de mi hermano!—contestó volviendo sobre sus pasos Lind-Arahj— ¿Habéis dicho eso?

—Digo—contestó el alférez—, que no se embriagará nadie más en la alquería del Valle.

—¡Explicaos, alférez, explicaos!—exclamó con angustia Lind-Arahj.

—Pues... figuraos que una casa se quema...

—Pero la alquería...

—Ha alumbrado cuatro horas... y luego nada... escombros, pajes y doncellas muertos bajo ellos... y nada más.

—¡Dios mío! ¿y mi hermana?

—¿Y quién es vuestra hermana, señora?

—¡Doña Ana Zegri, imbécil!—exclamó con una pasión indescribible Lind-Arahj.

Pareció obrarse una reacción en el alférez; su embriaguez se esclareció, miró con interés á la jóven y sus rudas facciones se conmovieron.

—¿Sois verdaderamente hermaná de Sidy Atmet?—la dijo.

—Sí, sí, su hermana, caballero, su hermana.

—¿Tenéis algún pariente en estas cercanías?

—Mi hermana, doña Ana Zegri.

—¿Nadie más?

—Nadie.

Gamboa procuró dominar del todo su embriaguez y coordinar sus pensamientos.

—Esta mujer—se dijo—, va á morir; el que ha asesinado á su familia no se detendrá ante su juventud y su abandono... Hagamos una obra buena, ya que tantas malas hemos hecho... Saquémosla de aquí, y quién sabe...

Lind-Arahj respetaba el silencio del alférez, porque comprendió que el pensamiento que le ocupaba era en su favor.

—Voy á sacaros de aquí, señora—la dijo al

fin—; pero con ella me condeno á no volver más al castillo.

—Y teméis perder vuestra soldada, ¿no es verdad?

—¡Diablo! Pues no había pensado en ello—contestó el alférez, rascándose la extremidad de una oreja.

—¡Oh, por eso no tengáis cuidado! ¡Venid, veid conmigo!

Lind-Arahj siguió adelante, y entró en un aposento inmediato, acompañada de Gamboa. Abrió un cofre, y sacó de él una caja de tafílete.

—Esta gargantilla, estas arracadas y este prendido de diamantes son vuestros si me lleváis al momento al castillo de Valor.

Alfon Gamboa, á pesar de su dureza, se estremeció; pero pudo más en él la codicia que la piedad.

—¿Que esto es mío si os llevo al castillo?—exclamó el alférez, cuya sórdida avaricia, excitada por el valor de las joyas, acabó de disipar su embriaguez.

—¡Vuestro es, sí!—contestó Lind Arahj—. Pero pronto; antes de que vuelva ese hombre. ¡Tengo miedo de estar aquí!

—Pues bien, cobijaos en vuestro manto mientras yo enjaezco mi caballo.

Poco tiempo después, Alfon Gamboa se hacía abrir la poterna, y temeroso del comendador, galopaba impulsado por la fatalidad hacia el castillo de Valor, llevando á Lind-Arahj sobre el arzón delantero de su caballo.

Mientras estuvo sobre el camino en que podía encontrar al comendador, Gamboa le apretaba los acicates, y el valiente bruto corría con ardor; pero cuando pasó de la Cruz de los dos caminos, le puso al paso, paso tardo que le permitía anegar á su placer su repugnante mirada en la lánguida hermosura de Lind Arahj.

La luna, elevada á toda su altura brillaba opaca, pálida y nacarada, sobre el pensativo semblante de la jóven, en reflejos mates y azulados; nunca el alférez había contemplado formas tan hermosas, ni abarcado con su membrudo brazo un talle tan reducido, tan redondo, tan elástico. La ansiedad agitaba el seno de la joven, y por su boca entreabierta se exhalaba una respiración entrecortada, ardiente, emanación del estado violento de su alma, pero incitante, lo que bastaba para arrastrar á una infamia á un hombre menos corrompido y brutal que el alférez Gamboa.

Si un movimiento de compasión, resto de un sentimiento humano escondido bajo el cieno de su alma, le había hecho pensar en salvar á aquella desventurada niña, lentamente aquel imso generoso se evaporó; primero la codicia y luego la impureza colocaron al alférez bajo el influjo de sus costumbres soldadescas y desenfrenadas, y libre, en medio de la noche, jinete de un magnífico caballo, árbitro del porvenir de una mujer hermosa y pura, que llevaba consigo un tesoro, se creía el más feliz de los hombres. Aquella felicidad del crimen tenía para

él un nuevo aliciente: robaba una hermosa querida á Tenorio, al hombre que tantas veces se había puesto como un superior entre él y una mujer.

Y es que el poder eterno é inexcrutable, que todo lo rige, llevaba á una expiación terrible al asesino, al ladrón, al impuro, arrastrado por una nueva víctima.

El alferez caminaba sin cesar, pero lentamente, sobre el camino de Valor; entraba por mucho en su feroz pensamiento hacer ver á la desdichada Lind-Arahj las ruinas de su hogar, patentizarla su abandono sobre la tierra, ofrecerse á ella como un salvador, y obligarla, cualquiera fuese el medio, á buscar una protección entre sus brazos.

Lind-Arahj, impaciente, abstraída en pensamientos y terrores fatídicos, pero sin explicación, sin más origen que el extraño diálogo tenido con el alferez en Peña-roja, miraba hacia adelante, ansiaba ver la montaña donde el día anterior se levantaban aún, esbeltas y pintorescas, las torres del castillo de Sidy Atmet.

Apareció por fin la montaña, pero truncada; en el sitio donde antes se levantaba el castillo dominaba un resplandor rojizo y una columna de humo, haciéndola en cierto modo semejante á un cráter, en cuyo fondo arde contenido un volcán.

Lind-Arahj dudó; creyó que aquella no era la montaña de Valor; pero las siluetas cercanas, la villa, los accidentes del terreno, no la permitieron dudar mucho tiempo: sus ojos se fijaron espantados en aquel incendio que se extinguía, devorando su último pábulo, y un frío mortal ahogó los latidos de su corazón y las palabras de su boca.

Alfon Gamboa sintió el estremecimiento de la joven, y ansioso de apurar su terror, para hacer más valadera su protección, aguijó á su caballo y le hizo trepar á la carrera por el áspero camino que se torcía sobre la arista de la montaña.

A medida que el caballo se aproximaba á las ruinas, se hacían más perceptibles sus horribles detalles, sobre los que temblaba el resplandor de una llama impura; escuchábase el crujir de las maderas y los gemidos profundos y débiles de los que espiraban bajo el incendio.

Gamboa puso en fin su caballo en una eminencia que dominaba á las ruinas, y dijo con voz hueca, señalando á Lind-Arahj los escombros:

—Ha arrasado el castillo como arrasó la alquería; nadie queda de los vuestros sino vuestra hermana deshonrada y el señor de Valor, que si no muere en la Axarquía, morirá á manos del comendador.

Lind-Arahj no contestó; tenía fija una mirada inmensa, diáfana, sobrenatural, en aquella hoguera implacable que devoraba los últimos restos del castillo.

De repente se deslizó del arzón; avanzó entre las ruinas pisando escombros y cadáveres,

y saltando y riendo como una niña entregada á la locura de la alegría.

Alfon Gamboa comprendió entonces todo lo horrible de la situación. Lind-Arahj no había podido resistir el aspecto de la destrucción, que le revelaba el destello de su familia, y su razón había cedido su lugar en su cerebro á la locura; reía, pero de una manera más desgarradora cien veces que el llanto y los gritos de la desesperación; avanzaba riendo y danzando, como en un día de fiesta, y avanzaba en derechura al foco del incendio.

El alferez se estremació, más que por el peligro de la joven, por las joyas que llevaba consigo, y se arrojó del caballo, que no podía penetrar en las ruinas.

—¡Esperad, esperad, señoral!—gritaba Gamboa, saltando sobre los escombros—. ¡Vais á perecer: esperad!

Pero Lind-Arahj no le oía; seguía adelante, y se perdió tras el ángulo de un muro que lamían las llamas y estaba próximo á desplomarse.

El alferez forzó su carrera y dobló aquel ángulo; pero el espectáculo que descubrió desde allí le detuvo, dejándole inmóvil y aterrado.

En el fondo de una hoya rugiente é inflamada se revolvía un torbellino de fuego; en sus bordes, como salamandras humanas se agitaban muchos hombres armados, que se ocupaban en revolver los escombros para socorrer á los heridos que gritaban bajo ellos, y ocupados en esta triste tarea, avanzaban hacia el sitio por donde marchaba Lind-Arahj, en la dirección en que él se había detenido; por un momento aquellos hombres, distraídos en su faena, no repararon en la joven ni en el alferez; pero al fin la risa insensata de ella excitó su atención, la rodearon, la reconocieron, y al cabo descubrieron á Gamboa, que se preparaba á huir.

Un alarido terrible se exhaló de todas aquellas bocas, alarido de amenaza; bastante á intimidar á un león cuanto más al alferez, que no era valiente sino cuando se trataba de una traición y estaba bien acompañado.

—¡Un «rummy», un «rummy» asesino!—gritaron en árabe—¡A él, hermanos, á él; la infeliz doncella nos pide venganza! ¡El valiente Aben-Abed nos grita desde allá abajo! ¡Nuestros hijos, nuestros hermanos, nuestras esposas y nuestros padres han sido asesinados! ¡Al fuego con el «rummy»; al fuego con el asesino!

Y se lanzaron á toda su carrera con las espadas desnudas, rodeando el lugar donde se encontraba Gamboa y aullando como lobos furiosos.

El alferez ni aun siquiera desnudó su espada, dominado por el terror; comprendió demasiado bien que no se podía esperar piedad de una gente á quien con tanta inhumanidad habían asesinado á sus familias é incendiado sus hogares, y cayó de rodillas, sin valor siquiera para elevar su alma á Dios.

En un momento todos aquellos hombres fu-

riosos le rodearon; le hirieron cien espadas; se sintió arrastrar, despedazar y empujar hacia la hoguera; gritó, y sus gritos se perdieron en el grito unísono de los moriscos; opuso la resistencia de la inercia, y se sintió lanzado á aquel terrible cráter, en cuyos mugidos creía escuchar palabras de venganza; viósele por un momento torcerse entre las llamas como un repitil que se arroja al fuego, y desaparecer por último bajo el derrumbe de un trozo de muralla.

Como una sola gota de agua calma por un momento la sed más horrible, así aquella gota de venganza refrescó por un instante el alma de los moriscos; y como si el incendio se hubiese satisfecho con una víctima expiatoria, lanzó un rugido salvaje, se torció entre los últimos fragmentos del maderamen, se elevó en una larga espiral, y sólo quedó en las ruinas un lecho de humeante brasa.

Todo había concluido: la venganza de Tenorio estaba satisfecha, pero al espantoso precio de una familia y de un pueblo asesinados, uniéndose á ella como accesorio la muerte de su madre.

En vano buscó el comendador á Ada y á Lind-Arahj: habían desaparecido, y un misterio profundo las ocultaba á sus pesquisas.

Quince días después de aquella noche de muerte, y al mismo tiempo, llegaron á la vista de Válor el infante Sidy Atmet, vencedor de los rebeldes de la Axarquía, y un correo de la reina al castillo de Peña-roja.

Cuando el infante llegó hasta el sitio donde antes estaba su castillo, le miró sombríamente, revolvió su caballo, y acompañado de una escasa comitiva de escuderos, se encaminó á rienda suelta al castillo de Peña-roja: al llegar á la cruz de los dos caminos encontró un lucido escuadrón de lanzas, entre el cual, montado en una mula y desarmado, marchaba preso el comendador don Geofre Tenorio.

De una sola ojeada el infante se convenció de que no podía arrancar el preso á los soldados, y se limitó á avanzar á un lugar desde donde podía ser oído por él.

—¡Alcaide de Peña-roja!—gritó el morisco—¡he sido tan imbécil que, jugando contigo al ajedrez, me he descubierto y has matado mi reina con tu torre; pero tu sangre me pertenece, cobarde, y la cobraré!

Y revolviendo su caballo, se perdió con sus escuderos por una senda del bosque cercano.

Don Geofre Tenorio estuvo preso dos años en una torre de la Alhambra por la reina doña Isabel, á quien se había amparado Ada y contado sus desdichas; pero como no había pruebas legales de aquel horrible crimen, los reyes le soltaron, no sin enviarle desterrado á Válor, como si hubiesen querido poner el remordimiento delante del asesino.

Don Geofre compró un castillejo en las inme-

diaciones, donde se encerró con su hermano Gastón y algunos monteros.

En cuanto al infante Sidy Atmet, Ada y Lind-Arahj, nadie volvió á saber de ellos.

XXII

Gastón no acabó de oír esta historia que le horrorizaba, á pesar de que, como hemos dicho, el ermitaño sólo le había relatado lo que podía saber el infante Sidy Atmet; y nosotros, valiéndonos de nuestro poder de novelistas (si se nos permite llamarnos así), la hemos completado al hacernos cargo de ella con todos los detalles que hemos podido haber á las manos en los apuntes que nos sirven de guía.

Pasaron dos meses desde aquel primer día de primavera tan fecundo en aventuras, y durante ellos Tenorio no dejó pasar velada en que no departiese acerca de sus amores con Margarita; todas ellas, y siempre al mediar la noche, salía del castillo del Diablo á caballo, y atravesaba solo, soñando en sus amores, breñas y desfiladeros hasta llegar á su morada; nunca, ya fuese la noche clara ú oscura, reparaba en un bulto embozado, que asido al freno de un caballo esperaba en la rambla cercana, y cuando Geofre se había alejado ataba las riendas á un espino, trepaba por la montaña, subía al otro lado del tajo, y después de templar cuidadosamente una guitarra, fijaba los ojos anhelantes en un ajimez, iluminado en sus vidrios de colores por una luz en la torre fronteriza, y esforzando su voz para que se pudiese percibir, á pesar del ruido del torrente, entonaba una canción de amores.

Margarita la escuchaba, sabía que aquella voz era la de Gastón, y como una repulsa muda, cerraba las maderas de la ventana, ahogando con esto hasta lo más insensato de las esperanzas del enamorado joven.

El jorobado por su parte sufría y callaba; pero veía con terror acercarse el día en que, según la tradición, debía verificarse el casamiento de Margarita y don Geofre.

Pero nada revelaba en él su sufrimiento: consecuente á su destino de bufón, reía siempre por todo y para todo; se echaba en la alfombra á los pies de los dos amantes, tañía su laúd y cantaba romances á su amor; Margarita le arrojaba un confite y don Geofre un escudo, después de lo cual salía dejándolos solos. Entonces buscaba á Gastón; había un punto de cita para aquellos dos amadores insensatos; aquel punto era la ermita de la Cruz del Llora.

El buen ermitaño sabía sus secretos, les consolaba, y algunas veces, cuando su tristeza se lo permitía, les contaba historias caballerescas, espantables proezas y lances de guerra; pero jamás una historia de amor.



Así pasaron dos meses; ni Gastón ni el cenobita habían vuelto á hablar de la tremenda historia de don Geofre, pero siempre el hombre de Dios aconsejaba al joven que se apartase de unos lugares donde una pasión insensata podía lanzar un horrible crimen entre dos hermanos rivales.

Gastón prometía al ermitaño partir para el ejército de Italia; hablaba de la partida á su hermanó, que escuchaba con un placer sin igual esta resolución; pero cuando llegaba la hora de la marcha, el amor podía más que la prudencia, y Gastón no partía.

Una tarde de las más calurosas de verano; después de la puesta del sol, Gastón y el cenobita estaban sentados al pie de la Cruz del Lloro: ni una hoja de los árboles se movía, ni se escuchaba otro ruido que el de la corriente de un arroyo y el revolver de los pájaros que se tornaban á su nido.

Gastón, abismado profundamente en el pensamiento de su amor, apoyaba la frente en sus manos, y el ermitaño parecía inquieto, entregado á una lucha poderosa que le hacía levantarse de repente, pasear agitado y murmurar palabras rápidas, vagas, aisladas, vacías de sentido; de vez en cuando se paraba, miraba por un instante la entrada de un sendero, y volvía á sentarse al pie de la Cruz ó á seguir su paseo.

Una de aquellas veces parecía percibir pasos lejanos: dobló su atención y aseguróse de que alguien avanzaba por el sendero; poco después apareció en él un hombre con traje de montería, y se paró cuando pudo ser visto por el ermitaño.

Este le hizo una seña, y el montero volvió á ocultarse entre los breñales.

El cenobita observó si Gastón había reparado en la llegada de aquel hombre, le vió entregado á su pensamiento, y partió apresuradamente hacia las cercanas quebraduras.

Allí esperaba el montero.

El ermitaño se despojó entonces de su máscara y dejó ver un semblante noble y hermoso, pero pálido, como si toda la sangre de sus venas hubiese sido chupada por un vampiro.

—¿Quiere Dios que sepa al fin el paradero de la «señora?»

—No, no señor—contestó el montero, que tenía su gorra en la mano—; en estos dos meses hemos recorrido toda la Andalucía y Castilla; hemos preguntado en todos los conventos, hemos ofrecido oro... nada sabemos, señor.

—¿Y ellos?

—La madre no mejora; el hijo sigue bien, es hermosísimo, pero cada día se parece más á su padre.

Condensóse hasta la lividez lo pálido del ermitaño.

—Si no traes más nuevas que esas—dijo al montero—, ¿á qué has venido?

—Don Geofre Tenorio, por cumplir la voluntad de Margarita, se casa esta noche con ella.

—¡Se casa!

—Pero no encuentra un sacerdote.

—¿Qué, ha exterminado Dios á los ministros cristianos?

—En Valor hay un convento de capuchinos, tres en Motril, dos en Almuñécar; pueden contarse hasta dos mil frailes en las Alpujarras.

—¡Sabrán la historia de ese hombre y serán justos y buenos!

—Margarita se ha obstinado en casarse en el castillo del Diablo.

—¡Y no hay ninguno que se sobreponga á supersticiones de mujeres y de locos!...

—Ninguno; pero el comendador ha sabido que vuestra señoría habita en la Cruz del Lloro...

—¡Cómo! ¿Ha sabido que yo existo?—exclamó el ermitaño, cuyo semblante se iluminó con un febril colorido.

—Sabe que, retirado del mundo y cerca del castillo maldito, vive un sacerdote penitente.

—¿De modo que piensa en que yo le case?

—Sí, señor.

—¿Y quién ha dado noticias mías á ese hombre?

—Su hermano don Gastón.

—¡Dios lo quiere!—exclamó el ermitaño, levantando los ojos al cielo—Y pues así está decretado, ¡cúmplase su voluntad!

—Llegó á mi noticia por uno de los escuderos del castillo, y creído que debía...

—Has hecho bien, Hernando... vete.

—¿Y no tiene su señoría nada que mandarme? Quedóse un tanto pensativo el ermitaño.

—¡Aún no es hora!—dijo; pero instantáneamente añadió—: Por lo que pueda ocurrir un caballo y doce hombres montados contigo en la rambla de Cádiz. Si necesitas dinero, espera.

—Aún tenemos los mil castellanos de oro que están enterrados...

—Bien, bien; á eso no hay que tocar... vuelve esta noche á la ermita.

Aquel singular personaje tornó á ponerse su máscara de hierro, y á un mismo tiempo el montero se alejó por los breñales, y el ermitaño se encaminó á la Cruz.

Empezaba á obscurecer, y Gastón permanecía aún abismado en sus pensamientos. El cenobita le tocó suavemente en el hombro.

—Cada día crece vuestra tristeza, Gastón—le dijo con dulzura—; es necesario, hijo mío, que os sobrepongáis á todo; ¿habéis pensado bien lo que vale una mujer?

—En asuntos de amor, el corazón no piensa, siente.

—En buen hora; pero cuando ese sentimiento está aislado en sí mismo, cuando no se le comprende, ó si se le comprende se desprecia por el ser que le inspira, debemos...

—Debemos morir.

—¿Habéis pensado bien que sois cristiano, hijo mío?

—Estoy solo sobre la tierra, señor.

—Tenéis un hermano...

—Ese hermano no me ama.

—Pero vos no seréis tan insensato que...

Detúvose el ermitaño.

—¿Qué?—exclamó Gastón.

—Que queráis oponeros á la voluntad de vuestro hermano.

—¿Es decir, que Geofre se casa?—exclamó levantándose y palideciendo el joven.

—No, no he dicho tanto; pero eso naturalmente debe suceder; doña Margarita de Vargas y Venegas es noble, joven, hermosa y rica; ama á vuestro hermano y...

—¿Qué queréis significarme, señor?

—Que como vos también la amáis, debéis poner entre vuestro amor y ella el tiempo y la distancia. Creedme; partid, hijo mío, partid. Si no tenéis dinero, yo os la daré.

Coloreáronse las mejillas del joven.

—Tened presente que os he adoptado por hijo; que no tenéis padre; que vuestro hermano no se cuida de vos. A más de eso, os daré letras... de un amigo mío para el gran Gonzalo de Córdoba, y si queréis podéis partir esta misma noche: decidíos, y os indicaré el sitio donde encontraréis un caballo y doce hombres armados, con los cuales y con vuestro valor podéis hacer bizarramente vuestra primer campaña.

—Quien quiera que seáis, santo y noble amigo, que me habéis dado consuelo y consejos, yo os agradezco cuanto por mí hacéis; pero conozco que no puedo separarme de estos sitios: hay una fuerza poderosa que me enclava en ellos, y á la cual no puedo resistir.

El ermitaño miraba fijamente el noble y hermoso semblante del joven, entristecido por la expresión de un dolor recóndito y tenaz, y á haber podido levantar su inflexible máscara, se hubieran visto dos lágrimas rodando lentamente por sus mejillas.

—Nada conseguiré—dijo para sí—. He hecho todo lo que he podido, y más de lo que debo, por salvarle; ahora, que le socorra Dios.

Un ronco y prolongado ladrido interrumpió el pensamiento del ermitaño.

—¡Alvar! ¡Es Alvar!—dijo Gastón.

Apenas había acabado de decir estas palabras, cuando por la loma cercana apareció el bufón, trotando, asido á la piel de su perro.

—¡El comendador llega!—exclamó desde el momento en que pudo ser oído—¡Viene á buscaros, padre mío!

—Ya lo oís, Gastón; vuestro hermano se acerca—dijo el ermitaño—; no queráis que acontezca en mi presencia una escena desagradable.

—Viene á llevaros al castillo del Diablo.

—¡Quién sabe!...

—A que le caséis...

—Bien puede ser.

Gastón meditó un momento, se nubló su frente y dijo al fin al cenobita:

—Tenéis razón; yo no debo esperar á mi hermano. Adiós.

Y partió sin dirección fija.

—Seguidle, Alvar, seguidle—exclamó el ermitaño, volviéndose al sitio donde antes estaba el enano; pero éste había también desaparecido.

En cambio, un caballero bajaba, al paso de su caballo, la loma cercana; era ya de noche, y el ermitaño entró en su aposento y encendió luz.

Entretanto, el jinete llegó á la puerta, desmontó y entró sin descubrirse.

Era don Geofre Tenorio.

—Guárdeos Dios, fraile—dijo, mirando de alto á bajo al ermitaño, que no contestó.

Parecía dominado por una atonía profunda; sus miradas estaban fijas, á través de la máscara, en el semblante del comendador, y la mano, con que sostenía una lamparilla de hierro, temblaba visiblemente.

—¿Qué me queréis?—dijo después de un momento de silencio con la voz alterada por una conmoción profunda.

—¿Sois sacerdote?

—El hábito que visto, la morada en que me encuentro y el humilde templo cercano, dicen por sí mismos que, además de anacoreta y penitente, he recibido la sagrada orden del sacerdocio.

—Podíais muy bien ser uno de esos holgazanes que cuidan de buscar un desierto cercano ó poblado, para estar al alcance de la caridad mundana, y que más que á Dios pertenecen al diablo.

—Soy sacerdote, caballero—contestó con dignidad el ermitaño.

—¿Y cómo os llamáis?

—Perdonadme; pero por penitencia y por voto estoy obligado á ocultar mi nombre con el silencio, como oculto bajo esta máscara mi semblante.

—¡Gran pecador habréis sido!

—Mucho he pecado; mucho me han hecho pecar los hombres.

—Y decidme: si yo os buscara para celebrar un matrimonio...

—¿No tenéis capellán, caballero? Sin embargo, parecéis noble y rico.

—Mi capellán es un imbécil, y mi novia una hermosa tirana que se ha empeñado en casarse en su castillo del Diablo, y no en otra parte; mi clérigo teme al demonio, y como él todos los frailes y curas de las Alpujarras. Si vos tenéis miedo también á lo endiablado de la casa de doña Margarita, haré que uno de mis criados se tonsure, vestirá de monagos á mis pajes, y después de hecha la ceremonia iré á comprar su firma para el testimonio á un padre grave, que de seguro tendrá menos miedo al dinero que al diablo.

—Antes de que cometáis ese sacrilegio, os casaré, caballero, os casaré.

—Sin duda debéis haber sido soldado.

—He sido capitán por mi desdicha, caballero.

—¡Capitán de España!

—Sí, bajo las banderas de los Reyes Católicos.

—Me alegro, pues de ese modo brindaréis á la hermosura de mi novia después que la hayáis hecho mi esposa.

—Os casaré, caballero, y volveré á mi penitencia.

—¡Cómo! ¿No os descubriréis el rostro?

—Ni mi rostro ni mi nombre.

—No sé cómo podréis entonces autorizar el matrimonio.

—Signaré la partida, poniendo bajo ella:

«El ermitaño de la Cruz del Lloro.»

—¡Magnífico nombre, con que podré acreditar sin duda que un hijo mío es legítimo cuando haya necesidad de bautizarle!

—El guardián de San Francisco en Cádiar testificará bajo su firma y sello, sólo al ver mi escritura, que soy un religioso de su orden, á quien el vicario de Cristo permite vivir en la soledad y en la penitencia.

—De ese modo sea.

El ermitaño guardó silencio.

—Esta noche, es decir, dentro de una hora, mis escuderos y mis servidores vendrán á buscaros y os conducirán.

—Excusadles ese trabajo, caballero—contestó el ermitaño—; las breñas me conocen; la obscuridad no me espanta; yo iré solo.

—Sea como queráis—dijo don Geofre, mostrándole un bolsillo como en señal de despedida.

—Tengo hecho voto de no recibir limosna—dijo con un tanto de paltanería el ermitaño.

—En ese caso, mejor; no puedo negar que tengo buena suerte; busco un fraile, y encuentro un santo; mi casamiento debe, pues, ser afortunado. Ved que obscurece y que dentro de una hora os esperamos.

Y sin decir más, guardó el bolsillo en su escarcela, salió de la ermita, montó á caballo y partió.

XXIII

Al pié del castillo, cerca de su poterna y parado en medio del sendero que á él conducía, estaba un bulto informe poco después de haber concluido la escena que hemos marcado en el anterior capítulo.

Este bulto esperaba impaciente, y de tiempo en tiempo se volvía á mirar á una ventana iluminada en el interior, en la cual había una

sombra de mujer, que por la tenacidad con que permanecía en ella, á pesar de ser la noche oscura y triste, debía esperar también.

Oyéronse al fin pisadas de caballos sobre el sendero, que se acercaron, dejando ver un jinete.

Refrenó éste un tanto su caballo al reparar en el bulto plantado en medio del camino, y pronunció un «¿quién va?» enérgico.

El preguntado no contestó, sino que se deslizó á lo largo del muro en dirección á una pequeña plataforma sobre el tajo.

Por un momento detúvose indeciso el jinete; pero al fin avanzó en la dirección que había tomado el bulto, dejando la de la puerta del castillo.

La sombra siguió rápidamente y dobló el ángulo de una torre; el jinete desmontó, arrojó las riendas sobre el cuello de su caballo, que permaneció inmóvil, y siguió el mismo camino que el que escapaba.

Pero al desembocar por la vuelta de la muralla, le encontró de pie junto á sí.

—¿Quién va?—repitió el jinete.

—Vuestro hermano, don Gastón Tenorio, comendador—contestó el bulto.

—¿Qué significa esto?

—Esto significa que os vais á casar.

—Si no tenéis otra cosa que decirme, podéis haber excusado á decírmelo en este sitio.

—Sí; tengo que deciros otra cosa, hermano.

—¡Ah! Sin duda vendréis á quejaros porque no os he convidado; ¿qué queréis? creí ahorraros con ello un pesar.

—¿Es decir, que conocéis mi amor á Margarita?

—Lo que conozco, niño, es que sois un insensato.

—¿Y si yo os suplicase que no os casáseis?

—¡Por Belcebú, que nunca os he creído tan necio! Idos, Gastón, si verdaderamente estáis enamorado; partid de aquí; os daré dinero y servidumbre y os mantendré en la corte ó en la guerra.

—Sabed que antes de ahora no he aceptado ese ofrecimiento de otro hombre que me lo hacía de una manera más desinteresada que vos.

—¿Es decir, que venís á mí con la extraña pretensión de que yo os ceda la dama?

—No exijo de vos más de lo que vos exigiríais de mí: los dos amamos á esa mujer; los dos necesitamos para poder vivir saber que otro hombre no la posee; si vos llegáis á ser su dueño, yo muero, como moriríais vos, si la amáis cual yo la amo, al verla en poder de otro. Pues bien; no es la vida lo que os pido, sino que me desgarréis mi alma con los celos de verla en brazos que no son los míos; lo que os pido es que, pues sois mi hermano, partáis conmigo vuestro dolor y no me aseiméis para ser feliz.

Geofre escuchó un tanto á Gastón, y luego le dijo con voz reconcentrada:

—¿Y haríais lo que me pedís, si os amase Margarita?

—Sí—exclamó con firmeza el joven.

—Pues cabalmente, porque lo haríais vos, creo que no debo hacerlo yo; creedme, Gastón—añadió tomándole con cariño una mano—; partid; sois muy joven: nuevas impresiones os curarán de ese amor que ella no ha alentado; sabe Dios cuánto me pesa no haber usado antes de este momento de mis fueros de hermano mayor, para haberos enviado á los reyes nuestros señores; habéis abierto los ojos á la razón, apartado del mundo, encerrado, cuando vivía nuestra madre, en un castillo, y desde su muerte, en mi prisión de la Alhambra; después hemos venido aquí, y no habéis visto más que campesinas salvajes; he ahí por qué Margarita os enloquece...

—Vos habéis conocido y poseído muchas nobles y hermosas damas, y sin embargo la adoráis.

—¿Con que me exigís formalmente que renuncie á ese enlace?

—Os lo pido, os lo suplico.

—¿Y si yo os dijera que he tenido demasiada paciencia en dar oídos ni por un solo momento á esa locura?

—Os recordaría la terrible noche en que, muriendo mi madre, os encargó que no me hiéserais desventurado.

—Lo que significa que, para cumplir la voluntad de aquella buena mujer, debo yo sujetarme á vuestros caprichos.

—Es que se trata de una pasión, don Geofre—contestó con acento incisivo Gastón.

—¡Observo que me llamáis don Geofre, caballero!

—Os llamo así desde el momento en que no os reconozco como hermano.

—¡Ira de Dios! esto ya es demasiado. Idos Gastón, idos, y no tentéis á Satanás.

—La amenaza cuadra mal en vos, que según vuestra costumbre, herís antes de amenazar.

—¿Qué queréis decir con ese acento misterioso, niño?

—Quiero decir que quien sin amago, sin reto, abusando de la noble confianza de un caballero, arrasó su hogar, deshonoró á su esposa y abandonó á su hermana, que es su legítima y verdadera esposa ante Dios, no debe amenazar sino herir.

La atonía había enmudecido á don Geofre.

—No os comprendo bien—dijo al fin con estupor—; habéis hablado de deshonras, de esposas...

—Sí, de la deshonra de Ada, del abandono de Lind-Arahj...

Don Geofre no le dejó concluir; le asió de un brazo y le atrajo á sí con furor.

—¿Sabéis?... ¿Habéis sido tan insensato?..

La cólera entorpecía las palabras del comendador.

—Os he suplicado—contestó Gastón—, antes de

usar mi poder; os he suplicado mientras podía llamarnos mi hermano; pero ahora, caballero...

—¿Ahora, qué?

—Os amenazo á mi vez.

—¿Que me amenazáis? ¿Estáis loco, Gastón?

—Estoy desesperado lo bastante para, si no partís conmigo, revelar á Margarita la historia de Sidy Atmet...

—¡Ahora mismo—exclamó don Geofre, pretendiendo arrastrar á su hermano—; vais á seguirme! ¡Esta misma noche partiréis escoltado para Granada!

—Soy noble y ahijado de la reina, ¿lo entendéis, comendador? Las leyes me librarán de vuestra violencia, ¡y casaos en tanto en buen hora! ¡Yo la buscaré!... ¡Yo buscaré á Lind-Arahj, y la arrojaré entre vos y Margarita! ¡Oh! ¡Y me vengaré de ella, de vos!

—Parece que habéis tomado por empresa—dijo con voz lúgubre Tenorio—, el que se fije en mí un horrible pensamiento; en que la locura ó el infierno cieguen mi alma, y... huid, huid, Gastón; libradme de vos, de mí mismo, huid, yo os lo aconsejo, yo os lo suplico.

—¡Huir! No, no—exclamó Gastón, cuya vista estaba fija en la poterna del castillo, que acababa de abrirse—, mirad, Margarita os ha visto desaparecer en la sombra con un hombre, y os ama tanto, que os busca.

En efecto, se veían al reflejo de una antorcha, algunos criados, entre los cuales se destacaba una forma blanca.

—¡Gastón! ¡Gastón! ¡hermano mío!—exclamó Geofre—, huid; aún es tiempo; cubrios con vuestra capa, y yo procuraré que no os reconozcan.

—No huiré, don Geofre; y pues ella se cuida tanto de vuestra vida, bueno será que os vea en compañía de vuestro hermano.

Oyóse entonces la voz sonora de Margarita, que adelantaba y llamaba con ansiedad á don Geofre.

Gastón se avanzó hacia aquella forma blanca que subía como una fatalidad el sendero que terminaba en el borde del tajo, donde estaban Geofre y Gastón.

—¡No pasaréis de aquí, insensato!—exclamó el comendador asiendo á su hermano.

—¡Margarita!—gritó Gastón.

—¡Callad, callad!—exclamó con agonía don Geofre, poniendo su mano sobre la boca de Gastón.

Pero el joven forcejeaba con su hermano, loco, furioso, irritado por los celos, y su amor; don Geofre comprendió que si llegaba Margarita, Gastón no se contendría; poseído por el vértigo, del miedo, no vió ya en el joven un hermano, sino un insensato que nada respetaba; un enamorado furioso que podía hacer oír á Margarita horribles secretos que él no había podido olvidar, y que se reproducían sangrientos y amenazadores en cada uno de sus sueños; el miedo inspiró á su alma un pensamiento horrible; y estrechó convulsivamente á Gastón entre sus

membrudos brazos, espantado de aquel pensamiento.

Margarita adelantaba, buscando entre la obscuridad á Geofre, y Gastón mordía la mano que le impedía gritar.

A medida que ella se acercaba, el comendador retrocedía, arrastrando consigo á su hermano, y al fin llegó á un sitio donde no había más allá; una enorme torre avanzaba sobre el saliente de una roca cortada á una altura horrible sobre el torrente, y á su borde, tocando ya el abismo, se replagó Tenorio con su hermano.

—¿Me juráis callar, Gastón?—exclamó el comendador con acento reconcentrado.

—¡No, no!—contestó el joven con una voz sofocada por la mano de don Geofre.

Resonó ya más cerca la voz de Margarita; las antorchas de los criados lanzaban sus rojos y móviles destellos sobre las rocas inmediatas, y olvidado del abismo de una manera fatal, Tenorio retrocedió aún; faltó apoyo á su pié y cayó por la cortadura abrazado á Gastón.

Un grito supremo, un doble y prolongado grito de muerte rasgó el espacio y fué á herir los oídos de Margarita, y los de su acompañamiento; tras este grito se escuchó otro; pero más profundo, más lúgubre; luego el sordo ruido de un objeto que rebotaba sobre las rocas, y después nada... nada más que el zumbar del torrente, que se revolvía mugiendo en el fondo de la cortadura.

Un renco ladrido rompió este silencio horrible; aparecieron de repente por entre las rocas el enano y su perro; y luego Margarita y sus criados, que se avanzaron al borde del tajo.

En él, asido por el vuelo de su veste á un espino, ensangrentándose las manos en las rocas, con los ojos desecados, la boca entreabierta y el semblante lívido, estaba un hombre suspendido sobre el abismo, luchando de una manera impotente por ganar el borde de la roca, mientras con el peso de su cuerpo se desgarraban los vestidos que le retenían en el espino.

Aquel hombre era don Geofre; aquel hombre estaba solo.

Margarita no pronunció una sola palabra; atorróse ante aquel horrible espectáculo, y permaneció muda, inmóvil, con el semblante desecado, extendidos los brazos hacia su amante inclinada sobre el abismo y fijos los ojos con una atonía mortal en los de Tenorio.

Alvar, el noble y generoso bufón, vió el terror y el peligro de su señora, arrojó una mirada indescribible á don Geofre, y exclamó dirigiéndose á su perro:

—¡Leal! ¡Leal! ¡avanza, amigo mío, avanza! ¡Sálvate, sálvate, y no te haré correr más por la montaña! ¡Avanza, Leal, avanza!

Y el gigantesco perro se acercó al borde, avanzó sobre el espino, tendiéndose sobre él, inclinó la cabeza, alcanzó con un violento esfuerzo las ropas de Tenorio, atravesó en ellas sus col-

millos, se apoyó en sus patas, y ayudado por Alvar, que tiraba de sus lanas, puso sobre el borde al comendador.

Apenas éste se sintió en terreno firme, se puso en pie; su traje estaba desgarrado y cubierto de sangre sobre su pecho; destrozados sus guantes y heridas sus manos; la expresión de terror de su semblante había desaparecido con el peligro, y altivo, poderoso, dominando con el feroz temple de su alma lo horrible de la situación, sacó un pasado bolsillo de su escarcela y le arrojó á los piés del enano.

Alvar reparó entonces que del puñal del comendador no quedaba en su cintura más que la vaina y arrojó el bolsillo al torrente.

Una hora después, el ermitaño de la cruz del Lloro, salía del castillo del Diablo; había dado la bendición nupcial al comendador don Geofre Tenorio y á la alta y poderosa señora doña Margarita de Vargas y Venegas, y descendía solo y á paso precipitado por el sendero que conducía del castillo á la llanura.

Al llegar á su pie torció en dirección al torrente, costeó su borde izquierdo, se aventuró en las breñas y avanzó anhelante; al llegar al punto situado bajo del castillo, hirió sus ojos el reflejo de una linterna, y vió á su luz tres objetos; acercóse, y aquellos objetos se detallaron: eran Gastón muerto y horriblemente mutilado; el enano, que cavaba una sepultura en la arena, y el valiente «Leal» que, tendido entre su dueño y el cadáver, miraba con una expresión de inteligencia, rara el dolor de su amo.

—La tradición se ha cumplido—exclamó con voz profunda el ermitaño—. Don Geofre ha consumado su último y más horrible crimen, y Margarita es su esposa.

—¡Tres puñaladas!—exclamó el enano saltando de la hoya y alumbrando el pecho del joven.

Después de esto, volvió á su faena, y ninguno de aquellos dos personajes pronunció una sola palabra.

La sepultura se había construido en un alto, donde jamás llegaban las aguas del torrente; y al amanecer el día inmediato apareció una cruz tosca, formada por dos ramas enlazadas con juncos, coronando aquella eminencia.

XXIV

Nadie sospechó en el castillo el horrible crimen de don Geofre; se habían creído sin dificultad sus palabras; estaban las montañas tan infestadas de moneros-bandidos que cuando no podían robar la caza en los cotos acometían á las gentes ricas para hacerlas cautivas y exigir por su libertad un enorme rescate, que nadie dudó que fuese uno de aquellos miserables el

hombre que el puñal de don Geofre había lanzado al torrente.

Los moradores del castillo vieron, sí, la cruz de la sepultura de Gastón; pero atribuyóse este piadoso cuidado á los camaradas del bandido, y nadie pensó en arrancar su secreto, á aquella tumba solitaria.

Alvar, aunque lo sabía, le había sepultado con todos sus dolores en el fondo de su alma, y seguía cantando y diciendo chistes á los pies de los esposos, como siempre, con su apariencia alegre y su dicción descuidada, fácil y festiva.

Don Geofre había procurado en vano sobreponerse á su conciencia, en la que gritaba incessantemente la sangre de su hermano; quería refugiarse en sus recuerdos, y de entre ellos brotaba la sombra de su madre pidiéndole su hijo querido; procuraba ahogar en su imaginación á aquel fantasma, envolviéndole en otros pensamientos, y no había uno de ellos que no le reprodujese la memoria de una mujer deshonrada ó de un infeliz asesinado. Recurría á la oración, y la oración huía de sus labios y de su alma; creía aliviar su horrorosa situación abandonando los negros techos del castillo del Diablo, y por donde quiera creía escuchar en los innumerables ruidos de la naturaleza las palabras que Dios pronunció tronando en los oídos del primer fraticida: «Cain! ¿qué has hecho de tu hermano Abel?» Huía despavorido á guarecerse de sus remordimientos entre los brazos de Margarita, y en medio de sus caricias, de sus trasportes de mujer enamorada, se cruzaba para Tenorio la imagen de su hermano Gastón, ensangrentada, pálida, celosa. Dormíase fatigado por la vigilia, y el remordimiento llenaba de espantosas expiaciones sus sueños; tuvo horror de sí mismo, llegó á horrorizarse Margarita, causa inocente de su crimen, y temió su presencia, porque cual si la mano de Dios la hubiese legado parte del castigo del crimen, le preguntaba cada día:

—¿Qué se ha hecho de vuestro noble hermano don Gastón?

El comendador fingía haber recibido nuevas suyas del ejército de Italia, y esquivando al entrar en más detalles, huía de ella.

Llegó á perder su amor; y su hastío, su taciturnidad, la ferocidad de su carácter, fueron desarrollándose lentamente hasta hacerse insoportables á Margarita.

—Vuestro hermano me hubiera amado más—exclamó un día llorando la joven.

Don Geofre no pudo contenerse; promovió una escandalosa reyerta; injurió y maltrató á su esposa, y dejándola desmayada, salió jurando no volver más á aquella morada maldita.

En efecto, don Geofre no tornó. Viosele por última vez vestirse la armadura, enjaezar su caballo por sí mismo y partir como alma que lleva el diablo.

Nunca el hombre recuerda más á Dios que cuando es desgraciado, ni ha existido ni puede existir impío que no reconozca al fin su poder por la magnitud con que pesa sobre su conciencia á la hora del crimen.

Don Geofre creyó, pero creyó como cree Satanás: blasfemando y sin esperanza; creyó pronunciando las desesperadas palabras de Cain.

«Mi culpa es muy grande para merecer el perdón... todo el que me hallare me matará».

Acordóse entonces del ermitaño de la Cruz del Lloro.

—Aquel hombre—se dijo—, cuando tan dura penitencia se ha impuesto, debe ser un gran criminal.

Y arrastrado por una extraña simpatía de crimen, encaminó su caballo á la ermita.

Llegó y la encontró abandonada, el santuario profanado, abierto el techo y ennegrecidas las paredes por el tacto del humo de las hogueras del vagabundo ó del bandido que se acogían por una noche á aquel pobre asilo para no volver más; la cruz había sido arrancada de su sitio, y por acaso quedaba algún resto despojo del fuego en el interior.

—Aun este último asilo se me cierra—exclamó don Geofre, levantando con desesperación los ojos al cielo—; parece que todo se vuelve en contra mía y que estoy maldito de Dios. ¡Pues bien, caminaré á la ventura, ya que no puedo huir de mí mismo; será lo que pueda ser; si lo primero que encuentre al paso es un convento, monje; si un castillo, me haré matar!

Volvió á montar, apretó los acicates al caballo, abandonó las bridas y el animal partió por donde quiso.

Mientras galopó dentro de la jurisdicción del castillo del Diablo, no encontró sobre su camino ni un pueblo, ni una choza, ni una ermita; la vegetación natural y vigorosa no daba señales de haber sido impulsada por las manos de los hombres; selvas espesas, valles profundos cubiertos de espinos, nopales y ortigas; torrentes que se precipitaban entre rocas, y ásperas crestas, sobre las que jamás parecía haber cruzado una senda marcada por plantas humanas.

El sol acababa de aparecer en el horizonte; habían pasado seis meses desde el casamiento de Tenorio y Margarita, y era uno de los primeros días de Octubre; los dorados rayos de aquel magnífico astro se abrían paso por entre los amarillos festones de los árboles, y un viento frío y pesado arrastraba en largas ráfagas, silbando entre los troncos, las hojas marchitas á quienes el estío había robado su verde primavera, para entregarlas sin vida al otoño, que debía diseminarlas sobre la tierra para que sirvieran de lecho á las escarchas del invierno.

Pero un momento el gastado corazón de don Geofre se dilató ante el espectáculo de la naturaleza, que se despojaba lentamente y una á una de sus ajadas galas, como el corazón árido

y triste que ha apurado todas las fuertes sensaciones de la vida y entra desnudo de ilusiones en la fría y descarnada vejez.

Aquel espectáculo tenía lenguaje, y un lenguaje elocuente para don Geofre; su corazón había pasado por todas las impresiones más fuertes de la vida; había gozado todos sus placeres; el amor, la guerra, el mundo, se habían rendido durante mucho tiempo á sus pies; el huracán de sus pasiones había derrocado muchas virtudes, muchas flaquezas; el abrasador recuerdo del crimen quemaba su frente; el lugar de las ilusiones había quedado vacío en su corazón, y aquel vacío se había llenado lentamente, hasta rebosar, con el agudo y tenaz dolor del remordimiento; para él, como para la naturaleza el sol de los espacios, el astro de la esperanza no alumbraba sino de una manera triste, débil, fría; alguna vez creyó que como los prados y los árboles, después de un crudo invierno, volverían á mostrarse verdes y frondosos, su alma, después de una expiación terrible, encontraría abierta otra vida imperecedera y tranquila.

Pero estos destellos de fe pasaban en su alma con la misma rapidez que pasa un relámpago entre las tinieblas de una noche de tempestad; después de pensar un momento en Dios, volvía la blasfemia á sus labios y aguijaba al corcel ansiosa de acabar aquel su último viaje, llegando á un término cualquiera de partida.

Para él no existía nada, y estaba resuelto á hacerse matar si no encontraba un asilo donde ocultarse de sí mismo ocultándose á los hombres.

Cada vez que este pensamiento ardía en su cerebro, recordaba la máscara de hierro del ermitaño de la Cruz del Lloro.

—Aquel debía ser un gran criminal—repetía—; yo le buscaré, y si no ha muerto, le encontraré.

Al cabo de dos horas de marcha violenta, encontró un camino delante de sí que atravesaba una tierra cultivada; las colinas inmediatas estaban cubiertas de viñedos y salpicadas de casas, y allá al lejos, á media legua de distancia, sobre una de ellas, se levantaba una población pintoresca.

Al mismo tiempo, la vista de don Geofre distinguió un castillo en una altura, y un monasterio en la vertiente; en un punto hirió su oído el son de una campana que tocaba á misa, y el lejano clamor de una trompeta que exhalaba un toque de llamada.

—¡Muerte y penitencia á la par!—exclamó don Geofre—. Pues bien; probemos por la primera vez la ayuda de Dios; vamos al convento; si la religión nos rechaza, embestiremos al castillo.

El comendador aguijó, y en pocos minutos llegó á la portería del convento, que era de franciscanos, y pertenecía á Cádiar.

Al acercarse á la población, don Geofre la reconoció, y recordó que el ermitaño de la máscara de hierro le había dicho que el guardián

de aquel convento autorizaría su partida de desposorios apenas viese su escritura. En efecto, había enviado á uno de sus escuderos con la partida, y aquel mismo día había vuelto con una certificación en regla del guardián, que se firmaba fray Pedro de los Dolores.

Por este nombre, pues, preguntó Tenorio desde lo alto de los arzones al portero, rollizo fraile que se apresuró á contestar con gran servilismo á aquel caballero que montaba un hermoso caballo, aunque un tanto sudoroso, que ceñía un arnés embutido de arabescos de oro, y mostraba sobre él un manto y una cruz de Santiago.

—El reverendo guardián nuestro padre—dijo con solicitud—, tendrá á grande honra el ver á vuestra señoría. Ha estado mucho tiempo enfermo, y nadie durante su dolencia ha entrado en su celda, sino su médico y su confesor; pero ayer bajó ya al coro, y dentro de algunos días volverá al desierto á cumplir un voto penitente.

—¿Ha sido gran pecador, según eso, vuestro guardián?

—Dios me libre de pensar mal de mi superior—contestó el fraile—; seis años hace que entró en el convento, y dos que es nuestro guardián, y en todo ese tiempo nada hemos visto en él que no sea digno de un santo. Dígame su señoría, si le place, su nombre.

—Manifestad á vuestro guardián, fraile, que el comendador don Geofre Tenorio desea hablarle en penitencia.

El donado se santiguó con el pensamiento al escuchar aquel nombre, que se había hecho terrible en la comarca, y partió.

Volví poco tiempo después acompañado de otro fraile, que trascendía á morisco y á soldado desde una legua por su semblante, que era un verdadero tipo africano, y por su manera arrogante y marcial que rebosaba de él, á pesar del tosco buriel de su túnica franciscana.

—¿Sois el comendador don Geofre Tenorio?—dijo aquel fraile con acento duro y breve.

—Yo soy—contestó con altivez el comendador.

—¿Buscáis al guardián de esta casa, fray Pedro de los Dolores?

—Sí.

—Seguidme, caballero.

Don Geofre desmontó, atravesó un átrio, un pórtico y un claustro, siguiendo al segundo fraile, que le hizo esperar á la puerta de una celda durante algún tiempo.

—Entrad—dijo al fin, saliendo y cerrando tras sí la puerta cuando hubo entrado don Geofre.

Este notó que aquella puerta se cerraba con llave; pero resuelto á todo, adelantó en la celda hacia una mesa, detrás de la cual estaba sentado un hombre enteramente envuelto en un ropón azul y cubierta la cabeza con un capuz.

—¿Os han dicho que un gran criminal desea hablaros en penitencia?—dijo Tenorio ensayando por la primera vez un acento de humildad.

—Me han dicho que don Geofre Tenorio es—

taba á las puertas de esta casa, que es una casa de Dios, y me he maravillado de que tanta iniquidad haya encontrado al fin un camino de salvación.

—¡Qué!—exclamó ruborizándose de orgullo Tenorio—¿ha llegado hasta aquí la noticia de mis faltas?

—¿Hay acaso en las Alpujarras alguien que ignore vuestros crímenes? ¿No humean aún la sangre y las ruinas de Valor?

Creyó Tenorio haber oído alguna vez aquella voz severa; pero era tan débil y contenida, que su recuerdo no se esclareció.

—A pesar de esas iniquidades—dijo Tenorio—, vos, que sois un varón justo, habéis dicho que mi planta está puesta en el camino de la luz. ¿Qué haré para llegar á ella?

—Pedid á Dios que vuestra soberbia no os descamine.

—¡Mi soberbia! ¡Y yo, yo don Geofre Tenorio, que jamás he doblado la rodilla ni aun delante del amor, vengo á arrojarme á vuestros pies!...

—Cuando hace seis años, en un día de suprema desgracia, me encontré solo sobre la tierra; cuando no me quedaba más consuelo para mis dolores que la misericordia de Dios; errante como vos, como vos desesperado, pero no desesperado por el crimen, me trajo á la ventura mi caballo hasta este albergue de paz y caridad, no penetré en él como vos, turbando la soledad y su silencio con el crujir de las armas, sino que me cubrí de túnica penitente y vestí cilicio sobre mi carne. Me traía la fe, y á vos os trae la desesperación, y sin embargo, vos habéis nacido cristiano, mientras que yo...

—Vos...vos... ¿sois acaso morisco?

El fraile se agitó violentamente en su sillón de baqueta, pero contestó con voz dulce y contenida, como hasta entonces:

—Nada os importa quien sea yo, caballero; podéis decirme si os place, qué queréis de mí.

—Es imposible—murmuró para sí Tenorio—; él no se contendría delante de mí por todos los hábitos del mundo; era demasiado valiente... acaso algún pariente suyo... Y bien, que cargue Satanás con todo; ello en algo ha de parar.

—¿No me contestáis, caballero?—dijo el guardián.

—¡Ah! perdonadme, señor, pero creo haberos dicho que deseaba me escucháseis en penitencia.

—Os escucharé, sí; pero no en este lugar.

—¿Dónde pues?

—Hay en esta comarca, á dos leguas de Cádiar, un castillo, á quien llama el vulgo del Diablo; al pie de este castillo corre un torrente, en el lecho de ese torrente hay una eminencia y sobre ella una cruz; al pie de esa cruz os escucharé, caballero.

—Tened presente—dijo Tenorio sin poder ocultar un estremecimiento—, que en este castillo...

—Mora doña Margarita de Vargas y Venegas, vuestra hermosa y noble mujer.

—He jurado no volver más á ese castillo.

—Paréceme que le tenéis miedo.

—¡Miedo! ¡Miedo yo, fraile!... Lo que sabes de mí, tus palabras, tu misterio, todo me indica, ó que eres profeta de Dios, ó alma de Satanás; pues bien, seas quien fueres, aunque haya de acometerme el infierno entero, iré... me encontrarás en la cruz de la sepultura; pero ten presente que iré solo y bien armado.

Tras esto salió de la celda, y la puerta se abrió, antes de que llegase ella, por el fraile que le había guiado.

Tenorio atravesó como un venablo el claustro, la portería y el átrio, montó á caballo y partió, mientras que el fraile con facha de soldado entraba en la celda.

—Hernando—dijo el guardián—, para esta noche mis armas y mi caballo.

—Mire vuesañoría que aún está débil para un encuentro.

—Mi armés, mi adarga, mi espada y mi caballo—repitió con imperio el fraile—, para esta noche. Entendedlo bien.

Y tras esto, se perdió por otra puerta en el interior de la celda.

XXV

No era hombre Tenorio que faltase á una cita, aunque fuese á presencia del diablo mismo; y aunque nosotros podemos decir que tuvo un miedo intenso cuando pisó la misma tierra que ocultaba el cuerpo de su hermano, debemos ser justos y añadir que tuvo también valor sobrado para dominar lo pánico de aquel miedo, y esperar durante dos horas al extraño guardián de San Francisco de Cádiar.

Verdadero valor, inmenso, maravilloso, porque no estaba con él solamente á los hombres, sino también á la cólera de Dios.

Lo que pasó en su alma durante aquellas dos horas, prolongadas por el terror y la agonía de una eternidad, hubiera sido bastante para matar de espanto á otro que á Tenorio.

Si por una casualidad nuestro libro cae entre las manos de un hombre tan desdichado por el crimen como don Geofre, ese solo hombre comprenderá cuánto callamos, porque no lo comprendemos sino de una manera incompleta, porque afortunadamente para nosotros no hemos probado el amargo torcedor del remordimiento.

Fué una agonía del alma, comprimida bajo el peso de funestos recuerdos, torturada por crueles dolores, rasgada por un arrepentimiento inútil; fué la cólera de hombre enérgico, avezado á satisfacer la voluntad que lucha por arrojar de sí influencias que le dominan y le acoisan, sin poder librarse de ellas; fué la soberbia.

de Satanás, doblegada por la mano de Dios, y el fanatismo del impío, que no sabe creer sino en un Dios de venganzas, á quien atribuye unas pasiones tan sombrías como las que á él mismo le han arrastrado al crimen; fué la suprema desesperación del réprobo, con sus visiones rojas, sus rumores informes, su hiel del infierno; fué, en fin, la reacción de la conciencia, violentada hasta entonces, reclamando su perdida paz, su ya imposible felicidad.

El mundo es injusto cuando arroja sobre la agonía del crimen el desprecio social; si el desgraciado es digno de lástima, nadie más desgraciado, nadie más infeliz que el que se ha hecho odioso para sí mismo.

Pero como todo tiene fin sobre la tierra, le tuvo la espera de don Geofre; era ya la media noche: parecía que el emplazador había elegido esa hora fantástica en que se dice que los muertos abandonan sus tumbas y atraviesan escuadrones de incubos el rayo de la luna; en que los duendes despiertan y se ungen las brujas para volar sobre una escoba á los placeres satánicos del sábado.

El reloj del castillo del Diablo resonó fatídicamente sobre el tajo, retumbando en las rocas sobre el ruido del torrente y vibrando con lentitud doce campanadas.

Un rumor leve al principio, y después distinto, reveló á Tenorio que se acercaba un hombre, y aquel hombre iba armado, por el crujir de las piezas de un arnés.

Una sombra informe apareció doblando la punta de una roca, y poco después, la luna, elevada ya á su mayor altura, arrancó trémulos destellos del bruñido acero de que venía cubierto el que se acercaba.

Tenorio tomó su adarga, probó si su espada salía con facilidad de la vaina, y esperó en pie é inmóvil como una estatua de acero, delante de la cruz.

El que se acercaba llegó junto á él, le contempló un momento con fijeza, y viéndole con la visera calada, le preguntó:

—¿Sois el comendador don Geofre Tenorio?

La voz de aquel hombre era exactamente igual á la del guardián de San Francisco de Cádiar.

—Yo soy—contestó Tenorio alzándose la visera..

Su semblante era el mismo semblante de siempre: duro, inflexible, audaz, sereno; y si parecía algo pálido era por efecto de la luz de la luna, que le bañaba por entero.

El otro hombre le contempló aún de una manera doblemente fija, y alzándose á su vez la visera, le dijo breve y acentuadamente:

—Yo era el infante Sidy Atmet-el-Omeya, yo era don Pedro de Córdoba y de Valor, el esposo de Ada, el hermano de Lind-Arahj, el ermitaño de la Cruz del Lloro, el guardián de San Francisco de Cádiar, fray Pedro de los Dolores, y ahora soy Satanás que se venga, Tenorio.

Don Geofre apenas había escuchado al noble morisco, absorto en la contemplación de su semblante, horriblemente demacrado y pálido, y al que la luz de la luna hacía parecer verde, sus ojos, iluminados por una cólera sombría, estaban fijos penetrantes, hundidos en sus órbitas como dos lumbreras de un recóndito infierno: su boca, entrecabierta y lívida, parecía halada por la muerte, y la inmovilidad de aquel semblante daba espanto, como le daría el de un cadáver cuyos ojos estuviesen abiertos é inflamados con una mirada diabólica.

De repente recordó Tenorio la horrible tradición que se enlazaba á la historia de Margarita; recordó que, según ella, el diablo, disfrazado de ermitaño, debía casar á los dos amantes en el solar maldito, arrebatarse al esposo, matar á la madre é introducirse en el corazón del hijo; al impulso de un terror supersticioso menguó todo su valor; el infante Sidy Atmet estaba ante él con las mismas armas que llevaba, el día en que le vió por primera vez en la tienda de la reina, y su semblante demacrado y pálido por la enfermedad y por los dolores, iluminado por todas las venganzas que hervían en su alma, no parecía pertenecer á la tierra..

Añadíase á esto la fatal influencia del sitio de la hora y de las causas de aquella entrevista; Tenorio, como hemos dicho, se aterró, se doblaron sin fuerzas sus rodillas, y cayó sobre ellas.

—Yo había pedido penitencia al sacerdote—exclamó con voz trémula—, y no sangre á mi enemigo.

Sidy Atmet le contempló con desprecio y cólera.

—¡Vergüenza y oprobio!—exclamó—. Que un soldado cruel asesine, robe y deshonre, cabe en la ferocidad humana; pero que un comendador de Cristo, un caballero noble y valiente cometa los más execrables crímenes, devore como un tigre y después se tienda como un perro ante el hombre cuyo corazón ha despedazado... eso queda únicamente para la raza vil de los Tenorios.

—¿Es un hombre quien se atreve á decirme esas palabras—exclamó don Geofre, poniéndose en pie de un salto y rechinando los dientes de cólera—, ó un cadáver, una sombra que se defiende cobardemente con la tumba?

—Tan mudado me encuentras que apenas puedes creer que existo—exclamó con amargura Sidy Atmet—. Es que el Señor, en su justicia, ha dejado caer sobre mí todo el peso de la desgracia; es que el Dios Altísimo y Único castiga al apóstata de su ley, permitiendo que un miserable como tú le haya robado amor, honra y felicidad; es que he esperado mucho tiempo mi venganza, y la desesperación ha gastado mi cuerpo y mi alma.

—¡Esperad, esperad!—contestó don Geofre, procurando dar á su acento una entonación de

desprecio—. ¿Acaso no se me ha visto en las Alpujarras con la frente descubierta ante la luz del sol?

—Si me hubiera satisfecho tu miserable vida, ya no existirías, Tenorio; si no ansiara el que apreciases todo el valor de mi venganza, ahorraría palabras y ya tu sangre hubiera humedecido la tierra que cubre el cadáver de tu hermano. Pero quiero que sepas por qué he esperado; quiero que al morir, tu rabia y tu desesperación se doblen ante el porvenir de la consumación de mi venganza.

Detúvose un momento Sidy Atmet como para organizar su relato, y continuó:

—Yo tenía una esposa noble, hermosa y buena. ¿Qué has hecho de ella, Tenorio?

El comendador no contestó.

—Yo amaba á una hermana, pura, amante y cándida, que te entregué para que la hicieras feliz. ¿Dónde está tu esposa, comendador?

Persistió en su tenaz silencio don Geofre.

—Al volver de la campaña de la Axarquía encontré mi noble hogar arrasado, incendiado, muertos bajo las ruinas mis servidores. ¿Por qué has destruido con traición, Tenorio, el techo que te había dado amor y amistad? Eres un infame. Si en el momento en que yo probé tu cobarde venganza te hubiera encontrado ante mí, la suerte del duelo hubiera decidido de la vida ó de la muerte de uno de los dos; pero después que en medio de mi rabiosa desesperación pudo penetrar un rayo de pensamiento, comprendí que una vida era poco para satisfacer tantos crímenes; el que había asesinado á una familia, debía caer con su familia; tú no la tenías, y era necesario esperar á que te la hicieras; me importaba entre tanto vivir desconocido, y me hice fraile; la austeridad que el estado de mi alma me imponía, me hizo pasar por santo entre aquellas gentes, que al morir su superior, me eligieron para ocupar su lugar; engañé, siendo falso sacerdote, al Dios de los cristianos, como antes había engañado á ese mismo Dios de Ismael, renegando de su ley; engañé á los hombres, fingiendo una humildad que no sentía, y todo por mi venganza. Llegó al fin un día: una dama de origen árabe vino á morar al castillo de Muley-Hacem; poco después, un servidor de aquella dama, Alvar, el jorobado, el bufón de tu esposa doña Margarita de Vargas y Venegas, se arrojó en penitencia á mis pies, me confesó unos amores insensatos hacia su señora, me refirió una tradición absurda, y yo aproveché para mi venganza aquellos amores y aquella tradición; tus moneros, comprados por mí, te incitaron á salir á caza el mismo día y por el mismo sitio que yo sabía por el enano que Margarita había de salir á buscar el amante de la tradición de la montaña; me trasladé á la ermita de la Cruz del Lloro, bajo pretexto de penitencia; cubrí mi rostro con una máscara de hierro, y

la casualidad hizo todo lo demás. Conocí á tu hermano, á ese pobre niño á quien tu puñal ha abierto las puertas del paraíso, y que sin duda ruega ahora al Altísimo por tu alma, y no me conmovieron ni su inocencia ni su juventud, ni su hermosura; amaba á la que debía ser tu esposa, y yo le excité, pensando en hacerte fraticida. ¿Qué me importaba aquella joven existencia, si por ella podía traer la condenación eterna sobre tu alma? El hermano exterminó al hermano; el esposo de Lind-Arahj, viva y loca por su esposo, se enlazó á otra mujer, por medio de la palabra de un falso sacerdote, que os maldijo en vez de bendeciros... y esperé aún; tenías esposa, pero era necesario que tuvieses un hijo, y ya le tienes, porque Margarita está encinta; tantas pasiones, tantos ensueños desesperados, la muerte de tu hermano Gastón, á quien amaba, á pesar de haberle arrojado á tu ferocidad, dieron fiebre á mi cabeza; me pusieron entre la vida y la muerte; pensé que Dios me arrebatara mi venganza; pero no ha hecho más que retardarla; al fin me he levantado del lecho, y estoy ante ti, fuerte como nunca, ansioso de tu sangre, de la honra de Margarita y de la perdición de tu hijo.

—¿Has concluido ya, Sidy Atmet?—dijo concentradamente Tenorio.

—Sólo me resta decirte, que después que mi acero te haya abierto las puertas de la eternidad, Margarita y tu hijo quedarán á mi merced, y vengaré en ellos á mi esposa y á mi hermana.

—¿Nada más tienes qué decirme?—repuso Tenorio.

—Nada.

Apenas había pronunciado el morisco esta palabra, cuando con la rapidez del rayo, Tenorio se arrojó sobre él y le asestó una terrible puñalada entre el falso de la gola y del yelmo; pero la daga se rompió, como si hubiera sido de cristal, en los anillos de la malla damasquina que, como una segunda armadura, defendía al infante.

Tenorio, por la primera vez de su vida, tuvo miedo, un miedo cruel, invencible; creyóse más fuerte que el morisco, y se aferró á él; por un momento crujieron coseletes y grevas; rechinó el acero contra el acero, y los membrudos brazos de don Geofre procuraron derrocar al infante, que se sostuvo firme, como una estatua de bronce; desplegó sus fuerzas hercúleas, que le habían valido con razón el renombre de segundo caballero de Granada, después del emir Muzaebn-Abil-Gazán, primera y desgraciada causa de aquella historia funesta, y arrojándole lejos de sí, echó mano á su yatagán, gritando:

—Los puñales para los asesinos; la lucha para los jayanes; caballeros como yo, comendador, no saben matar sino con espada, y faz á faz, contra otra espada.

Tenorio embistió espada en alto, pero de una manera débil; sus fuerzas de cuerpo y alma

estaban fatigadas por el embate anterior; le pesaba su espada; su adarga, torpe y tarda, le defendía mal; por la primera vez, al sentirse sin razón y sin justicia, se encontró sin vigor y sin voluntad; en aquel momento supremo, sobre la tumba de su hermano, ante el hombre á quien tanto había ofendido, comprendió toda su iniquidad; su corazón se dilató en una esperanza infinita de la misericordia de Dios; hízose rápidamente atrás; arrojó su espada al torrente, y mientras el infante se reprimía, absorto por aquella extraña acción, se despojó del yelmo; cayó de rodillas ante su enemigo, inclinó la cabeza y esperó, orando por la primera vez.

Y como si el infante hubiera leído en el pensamiento de Tenorio, se acercó á él, alzó á dos manos su ancho yatagán y murmuró:

—Si hay en tí dolor y expiación que te perdone Dios; pero cúmplase su justicia sobre la tierra.

Brilló como un relámpago el arma del morisco, y la cabeza del comandador don Geofre Tenorio rodó sobre la tumba de su hermano.

Al día siguiente apareció otra cruz en la eminencia, junto á la sepultura de Gastón.

XXVI

Al día siguiente llegó al castillo un caballero pálido y triste; una melancolía profunda daba á la hermosura de su semblante un aspecto fatal, y sus armas eran negras como sus ropas.

Pidió hospitalidad y le fué concedida; Margarita, lastimada por la ausencia de su esposo, abstraída en sus dolores, no había notado la larga permanencia del incógnito en el castillo, á pesar de que le encontraba con suma frecuencia y de que sus ojos le decían amor, amor que ella no comprendía.

Aquel caballero era Sidy Atmet, que consecuente á su plan de venganza, á pesar de la terrible expiación de Tenorio, la acechaba ansioso, pretendiendo por todos los medios posibles llevarla á cabo.

Pero sus sombríos pensamientos quedaban reducidos á sí mismos. Margarita no reparaba en las miradas ni en la muda galantería del morisco, que cuando era preciso hablar ó obrar enmudecía ó temblaba ante la debilidad de una mujer.

Nadie le conocía en el castillo; para Alvar que nunca había visto su semblante, y que solo le hubiera reconocido por la voz, el infante era mudo.

Pero si el enano no había podido reconocer al morisco, no por eso había dejado de notar que el objeto visible que le retenía en el castillo era amor por la castellana.

Los celos se sublevaron en el alma del bufón;

si había respetado á don Geofre, era por el amor de Margarita; pero tratándose de un hombre en quien ella no reparaba, nada había que le contuviese, sino su respeto á entrometerse en lo que directa ó indirectamente dependía de su señora.

Observó, sí, al caballero, y se dió tanto á espiarle, que le vió más de una vez en la montaña depariendo mano á mano con hombres de mala traza.

Alvar se hizo, pues, el perro, el guardián intimo de Margarita; cuando la joven le despedía de su lado, procuraba ocultarse en un lugar cualquiera, desde donde pudiese verla ó estar al alcance de su voz, y durante la noche dormía tendido á la puerta de su cámara.

Así pasaron tres meses desde la muerte de don Geofre.

Era la madrugada del día 25 de Febrero del año de 1500.

En la misma cámara donde ciento veinte años antes se cometió el primer crimen de aquella familia, en la misma alcoba donde nació Margarita, estaba ésta postrada en un lecho, sufriendo esa terrible prueba de la maternidad impuesta por Dios, como una expiación del amor á las mujeres.

Había un movimiento activo, pero silencioso; entraban y salían doncellas y sirvientes, se respiraba ese olor punzante que se exhala de la habitación de un enfermo, por más que esté perfumada, y el aspecto de la gran cámara era un tanto extraño.

Alvar, replegado sobre sí mismo, unido por decirlo así á su perro, formando con él una masa negra é informe, estaba sentado en el suelo junto á la puerta de la alcoba, medio oculto por las plegaduras de los tapices, todo alma y todo oídos para los profundos sollozos y los agudos gritos que de tiempo en tiempo partían del fondo de la alcoba.

Sentado junto á la chimenea, en que lucía un brillante fuego, estaba Sidy Atmet, prestando no menor atención á lo que sucedía en la alcoba, que el enano Alvar.

Cuatro escuderos de pie é inmóviles parecían más bien atender al infante que al estado de su señora; y el jorobado, atento á todo, no quitaba ni por un momento la vista de ellos.

Llegó un punto en que los gritos de Margarita fueron horribles, en que se levantó el enano, llegó á la puerta de la alcoba el infante, y adelantaron hasta el centro de la cámara los escuderos.

Aquellos gritos cesaron; volvió el silencio, pero no por eso retrocedieron los que habían adelantado.

—¡Don Geofre! don Geofre, amor mío!—exclamó con voz débil la joven al ver el contorno de un hombre en la puerta, y creyendo que quién en aquella situación suprema se le acercaba no podía ser otro que su esposo.

El infante penetró en la alcoba; adelantó hasta el lecho y levantó sus tapices.

—Que se vayan esas mujeres—exclamó con angustia Margarita—; que nos dejen solos; hacédalas salir.

El infante despidió con un ademán de imperio á la partera y á las doncellas que la acompañaban.

—Pero, caballero—dijo aquella mujer—, ved que...

—Salid—exclamó impaciente Sidy Atmet— ¿no oís que la señora necesita estar sola?

Salió la servidumbre y quedaron solos Sidy Atmet y Margarita; el enano, replegado bajo los tapices de la puerta, escuchaba con toda su atención.

—Acercaos, Geofre, acercaos—dijo la dama con voz ya más débil—¿dónde habéis estado durante tres meses?

El infante calló.

—Cuánto he sufrido, amor mío, durante ese tiempo; cuánto sufro ahora; acercaos, acercaos mas; dadme vuestra mano.

El infante asió temblando la mano de Margarita.

—¡Os estremecéis!—exclamó ella al notar aquel temblor—¡Os estremecéis porque sabéis que voy á morir!

Helóse la sangre en el corazón de Sidy Atmet, y parecióle que la carne se despegaba de sus huesos.

—Pero no morirá nuestro hijo; está aquí sobre mi seno; no he querido decirlo á esas gentes porque he tenido miedo.

El enano se arrastró bajo las colgaduras en dirección al lecho.

—¡Miedo! ¿Y de qué?—murmuró el infante.

—No conozco vuestra voz, amado mío—repuso en acento mucho más débil Margarita—; apenas la oigo; pero acercaos, acercaos y escuchad: he soñado tres noches seguidas que un extranjero entraba en el castillo y estaba en él mucho tiempo; luego, una noche sentía agudos dolores; tras estos dolores daba á luz un hijo y moría; pero mi espíritu, pequeñito como una luz, se quemaba flotando en torno de mi hijo que lloraba y á quién el extranjero arrebataba entre sus brazos; yo, mi alma, seguía, seguía á mi hijo; le veía entregado á una mujer extraña, y luego... luego todo se oscurecía; después volvía á iluminarse mi sueño, y le veía crecido; era un hermoso mancebo de veinte años, y yo lo reconocía, yo sabía que era mi hijo; pero el infeliz no tenía nombre, ni más pan que el que ganaba por el crimen; ¡el extranjero le había robado sus ejecutorias, sus escrituras de pertenencia y le dejaba abandonado!

Detúvose Margarita, fatigada de su relato, y luego de repente se alzó, asióse al cuello de Sidy Atmet, que estaba inclinado sobre ella, y gritó de una manera sobrenatural y desgarradora:

—¡Salvad á mi hijo, salvadlo! ¡salvadlo, porque sois su padre!

—Le salvaré, señora, le salvaré—exclamó el infante, conmovido ante aquel dolor de madre—: seré para él mejor que lo hubiera sido Tenorio.

—Mejor que su padre, ¿pues quién sois vos?

—Yo soy el infante Sidy Atmet-el-Omeya—contestó sombríamente el morisco.

—¡Luces, luces!—exclamó Margarita, cayendo sin fuerzas sobre las almohadas.

—¡Hola, pajes! ¡Hola, escuderos!—exclamó el infante.

A su voz, el enano vió que la cámara se inundaba de gente armada; dió un rujido salvaje, saltó sobre el lecho á cuyo pie se encontraba y se avanzó al infante, á quien había reconocido por la voz.

—Tú eres el ermitaño de la Cruz del Lloro—gritó—; tú, el que has casado á Margarita, falso sacerdote; tú, el que en nombre de Dios representas á Satanás; ¿qué has hecho de don Geofre Tenorio?

—Su sangre ha caído sobre su cabeza—exclamó Sidy Atmet—, en torno del cual se agrupaban sus escuderos y los hombres de armas del castillo, á quienes había comprado.

—¡Muerto!—gritó Margarita, incorporándose sobre el lecho—¡Muerto por ti!

Y cayó inerte, pálida, reteniendo entre sus brazos á su hijo.

—¡Le habéis asesinado!—exclamó el enano, rechinando los dientes—¡A él, al hombre á quien ella amaba!... ¡Vas á morir, infante!

Pero cuando levantaba el puñal sobre Sidy Atmet, se sintió asido por los brazos, sujeto y desarmado por las gentes del morisco.

Sidy Atmet miraba con estupor, horrorizado; á aquella pobre madre, á aquella infeliz viuda, que moría gimiendo sobre el seno de su hijo por los amores perdidos de su esposo.

—¡Estaba escrito!—exclamó levantando los ojos al cielo, á través de un velo de lágrimas—. Donde quiera que ese hombre ha puesto la planta, ha caído la cólera de Dios.

Margarita le escuchaba y temblaba asida á su hijo; el enano rugía; los escuderos y los soldados callaban aterrados.

—Si la certeza de que vuestro hijo tendrá en un caballero noble y leal un padre y un arrimo—exclamó solemnemente Sidy Atmet—basta, señora, para que muráis en paz, que no amargue ese temor vuestra agonía; juré vengarme en vos, en vuestro hijo, en su raza, si me era posible; pero el crimen me espanta, señora; lo infame de la venganza no se ha hecho para mí; vuestro hijo será mi hijo, y haré de él, no lo dudéis, un caballero y un cristiano.

Margarita levantó la cabeza; miró con los ojos mates á Sidy Atmet; extendió hacia él una mano que el infante asió entre las suyas; aquella mano estrechó convulsivamente la del mo-

risco, y luego se heló con el frío de la muerte. La tradición del castillo del Diablo se había cumplido.

Al salir el sol de aquel día, las campanas del convento de San Francisco de Cádiz doblaban lúgubremente, y una procesión de frailes atravesaba en paso lento la distancia que separaba al monasterio del castillo del Diablo.

Por primera vez las preces cristianas y las salmodias fúnebres resonaron en la comarca maldita; y como si un poder misterioso hubiera querido purificar con el fuego aquella tierra que hollaba la religión por la planta de sus ministros, al asonar la cruz por la primera eminencia, desde la cual se veían las torres fatales, una llama roja, inmensa, coronada por un torbellino de humo, las envolvió enteramente. Viéronse saltar espantadas por la montaña las gentes que habían quedado guardando el cadáver de su señora, y luego una forma negra é informe vagando sobre los adarves y llevando entre sus brazos otra forma blanca é inerte.

—Adelantad, adelantad, hermanos—exclamó con voz profunda el superior de los religiosos—; que ese desdichado cadáver repose en tierra sagrada; adelantad, hermanos, por amor de Dios.

El hombre que así hablaba en nombre de la caridad, de la humildad y de la religión, había tronado en más de una batalla con su robusta voz de soldado, había lanzado su bandera en medio del estrago, y la había sacado teñida en sangre hasta el ristre.

Aquel hombre era el infante Sidy Atmet.

Los religiosos apresuraron la marcha: era un espectáculo extraño el de aquellos humildes sacerdotes, que se deslizaban rápidamente sobre las peladas crestas de un paisaje selvático, llevando por armas su ardiente caridad, y por bandera una cruz.

Cuando subían el repecho de la roca donde ardía el castillo se detuvieron aterrados; sobre la plataforma de la torre más alta aullaba horrorosamente un perro gigantesco y de formas extrañas; un hombre monstruoso, asido á un cadáver de mujer, cantaba fatidicamente, sirviéndole de acompañamiento el rugido del incendio que coronaba el torreón, único que quedaba en pie en el castillo.

A pesar de esto, sus palabras se escuchaban perfectamente.

Incendio, tu roja huella
Apresura; llega, ven;
Yo la amé radiante y bella;
Yo la adoro así también.
Ruge, incendio; horrible zumba:
Yo te espero sin terror;
Nupcial lecho en la honda tumba
Hallará mi eterno amor.

Y estrechaba entre sus brazos el cadáver y le cubría de besos y lágrimas, y al par lan-

zaba una carcajada horrible, inmensa, insensata.

Sidy Atmet se olvidó de todo; rompió por medio de los religiosos, y avanzó á la carrera por la pendiente de la montaña.

—¡Alvar, Alvar! ¡desdichado!—gritó con voz de trueno—bajad, bajad, si aún es tiempo; no queráis hacernos sufrir el horrible espectáculo de vuestra muerte.

—¡Ah! ¡eres tu, infante! ¿Quieres vengarte aún?—gritó Alvar, cuyo rostro estaba desencajado—Da gracias al infierno de que vives, y déjame celebrar mis bodas.

El morisco comprendió que era imposible salvar á aquel insensato, y cayó de rodillas orando por su alma.

—Te has olvidado de una cosa, Sidy Atmet—gritó el enano, inclinándose sobre el adarve—. ¿Dónde están la ejecutoria y los bienes del hijo del fratricida?

Sidy Atmet se levantó y miró con espanto al enano; no podía haber previsto el horrible resultado de su locura, y por el momento sólo había sacado del castillo al recién nacido. Sus pergaminos, lo que pudiera haber de valor, había quedado en él.

Alvar adivinó el pensamiento del morisco; dejó el cadáver de Margarita sobre las almenas, se inclinó, alzóse con un pesado cofre y le lanzó á la montaña.

—El oro y la nobleza—gritó Alvar—para los que quedan en la vida; para los que la aborrecen, el descanso de la muerte.

Asió de nuevo el cadáver; lanzó al espacio su último canto, y desapareció entre el incendio que envolvía enteramente el torreón.

El cofre rodó hasta Sidy Atmet; se hizo pedazos contra una piedra, y se esparcieron sobre el terreno dos libros con cubiertas de terciopelo, un legajo de papeles, oro acuñado y alhajas de gran valor; aquellos objetos eran el nombre y la fortuna del recién nacido.

Una hora después sólo había escombros calcinados donde estuvo el castillo; en vano se buscaron los cadáveres de Margarita y Alvar: los que presenciaron aquella horrible escena, los que conocían la tradición, creyeron que el diablo en figura de enano se había llevado el alma y el cuerpo de Margarita; pero el infante Sidy Atmet oró todos los días por su eterno descanso, y no dejó de ir todas las tardes á la humilde cabaña donde se criaba un hermoso niño.

Aquel niño que con tan fatales auspicios vino al mundo, se llamó don Juan Tenorio.

Había nacido el mismo día y á la misma hora en que nació en Gante Carlos de Austria, que fué después el gran emperador don Carlos V.

PRIMERA PARTE

I

El domingo 23 de Enero de 1520, á las doce de la mañana y bajo la luz y el calor confortante de un hermoso sol de invierno, sobre el camino que conduce de Madrid á Andalucía, y ya muy cerca de la imperial y coronada villa, caminaba un hidalgo joven, como de veinte años, jinete en un potro cordobés, y acompañado de tal servidumbre, que era bastante á demostrar por sí sola lo noble y lo rico del mancebo, que sobre estas dos cualidades llevaba á la vista en su rostro y su persona una hermosura deslumbrante y una gentileza maravillosa.

El viento, el sol y la lluvia durante un largo viaje habían extendido sobre su piel un color postizo, que cuando saludaba, descubriéndose respetuosamente ante algún reverendo fraile, ó persona de valer encontrada por acaso, se recortaba vigorosamente en una línea decidida sobre el color blanquísimo de la parte superior de su frente, que había protegido de la intemperie el sombrero.

Montaba con la soltura peculiar de los andaluces; contenía con una maestría notable las fogosidades del bruto, y hablaba al mismo tiempo con una familiaridad digna, familiaridad de noble, con un hombre alto, fornido, moreno, como de cincuenta años, que cabalgaba á su izquierda sobre un caballo negro de gran alzada.

Este hombre iba armado á la jineta, es decir, con casco, coselete, lanza y espada, á más de un arcabuz pendiente del arzón posterior, y dos pistoletas cuyas culatas afiligranadas aseaban por unas anchas pistoleras en el anterior.

Detrás de estos dos, que podremos llamar personajes, no atreviéndose á alinearse con ellos, ni consintiendo mezclarse con una docena de criados que precedían y escoltaban una pesada carroza de camino, iba un lacayo, como de veinticinco años, tipo picaresco de esa raza excéntrica y admirable que nos han legado las comedias de nuestro teatro antiguo; mozo de semblante epigramático (si se nos permite esta calificación), de sonrisa burlona, mirada vaga y continente un sí es no es altivo; punto intermedio, durante ciertas horas del día, entre el ayuda de cámara, el maestresala, el escudero y el mayordomo, criados que pueden llamarse el estado mayor de un hombre rico y elegante de entonces, y los palafreneros, cocheros, marmtones y pinches que constituyen la planta baja de una casa en que se come y se gusta de ser bien servidos; pero cuando se trataba de ciertos

servicios extraordinarios, como cita ó billete de amores, seguimiento de tapadas ó acompañamientos nocturnos, este punto, hasta entonces inermisimo, se elevaba de repente á la quinta potencia; con él sólo era su amo comunicativo sin restricciones; llegaba casi á ser un socio, enamorando ó entreteniendo á las doncellas de las damas de su señor, ó sosteniendo á su lado y por igual un juego de estocadas, en que los envites se daban con una igualdad á veces fastidiosa; nuestro mozo, en fin, era el «fac totum» de la vida reservada de su amo, mientras el mayordomo, el maestresala, el escudero, y el ayuda de cámara eran, por decirlo así, los representantes de la administración y de la etiqueta en la vida pública.

Los otros doce servidores que hemos apuntado, pertenecían á esa raza bastarda que nace, vive y muere en las caballerizas, solennes bribones, si salen de ingenio agudo, ó bestias humanas y estólicas en el caso contrario, pero maliciosos todos y holgazanes, siempre dispuestos á hablar mal de su amo y á sisar las raciones de los caballos.

El lujo de sus libreas, la calidad de sus calzagaduras y lo limpio y uniforme de sus armas, demostraban que servían á un caballero rico, y á más de rico, soldado.

El coche ó carroza que hemos dicho marchaba entre esta especie de resguardo, sería, á existir hoy, un monumento de las artes y del buen gusto, á pesar de su volumen, de su pesadez, de su enorme delanterero y su prolongada zaga: elegante su caja, como la de una litera de corte, de dimensiones colosales, hasta el punto de poder contestar cómodamente ocho personas, estaba escultada en el exterior con escudos, flores, genios y amores; llevaba en sus adornos el sello del gusto de su época, verdadera época del renacimiento, en que la arquitectura gótico-bizantina había cedido su puesto á las majestuosas líneas y los esbeltos follajes del gusto greco-romano; aquellos blasones, flores, figuras y lazos estaban pintados y dorados; talladas bajo sus enormes yantas las ruedas, con rayos salomónicos y cubos labrados; se había apurado, en fin, todo el dispendioso lujo que, después de la severidad de las leyes suntuarias de los Reyes Católicos, había acometido á España, como un cáncer corrosivo, desde el principio del reinado de don Carlos de Austria y el advenimiento al poder de los flamencos, que había traído á ella su padre el rey archiduque Felipe el Hermoso.

En el interior acrecía el lujo; el revestimiento y los almohadones eran de terciopelo blanco, floreado de oro; las cortinillas de las ventanas (porque entonces no se conocían los cristales embutidos), las cortinillas, decimos, de rico encaje flamenco, y la alfombrilla de seda y plata.

A pesar de este lujo, aquélla no era una carroza de corte; se había construido expresamente para camino por unos moriscos de Granada, que

acostumbrados a la ornamentación árabe, no habían sabido armonizar sus adornos sin darles cierto sabor, característico por lo oriental, en su tracería y sus colores geoméricamente contrapuestos; se había provisto de lugar para un equipaje, y el que entonces llevaba, voluminosísimo, cubierto por dos grandes cueros en el delantero y en la zaga, hacía sospechar que condujese dentro de sus coifras maravillas en arte y riqueza, quien así arrojaba carrozas deslumbrantes al fango de caminos tan malos como los que, á pesar de la grandeza y el poderío de la España de entonces, la cruzaban en todas direcciones.

Diez mulas negras y poderosas, con jaeces y caireles moriscos, tiraban á duras penas de aquella pesada máquina, merced á los votos y excitaciones del zagal, y á los latigazos y juramentos del mayoral, encaramado como en un castillo ambulante sobre el equipaje.

De tiempo en tiempo, el joven hidalgo de que hemos hecho mención el primero, volvía riendas, llegaba al coche y hablaba sonriendo con una dama, única persona que ocupaba el interior.

Aquella dama armonizaba admirablemente con el deslumbrante lujo de la carroza: envuelta en sedas, pieles y encajes, abrigada la cabeza con una toquilla de brocado, forrada de armiños, no dejaba ver entre lo voluminoso de su traje otra cosa que sus manos, admirables y contornadas, y su semblante moreno, ardiente, incitador. Pálida, con una palidez nerviosa; profunda en la mirada de sus grandes ojos negros; expresiva en la sonrisa de su reducida boca; favorecida en su hermosura con un marco de negros, pesados y lustrósísimos rizos; mostrando esa edad entre los treinta y los cuarenta años, en que no pueda llamarse á una mujer niña, ni disputársela, cuando es hermosa, ese segundo atractivo de la mujer, que consiste en que es verdaderamente mujer; aquella dama, decimos, valía lo bastante para que no fuese extraño el continuo cuidado del joven, ni su mirada avarienta, ni su sonrisa voluptuosa. Ella escuchaba sus palabras, que siempre eran galantes y solícitas, con un desecado afectuoso, como pudiera serlo el de una madre ó el de una hermana; no contestaba, ni aun parecía apreciar las ardientes miradas del joven; abreviaba cuanto podía, pero de una manera discreta, la conversación, y obligaba al mancebo á separarse cada vez más triste de la portezuela. Pero después que la dama le había perdido de vista, palidecía como al impulso de un pensamiento profundo y terrible, suspiraba, y á veces sus ojos se llenaban de lágrimas.

Bueno será decir al lector que, sosteniendo esta lucha, acometiendo él, si bien de una manera contenida, y disimulando ella con un tacto admirable, habían pasado quince mortales días invertidos en el camino desde su salida de Granada hasta llegar á la vista de Madrid.

Al fin la dama veía delante de sí á aquel reptil inmenso, tendido sobre el horizonte, exhalando por cima de su parda silueta el gas mefítico de sus albañales, encerrando, como un «pandemonium», lo miserable de sus ambiciones y lo hediondo de sus cortesanas. La dama no conocía á Madrid; era el término de su viaje, y le contemplaba con ansia, porque creía encontrar en él lo que faltaba á su corazón: un retiro donde sufrir en paz; una casa sombría y solitaria donde defenderse de las miradas y de la hermosura de su joven conductor, lo que demuestra, aunque lo digamos antes de tiempo, que la hermosísima andaluza estaba enamorada cuanto una andaluza puede estarlo, y que sin duda debía tener poderosos motivos para no acusar el recibo de aquel amor, ó mejor dicho, para no pagarlo á la vista.

El joven hidalgo, por su parte, no pensaba menos en la dama que lo que ella pensaba en él; sólo había quince días que de una manera extraña y por un encargo sagrado la conocía, é igual tiempo que había trabado relaciones con el sombrío escudero que, cabalgando á su izquierda, le acompañaba.

Aquel hombre era un guardián enfadoso; cuidaba de la dama con la abnegación y la asiduidad de un perro; se colocaba siempre, como un obstáculo, entre ella y él; guardaba y espiaba su aposento en ventas y mesones, y si por acaso, con pretexto de mal tiempo ó cansancio, se introducía el joven en la carroza, poníase á la portezuela, cuya cortina, como á la deshecha, cuidaba de descorrer la dama, ó si era de noche, con una familiaridad que sólo se tomaba en tales ocasiones, se introducía en el carruaje.

El mancebo tuvo mil vehementes tentaciones de trabar reyerta con el escudero; le contradijo, le excitó, fué cáustico y mordaz, hizo todo cuanto buenamente puede hacerse para provocar una riña, y sólo encontró un esclavo paciente que disimuló y sufrió, pero que jamás se alteró ni dejó de tratar al joven con respeto.

Si por el contrario, éste se familiarizaba con él, el escudero ó rodrigón de la dama le seguía el humor; si para tentar su codicia, con un pretexto honroso, le regalaba una joya, aquel hombre la guardaba, sin dejar de ser por ello tan celoso guardián como hasta entonces de la hermosísima andaluza; y si desesperado el joven le echaba á su lacayo, como se echa un perro de presa á un toro para sujetarle, el lacayo se aterraba á la primera mirada profunda del escudero y nada acontecía.

Nuestro joven hidalgo hizo cuanto pudo para quedar de único y absoluto guardián de la dama, pero sin haber conseguido más que irritarse en vano y empeñarse en unos amores, cuanto más exigentes, menos comprendidos en la apariencia.

—Dentro de cuatro horas llegamos á Madrid,

señor Hernando Alarcón—dijo el joven al escudero después de su última visita al carruaje.

—Sí—contestó brevemente el otro—; dentro de cuatro horas nos separamos.

—Creo, si os parece, que debíamos enviar delante á Gabilán.

—¿Y para qué?

—¿Para qué? Suponed que la señora no acepte una habitación en mi casa.

—Supongamos que no.

—¡Prefiere un mesón!

—Quien os ha encargado su custodia por el camino, debe haberos dicho algo.

—Sí, me dijo: «Cuidaréis de la dama á quien os envío; la respetaréis, y no la preguntaréis ni su nombre ni su estado.»

—Ese es un encargo de un moribundo, don Juan; encargo que debéis cumplir como si fuera un encargo de Dios, porque aquel hombre, desde que nacisteis, ha sido para vos un padre sobre la tierra.

—Dios le tenga en el cielo, señor Alarcón; ¿pero á qué hacerme ese encargo al morir? ¿Para qué necesitaba mi resguardo esa dama, que es rica y contaba con vuestra fidelidad y vuestro brazo? Yo veo en esto algo más que vos.

—¿Y qué veis, señor?

—Os lo voy á decir francamente: vuestra señora debe ser parienta muy próxima de mi buen padre fray Pedro.

El escudero miró profundamente al joven.

—Sin quererlo—continuó don Juan—he descubierto algo acerca de su vida.

—¿De la vida de la dama?

—De la del guardián de San Francisco de Cádiar.

—¡Ah, de la vida del guardián! Una vida ejemplar y penitente, como hay pocas.

—Sin embargo, había quien murmuraba de él.

—¿Y de quién no, don Juan?

—Se decía que con frecuencia visitaba á cierta joven y hermosa dama; que aquella dama estaba loca por amores, y que de los tales amores había un hijo ó una hija, cosa que no supieron asegurarme.

—¿Y os han dicho el tiempo en que eso sucedía?

—No, no á fe.

—Ya veis que eso nada prueba.

—Nada en efecto, si fuera aislado.

—No creo que tengáis noticias...

—Os diré: yo estaba muy tranquilamente en Alemania, como paje del emperador; era rico, honrado por su majestad, y llevaba el ilustre nombre de Tenorio; ni amaba, ni temía; era, pues, muy feliz.

—¿Y ahora no lo sois, don Juan?

—No, no lo soy, señor Hernando Alarcón; por el contrario, soy muy desgraciado.

—Desgracias de joven, don Juan.

—Desgracias tanto más aflictivas cuanto me nos dispuesto se está á ellas; yo no he co-

nocido á mis padres; el cielo me deparó uno y le amé cuanto se puede amar en el mundo; yo esperaba que el rey nuestro señor, emperador ya de Alemania, me armase caballero, me hiciese capitán y me enviase cerca del buen anciano; pero un día me llamó...

—Y os armó caballero, y os hizo su gentil hombre y su capitán.

—¡Pero con qué motivo! «Vuestro padre adoptivo se muere—me dijo, mostrándome una carta—, y me pide por merced que le envíe al más querido de mis pajes, á mi compañero de infancia, á vos, don Juan; partid, pero partid con vuestra banda de capitán y con la llave dorada de mi cámara». Don Carlos de Austria me armó caballero por la mañana, y por la tarde á solas me abrazó, y partí de Ratisbona. Cuando llegué á Cádiar, fray Pedro de los Dolores moría; apenas tuvo fuerzas para besarme en la frente y para darme un pliego cerrado, que guardo en mi cartera.

—¡Un pliego cerrado!—exclamó con sorpresa y disgusto el alférez—. Nada me habéis dicho de él.

—Ese pliego es para mí.

—¡Para vos!

—Fray Pedro sin duda había previsto lo que sucede: que yo amaría á su hija.

—¡A su hija!—exclamó profundamente Alvarado—¿Según eso, creéis que doña... que la dama que acompañáis es su hija?...

—Sé que me dijo: «Don Juan, si alguna vez se aclara para vos, lo que Dios no quiera, el misterio de mi vida, sabréis de cuanto me sois deudor. Prometedme pues que, sin saber en qué consiste esta deuda, me la pagaréis buena y fielmente».

—Empeñé mi palabra de honor.

—Fues bien—continuó mi buen padre—; en Granada vive un escudero, antiguo servidor mío, llamado Hernando Alarcón; buscadle y entregadle este otro pliego. Por él os hará conocer á una dama, cuya existencia, cuya paz sobre la tierra me interesan tanto como si fuera mi más próxima parienta; vais á conocer á esa dama, don Juan; sois enamorado, audaz y vehemente como vuestra padre; juradme respetarla como si fuera vuestra hermana.

—Lo que no habéis cumplido muy bien, señor don Juan.

Palideció un tanto Tenorio, y miró profundamente al escudero.

—Parece que me habéis lanzado un mentís á la cara.

—No por cierto; sólo he querido decir que la amáis, y procuráis hacérselo entender.

—¿Sabéis lo que ha hecho hasta ahora don Juan Tenorio?

—Creo saberlo.

—Ha despreciado á las mujeres, y á los que le han sido insolentes...

—Proseguid vuestra narración, don Juan.

—Señor Hernando Alarcón, si nuestra buena

inteligencia se rompe, si en vez de servirme os obstináis en estorbarme, lo sentiré ¡vive Dios! pero ello será preciso tomar algún partido.

—Partido que debéis tomar desde ahora.

—¿Tendréis la bondad de decirme cómo?

—Olvidando á esa dama.

—Necesito ante todo saber lo que contiene el pliego cerrado que guardó en mi cartera.

—¡Abridle, pardiez!

—Esperad, y concluiré el encargo de mi buen padre: «Respetad á esa dama como á una hermana me dijo; si la amáis, huid de ella; si no podéis huir, si ella os ama, porque Dios lo quiera, abrid entonces ese pliego y obrad según vuestra conciencia». Ya veis: tengo deseos de saber su contenido; para ello es necesario que esa hermosa señora me ame, y yo he empezado enamorándome de ella.

La conversación había tomado un giro que disgustaba á todas luces á Alarcón.

—Dejad, pues, de ser el guardián celoso de esa dama, porque os juro que estoy decidido á todo trance á acercarme á ella, á hablarla con libertad sin testigos importunos.

—Conocí á vuestro padre y os conozco, don Juan; sé que poco os importa los peligros y los sacrificios, si estáis enamorados de mi señora; pero cumpliré fielmente mi encargo; me pondré entre ella y vos, siempre, como hasta ahora; si echáis mano á vuestra espada, haré un paso atrás; si avanzáis aún, me cruzaré de brazos; si me herís, moriré.

—¡Sin defenderos!—exclamó con extrañeza don Juan.

—Sin defenderme.

—Pues ¡voto á cien legiones! señor escudero, acepto vuestra vigilancia; redoblada en buen hora; yo os juro que sin que haya de tocaros mi espada, llegaré hasta esa dama, y si logro ser amado de ella, no os lo recataré.

—Habré cumplido entonces, don Juan, con mi deber; lo demás lo habrán hecho Dios ó el diablo.

—Por lo mismo, ni os preguntaré el nombre de esa señora, ni su estado, ni su condición; cuando hayamos llegado á Madrid os entregaré el cofre cerrado que me dió para ella Fray Pedro de los Dolores, y habremos concluido.

Después de estas palabras; don Juan se rebozó en su capa, echóse el sombrero á la cara para ocultar la impresión que le había causado el diálogo anterior, inclinó el cuerpo sobre los arzones, y como si su espíritu mal contenido y turbulento le impeliese, picó al caballo y partió al galope, adelantándose á Alarcón.

Entonces su lacayo íntimo, «Gavilán», sacó también su caballo al galope, pasó junto al alférez, mirándole maliciosamente, y se acercó á su amo.

—El aguilucho empieza á extender las alas—dijo para sí Alarcón—; este muchacho acabará por ser lo que fué su padre; procuraremos que ella no sea su primera víctima, y después el Señor

dirá. ¡Hacérsela conocer! ¡Una mujer que con las desgracias y los años ha crecido en hermosura! ¡Vamos, ha sido la última imprudencia del infante Sidy Atmet!

Suspiró el alférez, continuó á su paso, y muy pronto vió perderse en una ondulación del terreno, sobre el puente del Jarama, á don Juan Tenorio y á su lacayo Gavilán.

II

Cerca del lugar de Pinto y á la puerta de un pequeño torreón bizantino, que en aquellos tiempos era como un centinela viejo al lado de un mal camino abierto naturalmente por el continuo paso y las llantas de carros y carretas, y que hoy ha ennoblecido la mecánica moderna con un ferrocarril, flamante á la hora en que escribimos; á la puerta de aquella torre, medio gótica, medio árabe, puerta que estaba cerrada y enmohecida en sus refuerzos de hierro, había sentados un hombre y una mujer, ocupados en concluir un frugal refrigerio, y hablando mano á mano de una manera tirada y que daba por lo mismo á su conversación un sabor de grave é interesante.

El aspecto de estos dos seres era asimismo extraño; el uno era una vieja de semblante cobrizo, formas enérgicas y demacrañas, cabellera revuelta y ojos negros, grandes, rasgados, móviles y astutos; á pesar de lo frío de la estación, estaba casi desnuda, puesto que no podían llamarse vestidos su desgarrado jubón y su cortísima y estrecha falda, que en un tiempo debió estar adornada de cintas y lazos y que entonces solo mostraba hilachos y remiendos; sus pies pequeños, pero descarnados y curtidos, calzaban unos viejísimos zapatos de seda rotos por todas partes, y los únicos objetos de algún valor que llevaba sobre sí, eran una cadena de plata rodeada con muchas vueltas al cuello, de la que pendía un relicario, y una guzla, especie de guitarra morisca, con tapa de marfil y delicados embutidos de plata y ébano en forma de arabescos.

Esta pobre mujer demostraba á primera vista á un individuo de esa raza egipcia que ha llegado hasta nosotros como un tipo especial, bajo el nombre de gitanos, tipo miserable y abyecto, en el que han desaparecido todas las formas sociales que constituyen en el hombre un ser privilegiado, y sólo quedan los salvajes instintos de la naturaleza.

El hombre que la acompañaba difería de ella en aspecto, en edad, en traje y en raza; era un joven de veintiséis años, según se podía juzgar por su semblante bello, pero duro, enérgico y un tanto altivo é insolente. Tenía un caballo del diestro, enjaezado con arneses de corte; iba armado con un coselete y una espada; mostraba

además su caballo un arcabuz á la grupa y un par de pistoletas al arzón; y en cuanto á su traje, consistía en una gorrita de terciopelo con pluma, un jubón verde galoneado de oro, unos gregüescos de paño del mismo color y adorno en sus cuchilladas, unas calzas de grana, y sobre ellas, hasta por cima de las rodillas, unas botas de gamuza armadas de enormes espuelas; gastaba guantes de ante con vueltas de cuero negro, y sobre todo esto una capa corta, ancha y con mangas á los costados á manera de capote.

Este hombre comía pausadamente, y como entretenién dose más que satisfaciendo una necesidad, queso que dividía en sutiles láminas con una navaja morisca.

La vieja apenas comía tampoco, fijando en él una mirada avara y muy conmovida.

—Con que ello es preciso—dijo como siguiendo una conversación comenzada.

—Preciso de todo punto, madre mía—contestó el joven—; la Santa Hermandad agobia á mis amigos con una persecución que cada día se hace más activa; Guadarrama no es ya un lugar seguro, y si me prendiesen... ¿qué se diría de mí en la corte?

—Se diría que eres un malhechor, como dirían de mí que soy una bruja.

—Creéis de buena fe en vuestras locuras, madre mía, y vais á dar ocasión al Santo Oficio para que haga con vos una de sus herejías. Creedme, he venido á buscaros...

—¿Para pedirme untos y dineros?

—Vuestros untos, madre, sirven maravillosamente para las grietas de los cascotes de mi caballo, y sin vuestro dinero, es decir, sin el mío que yo os doy á guardar, difícil me sería pasar por noble y caballero.

—¿Es decir, que tú no crees en la virtud del «sebo del gran cabrón»?

—Lo que creo, madre, es que á vuestra casa de Mahudes van unas mozas tales, que será lástima que la inquisición las adorne con su sambenito. ¿Va todavía aquella morenilla de ojos negros, mejillas sonrosadas y manitas pequeñas y redonditas como copos de algodón?

—Aquella es una dama de alto copete; una «señora» de linaje, hijo Pedro. Aquella no es bruja.

—Pues entonces, ¿á qué iba á buscaros?

—Fué á que le dijese la buena ventura.

—¿Estará enamorada!

—Está loca.

—¿Y por quién madre?—dijo con cierto disgusto Pedro.

—Por un barbilindo paje del rey emperador, por un mancebo á quien Dios maldiga.

—¿Tanto mal os ha hecho?

—Ya sabes que en tratándose de un Tenorio, yo que no aborrezco á nadie, yo que tanto sufro por haber amado tanto, concibo ideas horribles, desesperadas.

—¿Es don Juan Tenorio?

—Don Juan.

—¿Y ama... á ese niño?

—Ese niño, Pedro, será un día un ser terrible; ese niño que ahora juega y se divierte con el amor, mañana matará por él; no te pongas nunca delante de su paso, Pedro, hijo mío.

—Don Juan Tenorio es mi amigo; si él supiese...

—¿Que eres saltador?... ¿qué eres hijo de una gitana?... ¿de una bruja?... ¡Ira de Dios! ¿Y qué eres tú menos que él? Lo que le llevas de edad le llevas de linaje, y si yo hablara...

—¿Qué podríais decir? ¡Lo de siempre! ¡Tú eres hijo de don César de Avendaño y de doña Catalina de Zayas! Pero eso es mentira; la verdad que ni vos sois lo degradado que aparecéis, ni yo lo alto que suponéis.

—¿Qué soy yo pues?

—Vos no sois gitana.

—Me crees morisca, y para ello no tienes más pruebas que mi color. ¡Ay! ya pasaron los días en que los míos hacían sus cabañas de mimbres á la orilla de las corrientes, y dormían tranquilos, arrullados por el canto de sus amantes, sobre los jaeces de sus caballos; los hermosos tiempos en que los caballeros castellanos se enamoraban inútilmente de nuestros dorados semblantes, de los hoyitos de nuestras bocas y de los preciosos piecitos con chapines de seda, bordados de aljófar, que asomaban bajo nuestros briosos rojos, negros y azules; ya pasó el tiempo en que el sol nos besaba como un amante y la luna empalidecía de celos al vernos. Vino el «Santo Oficio», y los pobres gitanos, que á nadie hacían mal, ni se comían los niños crudos, se desbandaron como manada de ovejas que venían al lobo.

Este lenguaje sencillo y poético, lenguaje del hijo de la naturaleza, discordaba por su sentimiento y su dulzura con la repugnante faz de la vieja, como discordaría el canto del ruiseñor en la boca de un cuervo centenario. Esto, por otra parte, demostraba que el tiempo puede alterar las formas, afeárselas, cubrirlas con un aspecto repugnante, al paso que el espíritu, hijo de Dios, eterno como Dios, no tiene pasado ni porvenir, pues vive siempre en el presente; en una palabra, que es siempre joven.

—Sí, sí; habréis sido muy hermosa, madre mía—dijo el mancebo, contestando á las últimas palabras de la vieja—; acaso esa hermosura haya sido la causa de mi nacimiento; nunca me habéis dicho el nombre de mi padre.

—Pero he comprado para ti ejecutorias y bienes: hace seis años te reconoció por hijo don César de Avendaño, aprovechando la muerte de su mujer, y encontrando muy cómodo el haber á la mano dinero para desempeñar sus bienes.

—Pero bien sabéis, madre, que ese hombre los ha vuelto á empeñar; que al morir sólo me dejó por herencia un mayorazgo, pingüe, es verdad, pero cuyas rentas cobran los usureros, y que me ha sido preciso para vivir unirme á

algunos hidalgos, tan pobres y tan arrojados como yo. Es cierto que hasta ahora no han faltado en mi casa de la calle de la Almudena ni pajes ni lacayos, ni una carroza en mis cocheras, ni media docena de buenos caballos en mis cuadras; pero esto no puede durar; ayer dimos un terrible golpe al equipaje del inquisidor general, que venía de Segovia, y hoy he sabido que sus alguaciles, sus familiares, su guardia de soldados de la Fe, y todos los cuadrilleros y hombres de la Santa Hermandad, en diez leguas á la redonda, andan desalados tras de nosotros.

La vieja palideció de una manera mortal.

—¿Y á pesar de eso, te has atrevido á salir al campo con tu gente?

—Ayer, madre mía, íbamos vestidos como toscos campesinos; llevábamos cada cual una cabellera postiza y un antifaz de cuero; hoy, mis amigos visten su propio traje, montan hermosos caballos, ciñen relucientes espadas y rien, beben y enamoran en ese lugarejo cercano; nos acompañan además una docena de cazadores, y nadie puede creer otra cosa sino que hemos salido á correr liebres; pero en realidad...

—¿En realidad, qué?

—En realidad, los he sacado de Madrid para evitar las imprudencias de la embriaguez en gentes que han tomado dinero nuevo; así los tendré cuatro ó seis días, y al cabo olvidarán como si no hubiese sucedido, lo del inquisidor; en esos cinco ó seis días vos desenterraréis de noche la plata y las alhajas que hemos ocultado en la casa de Mahudes; fundiréis las vajillas y el oro, que se harán barras y se venderán en Sevilla; y en cuanto á los diamantes los llevaremos más tarde á Italia, á Flandes ó á Alemania.

—¿Con que tan bueno ha sido el golpe?

—Las costas de las quemas de herejes producen mucho, madre mía; y ya sabéis que el inquisidor general tiene un tino admirable para encontrar la herejía en las casas bien acondicionadas y fuertes. ¡Un cofre lleno de dinero y de alhajas! ¡Un cofre que vale un millón de reales!

—¡Virgen bendita! ¿Pero tan sin resguardo iba el señor cardenal Adriano?

—¡Voto va! Llevaba diez cuadrilleros á caballo y veinte soldados de la Fe. Pero ya sabéis que cada uno de mis amigos necesita diez hombres, y todo fué obra de un centenar de tiros disparados en un cuarto de hora; el inquisidor escapó á los primeros disparos en su mula negra, seguido de sus familiares; su resguardo huyó ó quedó en el campo, y nosotros incendiámos el coche, cargamos los objetos de valor en las mulas, aprovechamos la noche y aquí nos tenéis: nada, gota de agua que cayó en el mar. Pero es necesario que esto concluya.

—Sí; es necesario que esto concluya—dijo con malignidad la vieja—; mientras te he servido de encubridora, has encontrado muy buena, muy

bendita á la pobre Aurora, ya te encuentras rico; y pues... necesitas desempeñar los bienes del padre, que yo te he regalado, vivir á lo noble, buscar un alto empleo en la corte, y medrar; entonces la pobre vieja, la gitana, no se atreverá á pisar los umbrales de la casa de su hijo, porque sus lacayos la darán de puntapiés y la echarán los perros. Pero el noble, el hermoso señor, será muy feliz con las ramerías encopetadas; llegará á ser capitán, coronel, maestro de campo, qué sé yo... eso te agradaría mucho, Pedro; pero á mi no me conviene.

—Pero, ¿y por qué, madre mía?

—¡Porque no te veré!

—¿Qué no me veréis? Al contrario; mirad, vos también debéis abandonar esta vida errante, cambiar de aspecto, vestir como todo el mundo viste, como todo el mundo vive; dejad ese capricho por la mendicidad, que en vos es un vicio...

—Y viviré ahogadamente en vuestras ciudades, en el fondo de una de esas profundas calles, oyendo de continuo el ruido de vuestros vicios los lamentos de vuestra cobardía: no, no; yo soy un águila vieja acostumbrada al sol y á la lluvia, al calor y al frío; yo huyo de los pueblos que no son mas que cementerios corrompidos de gusanos que se llaman hombres y mujeres; yo me moriría de tristeza en ellos, como un pájaro acostumbrado á los espacios á quien enjaulan; vivo mejor así; no sabes cuánto me agrada dormir en el verano bajo un árbol, y en el invierno en una choza ó una cueva, al lado de una hoguera; el alba me despierta con su luz y cuando abro los ojos, mi vista no encuentra límites en una pared ni en un cortinaje, sino que se extiende y se gasta en la inmensidad de los cielos ó en los distantes horizontes; mi guitarra me alegra; á su son baila el campesino, el pastor deja su ganado; y las zagalas agitan en alegre danza sus burdos y rabicortos briales; cuando no quiero ver á los hombres, me pierdo en las montañas, y los sábados evoco á mi amante y á mis hermanas; me adormezco con la noche, y ningún ruido turba mi sueño; duermo tranquila, y mi espíritu ve aún nuestros errantes pueblos de blancas tiendas, nuestros valientes mancebos y nuestras hermosas vírgenes de semblantes dorados y ojos negros. No, no; yo viviré como vivió mi madre; ella no entró mas que una sola vez en las ciudades, presa por la inquisición; ella no salió sino para la hoguera; yo viviré y moriré como mi madre.

—Pero podéis vivir en el campo, en una linda casita que yo edificaría para vos...

—Y donde vería siempre un mismo cielo, unas mismas praderas, unos mismos árboles; siempre las mismas montañas, perdidas en el horizonte. Quiero ser libre como hasta ahora; hoy aquí, mañana allá.

—Hace seis años, madre, que vivís en los

alrededores de Madrid—contestó como valiéndose de una poderosa réplica el joven.

—¿Y qué ha acontecido en esos seis años?—contestó profundamente la vieja—. Mirame bien, Pedro: ¿soy la misma mujer que vino de las Alpujarras?

—¿Habéis perdido algo sin duda?

—He envejecido horriblemente, Pedro; acuérdate, acuérdate de cuando yo era aún hermosa, tan hermosa, que teníamos que huir de los tiranuelos en los lugares, que se enamoraban de la linda gitana. No tengo mas que cuarenta años, y aparento setenta; y es que he sufrido mucho; es que yo para vivir, necesito amanecer aquí, y dormir sobre el horizonte que he visto al despertar por la mañana; los gitanos son como las flores, Pedro; para no agostarse, ellas necesitan ser regadas todos los días con agua pura y clara; para no entristecer, nosotros necesitamos también cada día una atmósfera nueva; la tristeza para nosotros es la muerte.

—Pues bien; si para vivir necesitáis emociones continuas, viajaremos, no estaremos dos días en un mismo lugar, cambiaremos de climas, de países...

—Y viajaré en coche, servida por criados, sabiendo adonde voy... no; vivir verdaderamente es no saber adonde se va ni de dónde se viene, lo que se tuvo ayer, ni lo que se tendrá mañana. No podemos entendernos, Pedro.

—Pues bien, madre mía, ya que no podéis vivir sino de ese modo, no me opongo á ello; pero os ruego que no os oponáis tampoco á que yo viva como necesito vivir.

—El lobo siempre será hijo del lobo; por más que lo amamante una cabra—repuso la vieja—; ya que lo quieres, sea. Dentro de tres días te espero en Mahudes; vé á la noche.

—¿Y como cuánto dinero creéis que tengamos?

—¡Misericordia humana!—exclamó la vieja—. Para vosotros el dinero lo es todo; si no hubiera dinero, no habría crimenes.

—Pero en fin...

—En fin, podrás contar con cuatro millones de ducados.

Dió un salto sobre el escalón en que estaba sentado Pedro, y se puso de pie pálido de emoción.

—¡Habéis dicho cuatro millones!...

—Sin contar lo que valga tu parte del robo del inquisidor.

—Pero todo el dinero que yo os he entrado...

—No ha sido gran cosa, es cierto; pero yo lo he hecho producir.

—¡Vos, madre mía!—exclamó asombrado el joven.

—Ese dinero, hijo del robo, se ha multiplicado por la usura.

—Ahora comprendo que hayáis envejecido, madre—exclamó con acento de remordimiento Pedro—; os habréis visto obligada á tratar con esos judíos, genoveses ó flamencos, que están

esquilmando á España; habréis contrariado vuestra alma.

—En cambio, el hijo de la gitana se llama don Pedro de Avendaño; tendrá un palacio, le servirán lacayos con libreas de oro; le amarán esas hermosas cortesanas que tanto le agradan, vivirá contento y feliz, y no tendrá necesidad de disfrazarse para buscar en los caminos el oro de los placeres. Entre tanto, yo, la pobre gitana, la bruja horrible y fea, caminaré alegre y satisfecha por esos mundos, recordando para ser feliz la felicidad de mi hijo.

—¡Oh madre, madre mía!—exclamó Pedro, arrojándose entre sus brazos.

Un destello sublime brilló en los ojos de la gitana, é instantáneamente aquella luz se apagó; márcose en ellos una expresión dolorosa, terrible; fijó la vista en un punto del espacio cual si hubiera en él un objeto, rechazó á Pedro, tendió hacia aquel punto los brazos, tembló convulsivamente y dió un grito de horror...

—¡Era tan hermoso, tan hermoso!...—exclamó llorando de una manera desgarradora.

Pedro había sorprendido mil veces aquel arranque en Aurora, y siempre había sospechado que aquella conmoción se refería al recuerdo de un amor perdido.

Por un momento no se atrevió á interrumpir el dolor de su madre, que se rehizo de repente, enjugó sus lágrimas, tomó su guitarra morisca y se puso á cantar:

La alondra dejó su nido,

Nido que el amor formó,

Cuando su lumbre en oriente

Alzaba espléndido el sol.

Tocó su lumbre al ocaso,

La alondra al nido tornó;

El árbol era una hoguera,

Humo y dolores su amor.

Aquellas dos coplas, coplas improvisadas por el dolor, hacían pensar en una historia sombría, misteriosamente oculta tras la sencilla hipérbole de aquel canto triste y leve, suspirado por la voz y por la guitarra, con un sentimiento dulce, melancólico, profundamente dolorido. Pedro había preguntado siempre á su madre la significación de aquel canto, y entonces, como siempre, no pudo contenerse.

—Vuestra trova, madre mía, se refiere sin duda á vuestros amores.

—Yo era una hermosa hija de las riberas y de las flores, sólo tenía catorce años; era una niña.

—¿Y mi padre os sedujo?

—No quiero recordar, Pedro—gritó la vieja—; ya hace muchos años de esto, y ninguno de los míos vive.

—Jamás me habéis dicho el nombre de mi padre.

—¡Tu padre, tu padre! ¡Yo no conocí á tu padre!

—¡No conocísteis á mi padre y yo soy vuestro hijo!

—¡Mi hijo!... ¡sí!... ¿Crees tú que si no lo fueras haría por tí lo que hago? ¿Para qué te necesitaba yo si no fueras mi hijo?

Pedro bajó la cabeza, porque atendida las costumbres de Aurora y los sacrificios que por él había hecho de aquellas costumbres, sus razones eran concluyentes.

—¿Con que os obstináis en fin—dijo después de un momento de silencio—, en seguir vuestra vida?

—Sí, hijo mío Pedro, sí; yo te agradezco cuanto por mi felicidad descas; pero el mejor medio de que yo sea lo menos desdichada posible, es seguir en mi vida de siempre. Tú crece, hazte poderoso; eres rico, bello, joven, valiente; tienes entendimiento pronto y genio resuelto; allá en Italia y en Flandes, en las remotas Indias, hay abiertos, para un noble, anchos y buenos campos de batalla; tú conoces la vida del salteador; un soldado de aventuras en una guerra de conquista no es otra cosa que un salteador, con quien la justicia no se entromete, porque mata y roba á la sombra de una bandera; crece, hijo mío, crece, porque mañana quizás te necesite tu madre.

—¿Y os vais?

—¿Y qué quieres que haga aquí? ¿No me has abrazado ya? ¿No sabes dónde me encontrarás dentro de tres días? ¿Quieres algo más de mí?

—Sí, y perdonadme, madre mía; creo que estoy enamorado.

—¡Enamorado! ¿Y de quién?

—Ya os recordé aquella moranita que encontré hablando con vos en Mahudes.

—¿La enamorada de don Juan?

—Sí—contestó sombríamente Pedro.

—Aquella mujer vive en el cubo de la Almodena; todas las tardes se asoma á sus miradores..

—¿Y ama profundamente?

—Mi hijo es hermoso, noble y rico; las mujeres, casi todas las mujeres, son como las mariposas; vuelan alrededor de todas las luces, y se queman en aquella junto á la cual giran más de cerca.

Pedro sacó una preciosa cartera, y escribió en ella con lápiz las señas que le había dado su madre, después de lo cual la abrazó y montó.

—Adiós, y que él te bendiga, hijo mío—dijo la gitana.

—Me da pena el que os separéis así de mí, madre; descalza, cubierta de harapos, temblando de frío...

—Así he pasado, Pedro, mi juventud, y así pasará mi vejez; y adiós, que ya baja el sol

y me queda mucho que andar para llegar antes de la noche á donde he de dormir.

Tras esto, se alejó saltando y cantando su romance de costumbre:

La alondra dejó su nido,
Nido que el amor formó.

Pedro la contempló con ternura, y cuando la vió transmontar una pequeña loma, enfiló su caballo á una de las cercanas calles del pueblo.

Pero de repente le detuvieron los gritos de su madre, que le llamaban, y la vió aparecer de nuevo pálida y aterrada.

III

—¡Hola! ¡eh, gitana!—exclamó, al mismo tiempo que Aurora se asía á la estribera de Pedro, don Juan Tenorio, que trasmontaba al galope la loma, seguido de Gabilán—No te asustes, prenda; no soy ni alguacil, ni cuadrillero, ni siquiera soldado de la Fe.

Aurora se rehizo, y Pedro retiró la mano, que había empuñado la culata de un pistolet.

—¡Ah! sois vos, don Juan—exclamó, adelantando al encuentro del joven, que se sorprendió agradablemente á su visita.

—¡Señor don Pedro de Avendaño!—exclamó Tenorio con la franca expresión de un adolescente—¿vos por estos caminos? Se tratará de algún recreo tan bueno como vuestro... ¿eh?

—Hemos salido á correr liebres, don Juan.

—Ya veis que yo las he corrido también sin esperarlo—contestó Tenorio, señalando á la gitana—; pero de distinta especie que las vuestras.

—Yo soy una pobre mujer que á nadie hago daño—contestó Aurora—; canto y danzo, caballero; y aunque vieja y fea, digo la buena-ventura.

—Cierto que no podéis quejaros, don Juan—dijo el otro, como enteramente extraño á Aurora—; la buena-ventura sale á recibirnos á las puertas de Madrid.

—Bien la habré menester en él, según vengo, don Pedro.

—¿Pensáis en haceros favorito de Xebres?

—Yo no quiero nada con flamencos, nada con extranjeros; pienso en hacérme enamorado.

—¡Diablo! Eso ya lo erais.

—¿Qué entendéis vos por enamorarse?

—¿Vais á seguir vuestro camino? En ese caso, enviemos vuestro lacayo á avisar á mis amigos, que también lo son vuestros, y en buena compañía departiremos sobre el amor. Será una alegre disputa, porque cada cual lo comprende según lo siente.

Gabilán se había pravenido por un próximo

mandato, y esperaba con la solicitud de un buen criado que sabe servir por sola una indicación de su amo.

Don Juan le indicó con un ademán que desmontase, y Gabilán estuvo un momento después asido al freno del caballo del joven; á un mismo tiempo Avendaño y Tenorio echaron pie á tierra.

Aurora se sentó en el suelo, y Tenorio, asiendo de un brazo á su amigo, se adelantó desandando el camino que habían traído.

Cuando llegaron á lo alto de la loma, el primero señaló al segundo una comitiva que se veía á una respetable distancia, á lo largo del camino.

—¿Veis aquel coche, Avendaño?—le dijo.

—Sí, le veo; ¿y á qué asunto me hacéis reparar en él?

—Hace quince días que me acompaña en mi viaje desde Granada.

—Eso significa que viajáis como un rey, mi querido don Juan.

—No, porque yo creo que el viaje más cómodo es el que se hace más pronto, y ya veis que, por el tiempo invertido, no habremos andado muy de prisa.

—¡Ah! pues entonces vendrá en ese coche una dama á quien habrá sido necesario dejar descansar toda la noche, y hacer entrar al obscurecer en un pueblo para que no tenga miedo al camino.

—En efecto, Avendaño, es una dama, mejor dicho, un ángel.

—Que habéis robado sin duda de alguna casa cerrada como un convento. Vais cumpliendo lo que prometíais de paje de S. M. y no me sorprende.

—¡Ojalá fuese un hurto! Eso significaría que la tal dama me amaba. No, amigo mío, no; es un encargo, un encargo póstumo de un pariente mío.

—¡Cómo! ¡No amaros á vos! ¡al bello don Juan! ¡al sueño de las meninas de la reina! ¡doña Juana! Vamos: ¡eso es imposible!

—Escuchad, Avendaño—dijo don Juan con la candidez de niño, del joven novicio aún en el mundo—; volvamos á lo que ha motivado nuestra conversación: ¿qué entendéis vos por verdadero amor?

—¡Diablo! Me hacéis una pregunta harto embarazosa para mí, que sabéis ó debéis saber (porque mi historia es muy pública en la corte), que antes de ser reconocido por mi difunto padre y señor don César de Avendaño, he pasado por todas las alternativas de una vida pobre y agitada; he visto el mundo más desnudo que vos, ó por mejor decir, desnudo enteramente; y á pesar de eso, hay en esa suma de afectos y pasiones que componen el corazón humano un sentimiento que jamás he comprendido: yo creo que el amor es la exageración de un afecto; por lo mismo, no le vemos en

su preciso y exacto valor; yo creo que cuando amamos estamos locos.

—Pues me basta con eso: yo estoy enamorado, don Pedro, y enamorado de buena ley.

—Es decir que tenéis suficiente juicio para conocer que estáis loco.

—Os diré, Avendaño; hasta ahora las mujeres no habían producido en mí más que indiferencia ó desprecio.

—Eso significa que teníais el corazón muy joven y muy puro.

—Ahora es diferente: la primera vista de la mujer que viene en aquel coche me hizo palidecer; cumplí torpemente y balbuceando mi encargo; me separé con pesar de ella; la recordé, la soñé y sentí que mi corazón se dilataba cuando la volví á ver; á la tercera vez ya no me causó miedo, sino deseo, y sucesivamente he conocido que mi corazón cambiaba, y que una voluntad enérgica llenaba el lugar de la timidez.

—Eso significa que seréis un amador audaz, y que alcanzaréis mucho en amor.

—Por las muestras, creo que os equivocáis, don Pedro.

—¡Cómo! ¿No os ama?

—Ya os lo he dicho.

—Apostaría á que está enamorada de vos. ¿Es blanca ó morena?

—Morena como el sol, y con los ojos más negros que la noche.

—¿Qué edad tiene?

—Cuarenta años.

—¡Cuarenta años! — exclamó deteniéndose en su paseo Avendaño— ¡Una mujer que puede ser vuestra madre y aun tener de vos un nieto, y estáis enamorado de ella, don Juan!

—Procurad no estarlo vos cuando la veáis, don Pedro, porque reñiríamos de seguro.

—¡Diablo! De ese modo, la tal señora á los quince debió ser un asombro.

—Lo es hoy.

—Os creo, don Juan, os creo; habéis visto muchas hermosas y jóvenes damas; yo mismo sé de algunas que os han codiciado, que os lo han dicho con los ojos, con la boca y con la pluma; debéis tener formado un gusto exquisito; pero he ahí que el coche empieza á subir el repecho, y que la veremos muy pronto.

—Volvámonos.

—¿No esperamos?

—Tengo un proyecto.

—¿Cuál?

—Hacer que esa gitana la diga la buenaventura.

—¡Ah! queréis un pretexto para declararos.

—Quiero tenerlo para poderlo hacer más pronto.

—Aún no sois lo que seréis. ¡Hola, gitana! — exclamó don Pedro, como si absolutamente no conociese á Aurora.

Aquella se levantó y vino hasta los dos jóvenes.

—¿Qué queréis de la gitanilla, pimpollos?— dijo con ese acento meridional, recargado y zalamero de los gitanos.

—Mi buena madre—dijo don Juan—, quiero probar tu ciencia quiromántica.

—¿Quieres, hermoso que te diga la buena-ventura?

—Sí

—Por la mano, por el rostro ó por los naipes.

—Por la mano.

Don Juan se despojó la mano izquierda de un precioso guante de gamuza, y la mostró á Aurora, que la tomó; en aquel momento Pedro, como distraído, empezó á silbar un aire extraño y singular.

—En el nombre de Dios sea—dijo la gitana—; estas cuatro rayas que se cruzan formando ocho ues con sus ángulos, significan que tendrás una larga vida, amor mío.

—¿Y no ves más que eso?

—Sí que veo, señor; eres rico, y llegarás á ser pederoso.

—Adelante, buena madre, adelante.

—Estas tres rayas que se juntan en una y van á parar al corazón, quieren decir que amarás á tres mujeres.

—¿Amo ya á alguna de ellas?

—Sí.

—¿Es hermosa?

—Sí.

—¿Joven?

Aurora se detuvo un momento. Pedro seguía silbando inalterable.

—No—dijo al fin con seguridad la gitana.

—¿Me ama?

—Sí.

—¿Me lo ha dicho?

—No.

—¿Lo sabe?

—Por tus ojos.

—¿Será mía?

—Sí, si tú quieres.

—Para creerte necesito una señal segura. ¿De qué color son sus ojos?

—Negros.

—¿Es blanca ó morena?

—Morena.

—¿Qué edad tiene?

—Cuarenta años.

—¿Está muy cerca de mí?

—Muy cerca.

Don Juan miró profundamente á la gitana; su semblante tenía toda la atención, toda la gravedad que pudiera haber tenido el de una antigua pitonisa.

—[Su nombre, su nombre, en fin!—exclamó Tenorio, mirando con un temor supersticioso á Aurora.

—El nombre de una persona es la obra de los hombres; yo no conozco ni puedo conocer más que la figura, que es la obra de Dios; el pensamiento, que viene de los astros; la edad,

que es tiempo, y corresponde á las lunas. Yo, por ti, que has nacido para ella, puedo decirte si vive ó no, si está cerca ó lejos, si te ama ó te aborrece. Te he dicho ya todo lo que puedo decir, porque en amores no me revela más tu mano.

—Y justo es que mano en quien tan buena-ventura has sabido leer te deje un buen recuerdo suyo.

Don Juan se quitó una sortija hermosísima y de gran precio que llevaba en la mano izquierda, y la entregó á la gitana.

—Mil años vivas y mil años la goces, ramillete de perlas—dijo Aurora—; que Dios te bendiga y te haga afortunado.

—¡Qué! ¿me amenaza alguna desgracia?

—¿Quién sabe, don Juan, lo que el mundo guardará para ti? Aún eres joven, puro y bueno; pero tu padre te ha dejado una herencia de lágrimas; que Dios te bendiga, hijo mío, y tenga piedad de ti.

La gitana pronunció estas palabras con acento conmovido, y se preparó á marchar.

—Esperad, buena madre, si no os enoja—la dijo Tenorio deteniéndola—; aún os queda una buenaventura.

—Esperaré, mi gentil mancebo. ¿Es acaso á ese cuervo que tiene los caballos? Desde ahora, por el rostro, le pronostico que morirá calzado y al aire.

—Mala landre te coma, bruja—contestó Gabi-lán al verse aludido de una manera tan poco grata—; que el diablo me lleve si no trasciendes á legua á cordobán quemado.

Don Juan Tenorio atajó con una profunda mirada la locuacidad de su lacayo, á tiempo que, trasmontando la loma, asomaba el cejijunto Alarcón, tras el cual aparecieron los lacayos y el coche.

—¡Diablo!—exclamó el llamado don Pedro de Avendaño, mirando al coche—¡Pues no ponéis vuestras miras en bajo terreno, don Juan! Si la garza que os enamora es tan rica y tan hermosa como su carroza, nos vais á dar envidia, amigo mío.

—¡Voto va!—exclamó Tenorio, que miraba á punto el carruaje—¡No faltaba más que esto! ¡Eh, ganapanes, á tierra! ¿No veis que la carroza se ha clavado en el fango hasta los cubos?

En efecto, á pesar de las enormes yantas de sus ruedas, el carruaje se había atascado en un bache, y las mulas pugnaban en vano para arrancarle.

Alarcón y los lacayos desmontaron, y empezó una de esas faenas que sin duda no ha dejado de ver quien haya viajado algo por los caminos de España. El gran peso del carruaje, lo abultado de su carga y lo blando del terreno en que se había atollado, hacían aquella operación larga y fatigosa.

Al notar la detención del carruaje, y á la vista de la servidumbre que le rodeaba, la dama

abrió la vidriera y sacó la cabeza un tanto asustada.

—¿Qué sucede, Alarcón? — dijo al escudero.

—Lo que ha sucedido cien veces en el camino, señora—contestó éste—; ese mayoral del infierno nos ha hecho atascar.

—Decid el camino del infierno—contestó el mayoral—, y diriais mejor. Esto es cosa que nos sucede todos los días y á todas horas.

—Es necesario descargar—dijo uno de los lacayos, mientras el zagal y el mayoral latigueaban en vano á las mulas.

—Sí, sí, es preciso—dijo el zagal—, á menos que no queráis que salten los tiros y se reviente el ganado.

—Ya lo oís, señora—dijo Alarcón—; habremos de detenernos algo: ¿quiere su señoría descansar entre tanto en ese pueblo cercano?

—Hace un hermoso día, Hernando—contestó con languidez la dama—; andaré un poco.

—Ya lo oís, don Pedro—dijo Tenorio á su amigo, mientras Alarcón abría la portezuela—; va á bajar, y esta es una ocasión magnífica; la ofreceré mi brazo. Si me entretuvierais entretanto al rodrigón...

—¡Bah! por eso no quede; avancemos.

Apenas había puesto la dama los pies en el camino, cuando don Juan se acercó á ella, de la manera más respetuosa la ofreció su apoyo.

La dama pareció contrariada un tanto; detúvose un momento, y al fin se asió al brazo de Tenorio, que se estremeció al contacto de aquella pequeña mano.

Entretanto, Avendaño había trabado una conversación perentoria con Alarcón, deteniéndole cuando se preparaba á acompañar á su señora.

—Yo os conozco; ¡diablo! ¡sí, pardiez!—exclamó con una sorpresa que no era fingida—; yo os he visto en las Alpujarras.

Alarcón por su parte se detuvo; reparó en el joven, y palideció; parecióle haber visto otra vez, muchos años atrás, aquel semblante, pero de una manera vaga, como el recuerdo de un sueño sombrío; una semejanza extraña con otro ser, á quien quería recordar de una manera fija, sin conseguirlo; un ser, en fin, que sin saber por qué le interesaba.

—Sí—dijo con volubilidad Avendaño—; recuerdo haberos visto hace cuatro años, en una ocasión en que fui á visitar una de mis posesiones.

—Si me permitís, caballero... ¿vuestro nombre?

—Don Pedro de Avendaño.

—¡Don Pedro de Avendaño, rico y propietario en las Alpujarras!—pensó Alarcón—¡Pues no es él! Y... ¿dónde me habéis visto, caballero?

—Esperad—dijo Avendaño, tomándose tiempo para contestar, no porque necesitase evocar un recuerdo, sino para dar tiempo á que don Juan y la dama se alejasen—; esperad... ¡diablo! un

pueblo acabado en on... y empezado en la... ¿Laón?... no; ¿Lagón?... menos. Un bello, un bellísimo pueblo, rodeado de limoneros, donde hay unas chicas hermosas como el amor.

Alarcón veía alejarse á don Juan y á su señora, y preguntó ya con una impaciencia marcada.

—¿Y ese pueblo pertenece á las Alpujarras?

—Á las Alpujarras ó á sus términos comarcas.

—¡Será Lanjarón!

—Eso es, sí; ¡admirablemente!... ¡Lanjarón!... ¡Pardiez!... tengo una cabeza dada al diablo.

—Y yo tengo el disgusto, caballero, de decir que os habéis equivocado. Nunca he estado en ese pueblo; y perdonad, pero las condiciones de mi empleo... el servicio de mi señora... Que Dios os guarde.

Inclinóse profundamente, giró sobre sus talones, y se separó de Pedro, sin tomarse tiempo para recibir la orgullosa indicación de su salud.

Este por su parte se encogió de hombros en el ademán de un hombre que acaba de cumplir un encargo que nada le importa, y dijo para sí:

—¡Pardiez! bastante tiempo le he dado para declararse, exigir una cita y apretar una mano; en un hombre que sabe cómo se hacen tales cosas, esto es muy sencillo. Ahora, procuremos no hacer aquí una figura desairada, ó como diría mi amigo Tieppolo en su jerga de pintor, una figura fuera del cuadro. Mas he allí á don Juan, que no se porta demasiado mal: ya ha hecho trabar conversación á la dama con mi madre. Ese mozo da buenas señales; aún es aprendiz, pero muy pronto será maestro.

En efecto, la dama de la carroza hablaba con Aurora; pero esto no consistía en la mayor ó menor habilidad de don Juan (que, y permítasenos este parentesis, había enmudecido al lado de la dama, poseído exactamente por el mismo temor que habrán probado algunos de nuestros lectores al hacer su primera declaración, y que no es otra cosa que la representación de ese pudor poético y misterioso que acompaña al primer amor; amor puramente entusiasta, vago, inocente y cándido; amor que sueña un ángel en una mujer, y que por lo mismo es impetuoso y tímido, á la vez dulce y apenador; una luz que alumbra y no quema; una sed que excita y no mata); don Juan, decimos, había sentido mucho, había temblado, había querido mirar frente á frente aquellos hermosos ojos, y había vacilado ante ellos, y callado tanto como había sentido; un incidente, enteramente extraño á sus proyectos, era la causa de que la gitana y la dama se hubiesen acercado de una manera interesada, y hubiesen tenido necesidad de hablar, para explicarse de cualquier modo el efecto que había causado en entrambos el choque de su mirada.

Al acercarse la dama al lugar donde estaba

sentada Aurora, la mirada de ésta, que antes sólo expresaba una curiosidad instintiva, se alteró; marcáronse en ella á la vez el espanto, el dolor, el asombro; se estremeció, palideció, alzóse de repente, reprimió de una manera perceptible un grito que ya, por decirlo así, asomaba á sus labios, y volvió la espalda como para huir.

La impresión que recibió la gitana había sido tan imprevista, y por lo mismo tan clara su demostración, que la dama comprendió que su memoria debía tener algo de común con el pensamiento de aquella mujer, que de tal modo se había conmovido al verla.

El deseo de que se nos demuestren las cosas que nos parecen misteriosas es tan natural, tan anejo á la condición humana, que no debe parecer extraño el que la dama, al ver que su misterio se le escapaba, adelantase con un tanto de precipitación, y dijese á Aurora:

—Esperad, buena mujer, esperad.

La gitana se detuvo, y preguntó con la voz un tanto insegura:

—¿Qué me quiere vuestra señoría?

En verdad, la dama no podía decirle: «Me ha parecido extraño el efecto que ha causado en vos mi presencia: decidme qué hay de común entre las dos, para que así palidezcáis y pretendáis huir á mi vista.» Esto hubiera sido resignarse á no saber nada, cometer una torpeza, y la dama, sin saber por qué, deseaba penetrar hasta el fondo del alma de aquella mujer.

Así es que, teniendo en cuenta su talante de gitana, la dijo sin vacilar:

—Decidme la buenaventura.

La gitana se acercó, y la dama, deshaciéndose del brazo de don Juan, en lo que mostraba desear que el conocimiento de su horóscopo se circunscribiese á ella sola, se separó un trecho con la gitana, trecho que por cortesía aumentó el joven.

Esta es la situación en que se hallaban colocadas ambas mujeres, cabalmente cerca de la puerta de la vieja torre gótico-bizantina, cuando se separaron después de su breve diálogo Pedro y Alarcón.

El primero, consecuente á su pensamiento de no ser una cosa extraña, una figura fuera del grupo, se dirigió en derechura á don Juan.

—Os veo muy gratamente ocupado—le dijo, tendiéndole la mano—, para no comprender que mi presencia...

—¡Oh! vuestra presencia...

—No dudo, don Juan, que otra ocasión os sea muy tolerable, muy amable... pero ahora, adiós. Ya nos veremos ¿eh? Vivo en la calle de la Almudena; allí todo el mundo me conoce. Adiós, pues.

—Adiós, don Pedro; en el monte de Leganitos...

—Mejor que eso, si queréis pasar esta noche una buena velada, id á la hostería de To-

ledo; á las ocho, ¿os conviene? ¡Sí! Pues, adiós.

Estrecháronse cordialmente la mano los dos jóvenes, Pedro recibió su caballo de Gabilán, montó, y saludando de nuevo á Tenorio, picó y se entró en el pueblo, no sin haber abarcado en una rápida, pero profunda mirada, mirada de inteligente, á la dama que hablaba con su madre; aquella mirada le costó un suspiro.

—Es una hermosura brillante—exclamó—, y ¡vive Dios! que no se la conocen sus cuarenta,

A su vez y al mismo tiempo que Pedro junto á Tenorio, Alarcón había llegado junto á la dama; pero no hubo entre ellos palabras, ni más que una mirada significativa de mando, y de mando imperioso en ella, y una obediencia absoluta y respetuosa de parte de él, que comprendiendo la intención y el lenguaje de aquella mirada, se apartó á una distancia desde la cual no podía oír lo que hablasen las dos mujeres.

Cuando pasó por delante de él Pedro, la saludó, recibió su exiguo saludo y le siguió con la vista hasta que dobló la esquina de la primera calle de Pinto.

—Yo conozco ese semblante—pensó—, mor-diéndose los labios, impaciente por no poder desenmarañar su pensamiento—; yo le conozco, y sin embargo, puedo jurar que esta es la primera vez que veo á ese hidalgo. Es un parecido vago, un recuerdo que se desvanece como el humo cuando quiero fijarlo. Pero no importa; él es amigo de don Juan... ¡Oh! don Juan me servirá, y por lo mismo es menester no exasperarlo.

Y dando vueltas á su pensamiento, sin dejar por ello de atender á la dama, se puso á pasear como un centinela en un espacio determinado.

Don Juan á un extremo opuesto hacia lo mismo; Gabilán teniendo los caballos del diestro, miraba con un descuido intencionado aquella escena, que no dejaba de aparecer extraña, y los lacayos y demás servidumbre se ocupaban sobre el camino en su tarea de desatollar la carroza.

Después de marcados estos detalles, que no hemos creído oportuno dejar pasar desapercibidos, volvamos á la dama y á Aurora.

—Decidme la buenaventura—había dicho la primera á la segunda.

—¡La buenaventura!—contestó la gitana con acento tan dulce como el que había usado para expresar sus recuerdos de amor y de juventud—. ¡La buenaventura! ¿Y por qué no la mala?

—He debido decir mi horóscopo, ¿no es verdad?

—Es ciertamente necio el que siempre hayamos de suponer dichas, cuando acaso estamos más cerca de los dolores.

—Es decir que yo...

—Nada puedo decir aún á vuestra señoría,

—¿Por qué me dais tratamiento?—exclamó la dama, mirando fijamente á Aurora.

—La noble alcurnia y las grandes riquezas, si bien no siempre alcanzan á dar nobleza á un semblante, cuando se la prestan es de una manera tal y tan señalada, que no se puede dudar de ellas.

—Esa es una consecuencia que cualquier la-cayo de buena casa alcanzaría—contestó con desdén la dama—, y que por lo mismo es muy vulgar, procediendo de una hechicera.

—Mi raza, señora, conoce la ciencia de la adivinación por medio de los signos; pero de esto á resucitar muertos y á causar maleficios, va mucha distancia, noble señora.

—¿Necesitáis, pues, mi mano?

—Es el medio que tenemos más fácil y menos violento, porque vos no queréis valeros de la «nigromancia».

—¡Es decir, de la adivinación por medio de los muertos!—exclamó con cierto horror la dama.—No, no, me basta la «quiromancia». He aquí mi mano.

—A otra persona que á su señoría pediría yo en la palma de la mano una hoja del libro de su destino. Para deciros el vuestro, señora, me basta con el semblante.

—¿Y qué veis en él?

—Desgracias en amor, señora; todo cuanto habéis amado lo habéis perdido.

Palideció la dama.

—¿Y cómo lo he perdido?

—Si yo os pudiese contar vuestra historia de otro modo que por los efectos generales, sería semejante á Dios, señora.

—¿Y estáis segura de que no os engañáis?

—¡Engañarme! Para que yo me engañe es preciso que Dios borra de sobre el semblante humano ese mudo lenguaje que habla de una manera tan clara como la palabra escrita; que altere el orden de los astros y de los planetas, las revoluciones de la tierra y el curso de las aguas. Mientras eso no suceda, señora, yo no puedo engañarme; porque mi ciencia no es una mentira, sino una ciencia llena de luz para el que la ha recibido de padres á hijos de una generación de sabios, que en otra edad ya remota fueron reyes y sacerdotes, y hoy son vagabundos, errantes y miserables, á quienes quema la Inquisición y desprecia la canalla. No, la gitana, noble señora, al deciros que habéis perdido cuanto habéis amado, no ha mentado.

—Y... ¿amaré aún?—preguntó timidamente la dama.—Si amo, ¿cuál será mi suerte?

—¡La desgracia desespera!—contestó la gitana con acento solemne—; la desesperación extravía... el extravío... ¿quién sabe adónde puede conducirnos?

—Os he preguntado...

—¿Qué si amaréis aún? Amáis ya; es decir, amáis de nuevo; con un amor que os espan-

ta, y que por lo mismo no queréis confesaros.

—¿Quién ha podido deciros eso?

—Siempre vuestro semblante. El dice que sufrís, y que sufrís por amor; no por un amor pasado, sino por un amor presente. Vuestra conciencia os dice que no debéis amar... y os rebeláis contra vuestra conciencia...

—Mi conciencia...

—La conciencia, que es la razón y la justicia, mientras el corazón es la pasión y el deseo.

Miró fijamente la dama á Aurora, más con la expresión de un juez que mira, que con la timidez de un reo que suplica.

—Basta—la dijo—, me estáis engañando, y os engañáis. Engañándome, porque sin duda, aunque no me expliquéis el cómo, conocéis mi pasado y mis desgracias; engañándoos, porque á la vista de un joven hermoso, noble y cándido, juzgándome mal, os habréis dicho: ella, que tanto ha sufrido, no podrá ser indiferente al encanto de un amor tan puro, tan noble, tan respetuoso como el de ese niño; corazón desnudo de ilusiones, de placeres, lo olvidará todo... ¡todo! ¿me entendéis?

Si Aurora sabía algo del pasado de aquella mujer, tuvo la fuerza de espíritu bastante para conservar la dura impassibilidad de su rostro.

—Si la ciencia pudiera engañarse, las palabras de vuestra señoría me bastarían para probarme que he llegado á leer en el fondo de vuestra alma. Negáis con demasiado ardor para que vuestra negativa sea sincera y...

—¡Basta! Olvidad que he sido débil hasta el punto de demandar á una gitana la noticia de mi destino. Si me conocéis, tomad; no quiero que veáis desmentida para con vos mi caridad para con todos; si no me conocéis, guardad eso en memoria mía.

Tras estas palabras entregó á la gitana un pequeño bolsillo, volviéndola inmediatamente la espalda.

—Esperad, esperad, noble señora—la dijo la gitana—; las palabras del bien siempre serán santas y buenas, por más que las pronuncie una boca tan miserable como la mía.

La dama se volvió á medias.

—¿Qué me queréis aun?

—Amad, noble señora, amad; pero tened siempre presente que la desgracia, que el sufrimiento, que los dolores, tienen un goce infinito: el conocimiento de que se ha luchado con el mal, de que se ha salido de la lucha heridos en el corazón, destrozados, muertos, pero venciendo, siendo mártires; esto vale más, mucho más que el remordimiento con que se paga un placer que vuela, y no deja tras sí más que vergüenza y hastío.

Dicho esto, la gitana volvió la espalda y se alejó precipitadamente, antes de que hubiese podido contestarle la dama, que poseída por una fascinación profunda, tuvo fijos los ojos en ella hasta que desapareció transmontando la loma.

—¡Oh! esa mujer...—exclamó con terror, y se

interrumpió; volvióse á don Juan, se acercó á él y se asió de su brazo, alejando con una mirada á Alarcón, que se acercaba al mismo tiempo.

—Es que, señora—dijo el escudero—, el carruaje...

—Sí, ya veo que está libre... pero... deseo andar un poco... que nos siga despacio.

Alarcón se separó de mal talante, como uno de esos criados que á fuerza de antiguos han llegado á hacerse una especie de autoridad especial, á quienes se manda poco, sin que por esto suceda que obedezcan mucho.

De cualquier modo, el escudero montó á caballo más cejijunto y tétrico que hasta entonces, y nuestros dos jóvenes siguieron andando en silencio por el borde derecho del camino.

Entrambos descaban hablar, y entrambos esperaban que el uno de ellos fuese el primero en promover la conversación. El, enamorado é impaciente, acechaba una ocasión propicia para formular en palabras su amor; ella, cuidadosa por las palabras de la gitana, esperaba una oportunidad para demandar un servicio á don Juan. En este, la lucha se agitaba entre el deseo y la timidez, timidez inexplicable á no atribuirse á la falta de costumbre; porque si bien el amor se engendra, crece y se dilata por sí mismo en el alma, la manera de expresar este sentimiento al ser que lo causa de un modo explícito por medio del lenguaje, forma el estilo y la práctica, para lo cual el galanteo, como todos los oficios (porque creemos que lo sea), necesita de una escuela en la cual, á más del ingenio, entra por mucho la experiencia. Creemos haber indicado que don Juan era novicio en el amor.

Ella estaba contenida por una consideración de respeto á su decoro; si don Juan no sabía hablar de amor, le expresaba con tal facilidad, de un modo tan elocuente y apasionado con los ojos, que ella no podía alegar ignorancia, si bien estaba libre de una contestación, puesto que hasta ahora, á menos que nosotros no lo sepamos, no ha podido haber respuesta sin pregunta, y es cosa notoria cuánto más natural sea valerse para ello de la boca que de los ojos.

Pero, sin embargo, una mujer en la situación de aquella dama no podía demandar un servicio, sin verse por ello comprometida á pagarlo, ó lo que es peor, á dar ocasión de que se la creyese con deseos de satisfacer el precio, cosa con la cual no quedaría muy bien parado su decoro.

La misma escuela, el destino, la naturaleza, en fin, de la mujer ha hecho que la sociedad la prescriba como un deber el disimulo y la mentira, vicios que la enseñan, y con los que se la arma para hacerla después un misterio inexplicable y la mujer social. Hemos hecho esta digresión inoportuna para tomarnos la más inoportuna licencia de aconsejar á aquellos de nuestros lectores que sean enamorados ó celosos por tem-

peramento, que en la mujer no se debe creer todo lo que se ve, ni fiar en deducciones, ni aventurar pensamientos acerca de lo que no se ve.

La dama de nuestro cuento era un ejemplo patente del límite hasta donde puede llegar el dominio sobre sí misma, ó sea el disimulo de la mujer. Tenemos más de un indicio de que estaba aficionada á don Juan; pero ninguno, ni el más leve, de que el joven se hubiese apercibido de ello, á pesar de que, aunque tímido, no era torpe; razón que demuestra que nada se le había dejado ver.

Por lo mismo, el inexperto amor de nuestro joven estaba contenido por el temor de una repulsa; no conocía ninguno de los mil medios que tiene á su disposición un hombre ya avezado en la estrategia del amor, para descubrir sin descubrirse; se veía precisado á hacer servir á sus miradas y á sus suspiros el oficio de baterías; encontraba en el semblante de la dama lo inalterable de una muralla á prueba, de una de esas fortificaciones que sólo se toman después de un reñido combate y á la escalada; se decidía á asaltar, y la palabra agresora llegaba á los labios, los entrecabía y se ahogaba antes de articularse en un sonido.

Aconteció en don Juan lo que en un soldado bisoño, mas altivo y valiente, que palidece á la vista del enemigo, que lucha consigo mismo antes de decidirse á medir con él sus armas, pero que una vez resuelto, domina su terror, cierra los ojos y embiste, sin que después de esto haya nada que le contenga sino la muerte.

La muerte que allí amenazaba á don Juan, hablando en sentido figurado, era una negativa redonda, tenaz, del género de aquellas que privan de toda esperanza á un hombre que no es necio.

—Os doy las gracias, señora—dijo al fin el joven, pronunciando estas palabras de una manera torpe é incompleta.

Estremeciéndose la dama, porque aunque débil y descompuesto, su joven enemigo la acometía de frente, y se veía obligada á parar el primer golpe.

—¡Las gracias!—dijo afectando una fría sorpresa—¿Y de qué?

—Desde que os conozco, esta es la primera vez que puedo hablaros sin testigos enfadosos.

—Sí—repuso ella, saliéndose de la línea en que la acometía don Juan—; quiero valirme de vos para que me ayudéis á hacer una obra de caridad.

—¡Ah!—exclamó Tenorio en una entonación inexplicable—¡Sois caritativa!

—Creo haberlo demostrado en este largo viaje, en que con tanta frecuencia me he visto rodeada de mendigos.

—Y sin embargo, señora, algún pobre necesitado se ha separado constantemente de vos sin consuelo.

—Mirad—continuó la dama—; quiero hacer una buena obra á medias con vos.

—¿A medias conmigo? ¿Y qué es ella? si me permitís.

—Esa pobre gitana que acaba de decirme la buenaventura...

—¡Ah! la gitana...—exclamó con extrañeza don Juan.

—Sí; quiero ampararla, tenerla á mi lado; me ha inspirado una gran compasión.

—De modo que...

—Necesito que se la busque.

—Se la buscará, señora.

—Ahora mismo.

—¿Ahora mismo?

—Sí; debe andar por estos alrededores; y un hombre á caballo... un hombre que no sea torpe...

—Antón Gabilán...—exclamó Tenorio.

—¿Quién es ese hombre?

—Mi lacayo, señora: un mozo á propósito, no digo yo para buscar una gitana, sino para engañar y burlarse del diablo. Si me permitís, ya que queréis...

—Sí, sí—dijo la dama después de un momento de silencio, como volviendo en sí de un pensamiento profundo.

Don Juan se detuvo, lanzó un silbido y siguió andando; oyóse en el momento el galope de dos caballos, es decir, el de don Juan y el del lacayo, que nunca encargaba á otro los servicios de su amo, y llevaba de la mano su montura.

—¿Qué me manda vuestra señoría?—dijo saltando del caballo y descubriéndose, todo á un tiempo, cuando hubo llegado junto á don Juan.

—¿Has reparado bien en la gitana?

—¿En la que me ha pronosticado una muerte al aire?

—La mujer con quién yo he hablado—contestó severamente don Juan.

—Sí, señor—dijo ya con más circunspección Gabilán.

—¿La reconocerás?

—Sí, señor.

—A buscarla al momento.

—¿Y qué haré cuando la encuentre?

—La traerás... ¿á mi casa?—preguntó don Juan á la dama, que contestó afirmativamente con la cabeza.

—La traerás contigo á mi casa—dijo don Juan transmitiendo esta orden.

—Ya sabéis, señor, que esos vagabundos sólo hacen lo que quieren.

—La darás este bolsillo.

—¿Y si se niega?

—La prenderás por la Inquisición.

—¡Dios mío!—exclamó la dama.

—La Inquisición, señora, es como todos los tribunales; se sirve á sí misma, pero no por eso deja de servir á los suyos.

—Pero...

—Sabed que yo soy familiar del Santo Oficio.

—¡Vos, vos!—exclamó con terror la dama.

—Yo, sí; mirad—dijo don Juan, abriéndose el jubón y mostrándole una medallita de oro, en que estaba esmaltada en blanco y negro la cruz dominica.

—¡Vos familiar de ese terrible... de ese santo tribunal!

—Todos los servidores del emperador lo son.

—¿Pero estáis seguro de que no correrá riesgo?

—Segurísimo.

—Entonces...

La dama se detuvo.

—Acuérdate, Gabilán, de que eres soldado de la Fe—dijo ya decididamente don Juan—; apoderate de ella; entrégala en la cárcel del tribunal, sin acusación, como sospechosa, y avísame al momento. ¡Eh! ¿qué haces aún ahí? ¡A caballo, y pronto! Si tu solo no bastas, pon en movimiento las justicias de esos pueblecillos; esta noche he de tener noticias.

Saltó de nuevo Gabilán en su caballo, dejó el de don Juan á uno de los criados, y partió á la carrera en la dirección que había tomado Aurora.

—¡Don Juan, don Juan!—exclamó la dama—; Dios perdona mi curiosidad si produce daño á esa desgraciada.

—¿Curiosidad habéis dicho? ¡Luego no era caridad!

—Sea lo que quiera... Vos no sabéis á lo que me veo obligada.

Estas eran las primeras palabras de confianza que dejaba escuchar la dama á don Juan.

—¡Obligada! ¿Y quién os obliga?—exclamó éste con fiereza.

—Respetad, os suplico, lo que yo no os digo, porque no puedo.

—¿Sois casada?

—No.

—¿Viuda?

—Tampoco.

—¿Por qué, pues—dijo don Juan yéndose de una vez á fondo—, no habéis querido aceptar mi amor?

El golpe dió de lleno en el corazón de la dama.

—Porque yo no os amo—contestó con embarazo después de un momento de silencio—; porque yo no puedo amaros.

—¿No podéis?...

—Dispensadme, don Juan, de estas réplicas que me lastiman; dentro de poco nos separaremos, y no debemos volvernos á ver.

—¿Y cómo podré deciros entonces, señora, lo que haya sido de la gitana?

—¡Ah!

—Creo, pues, inútil buscarla... si vos... si os negáis, en fin, á que yo tenga la felicidad de volveros á ver.

—Esperad, esperad... buscad un medio para averiguar... para descubrir mi paradero.

—¡Qué! ¿no sabéis adónde vais?

—No.
 —¿Y no podéis mandar á vuestro criado?
 —Sí; pero no me atrevo.
 —¿Qué no os atrevéis?...
 —Os suplico otra vez que respetéis mis razones.

—Pero haciendo que un criado mío siga la carroza... de todos modos, en ella va mi equipaje...

—No os fiéis de eso; la carroza parará en el primer mesón que encuentre, y después Alarcón se compondrá de modo que no podamos ser seguidos.

—¿Pero vais á permanecer en Madrid?...

—¡Oh, eso sí!

—Entonces, ya os he encontrado—exclamó el joven con alegría.

—¡Cómo!

—Supongo que la casa en que viváis, tendrá rejas ó balcones á una calle pública.

—Así debe ser.

—Pues bien: esta noche arrojad á la calle un pañuelo, y en él cuidaréis de envolver algo de peso para que el aire no le arrastre. Por ejemplo, este mío.

—¿Y para qué?

—Esta misma noche hago yo fijar por todas las esquinas de Madrid un cartel, que aparecerá mañana, en el cual ofreceré un hallazgo exorbitante al que me presente el pañuelo.

—¡Ah!

—¡Me comprendéis! El que lo haya encontrado, conocerá el sitio, y me lo dirá: una vez conocida la casa, de mi cuenta corre penetrar en ella. Tomad el pañuelo, tomadlo.

La dama lo tomó maquinalmente y lo guardó.

—¿Y ahora, no me concederéis ni una leve esperanza?

La dama se detuvo entonces, como si nada hubiera oído, y llamó á Alarcón, que llegó con más prisa de lo que hubiera deseado Tenorio.

—Me siento cansada—dijo—; haced acercar la carroza...

Don Juan, una vez á la vista del escudero, no se atrevió á insistir; dió la mano á la dama, que entró en el carruaje, montó á caballo, siguió adelante el convoy.

Apenas éste se perdió de vista en una revuelta del camino quien hubiera estado cerca de la puerta del torreón de Pinto hubiera escuchado el áspero chirrido de un cerrojo, luego el crujir de unos goznes entorpecidos por el mohó, y luego hubiera visto abrirse la puerta y salir una mujer rebozada en un manto de bayeta, una palurda, pero con las trazas de una palurda hermosa.

Después de esto, un hombre con traje negro, capa y espada, se asomó recatadamente al dintel y cuando se aseguró de que por nadie podía ser visto, sacó fuera un caballo, también negro, con arneses de baqueta del mismo color, cerró la puerta cuidadosamente, metió la enorme llave

en una de sus pistoleras, montó y se encaminó al pueblo, murmurando:

—Un robo al señor cardenal por valor de un millón de reales... bien. Un capital de cuatro millones de ducados... portentoso. Un hidalgo que es ladrón y que usurpa un nombre... magnífico. Galanes y damas que se hacen decir la buenaventura contra los edictos del Santo Oficio... bien... bien... muy bien.

Este monólogo patentizaba que aquel hombre había escuchado y mirado desde cerca cuanto había acontecido, lo que viene á justificar nuestra convicción sobre que, no es prudente ni oportuno hablar de cosas importantes junto á una puerta cerrada.

IV

Este hombre entró en Pinto y llegó hasta la plaza, no sin ser saludado á su paso por los labriegos de una manera tal, que indicaba por sí sola que no había mucho amor ni mucha intimidad en los últimos, respecto al primero, existía un sentimiento muy parecido al terror, con cuya demostración gozaba sin duda nuestro hombre, puesto que después de contestar grave y altamente á aquellos saludos, se transparentaba, por decirlo así, en su semblante una sonrisa de fruición, mezquino y repugnante goce de despota, y de despota vulgar cuando recibe el homenaje del miedo.

Pero si hubiera tenido ojos por detrás, esta sonrisa se hubiera desvanecido ante la mirada de odio con que, volviendo la cabeza los campesinos cuando había pasado, parecían indemnizarse del servil «Dios bendiga á vuestra señoría» que habían pronunciado con la cabeza baja y descubierta al pasar por su lado.

Aquel hombre se dirigió en derechura á la casa del párroco, situada junto al muro de la iglesia, y sin echar pie á tierra, se introdujo en el gran portalón, que servía á un tiempo de zaguán, recibimiento y cocina, sin desmontar, exactamente como si aquel recinto privado no fuese ni más ni menos que un camino ó una calle pública.

—Me haréis la merced, señora Marta—dijo á una vieja que se ocupaba en cocinar en el hogar á su llegada, y que al sentir las pisadas del caballo, se había vuelto toda asustada—, me haréis la merced de tenerme este animal y llevarle al establo.

—Dios os perdone, señor receptor, el cuidado en que me habéis puesto—dijo la vieja, sonriendo de la manera más amable—. No creí sino que se nos echaba encima alguno de esos excomulgados señores, que están desde esta mañana alborotando y escandalizando el pueblo.

¿Queréis creer que el señor cura se ha visto en un grave peligro?

—¡Cómo, cómo! ¿en peligro un sacerdote, y en peligro en medio de su parroquia?—dijo el receptor (pues ya sabemos que lo era), desmontando y sentándose gentilmente en un sillón de baqueta.

—Pues ahí veréis, señor; no hay religión, no hay temor de Dios; es menester que el Santo Oficio tome en esto mano, y una mano fuerte.

—¿Pero, qué ha sucedido, señora Marta?

—¡Nada, nada!—exclamó la vieja con una entonación de sarcasmo, que quería decir: mucho... muchísimo... horrores...

—Pero ya veis—dijo de una manera suave é insinuante el receptor—; ya veis, señora Marta, que si el Santo Oficio, de que soy un miembro (indigno sin duda), no conoce los delitos, no podrá castigarlos.

—Pues bien, señor receptor, en el pueblo...—y la vieja se acercaba misteriosamente al recién llegado—, en el pueblo están los siete pecados mortales.

—Es decir, siete buenos mozos, jinetes en otros tantos caballos, acompañados de una docena de cazadores y de una jauría de sabuesos. ¿Es eso todo lo que tenáis que decirme?

La vieja hizo un candil con sus labios aperturados, contrariada por la sonrisa cáustica del receptor, que encontraba un placer supremo en despojar de su novedad á la confidencia de la vieja.

—¡Lo sabíais!—exclamó ésta con asombro.

—El Santo Oficio lo sabe todo, señora mía, todo; hasta los pensamientos.

—No lo dudo, no lo dudo—contestó la vieja—; pero aun así; ya hace más de cuatro horas que alborotan y escandalizan, y todavía no están presos.

—Lo estarán, lo estarán. ¿Tenéis noticia de que se haya escapado algún reo de la justicia del Santo Oficio?

—¡Escapar! ¿Qué es escapar? ¡Eso no pueden pensarlo más que los herejes!... ¿Y habéis traído muchos familiares?—añadió interrumpiéndose de repente y mirándole no sin cuidado, la vieja.

—Cuando se trata de personas como esas, no se trae gente, señora Marta; eso sería una imprudencia.

—Lo que es imprudente, señor receptor, es dejar expuestas á las doncellas á las tropelladas de esos réprobos. ¿Qué diríais si yo, si mi Inésita, hubiéramos sido violadas por esos ju-
díos?

—¡Cómo, cómo! ¿pues qué ha sucedido?

—¡Qué ha sucedido! Ya se ve que, si el Santo Oficio todo lo sabe y todo lo descubre, hay en él personas, y personas principales, que tienen muy corto el olfato.

—Todo cristiano fiel y católico, entendedlo, es un miembro, por pequeño y débil que sea, del tribunal de la Fe; de manera que vos, que sois cristiana, y cristiana piadosa y ardenti-

sima, que sabéis sin duda el horrible crimen de esos «herejes condenados», representáis los ojos y los oídos del Santo Oficio... ¿Y qué, qué ha sucedido?—añadió agitándose impaciente en el sillón el receptor.

—¡Sucedier! nada. ¡Pues bonita soy yo cuando tocan á mi recato! ¡les hubiera sacado los ojos!

—Pero ¡por la sangre de Jesucristo! acabad de una vez. Ello es que ha habido un crimen...

—¡Crimen! más que eso, más que eso... blasfemia, intentos horribles; intentos de sacrilegio!

—¡Ave María Purísima!—exclamó el receptor, santiguándose con acento compungido—. ¿Y qué más, qué más?

—¿Quiere más vuesa merced?

Aquello era irritar la cólera de la serpiente.

—Quiero saber hechos—exclamó impaciente el inquisidor (porque lo era nuestro personaje, si bien lego y seglar), perdiendo un tanto su aplomo y su entonación suave é hipócrita—, hechos porque aunque la intención sola basta, en muchos casos, para que el Santo Oficio treleje á un pecador y le entregue al brazo de la justicia secular para la hoguera... los hechos... pues; los hechos... Vos no sabéis lo que son los hechos.

—Ni permita Dios que lo sepa, si han de ser como los que intentaban esos excomulgados.

—Acabaremos porque yo no os pregunte como un amigo—exclamó el inquisidor, tomando de repente un aspecto y una entonación terrible—, sino porque os interroge en nombre de Dios, cosa que os haría sospechosa y me obligaría á delataros... porque en asuntos de fe... pues... ya sabéis que lo primero y más interesante para cada cual es su alma, y...

—¡Jesús, Jesús! señor receptor, ¿habéis sospechado... no me consolaré jamás... ¿de mí?... ¡cristiana vieja sin mezcla de moro ni de...!

—¡Por amor de Dios!—exclamó el receptor—. Ya sabemos vuestra cristiandad; pero...

—El caso es que esos siete malditos...

La vieja se aproximó al inquisidor y le habló junto al oído, como si temiese que le escuchasen las paredes.

—Veamos, veamos—exclamó aquél.

—Querían... Perdonadme si me ruborizo...

—¡Por Dios!

—Pues... querían que el señor cura dijese una misa cantada.

—Pues no veo en eso... no, no veo nada de reprehensible... si la pagaban...

—Daban por ella cien doblones.

—¡Cáspita!... Pues no entiendo... no... el señor cura debió...

—Es que querían que la dijese en calzoncillos blancos.

—¡Jesús! ¡Jesús mil veces!—exclamó el inquisidor, saltando del sillón como si le hubiese lanzado un resorte.

—Pues no es eso lo peor.

—¿Más? ¿todavía más?

—Mucho, muchísimo más. Querían que yo y

mi sobrina Inesita hiciésemos en camisa el oficio de diácono y subdiácono.

—«Exurge, Dómine, et judica causam tuam»— exclamó el receptor persignándose con una celeridad maravillosa y volviendo á persignarse como si lo hubiese tomado por tarea—. ¡Horror! ¡abominación! ¡sacrilegio! ¿Y qué sucedió después?—añadió, deteniéndose de repente.

—Después hubiera sucedido mucho, si Inés no se hubiera escapado por el corral, y el señor cura no se hubiese subido á la cámara; yo me quedé sola, siendo una Judit, una...

—¿Y se fueron, en fin?

—¡Oh! ¡si no se hubieran ido!... ¿No os digo, señor receptor, que son los siete pecados mortales?

—Pero en carne y hueso; que irán á la hoguera... hace ya falta un auto de Fe; ¡á la hoguera, á la hoguera con ellos! es necesario extirpar la herejía...

—¿Y con qué fuerza los vais á prender?...

—Llamaré á la justicia.

—Apalearán á la justicia como ya han apaleado á los mozos del pueblo.

—¿Pero quiénes son esos hombres, Dios mío?

—Caballeros, señor; gente principal, de los cuales el que menos lleva al pecho una encomienda y una espada á la cintura que mete miedo.

—¡Miedo!—exclamó el inquisidor, procurando dar á su voz una firmaza que no tenía—. ¡Miedo! El Santo Oficio no teme á nadie, ni al emperador en persona, el Santo Oficio es el brazo de Dios sobre la tierra: el Santo Oficio mide por igual, con una vara que jamás se dobla, al miserable y al poderoso... ¿Y les habéis conocido?

—No, no señor, ¡estaba tan turbada!

—¿Ni sabéis cómo se llaman?

—Menos, mucho menos; pero si queréis... están allá, en la taberna, al fin de la calle Real...

—Iremos, iremos—exclamó el inquisidor, paseándose á lo largo del zaguán, pensativo.

—Iréis vos solo, señor receptor; vos solo... porque vos... ¡oh!... vos sois un caballero principal y los conoceréis, y... en fin, os respetarán; á nosotros, los pobres paletos nos tratan peor que á perros... ¡qué cristiandad!... ¡qué caridad!... ¡uf!

—Y decidme... (ante todo las buenas costumbres...) ¿qué tal cara, qué tal gesto les ponía Inesita?

—¡Ay Dios mío, señor! la pobrecilla huyó como una oveja cuando ve al lobo, y se salió del pueblo, temiendo que no estaría en él segura.

Demasiado sabía el receptor dónde había estado dos horas antes la muchacha.

—Y... ¿ha vuelto?—preguntó con un acento indefinible el inquisidor.

—¡Oh, si señor! pero encendida como una grana, jadeando; se ha agitado mucho, señor, y...

ya se ve, ha andado á la ventura, y cuando entró venía como asustada, medio llorosa.

Sonrióse deliciosamente, pero de un modo ambiguo, el inquisidor.

—Es muy buena mujercita, muy honrada; es un pimpollo... de la iglesia... que debe ser... esposa de Jesucristo... Pero... es preciso oír las abominaciones de esos miserables... están en la taberna... allá voy... ¡guárdeos Dios! ¡Ah! pensad de camino mi caballo, y decid al señor cura que esté visible para cuando vuelva.

—Vaya con Dios vuesamerced... pero cuidado, por la Virgen Santísima... son siete demonios, acompañados de una cohorte de diablos.

—Descuidad, descuidad, señora Marta... y hasta luego.

El inquisidor tomó la plaza adelante.

—Es chistoso—decía para sí—; ahora que nadie nos ve ni nos oye; dan envidia esos bravos mozos que tienen puños para apoderarse de lo que no es suyo, y gracia y humor para divertirse... Bonito hubiera estado don Crisóstomo en calzoncillos blancos entre el ama y su sobrina. ¡Su sobrina! ¡su sobrina es mía, y esos miserables se han atrevido á poner en ella los ojos! ¡Sin compasión! ¡tengo un arma terrible en mis manos! ¡usemos de ella! ¡un buen mozo!... un buen mozo está mejor quemado que enamorando chicas... y luego... el robo del inquisidor... cuatro millones de ducados... ¡á la hoguera, á la hoguera!

Y apenas acabadas de murmurar estas palabras, llegó al extremo de la calle Real y delante de una casa de donde salía, como de un infierno, el rumor de la orgía más atronadora que han oído los pasados ni oirán las gentes venideras.

El inquisidor se detuvo un tanto á la puerta; pero al fin, ocultando bajo su jubón la cruz dominica, entró con la cabeza alta y sonriendo, como quién se prepara á alternar con amigos, y con amigos de cierta estofa y costumbres.

En verdad, no se le podía negar que era valiente.

V

Como todo libro, por poco que valga, tiene su prólogo, prólogo por el cual puede juzgarse de la bondad de la obra, del mismo modo la taberna de Pinto, respecto al personal que la ocupaba, tenía en el momento de que vamos hablando un no menos elocuente premio, que consistía: primero, en diez y ocho ó veinte caballos atados en las rejas del piso bajo por la parte exterior; segundo, en una jauría de sabuesos atraillados que movían entre sí un infernal estruendo; tercero, en una docena de jayanes, que vestidos cada cual con una librea distinta, bebían, cantaban y reían sentados á lo largo de una estrecha mesa, en la que no se toleraban jarras va-

cías, ni se llevaba bien el que fuese escaso el número de las llenas.

Andaban, pues, á juicio el postrero, ocupados en la servidumbre de esta gente, el tabernero, dos paletos, su mujer y dos hijas mozas, siendo de advertir que estas últimas no se paraban junto á los lacayos, sino que, con las manos llenas, subían una estrecha escalera, y en lo alto de ellas desaparecían tras una puerta que se cerraba discretamente y tras de la cual se oían voces de hombres y de mujeres, alzadas en todas las entonaciones posibles, desde el aire del canto popular, hasta las estrepitosas voces y sonoras carcajadas de la orgía.

Desde el momento en que el receptor puso el pie en el umbral de la taberna, obtuvo la convicción de que el desorden que se agitaba en el piso bajo no era, como hemos dicho, más que el prólogo, la avanzaba de otro desorden mayor, de raza más pura, desencadenado en todo su esplendor, en lo alto de las escaleras.

—¡Oh! una y cien veces afortunados y alegres jóvenes—dijo para sí el inquisidor, sin pasar de la puerta—; vosotros tenéis excelentes pulmones y excelentes fauces; ahogáis todos vuestros cuidados en vinos y amores. Sois fuertes y bellos, y os apoderáis del oro y de las mujeres; pero no os envidio; si vosotros tenéis vuestra juventud y vuestra hermosura... imbéciles, yo viejo, enfermo y encorvado, tengo también... ¡oh! tengo más que vosotros... pues... porque vosotros os embriagáis con mal vino... os revolcáis como cerdos entre miserables ramerías... y yo... yo sé tender como una red la palabra «Santo Oficio» y coger con ella... en fin, señores, yo sin escándalo... Guarde Dios á vuesa merced, signor «Tieppolo Branchiforte»—exclamó interrumpiéndose de repente al ver un joven que, habiendo descendido á saltos las escaleras, iba á ponerse de otro salto en la calle, huyendo de una turba de jóvenes y mujeres que le perseguían.

—¡Oh! por Dios, señor Gaspar de Somoza, dejadme pasar en caridad—dijo aquel joven—; «per Bacco», toda esa turba de «madonnas» se ha empeñado en que yo haya de bailar con el vientre más que repleto, y ya comprenderéis, mi caro señor, que esto es una barbaridad.

Creemos que supondrán nuestros lectores que, mientras el signor Tieppolo pronunció esta invocación, tendrían tiempo sobrado sus perseguidores para llegar á él y cogerle; pero esto no había sucedido, porque el fugitivo, en tanto hablaba, había tomado la espalda al receptor, y poniéndole por delante de sí como un muro humano á la puerta, barreada en su anchura y solo franqueada en un claro, con cabida para una sola persona, como se acostumbraba en muchas tabernas en los pueblos pequeños, había impedido, reteniéndole y valiéndose de él como de un escudo, el que nadie pudiese tocarle.

—¡Oh! soltadme, diablo travieso—exclamó el inquisidor—¿no veis que esas hermosas damas

no se contienen? ¿Qué calculáis que podrá ser de mí, estando puesto como un obstáculo entre ellos y vuestra gentil persona?

Soltaron las meretrices la risa, pero los seis hidalgos se contuvieron; no habían bebido el vino suficiente para entrometerse así, como quién dice, con botas y espuelas, en un terreno de danza y chacota con un hombre que era inquisidor, y además de serlo tenía fama de quemador implacable y furibundo.

—Eh, madamas, hacedes atrás—exclamó la voz robusta de don Pedro de Avendaño—; tú, Tieppolo, deja en libertad á su señoría, y vosotros haced calle.

Obedecióse puntualmente esta voz, como obedece un soldado la voz de mando de su jefe, y don Gaspar se adelantó.

—¡Oh, mis queridos amigos!—exclamó—; y cuán alegres y cuán felices sois; bien se echa de ver que sois jóvenes y ricos, y que por lo tanto no tenéis ni penas ni cuidados.

—Cierto, señor inquisidor—dijo Avendaño, pronunciando estas palabras exprofeso, como un aviso para los que ignorasen con quién se las habían—; cierto que sí; nosotros no podemos tener los cuidados que vos... ¡Oh! el Santo Oficio os abruma. Apostaría á que venís...

—No, no vengo á lo que pensáis; este pueblo es muy cristiano, y no hay que venir á él á cobrar multas... y en fin... esto nada importa. Paréceme, y esto es lo más importante por el momento, que os asusta... que al menos os contraría mi presencia...

—¡Oh! señor...—murmuró haciendo una reverencia Avendaño.

—¿Por qué teméis al Santo Oficio... eh? ¡Bah! no haya temor; todos sois, mis queridos hijos, buenos cristianos viejos, temerosos del rey, adictos á la Inquisición... no hay por qué... todos hemos sido jóvenes y nos han gustado las mozas y el vino... y aún... vamos, si no os enojáis...

—Agradecemos... estimamos...—dijo Avendaño, adelantándose á la expresión de don Gaspar—; vuestra compañía nos sería muy grata... pero...

—¿Pero qué?

—Estas damas han menester llegar antes de la noche á Madrid; ya sabéis, vos que sois tan doctor, que hay una ordenanza...

—Cierto.

—Una ordenanza que dice: «Todas las mozas de partido se recogerán, etc., y no podrán estar después de puesto el sol fuera de la mancebía, so pena, etc., etc.»

—¡Oh! bien, muy bien; nada contra las ordenanzas, nada contra los edictos: yo ignoraba en verdad que estas señoras... pero en fin... si es así... Adiós, hijos míos, adiós.

—¿Pero no queréis que os acompañemos?

—¡Acompañarme! ¿para qué?

—Ayer robaron según hemos oído decir...

—A su señoría ilustrísima... ¡bah!... su señoría

es su señoría, y mi merced... ¡oh! mi merced es demasiado pobre... y luego de aquí á casa del cura... ya veis. Conque adiós, hijos míos, adiós. Sobre todo mucho juicio, y mucha memoria acerca de los edictos de la santa Inquisición.

Tras estas palabras y una sutil y marcadísima sonrisa, el inquisidor se separó de la puerta, y tomó con paso lento, y con las manos cruzadas á la espalda, el camino de la plaza.

—¡Oh, oh, oh!—murmuraba para sí—, los siete... siempre los mismos siete; bien hace la señora Marta en llamarles los pecados... y creo que yo haré muy bien en no entrometerme... vamos... siempre que pienso en ellos hallo ineficaz al Santo Oficio, y me parece sentir en el vientre la punta de una de sus terribles espadas... pero un millón por una parte... cuatro por otra... en fin, la prudencia y la paciencia son dos grandes, grandísimas virtudes... bien podrá ser... veremos.

A punto que acababa este pensamiento, torcía la esquina de la calle Real, y sólo entonces se quitó de la puerta Avendaño; tras él, impacientes y preocupados, estaban sus amigos y las mujeres; desde el encuentro de Tieppolo con el inquisidor había cesado toda la baránda en la taberna, á la manera que la caída de una piedra establece el más profundo silencio en un estanque en que cantan á la vez una multitud de ruidosas ranas.

Pero del mismo modo que una vez llegada al fondo la piedra y tras un momento de espera, torna á elevarse más ruidoso de desapacible canto, del mismo modo, apenas alejado don Gaspar, tornó el estruendo pero más atronador.

—«Per Dio!»—exclamó el italiano—¿qué pensáis, señores, que debemos opinar de la presencia de ese cuervo?

—¡Arriba... á la mesa!... consultémoslo con las botellas—gritaron en coro hombres y mujeres.

—Señores y señoras, queridos amigos míos, amigas adoradas, ¿queréis prestarme un momento de atención?

—Habla.

—¿Sí?

—Sí... sí... sífi!...

—Ante todo, para que me podáis escuchar, un poco de silencio.

Establecióse éste profundísimo.

—Soy de opinión que, sin perder tiempo, nos escurramos bonitamente hacia Madrid.

—No.

—Sí.

—Eso sería excitar sospechas.

—Tiene razón Avellaneda; en demasiado intempestiva la marcha para que no se crea que tenemos miedo.

—¿Y quién tiene miedo aquí, señor capitán Pérez? No será yo por cierto.

—¡Ni yo! ¡ni yo! ¡ni yo!—exclamaron á un tiempo todos.

—Pero tened presente lo de la misa de esta mañana—repuso Avendaño.

—De eso tiene la culpa el signor Tieppolo, que es un hereje.

—Ni más ni menos que vos, caballero Alvarado.

—¿Queréis escucharme, señores?

—Te estamos escuchando hace un siglo, Avendaño.

—Volvámonos á nuestra danza.

—¡Viva! ¡viva!—exclamaron todos en coro; y sin esperar á más, tomaron arriba las escaleras, y un momento después retumbaba la orgía como si nada hubiera acontecido.

Avendaño había hecho con aquella turba de insensatos lo que un jinete prudente con un caballo poderoso, que resiste el freno que le contiene, dejándole correr hasta que se cansa; nuestro hombre, harto experimentado, y sobre todo, harto conocedor de aquellos con quienes las había, cedió, pero por un momento, contando con que el desorden y el cansancio serían para él unos poderosos auxiliares: creía que era necesario escapar, porque de una manera instintiva había adivinado, tras la sutil é hipócrita sonrisa del receptor, un peligro próximo: es cierto que aquel hombre le conocía; pero era más cierto que la amistad de los inquisidores no pasaba jamás del límite donde empezaban los intereses del Santo Oficio, que con sus amigos, y particularmente con él, se había mostrado sordo y ciego á sus locuras de jóvenes, puesto que ellas jamás habían atentado á la religión ni á sus ministros; pero aquel mismo día Tieppolo, y tras él todos, habían pasado aquel límite; sin intención, de una manera fatal, habían llevado el escándalo á la casa de un párroco, y el desacato hasta la más santa de las ceremonias, hasta el más grande de los misterios cristianos: un inquisidor había sobrevenido á las pocas horas, y esto, según Avendaño, no podía ser casual.

Había además meditado que desde el desacato hasta la aparición del receptor, sólo había transcurrido el tiempo estrictamente necesario para ir y volver á Madrid, aunque un tanto de prisa; sospechaba una denuncia, y esto le tenía en brasas; cualquier ruido en el exterior, dominado y vago por el estruendo del interior, parecíale hijo de las pisadas de los familiares y de los soldados de la Fe que se acercaban. Hubo un momento en que aquellos pasos fueron distintos, avanzaron y pararon en la puerta, que se abrió: antes de que apareciese en ella una figura, Avendaño se levantó pálido y sombrío, y puso la mano en la empuñadura de su espada.

Pero en vez del negro conjunto de un alguacil, apareció en ella un lacayo joven y buen mozo, ostentosamente engalanado con un rico traje de caza y una pequeña fusta en la mano.

Este mancebo buscó con la vista á su amo.

le encontró y no pasó de la puerta; al verle Avendaño, se dominó y fué hacia él.

—¿Has descubierto algo de nuevo?

—Nada, señor—contestó el lacayo, á quien había enviado de explorar Pedro.

—¿Nada, absolutamente nada?

—Sí señor, sí; algo he visto, pero nada que oliese á esbirro ni á soldado.

—Y bien; ¿qué es lo que has visto?

—Nada que sea lo que vuesa merced me ha indicado.

—No importa... ¿qué?

—Un jineta que llevaba á la grupa una gitana.

Un estremecimiento profundo corrió desde los pies á la cabeza por Avendaño, helándole el corazón.

—Una gitana... y bien... ¿qué importa eso?—repuso dominándose—¿Has dado la vuelta al pueblo?

—Sí señor.

—¿Y nada?

—Nada, señor, nada.

—Vete.

El lacayo desapareció.

—¡Una gitana!—murmuró sobrecogido Avendaño—Y bien... ¿qué tiene eso de extraño? Gitanas hay por todas partes... y luego... si fuera ella... ¡mi madre!... ¡Oh, no!—añadió Pedro, pasándose la mano por la frente, como si hubiera querido arrancarla sus terribles pensamientos—no puede ser... ¡la Inquisición!... pero la Inquisición lo hubiera hecho con aparato, como lo hace todo... hubiera enviado una nube de alguaciles y una taifa de jinetes... además... yo la conozco... un hombre solo no la prendería... Y sin embargo, ¡si fuera ella!

Este último pensamiento dominó á todos los demás y se apoderó de su alma; representósele lo horroroso de que un hijo se olvidase en medio de una orgia de su madre, á quien tal vez dentro de poco destrozaría el tormento, y esta suposición horrible le llevó naturalmente al deseo de salvarla; este deseo á buscar un medio, y la misma dificultad de encontrarlo le condujo á un recuerdo luminoso.

—Señores, hermosas damas—dijo adelantándose de repente al centro de la habitación—, el Santo Oficio está sobre nuestro camino, y se acerca.

A aquellas terribles palabras sucedió lo que debió acontecer en Babilonia al aparecer la terrible mano en el festín de Baltasar; es decir, siguió á ellas el más profundo silencio, y las copas, que ya tocaban á los labios, cayeron sobre las mesas.

—¡La Inquisición!—exclamó el capitán Pérez—¿Y qué se nos da de ella? ¿Acaso no tenemos bulas de exención?

—¡Silencio!—exclamaron algunas voces que encontraron aquellas palabras altamente sediciosas, y sobre todo soberanamente aventuradas.

—¡Qué se nos da la Inquisición!—exclamó Avendaño, tomando en cuenta aquella pregun-

ta—Diríais bien, capitán, si las cosas hubiesen marchado como hasta aquí; pero desde ayer han cambiado de aspecto.

Aquella referencia tácita al robo del inquisidor general iluminó con un febril colorido la mayor parte de aquellos semblantes, y el audaz interrogador olvidó, por inútil, la palabra que ya agitaba sus labios.

Nadie pensó en chancearse.

—¿Tenéis pruebas, Avendaño?—dijo uno de ellos.

—¡Pruebas... pruebas!... Si las tuviera, no hubiera esperado un solo momento; tengo indicios, indicios graves; y cuando los tengo...

—Algo hay de seguro—observó otro—; nuestro amigo Avendaño nunca se equivoca.

—Pues bien, si me concedéis esa infabilidad, no os burléis del peligro, y procuremos prevenirlo.

—¿Y cómo?... ¿huyendo? Cabalmente España no puede sufrir á los flamencos; está irritada por la ausencia del emperador; las ciudades resisten pagarle el servicio que exige para los gastos de su coronación en Alemania; y ¡diablo! yo me burlo de la Inquisición... ¡vivan las comunidades! ¡seremos comuneros! alzaremos á la reina doña Juana y cerraremos las puertas al emperador...

—¡Famosa contestación para dicha con más recato y en otro lugar, Avellaneda!—exclamó severamente Avendaño—Por ahora eso sería una insensatez... antes es necesario probar todos los medios.

—¿Y cuáles?... ¿qué?... sepamos...—exclamaron todos.

—Yo creo poder fiarme de un amigo nuestro que, como familiar del Santo Oficio, nos servirá en cuanto pueda y valga: ese amigo es don Juan Tenorio.

—No niego que es valiente y generoso—dijo otro—; pero ¿de qué nos servirá ese paje?... Si se tratase de mujeres... ¡pero los inquisidores!... ¡oh! los inquisidores son un alimento muy duro para ese barbilindo.

—Ese barbilindo, Alvarado, es ya capitán y gentilhombre; la Inquisición respeta sus grandes riquezas, y sobre todo le asiste el favor de S. M. Además, su misma juventud, su afición á las mujeres, su audacia, en fin, nos favorecen. Amaestrémosle, amigos míos; hagámosle, hasta donde sea prudente, uno de tantos; envolvámosle en un lance con nosotros, de modo que necesite salvarnos para salvarse, y entonces podréis apreciar cuánto vale mi pensamiento.

—Pero—dijo otro—Tenorio asiste al emperador.

—Tenorio está ahora mismo cerca de Madrid; es más, esta noche, si queréis, le veremos en una brillante y alegre fiesta... en compañía de estas honradas señoras.

A aquella noticia de la continuación del escándalo se alzaron unánimemente todas las voces en una entonación de aplauso: era negocio per-

dido: aquella gente no temía á Dios, ni al rey, ni á la Inquisición.

—Conque ya veis, señores—dijo Avendaño, aprovechándose de aquel entusiasmo—, que para recibir dignamente á un hombre tal y tan rico como don Juan, es necesario que nos esforcemos.

—Es preciso que se nos tenga por príncipes—exclamó Tieppolo—; que reproduzcamos en cuanto nos sea posible las delicias de Cápuá; un festín á la «meroniana», sólo que suprimiremos el incendio de Roma, quiero decir, el de Madrid, por prudencia y necesidad, y las vestales por carencia del género; pero tendremos Mesalinas, hermosas y magníficas Mesalinas ¡vive Dios! ¡Ved, ved á «Lucrecia»!—añadió el pintor, señalando á una ramera que descansaba lánguidamente en su hombro, y á quien por antonomasia había confirmado con el nombre de la célebre matrona romana—; ved cómo se la encandilan los ojos: ¿Y cuál va á ser el teatro? Supongo que habréis pensado en un lugar conveniente.

—¡La hostería de Toledo!—contestó con solemnidad Avendaño.

—¿En el salón amarillo? — insistió el italiano.

—¿Pues dónde queríais que fuera? El salón amarillo con todas sus dependencias y á puerta cerrada. ¿Qué tal? ¿podremos sorprender á don Juan?

—¡Oh! ¡ah! ¡sí! ¡bravo! ¡magnífico!—exclamaron todos.

Excepto Avendaño, nadie se acordaba ya del Santo Oficio; y el estruendo surgía fuera de la habitación, exhalándose por puertas y ventanas, alegre, inmenso, prolongado, superior á toda comparación.

—¡Vinos de todas partes del mundo!—gritó afectando la alegría característica de una bacanal Avendaño.

—¡Y mujeres! — exclamaron algunas voces.

—¡Pardiez! ¿y qué habíamos de hacer sin mujeres?

—Atención, señores—dijo otro—: ¿tiene moza conocida don Juan?

—Don Juan va á recibir esta noche el bautismo de amor—contestó Avendaño.

—¡Oh, oh, oh! ¡viva, viva!—gritaron levantando todas las copas.

—Es necesario una sacerdotisa digna — observó Tieppolo.

—¡La sevillana!—dijo uno.

—¡Eh! ¡ya nos salís con vuestra sevillana, Alvarado!—contestó con desdén el pintor—es demasiado pervertida para un principiante; sobre todo, es gorda y vieja; allí no hay más que solimán, arrebol y trapos almidonados; se necesita otra cosa más espiritual, más elástica... más... en fin, me atrevo á proponer á la bolera.

—¡A la Flora!—exclamaron con admiración todos, y con envidia todas.

—La Flora, señores, es la reina, la sultana, la diosa sobre todas las flores un tanto aja-

das y marchitas de nuestros prados de amor. Debemos decidimos por la Flora.

—Pero la Flora, para jugarle una pasada á su oidor indiano necesitará un tesoro.

—Es que se trata de un joven hermosísimo—exclamó tomando parte en la discusión Avendaño—; de un joven á quien se verá precisada á envidiar la Flora, á pesar de su rostro de ángel, su talle de serpiente, sus ojos de azabache y sus cabellos de seda; de un mancebo que, además, está enamorado. Creo que debemos aceptar la inspiración de Tieppolo.

—¡Seal! ¡bien! ¡aprobado!—gritaron en montón.

—Y como el pensamiento es suyo, creo además que debemos comisionarle, enviarle de embajador.

—¡Embajador que llevará un rico presental!—observó Tieppolo.

—¿Os basta con esto?—contestó Avendaño, sacando gallardamente de su dedo una rica sortija y mostrándola al pintor.

—¡Por la Stigia, por Plutón y por todos los dioses infernales! esta tumbaga vale muy bien cinco mil ducados; la creo exorbitante para un presente, que no viene á ser más que una especie de muestra. Esto es comprometer á don Juan á que se arruine, porque, de seguro, la Flora se enamorará como una loca... de sus dolones, si los tiene.

—Don Juan es riquísimo.

—Pero no creo que le quede mucha sangre, si se apodera de él semejante sanguijuela.

—¿Qué sabemos?... ¿apostáis á que se enamora ella de él?

Las mujeres que, hasta entonces, se habían mostrado extrañas á esta escena, soltaron una carcajada insolente.

—¡Enamorarse Magdalena! (este era el nombre de bautismo de la dama en cuestión). ¡Enamorarse ella!...—observó con acento de burla una rubia, que estaba muellemente recostada, sobre las rodillas de uno de los socios—¿Qué dices á eso, Petra?

—Digo—contestó gravemente una hermosa morena, con una voz en que se adivinaba un alma eminentemente sensual—; digo que nos hemos enamorado tú y yo, y todas, de cosas harto despreciables, y que tratándose de un hombre como el que se nos pinta... aunque la Magdalena está enamorada de sí misma, y es interesada como un flamenco... ¿quién sabe? ¿puede ella decir querré ó no querré?

Había en las últimas palabras de la meretriz la entonación de un sarcasmo tan característico, que no podía dejarse de traslucir la envidia que tras él se ocultaba.

—Tú no puedes hablar de esto—repuso con desdén su interlocutora—; tienes el corazón muy tierno y muy tonto, Petrilla, y estás muy llena con tus ojazos azules y tu pelo de panocha.

—¡Paz, paz, silencio!—exclamaron á un tiempo los hombres, que veían venir una riña.

—Tened la bondad de no extraviar ni embro-

llar los asuntos, princesas—exclamó en acento melodramático Tieppolo—; os suplico que reservéis vuestros bellos arranques de cólera para cuando yo necesite pintar un cuadro en que tomen parte la envidia y la ira. Silencio, pues, pimpollos, ó será necesario que os encerremos para poder hacer algo de provecho.

Y luego, volviéndose gravemente á Avendaño, continuó:

—¿Quedamos en que yo sea el embajador?

Contestóle un grito de aprobación general.

—Dadme, pues, esa sortija; es lástima ¡vive Dios! pero en fin... creo que si ha de ser esta noche, debo montar inmediatamente.

Y partir—contestó Avendaño.

—¿Iremos, supongo de gala?

—Como príncipes.

—¿Llevaremos á estas alborotadoras del infierno?

—Por supuesto.

—Pues Dios os guarde, amigos míos... ¡ah, me olvidaba! ¿á qué hora?... no hablo de nosotros, sino de Magdalena; yo creo que, en vez de formar parte del concurso, debía ser una

aparición, una novedad; ¡eh! como si dijéramos; una sorpresa estudiada.

—¡Dice bien, dice bien! ¡un paso de comedia!

—Entonces me llevo dos de vuestros lacayos, Avendaño, y dejadme hacer.

Y sin decir más, tomó la sala adelante, abrió la puerta y salió.

Un momento después, Avendaño, asomado á una ventana, le vió alejarse al galope, seguido de dos lacayos.

—Ahora nosotros—dijo con el tono de autoridad de un jefe que manda—; las mujeres á la grupa de los lacayos, y por distintas partes á Madrid; los hombres del mismo modo; ¡Arriba! A las ocho todo el mundo, con sus mejores joyas y vestidos, en la hostería de Toledo.

Acabaron de apurarse las copas, y un cuarto de hora después no había en aquella habitación mas que manteles manchados, copas rotas y sillas tiradas por tierra.

Pero, en cambio, quedaban cien escudos de oro en el arca del tabernero.

FIN

